



John D Macdonald

Lluvia plateada

Título original: *The Lonely Silver Rain*

Traducción: *Carlos Milla Soler*

En apariencia, aquel iba a ser un caso sencillo para Travis McGee. Se trataba únicamente de localizar un yate de lujo robado. Más tarde vendrían las complicaciones: el cadáver de esa joven en su interior -la hija de uno de los grandes del narcotráfico-, un supuesto accidente mortal... Demasiadas casualidades. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Había sonado la voz de alarma entre las dos familias que manejaban los negocios sucios de Florida y aquello podía ser un juego muy peligroso para el famoso detective.

digitalizado por srp

A Juan y Walter Shine

Toda actitud extrema es una huida del yo... el ánimo apasionado es una manifestación de íntima insatisfacción.

ERIC HOFFER

Sin familia, el hombre, solo en el mundo, se estremece de frío.

ANDRÉ MAUROIS

Uno

En una ocasión tuve la gran suerte de localizar un yate a motor robado de veinte metros en cosa de días, dándose la circunstancia de que las autoridades llevaban varios meses buscándolo. Cuando llegó a mis oídos la noticia de que Billy Ingraham quería verme, me imaginé al instante que abrigaba la esperanza de que volviese a obrar el mismo milagro con su *Sundowner*, un yate de recreo que había hecho construir en unos astilleros de Jacksonville. Hacía tres meses que había desaparecido.

Cuando me enteré de que estaba buscándome, le llamé por teléfono y me rogó encarecidamente que fuera a verle cuanto antes. Billy había sido de los primeros en instalarse en la zona sur de la costa este, entrampándose con la compra de cientos de acres de terreno llano tan estéril que ni para apacentar el ganado servía. Cuando estableció el primer centro comercial se entrampó todavía más. Por aquel entonces, él y Sadie residían en Bahía Mar a bordo de una carraca cuyo casco había pertenecido a un pesquero de arrastre, llevando una vida modesta al tiempo que él hacía negocios a lo grande. Estaba convencido de que tarde o temprano sería necesario edificar en las tierras del interior para satisfacer la demanda de la numerosa población de la franja costera, y siguió apostando a esa posibilidad hasta que finalmente las cosas adquirieron en efecto un nuevo cariz y se convirtió en F. William Ingraham, propietario de centros comerciales, de agencias de automóviles, de clubs náuticos, de una agencia de venta de yates a comisión, y en director de uno de los bancos que años antes le había estado apretando las tuercas.

Compró terreno edificable en primera línea de playa y un día, estando ya avanzada la construcción de la casa que él y Sadie habían proyectado juntos, ella, mientras elegía los azulejos para los cuartos de baño principales, le lanzó de pronto una extraña mirada al joven subcontratista y, dejando caer el azulejo que estaba contemplando, se desplomó en el recuadro destinado a instalar la ducha. Permaneció dos semanas y media en cuidados intensivos hasta que finalmente pasó a mejor vida.

Llevaban veintiocho años casados y no tenían hijos. A Billy le invadió un profundo sentimiento de culpabilidad, y le contaba a todo el que estuviera dispuesto a oírle que de no haberse dejado arrastrar por la codicia, habría vendido antes, embolsándose una cantidad menor pero más que suficiente para el resto de sus vidas, y ella habría disfrutado durante unos cuantos años de la casa que tanto había deseado. Todos cuantos le conocíamos tratamos de ayudarle, pero nuestros esfuerzos fueron en vano. Aquel decaimiento en el que había quedado sumido no era ni más ni menos que reflejo de su propósito de reunirse con su esposa dondequiera que se hallase.

Pero al final una tal Millis Hoover, a la que doblaba la edad, consiguió sacarle de aquel estado. La tarea le llevó prácticamente todo un año. Por aquel entonces, ella trabajaba para Billy. La casa de Sadie, una vez terminada, había sido puesta en venta. Billy se deshizo también de todo lo demás, liquidó sus deudas y dimitió de todos los consejos y las juntas, invirtiendo el dinero en fiables bonos municipales. Ya no le interesaba ni ganar dinero, ni hacer negocios, ni adivinar el futuro.

Fue Millis quien le persuadió a comprar un dúplex en el nuevo complejo residencial Días del Sol, tres torres de veinte plantas, unos trece kilómetros al norte de Fort Lauderdale. Tiene piscinas cubiertas y piscinas al aire libre, centros de salud, atracaderos en el Canal, un cuerpo de seguridad, un buen restaurante, servicio de habitaciones, criados y un conserje al que acudir en busca de ayuda en casos de urgencia. Comprararlo y, con la colaboración de Millis, amueblado, le costó un millón y cuarto de dólares. Una de las habitaciones se utilizó como despacho, porque salía más a cuenta que Millis trabajara allí mismo. Y acabó mudándose al apartamento con Billy, también por razones de conveniencia. Ella, a fuerza de insistir, le convenció de que practicara culturismo, tomara baños de sol, hiciera diariamente varios largos en la piscina, comiera con mo-

deración, e incluso de que abandonara sus habanos de contrabando y su media botella diaria de bourbon.

Billy, en cuanto empezó a notar que podía presumir de su aspecto físico y de su buen humor, comenzó a interesarse también por el aspecto y, con el tiempo, por el humor de Millis. Lo cual no sorprendió a ninguno de los que habíamos presenciado el proceso de reconstrucción de Billy Ingraham.

Pero eso aparte, la mañana del tres de octubre, miércoles, pasadas las diez, en la pequeña conserjería de la Torre Alfa de Días del Sol me entregaron la inevitable enseña de seguridad, y, una vez el señor Ingraham confirmó que esperaba mi visita, me acompañaron hasta el último asensor de la hilera.

Billy me hizo pasar. Es un hombre más bien cabezudo, de facciones muy marcadas, con el pelo blanco y cortado a cepillo, y unos ojillos marrones. En seguida te trata con la mayor familiaridad. En eso, siempre me ha recordado a Meyer. Los dos te reciben como si ocuparas un lugar preferente en su agenda del día. Los dos prestan atención. Los dos parecen sinceramente interesados por ti.

-¡Hombre, Trav! Oye, ni que hubieras estado a la deriva en una balsa. Te has quedado en los huesos. ¿Qué hay? ¿Dónde te habías metido?

-Había ido a buscar el balandro de Hubie Harris a Marigot Bay, en Santa Lucía.

-¿No le habrá pasado nada a Hube, espero?

-Nada irremediable. Se cayó y se partió una rodilla. Y ese par de hijos suyos, de doce y trece años, se proponían traerlo ellos solos, pero el padre no se fiaba. A mí no se me dan muy bien los balandros, ni la navegación a vela en general, dicho sea de paso, así que la ayuda de los chicos no me ha venido nada mal. Hemos tardado tanto porque íbamos esquivando una tormenta tropical con pretensiones de convertirse en huracán, que no acababa de decidir qué rumbo tomar. Nada más llegar me han dicho que querías verme.

-Vamos arriba y nos tomamos un café.

Subimos por una escalera de caracol metálica y atravesamos una puerta que daba a un amplio jardín con vista al mar. El panorama era espectacular. A lo lejos se divisaba el azul más oscuro de la Corriente del Golfo. Un petrolero, cargado hasta los topes, se alejaba hacia el norte por la Corriente, y más cerca, a este lado de la Corriente, un par de buques mercantes navegaban rumbo al sur. Otras embarcaciones menores se mecían bajo el deslumbrante resplandor del sol matinal.

Millis removía la tierra de un cuadro del jardín. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha, un mini bikini negro y unas sandalias rojas. Estaba en cuclillas. Al vernos, se irguió, dejó los guantes de algodón y la azadilla junto a las flores y se acercó a nosotros, elegante, fría y distante tras su bronceada piel café con leche y su esbeltez, mirándonos de soslayo a través de los cristales verdes de sus discretas gafas, con una sonrisa milimétrica.

-Travis, ¿ya conocías a Millis, mi mujer? ¿Sabías que nos casamos en junio?

-¡William, cariño, pero si el señor McGee estuvo en la boda!

-¡Ah, sí, es verdad! Perdona. Aquel día andaba yo un tanto despistado.

Nos sentamos en unas sillas blancas de hierro junto a una mesa redonda blanca, y Millis nos sirvió café y se volvió a sus labores de floricultora.

-Ya te habrás enterado de que nos robaron el barco nuevo.

-Algo había oído, pero desconozco los detalles.

Se levantó y se fue, volviendo al cabo de unos minutos con varias fotografías en color, tamaño veinte por veinticinco, del *Sundowner*, algunas tomadas desde un helicóptero.

-Precioso -dije al tiempo que las examinaba.

-Una auténtica joya. Cincuenta y cuatro pies. Potentes motores diésel. Sólido como una roca. Pero lo que más rabia me dio, Trav, fue lo inoportuno del robo. Habíamos planeado salir de luna de miel justo después de la boda, pero tardaron más de lo previsto en prepararlo a nuestro

gusto. Y, bueno, la cuestión es que para el cuatro de julio estuvo equipado, bien aprovisionado y listo para una travesía de prueba. Fuimos barajando la costa hacia el norte, navegando deprisa, navegando despacio, comprobando el radar, el loran, la sonda acústica, la corredera digital, la radio, el Hewlerr-Packard 41-C con las rutas de navegación de esta zona. Probamos el equipo estéreo, el receptor de televisión, la corriente alterna y la continua, los generadores, el piloto automático, la alimentación de baterías, las luces de navegación, la cámara frigorífica, la calefacción, en fin, todo. Y todo iba bien, pero ya me conoces. Hace años que navego, y ya han pasado unos cuantos barcos por mis manos. Sé de sobra que cuando te haces de verdad a la mar, las cosas más imprescindibles son las que antes fallan. También llevábamos provisiones en abundancia, incluso dos cajas del champán ese, Perrier, el que le gusta a Millis.

»La mar estaba en calma, y poco después de mediodía llegué a una calita por la que ya había pasado otras veces, pero que según la carta de navegación tenía poco calado y era preferible cruzarla durante la pleamar. Como aún debían faltar un par de horas para que repuntara la marea, me coloqué al socaire de un islote de arena, arrimándome al máximo para echar el ancla, y retrocediendo otra vez a aguas más profundas. Nuestro plan era viajar a Nueva Inglaterra por el Canal, y en uno o dos días íbamos a ponernos en camino. Estaba convencido de que aquél era el barco ideal para la travesía y tenía muchas ganas de hacerla. Es una de esas cosas que he deseado toda mi vida. Comimos en cubierta y bebimos un poco de buen vino bajo un sol radiante y con una agradable brisa veraniega. Yo me quedé traspuesto, y cuando me desperté, Millis había pasado a nado al islote.

Se interrumpió y echó un vistazo en torno para localizar a Millis. Se hallaba al otro extremo de la enorme terraza, ocupada en los cuadros de flores. La brisa venía del mar, de modo que era difícil que nos oyese. Así y todo bajó la voz, y tuve que inclinar la cabeza hacia él para oírle.

-Estaba muy hecho a la manera de ser de Sadie -dijo- y ahora me está costando horrores acostumbrarme a las rarezas de Millis. Iba por la orilla recogiendo conchas, en cueros vivos. Es una fanática de las cosas naturales, Trav. La comida sana, el ejercicio, y todo eso. No se veía ninguna casa cerca y había un par de barcos, pero también estaban lejos, así que bajé a la plataforma trasera, me metí en el agua y fui hacia donde ella estaba recogiendo conchas, convencido de que me diría que el recato no era bueno para la salud o algo por el estilo. Pero es que, Trav, yo cuando voy desnudo al aire libre ando como encogido. Siempre tengo la sensación de que me va a picar una avispa, o me van a dar una perdigonada, o me voy a topar con un zarzal. Y nadar desnudo tampoco me hace ni pizca de gracia. Los cangrejos, las pastinacas, las medusas.

»Me enseñó lo que había cogido. Llevaba unas conchas moradas y pequeñas y quería que le ayudase a encontrar más para hacerse un collar. Y de repente oí los motores del *Sundowner*. Arrancó a la primera. Yo me imagino que los muy canallas salieron de la cala en un bote, nos vieron cogiendo conchas, vieron el yate, dieron la vuelta para acercarse por detrás, lo abordaron, fueron a escondidas hasta la proa, cortaron el cabo del ancla, y luego lo pusieron en marcha. No encendieron los motores desde el puente, sino desde la cabina donde no podía verles. Lo único que vi fue un ruinoso bote de aluminio a remolque, con el motor levantado. Tenía ese color lechoso que el aluminio coge con el tiempo cuando se moja en agua salada. Y se alejaron hacia el norte, despacio y en línea recta para no anegar el bote. ¿Y sabes qué me dijo el hijo de puta del seguro? Pues me salió con la historia de que dejar las llaves en el panel era negligencia propiciatoria. ¡Habrás visto! ¡Pero si lo teníamos delante mismo! ¿A quién iba a ocurrírsele cerrarlo con llave?

Billy y Millis alcanzaron a nado la estrecha lengua de tierra que se extiende al este del Canal. Él la dejó entre unos arbustos secos y se acercó a unos excursionistas que estaban merendando, les contó sus desgracias y trocó su sello de oro por un blusón playero blanco y rojo para Millis. La pulsera de oro de ella les sirvió de garantía para el viaje de regreso en taxi a Días del Sol, en donde el director residente les dejó entrar a su ático.

-Aún no se me ha pasado el berrinche -dijo Billy-. Millis y yo teníamos tantas ilusiones y tanto cariño puestos en ese barco, y había quedado tan a nuestro gusto. Me cago en...claro que puedo comprarme otros barcos, pero no sería lo mismo. Y además la humillación de tener que ver cómo un pipiolo de mierda se largaba tan campante con el barco, el dinero, el vino, la comida, las tarjetas de crédito, las llaves del coche, las del barco, las de la casa, y algunas de las mejores cañas de pesca que se han hecho. Y nadie ha movido un dedo. Y como había oído que tú resuelves casos que la policía da por perdidos.

-No siempre doy en el clavo.

-¿Y no querrías probar suerte con esto? Treinta de los grandes en dinero contante y sonante serán tuyos en el momento en que vuelva a poner los pies en mi barco.

-Mira, Billy; en los últimos años han desaparecido muchos yates de recreo. Y muy pocos han sido recuperados. No cobro mis servicios según una tarifa fija. De todo aquello que recupero me quedo la mitad, o la mitad de su valor.

Sus pobladas cejas grises se plantaron de golpe en medio de su frente rúbea.

-¿No es un poco excesivo, McGee? Ya se me han ido setecientos veinte en ese sacacuartos.

-No; no es excesivo, porque hablo del valor de lo que recupere. Ese sacacuartos, después de tres meses, ya no es un barco de setecientos veinte mil dólares. Además, los yates robados suelen ir a parar al tráfico de droga, donde la gente no se anda con contemplaciones. Por otra parte, tanto si pierdo como si gano, yo corro con mis gastos. Y, además, buscar una cosa cuya mitad me pertenece es un buen incentivo. Si lo encuentro en buen estado, puedo permitirme otra de esas temporadas de descanso que me tomo de vez en cuando. O, si no, míralo de esta otra forma. Hay una probabilidad contra quinientas de encontrarlo. Una tarifa a secas no despertaría mi interés.

-Caso que me lo devuelvas, ¿cómo fijamos el valor?

-Que lo determine un perito naval previo examen.

Me miró con ceño y me tendió su musculosa garra. Estrechamos las manos y dijo:

-Conforme. Y en confianza, casi te pagaría el valor completo con tal de devolverle la jugada al canalla que se me llevó el barco, dejándome con un ancla Danforth y tres metros y medio de cadena forrada de goma.

Millis terminó con sus tareas en el jardín. Recogió las herramientas, las guardó en un armario azul, y vino a sentarse con nosotros.

-Billy me ha contado que ya en otra ocasión había encontrado usted un barco robado, señor McGee.

-Hace años -le contesté-. Cinco, por lo menos. Era de uno de los cubanos de Batista que dejaron su país por temor a que Castro le cortara la cabeza. Y con el dinero que fue acumulando en una cuenta del Chase Manhattan cuando aún era político en Cuba, se había comprado una casa y un yate a motor y vivía a lo grande. Ese tipo de inmigrantes en concreto no gozan de mi simpatía. Pero, bueno, el caso es que la tripulación era cubana, y la parte desleal al patrón sacó el barco del atracadero de un puerto deportivo de Miami y se lo llevó. En la comunidad cubana, el acontecimiento fue motivo de alegría y regodeo.

-¿Y cómo consiguió usted recuperarlo?

No era una pregunta malintencionada, pero contenía un tonillo hostil. Simplemente un énfasis un tanto anormal en el «usted». ¿Cómo pudo usted hacer algo tan difícil? Y una tenue expresión de desprecio, un asomo de escepticismo en su mirada indolente. La nueva esposa en el largo y contumaz proceso de apartar al marido de sus amistades anteriores.

-Me dijeron dónde encontrarlo. Se llamaba *Aliciente*, pero le habían cambiado el nombre, poniéndole *Priscilla*. A los dos meses de recuperado, lo volaron una noche, con Calderone a bordo, a treinta kilómetros del cayo Hueso.

-¡Que le dijeron dónde encontrarlo! -Su expresión era de manifiesta incredulidad-. ¿Y quién podía tener algún interés en hacer una cosa semejante?

-Millis, si dispusiéramos de un día entero y parte de otro, nos pondríamos cómodos e intentaríamos explicarle todo lo que sé de los refugiados políticos cubanos en Miami.

-Supongo que tiene otras cosas más importantes que hacer.

-Y seguramente usted también.

-Pero ¿qué os pasa? -preguntó Billy, enfadado-. ¿Cómo os habéis podido poner a malas tan deprisa?

Millis se levantó.

-Perdona, Billy. Es que la gente capaz de hacer cosas imposibles me maravilla. -Se dirigió hacia el interior del apartamento y al llegar a la puerta de la terraza se volvió y dijo:- ¿Qué significa en inglés *Aliciente*, señor McGee?

-Tentación -le respondí. Movié la cabeza, sin aparente sorpresa, como si ya supiera el significado de la palabra y hubiese querido comprobar si yo también lo conocía. Percibí algo especial en su mirada, una mezcla de provocación y desafío que contenía una advertencia. Por un instante nos comunicamos tácitamente sin que su marido, plácidamente sentado junto a mí, reparara en nada.

-Disculpa -dijo Billy en cuanto su mujer se hubo marchado-. Se ha empeñado en protegerme de los timadores. Dice que soy muy inocente. Bah, toda mi vida he obrado por instinto y, aparte de tres o cuatro chascos, tampoco me ha ido tan mal. No arriesgo nada aceptando tu oferta. O recupero mi barco por la mitad de su valor en el mercado, o no te pago ni un céntimo.

Dos

Aquel miércoles por la tarde fui al lugar en donde había sido robado el yate. El pueblo situado a orillas de la cala y en el extremo opuesto del puente que atravesaba el Canal se llamaba Citrina. Se hallaba rodeado de infinidad de avenidas y bloques de apartamentos en construcción, y encontrar aparcamiento era un grave problema. El jefe de policía era un gordo jovial con varios dedos de menos en cada mano.

Le entregué una de mis tarjetas de empleado de compañía de seguros y le comenté que cabía la posibilidad de que tuviéramos que pagar por el *Sundowner*, robado a la salida de la cala el anterior cuatro de julio, y que no era mi intención hacerle perder el tiempo pero necesitaba saber si habían hecho algún avance desde la última vez que les preguntamos. Pues si se había hecho algún avance querría decir que aún era posible recuperarlo, y que -guiñándole un ojo- cuanto más tiempo se retiene el dinero, más dinero engendra el dinero.

Sonriendo, me dijo que había elegido una profesión despreciable, y fue a buscar la carpeta.

-Nada nuevo -dijo-. Sigue habiendo dos personas desaparecidas, pero no hay manera de saber si tienen algo que ver con el asunto. Salían juntos y quizá simplemente se hayan marchado a otra parte. -Puso ante mí las dos fotografías. Incluso en blanco y negro saltaba a la vista que el muchacho era un pelirrojo dentado. Tenía el cuello largo, con la nuez prominente, y bizqueaba. La chica era rubia, con el cabello rizado y espeso, sonrisa postiza de corista y acné. Eran fotos de estudio-. Del anuario del instituto -dijo-. De hace dos años. Howard Cannon y Karen McBride. Él es un gamberro; en su casa ha recibido muy mal ejemplo... borracheras, palizas a la mujer. Líos constantes con la policía. Ella es hija de un dentista. La familia hizo lo imposible por separarla de él. La verdad es que se pasaron de la raya. A veces es mejor que las cosas sigan su curso y terminen por sí solas. La mandaron a Wisconsin a vivir con una tía suya, y se volvió en autostop. He repartido copias entre todas las partes interesadas. Me han sobrado algunas, ¿si quiere un par? Al dorso viene la descripción física y los antecedentes de cada uno. Nadie sabe nada de ellos. Ni la familia, ni los amigos. Ya he dado el aviso a todo el mundo para que me informen en el acto si tienen noticias.

-¿Es posible que hayan sido ellos?

-Podría ser. Es muy propio de Howie hacer disparates por impulso. Se sabe que aquel día estaba con la hija de los McBride. El bote de hojalata del muchacho ha desaparecido. Se sentían acosados por todos. Howie se ha pasado la mayor parte de su vida en el agua. Trabajaba en el Club Náutico Tyler, y ella no había querido irse a estudiar afuera, como pretendían sus padres, y trabajaba en el K-Mart. A lo mejor él se acercó simplemente con la intención de echar un vistazo a aquel barco nuevo. Subió a bordo y se encontró con que no había nadie. Vio las llaves, comprobó el nivel de combustible y la convenció a ella para que subiera. Amarró el bote, cortó el cabo del ancla y se marcharon. Quizá fue así. Pero también pudo ser de cualquier otra forma.

-Probablemente se fueron derechos a las islas -comenté-. Allí es más fácil encontrar combustible y un muelle donde atracar.

-El propietario dejó a bordo unos novecientos dólares, e iba bien provisto de todo lo necesario para un viaje largo. Una buena luna de miel para ese par de críos. Habrán encontrado alguna calita en las Exumas. Todo maravilloso hasta el día en que les toque pagar por la juega.

Aquella cálida noche de octubre, Meyer vino a verme a mi residencia flotante, el *Busted Flush*, para que le contara cómo había ido la reunión con Billy. Nos sentamos en el comedor y, extendiendo las fotografías del barco y de los dos sospechosos sobre la mesa, le puse al corriente.

-He estado a punto de echarme atrás y decirle a Billy que sería una pérdida de tiempo, pero esa mujer suya me ha buscado las cosquillas. Así que estoy decidido a intentarlo. Aunque las probabilidades son nulas o casi nulas. ¿De dónde *sacó* a esa Millis?

-Trabajaba para él.

-Eso ya lo sabía. Empezó a trabajar para él... cuánto hace... dos o tres años antes de la muerte de Sadie.

-Por lo que cuentas del aspecto y la actitud de Billy, la relación con ella le ha venido muy bien. Entonces, ¿qué importancia tienen las actividades previas de Millis?

-Simplemente es que hay algo un poco raro, Meyer. Está de muy buen ver. Y lleva una vida regalada. Sin embargo, actúa a la defensiva.

Examinó las fotografías en color del *Sundowner*.

-Inconfundible. Desde luego está claro que no se trata de un modelo industrial. Buena manga. Mucha autonomía. ¿Casco de desplazamiento?

-Sí. Doce nudos de velocidad de crucero máxima. Mil quinientas millas de autonomía.

-A estas alturas ya lo habrán repintado. No muy apropiado para el tráfico de droga. Demasiado pequeño para actuar en las inmediaciones de la costa como nave nodriza, y demasiado grande para llevar a cabo incursiones nocturnas en las playas. Y, sobre todo, demasiado llamativo para ser útil.

Abrí un par de cervezas y las llevé a la mesa.

-¡Huy! -exclamó Meyer.

Es su manera de demostrar sorpresa y satisfacción. Es lo que habría exclamado de haber descubierto la teoría de la relatividad.

-¿A qué viene ese «huy»?

-Estaba buscando algún elemento de identificación que pudiera haber permanecido igual. Fíjate.

Me mostró una foto tomada desde una altura de unos doscientos pies por encima del barco, surcando a velocidad de crucero un mar tranquilo y azul. Tal como la sostenía, la proa quedaba en la parte superior de la foto, y la estela en la inferior.

De entrada no reparé en el detalle, pero al cabo de un momento lo vi con toda claridad. La proa formaba un sombrero de pico. Los salvavidas situados a ambos lados del puente formaban los ojos. El banco tapizado semicircular que rodeaba la timonera formaba la sonrisa de un payaso.

-¡Una cara! -dije-. ¡Es claramente una cara! -Que puede buscarse desde el aire.

Lo cual bien merecía un «huy» de Meyer. Sus diminutos ojos azules brillaban de satisfacción. Por insignificante que fuese el descubrimiento, como punto de partida era mejor que lo que hasta ese momento tenía. Para alguien que se propone despistar resulta muy fácil modificar el perfil de un barco. Pero, ¿quién iba a pensar en el aspecto del barco visto desde arriba?

De manera que guardé bajo llave la fotografía, y nos fuimos a cenar. Meyer me esperó en tanto cerraba mi residencia flotante y activaba mi discreto sistema de seguridad, que me permitiría saber al regresar si había un intruso a bordo, o si había subido a bordo un intruso mientras me hallaba ausente. Al principio Meyer se burlaba de tantas precauciones. Ahora, en cambio, ve las cosas de otro modo y él mismo adopta parecidas medidas cautelares, pese a que la probabilidad de que un economista peludo como él sufra algún percance es mucho menor.

Cuando uno, con sus acciones y la repercusión que éstas tienen en vidas y haciendas ajenas, ha sido causa de desgracia para muchas personas, lo más prudente es vivir como si en cada plato de ducha fuera a encontrarse una pequeña serpiente mortífera, y cianuro en el pastel más apetitoso. Una posible solución al problema es llevar una vida nómada, y cambiar de vez en cuando de centro de operaciones. Pero yo vivo a bordo del *Busted Flush*, en el atracadero F-18 del puerto deportivo Bahía Mar, en Fort Lauderdale, y ahí pienso seguir hasta que el agua sea im potable o el aire irrespirable.

La noche estaba agradable, así que recorrimos a pie los dos kilómetros hasta el Benjamin y allí nos comimos un rico estofado irlandés en una mesa del fondo. Cuando terminábamos, aparecieron dos de las nuevas amigas de Meyer. Denise y Frieda, visitantes inglesas. Las había conocido aquella mañana en la playa, al pedirle una de ellas que identificara a un bicho espantoso que el mar había depositado sobre la arena. A Meyer siempre le hacen preguntas los extranjeros. Inspira confianza. Se trataba de una babosa de mar. Las dos estaban celebrando sus respectivos y simultáneos divorcios, y no hacía falta mucha imaginación para hacerse idea de lo bien que debían sentarles sus trajes de baño. Conseguí zafarme de ellos y regresé al muelle solo.

Al abrir el pequeño panel del mamparo de babor todas las bombillas del sistema de alarma estaban encendidas, anunciándome que no había peligro. Lo desconecté y volví a reactivado una vez dentro. Saqué las fotografías, tomé asiento y las observé.

Me dio la impresión de que los jóvenes de los dos retratos -Cannon y McBride- estaban muertos. Cuando uno mira la fotografía de una persona que sabe que ha muerto, nota algo especial en la mirada. Como si la persona en cuestión previese su destino. Es una percepción intuitiva. Y aquellos dos jóvenes tenían ese aspecto. Me dije que ya bastaba de fantasías y me acosté.

En lo que iba de año había llevado una vida especialmente falta de objetivos. Varios amigos habían muerto en lugares lejanos. En primavera había compartido unas cuantas semanas con una mujer solitaria. Congeniábamos. Nos reíamos de las mismas cosas. Las relaciones sexuales iban bien. Nada volcánicas. Tiernas más bien. Una cadena de balnearios abrió un nuevo establecimiento y enviaron a Lois en calidad de gerente. Empujados por la soledad, intentamos prolongar la relación más allá de lo razonable. Cuando eso ocurre, empieza la simulación, y las dos partes incurrir en la repetición de frases de novelas y piezas teatrales medio olvidadas. Y el montaje se viene abajo poco a poco, como un montón demasiado alto de helado de vainilla. Al final sentimos el vago impulso de estrechamos las manos.

De manera que, guardados en mi banco particular del mamparo de la entrada, me quedaban varios miles de dólares, y el único gasto reciente de cierta consideración había sido la sustitución de mi antigua cadena estereofónica, de todo, el sintonizador, el amplificador, la platina, el plato y los altavoces, por material Pioneer y Sony básicamente. Estaba muy desfasado en materia de alta fidelidad y dediqué todo el verano a grabar en cassette lo mejor de mi discoteca, así como lo mejor de mis cintas magnetofónicas. Creé un sistema de archivos. Durante esos días parecía una mezcla de contable, bibliotecario y director de orquesta. Me pasaba dieciséis horas diarias absorto en las tareas de recopilación, y cuando todo quedó ordenado y clasificado, estaba tan harto de música que no resistía ni una nota aunque procediera de tres barcos más allá. Pero sabía que volvería a escucharla, aunque con calma. Cuando doné los discos y las cintas magnetofónicas, junto con el equipo que había desechado, a la asociación local de amigos del jazz, me quedé con el doble de fidelidad en la mitad de espacio, un sonido muy limpio, cristalino como el agua. y con los oídos embotados.

Aparte de eso, mi otro único gasto fue la adquisición de un nuevo cuadro de Syd Solomon. Me desplazé por carretera hasta Boca Ratón, donde una galería exponía cuadros suyos, y me llevé uno pequeño, treinta centímetros por cuarenta, todo casta y bravura. Había conseguido plasmar un enorme vigor en un cuadro muy pequeño. Si uno pretende atornillar cuadros en los mamparos de un barco, al escogerlos ha de pensar en el tamaño.

No se me ocurría nada más que comprar. El *Flush* iba perfectamente. Mi vieja camioneta, Miss Agnes, una Rolls azul, seguía tan mansa y obediente como de costumbre. Y en la caja impermeable, debajo de todo, aún me quedaban unos cuantos miles.

Presumiblemente, la búsqueda del *Sundowner* no iba a acarrearle subidas de tensión arterial a nadie. A excepción, quizá, de Millis. Tenía muy claro que si el barco se encontraba en manos de los narcotraficantes, yo no quería intervenir en el rescate. Tal vez seis o siete años antes, cuando el negocio todavía revestía cierra inocencia y el artículo más rentable era el cannabis, hubiera sido posible hacer algo. Eran los tiempos en los que entraban en el oficio estudiantillos,

inadaptados y pescadores, en competencia con bandas sin filiación de jamaicanos, colombianos, cubanos y cazadores furtivos de las Everglades. Fue una época turbulenta, con períodos muy difíciles, pero al final llegaron los profesionales y pusieron orden. Aquellos que pretendían seguir en el negocio y mantener su independencia acababan en el fondo del Atlántico o el Caribe, atados a una cadena de ancla, o eran generosamente entregados, junto con sus barcos y todos sus aparatos, a los agentes de aduanas o a la Guardia Costera. En cuanto el negocio de importación estuvo organizado, se revisó la distribución en tierra y, de paso, la circulación de dinero. La cocaína se convirtió en la principal fuente de beneficios. La hierba abultaba demasiado. Colocaron cocaína por todo el país, y controlaron el suministro para mantener en alza los precios. Gran parte podía entrarse mediante lanchas de apariencia inofensiva. Gracias a la Armada, a la Guardia Costera y a los agentes especiales, las incursiones en embarcaciones menores resultaban demasiado arriesgadas para los simples aficionados. Desapareció el tráfico por diversión, y todo el negocio fue a parar a manos de unas cuantas familias de la mafia que, tradicionalmente interesadas en mantener Miami como zona neutral, aunaron sus esfuerzos para hacer funcionar con fluidez y eficiencia la máquina del dinero, sobornando o quitando de en medio a tantos agentes de aduanas como convino para reducir las pérdidas a un porcentaje aceptable.

Ir a buscar el balandro de Hubie a Marigot Bay había sido una buena ocasión para descansar. Siempre que el tiempo nos permitía mantener fija la derrota durante largos trechos, me pasaba horas realizando los ejercicios que Lois me había enseñado. Me había contado que en Pekín, por las mañanas, se veía por las calles a muchos chinos solos haciendo esos mismos ejercicios de desentumecimiento. Se llaman Tai Chi Chuan, y son una especie de imitación de un combate a cámara lenta, y sin rival. Al principio me sentía ridículo. Lois me decía:

-A tu edad es muy importante conservarse ágil y flexible. Cada vez que realizas el mismo movimiento, tienes que hacer el esfuerzo de doblarte un poco más, de llegar un poco más lejos.

-¿A mi edad?-le contestaba yo.

-Es la edad a la que aparece una tendencia a aceptar la limitación del movimiento de las articulaciones.

-¿Y tú cuántas flexiones de brazos eres capaz de hacer?

-Eso no tiene nada que ver.

Y de este modo el McGee post-Lois y postravesía se había puesto en los noventa kilos, tenía la piel curtida de un marinero y podía competir en combate a cámara lenta con cualquier chino de cincuenta kilos.

El jueves por la mañana fui a ver al Irlandés y me lo encontré en su despacho, al fondo de un hangar arrendado, en el aeropuerto de uso público de Southdale. Me indicó que tomara asiento en una silla rota de mimbre y continuó aporreando con dos dedos el teclado de un ordenador Apple IIe, copiando los datos de un bloc amarillo, y protestando cada vez que se equivocaba y tenía que rectificar en la pantalla. Pasó la información a un disco, la imprimió y después cotejó la copia con su hoja amarilla. A continuación activó el módem y envió los datos por teléfono. Se retrepó en su chirriante silla, y aguardó. Pulsó un par de teclas. De pronto la impresora cobró vida y empezó a triscar; picó al parecer una página entera de información y se detuvo.

El Irlandés suspiró, arrancó la hoja y, tras leerla atentamente, la hizo a un lado con un gesto brusco.

-Este jodido oficio se está complicando cada día más.

-¿Para qué era todo eso?

-Son un par de programas que se llaman DataPlan y OpsPlan. Tengo tres aparatos que puedo poner a volar y he de informar de mis planes y rutas para los tres próximos días, de los vuelos charter y del transporte de paquetes. De cayo Hueso a Marco a Fernandina Beach a Venice a Georgetown a Abaco a la Great Exuma a Clearwater a Staniel Cay... y al carajo, Trav. Y si no informo, o cambio el plan de vuelos sin avisar con la suficiente antelación, o el viaje dura una hora más o una hora menos, se me echan todos encima como moscas y me caen multas, sanciones, des-

montan hasta el último panel desmontable del avión y lo revuelven todo en busca de polvo. De todas formas, con este trasto es mucho más fácil que antes llevar el negocio, pero tuve que pagarle a una gachí para que se estuviera aquí conmigo dos semanas, enseñándome a manejarlo. De buena gana traspasaría el negocio. De hecho, ya hay dos interesados que me van detrás. Pero, ¿qué iba a hacer entonces? ¿Pasarme el día sentado en la terraza de casa? El golf no me va; la tele no me va; y si tomo el sol me salen manchas. En fin, ¿qué vienes a pedirme esta vez?

-¿Todavía te dedicas a la fotografía aérea?

-Pues sí. Y todavía utilizo la vieja Aeronca Champ.

-Aún vuela esa carraca.

-Y seguirá volando cuando nosotros ya no estemos aquí para verlo con tal que haya alguien que la quiera hasta el punto de hacer fabricar las piezas cuando vayan estropeándose.

-Esto es lo que busco; pero que quede entre nosotros.

-Deslicé la fotografía sobre el escritorio en la misma posición en la que Meyer había descubierto la cara.

Me miró con la boca abierta y expresión de asombro.

-¿He oído bien, McGee? ¿Estás buscando un triste barco? ¿En Florida?

-En Florida y en cualquier sitio al que puedas llegar con ese trasto.

-¿Tienes intención de pagarlo en concepto de misión especial?

-Si es posible, no. No tengo diente que corra con los gastos. Todo va a cuenta mía. Preferiría que te dedicaras a ello al tiempo que haces otros trabajos. Basta con que tomes fotografías cuando sobrevuelas un grupo grande de barcos, ya sea en un club, en un puerto deportivo, en los muelles de un pueblo, o en cualquier parte. Y cuando veas un yate solo en un canal o en el mar, fíjate en si parece una cara.

-¿Una cara? ¡Ah, sí, ya la veo! Pero, ¿te haces idea de cuantos barcos sobrevolamos yo y mis pilotos a diario?

-Con que me envíes las películas ya vale. Aquí tienes sobres con el sello y la dirección. Ya me encargaré yo del revelado. Blanco y negro. Grano fino.

-Trabajaré con gran angular; cubre un área mayor. Así que haz ampliaciones de, pongamos, veinte por veinticinco. Compré una Nikon C3 provista de un dispositivo automático para fotografiar lo que hay justo debajo del avión a través de un agujero en el suelo, con un cable largo conectado al disparador. Pero la Champ no la llevo a las islas. Has dicho que era un asunto confidencial, y yo tampoco suelo volar por esa zona. Pero siempre que me puedo permitir una escapada, no me desagrada salir a volar con la Champ, despacio y a baja altura. Dicho lo cual, llega el momento del gran interrogante.

-Lo esperaba. Y si lo encuentras, ¿qué? -dije.

-Desde luego es como buscar una aguja en siete pajaros, pero, exacto, ¿qué hay si lo encuentro?

-Te corresponderían entre veinte y treinta mil.

-¿Y si no lo encuentro?

-Pierdes algún que otro carrete de fotografía y unas cuantas horas de vuelo. Y ya intentaremos consolarlos mutuamente.

-McGee, recuérdame que no te pregunte nunca de qué vives.

-Me da que desde el aire todos los puertos deportivos deben parecer iguales; ¿qué pasa si...?

-Amigo mío, soy un profesional. Hago una relación ordenada de todas las fotografías y la lista te llegará junto con la película.

Una mujer delgada vestida con un chándal blanco y rojo entró en el despacho, cartapacio en mano.

-Irlandés, ya está todo listo, salvo que todavía no han llegado los pasajeros.

Renegó y después lanzó una ojeada al reloj de pared.

-Dales otros diez minutos y luego despegas, estén aquí o no. La carga debía llegar a Cayo Hueso a las once y media. Ah, Carleen, este es un amigo mío que se llama Travis McGee. Trav, te presento a Carleen Hooper, nuestro mejor piloto; después mío, claro está.

-Por supuesto -dijo ella, sonriendo, al tiempo que nos dábamos la mano. El Irlandés me explicó que a Carleen le encantaba trabajar, y además tenía tres hijos pequeños que mantener-. Antes hacía acrobacias aéreas con su marido en un Mooney 231 modelo bimotor. Él se mató y ella no quiere volver a los vuelos de alto riesgo hasta que sus hijos crezcan.

Me quedé allí un rato más para darle ocasión de quejarse como de costumbre de que las excesivas regulaciones impedían organizar vuelos a las pequeñas empresas, y de que la falta de reglamentos impedía ganar dinero a las grandes compañías.

Tres

El martes, nueve de octubre, recibí tres carretes de película del Irlandés. Los llevé a unos grandes laboratorios comerciales y hacia las cinco de la tarde, la hora de cerrar, tenía en mis manos alrededor de noventa fotografías, tamaño veinte por veinticinco, en papel brillante.

En cuanto subí a bordo del *Flush*, gracias a la relación ordenada de los momentos de exposición que el Irlandés había adjuntado, pude anotar al dorso de cada fotografía el lugar en donde había sido tomada. En seguida me di cuenta de la magnitud de la tarea. Los puertos deportivos grandes semejaban arroz crudo esparcido a puñados sobre laberintos negros. Bajo la lupa, el arroz se tornaba en los flamantes juguetitos de los propietarios de yates, cromo y latón, barniz y plástico, abrazaderas y pescantes, y antenas, lona y teca.

Iba a llevarme buena parea del resto de mi vida escrutar embarcación por embarcación en busca de la sonriente cara. En Florida había demasiados barcos. Cogí la lupa y el montón de fotografías y fui a ver a Meyer a su barco, el *Thorstein Veblen*. Es más grande y espacioso, más luminoso y ventilado que el *John Maynard Keynes*, el claustrofóbico barquito que tenía antes. Pero ese economista peludo ya estaba empezando a emparedarse entre libros, folletos, mapas, trabajos de investigación y vasos de agua llenos de lápices de afiladas puntas.

Él organizó la búsqueda. Se requirió una pantalla, un proyector plano y una copas para el rato de espera hasta que oscureció. Cada fotografía necesitaba cuatro proyecciones, pues el aparato sólo reproducía holgadamente una porción de fotografía de diez por doce centímetros. Meyer diseñaba una plantilla para cada fotografía. Cuando identificábamos un modelo industrial del que sabíamos que tenía cincuenta y cuatro pies de eslora, Meyer recortaba un trozo de cartón en forma de U para comparar tamaños. Con la plantilla era fácil y rápido detectar en cada segmento de cada fotografía los barcos de cincuenta y cuatro pies. Como las fotografías se habían tomado a distintas altitudes, entre los trescientos y los quinientos pies, era preciso recortar una nueva plantilla para cada una. Si el objetivo de nuestra búsqueda, como bien observó Meyer, hubiera sido una embarcación entre veintidós y cuarenta pies, la tarea, ya de por sí difícil, habría resultado prácticamente imposible. Ciertamente había demasiados. Cuando se nos acostumbró la vista, pudimos prescindir de las plantillas. Los ojos se familiarizaron con los tamaños relativos de la iterativa combinación de embarcaciones de recreo, y localizábamos de inmediato las zonas de los puertos en donde se hallaban atracadas las mayores.

Nos encontramos con varios barcos que podrían haber sido el Sundowner, pero al comparados con detenimiento surgían diferencias estructurales básicas que difícilmente habrían podido modificarse. No tardamos en convertirnos en expertos en la inspección de barcos desde arriba. Los veíamos en puertos, navegando en flotilla, desfilando por los canales, amarrados en muelles particulares y surcando el mar abierto.

Pasaba un poco de las doce de la noche cuando examinamos la última fotografía. Meyer apagó el proyector. Me escocían los ojos y los tenía cansados. Un rato antes, Meyer había sacado un paquete de su temible chile para que fuera descongelándose. Nos lo partimos y, muerto de sueño, volví al *Flush*, donde, en prevención, tomé un par de comprimidos antiácido antes de meterme en mi solitario y grandioso lecho del camarote principal.

El sábado me llegaron cuatro carretes más, demasiado tarde para llevados a revelar antes del lunes, día quince. En la sesión del lunes por la noche todo fue mucho más rápido. Distinguíamos la forma y el tamaño correctos casi al instante. Pero la tarea era ardua. Pronto tuve la sensación de que estábamos viendo una y otra vez la misma media docena de fotografías. No dejábamos de bostezar. La posibilidad de dar en el clavo mantiene constante el flujo de adrenalina, pero cuando el premio se retrasa indefinidamente, el cerebro flaquea.

Y por eso, pasada una semana, el día veintidós, cuando el premio apareció en la segunda de las setenta fotografías que teníamos preparadas para el nuevo escrutinio, nos cogió por sorpresa.

-¡Eh! -exclamamos-. ¡Y ése qué! ¿Qué me dices?

El éxito había empezado a parecernos tan sumamente improbable que nuestra alegría fue desproporcionadamente grande y duradera. Había anotado al dorso los datos proporcionados por el Irlandés. Decía: «Cayo Big Pine, extremo oeste; domingo, 14 de octubre.» Meyer trató de regular el foco para conseguir una imagen lo más nítida posible. Del lado de la bahía de Florida, no muy lejos del puente del sur, había veintidós barcos atracados en unos ruinosos muelles, en apariencia de un pequeño puerto comercial. Varios estaban provistos de batangas y parecían embarcaciones de pesca arrendadas.

De todos los que allí había amarrados, el *Sundowner* era el mayor. Nos sonreía.

Aún no podía comunicárselo a Billy, porque sólo sabía que había estado allí ocho días antes.

El martes, de madrugada, salí rumbo a los Cayos al volante de una camioneta blanca descubierto, marca Chevy, vetusta y destartada, con unas enormes y ruidosas ruedas para circular por arena, y una matrícula de Florida tan vieja que más allá de un metro no se veían sus números verdes sobre fondo blanco. Yo llevaba una camisa y un pantalón caquis, deslabazados a fuerza de sol y salitre, y una gorra roja de béisbol sobre cuya visera rezaba Bay City Bandits. Calzaba un raído par de zapatillas New Balance grises, sin calcetines. Llevaba una gafas oscuras de aviador, y de mi cinturón, en el costado derecho, colgaba un cuchillo de pesca en su funda. Para protegerme del frío matutino me había puesto un pasamontañas, que me quité en cuanto asomó el sol.

La camioneta me la había dejado Sam Dandie. Vive a bordo del *Merla S.* en Bahía Mar, siempre acompañado de alguna de sus sobrinas. Les gusta ir a visitarle, afirma él, muy seriamente y moviendo la cabeza. Cuando tenía treinta y ocho años inventó el indicador de flotación Dandie, y desde entonces no ha vuelto a trabajar. Muy generosamente, dedica todo su tiempo a las sobrinas. Me presta su camioneta como parte de un trato. Le encanta conducir a Miss Agnes. Me hace constantes ofertas de compra. En vano. Yo se la dejo y él lleva a alguna de sus sobrinas a Disneylandia para pasarlo bien un par de días. Alquila uno de esos bungalows donde se lo traen a uno todo sólo con pedido para que no haya necesidad de salir. Disneylandia, a lo sumo, debe verla en fotografía.

Mientras conducía, revisé mis pertrechos. Llevaba una nevera vieja y desvencijada que contenía hielo y dos paquetes de seis latas de cerveza cada uno. Tenía mi vieja caña de pescar metálica, y llevaba la enorme caja negra para los aparejos de pesca llena de anzuelos triples, anzuelos rotatorios, sedal, soportes giratorios, garfios y demás artefactos. Y en el fondo, debajo de la última bandeja, se hallaba la plana y mortífera pistola automática de 9 mm con un cargador escalonado de catorce balas, envuelta en un trapo grasiento. No había balas de repuesto. Si con catorce no basta, es que no hay nada que hacer.

Salvo por el arma, no veía razón alguna para que pusieran en duda mi palabra si me presentaba como albañil.

Ya en Big Pine, me costó un poco orientarme. Las cosas, vistas desde las alturas, revisten un aspecto distinto. El puerto en cuestión se llamaba Starfish. El aparcamiento se hallaba junto al edificio central del puerto, una monolítica estructura de cemento. Desde allí se veía el sitio donde había estado atracado el *Sundowner*. Y, como cabía imaginar, ya no estaba. La suerte siempre se presenta en pequeñas dosis.

En el interior, la limpieza y la claridad superaban mis previsiones. Había estanterías de pie con productos para la pesca, una vitrina con carretes, un armario mural con cañas de pesca, un par de neveras y, contra una de las paredes, una larga hilera de recipientes, llenos de distintos tipos de carnaza, por los que fluía el agua constantemente. Un individuo corpulento, con un mugriento delantal de lona, extraía peces muertos de uno de los recipientes hacia la mitad de la hilera con una redeña y los echaba a un cubo.

-¿Qué? ¿Son buen cebo?

Me miró de soslayo.

-Pues como cebo suele usárselos.

-Me refiero a esos de ahí, los de los ojos grandes. Tienen pinta de desmenuzarse mejor que los otros.

Al terminar, dejó la redeña en el cubo y se irguió.

-¿En qué puedo servirle?

-¿Ha venido por aquí un tal Al preguntando por mí?

-¿Y usted quién es?

-Me llamo McGee.

-Que yo recuerde nadie ha preguntado por usted.

-Ya aparecerá. Nos interesaría alquilar un barco. Eso si se presenta. Una de esas lanchas verdes que hay ahí fuera ya nos valdría. Veinte caballos y depósito de reserva. En fin, algo corriente.

-Pero, ¿lo va a alquilar o no?

-Si mi amigo se presenta, sí. La última vez que vinimos por aquí nos fue bastante bien.

-No recuerdo haberle visto por aquí antes.

-La última vez no salimos exactamente de este puerto. Era uno un poco más abajo. Pero subimos en esta dirección. Cogimos algunas truchas de buen tamaño.

-Y si se presenta el otro, ¿para cuánto tiempo querrán el barco?

-Volveríamos hacia la noche. ¿Por cuánto nos saldría?

-Si salen de aquí a media hora, digamos que unos treinta dólares, más el combustible.

-Un poco caro, ¿no?

-Es la tarifa vigente. Deje el coche en el aparcamiento y no hará falta depósito.

-Es la camioneta blanca que hay al lado del poste de alta tensión. Se asomó a la ventana y asintió. Se acercó a la caja registradora y cogió su paquete de tabaco. Mientras encendía el cigarrillo, le pregunté:

-¿Es usted el dueño de esto?

-A medias con el banco.

-Le envidio; de buena gana le cambiaría el trabajo.

-¿Usted a qué se dedica, McGee?

-Soy albañil. Pero ya no es lo que era. Ahora nadie se preocupa de hacer bien las cosas. Se trabaja de cualquier manera para vender en seguida, y si la chapuza no se viene abajo antes de cobrar ya está bien.

-Qué razón tiene, amigo. Hace dos semanas, sin ir más lejos, me llegó una remesa de seis carretes. Marcaban un precio de venta de treinta y nueve con noventa y cinco la unidad. Pues cuatro eran defectuosos. Así que carga con los gastos de devolución a la casa y espera dos o tres meses a que los repongan o a que reembolsen el dinero. Y si les llamo, me sale un contestador automático.

-Menos mal que aún se ve alguna que otra cosa bien acabada.

-¿Como qué?

-Pues como un yate grandioso, de diseño exclusivo, que Al y yo vimos precisamente en este mismo puerro la última vez que salimos a pescar hará... no sé, era un domingo, ah, sí, el domingo de hace dos semanas. Se lo veía muy elegante, y debía costar lo suyo; además parecía muy sólido. Mediría unos cincuenta pies al menos, incluso puede que más. Allí estaba atracado, al final de ese muelle.

-Un buen barco, sí; pero lo tenían muy descuidado.

-Es una pena que algo así se eche a perder. ¿Cómo se llamaba?

-*Lazidays*. Con matrícula de Biloxi. Venía de Yucatán. Lo llevaba un chaval pelirrojo que se las daba de listo. Le acompañaban dos chicas. -Abrió un cuaderno azul-. John Rogers se llamaba. Llegó el sábado por la noche, y se marchó el lunes de madrugada. El barco medía cincuenta y cuatro pies. Él solito se me comía medio puerto. Cuando vi cómo lo tenían de abandonado les obligué a pagar por anticipado.

-¿Y de dónde ha dicho que venían?

-De México, de Yucatán. El pelirrojo se lo callaba, pero una de las chicas, la rubia, me lo dijo. Entró a comprar cervezas y me preguntó si aceptaba pesos. Se los cogí, porque mi hija pequeña colecciona monedas. Por un dólar me dio cuatro monedas distintas. Se rascaba las piernas sin parar y me contó que en Chetumal había una de mosquitos terrible. Le pregunté que dónde estaba eso y me dijo que en Yucatán.

- Me imagino que en estos tiempos registrarán a fondo los barcos que vienen del oeste o el suroeste.

Se encogió de hombros.

-A veces sí, a veces no. Y de todas maneras ya no hay tantos como antes. De la gente de por estos alrededores que se metió en el negocio, unos están presos y otros ni lo han contado. Yo no tendría valor. Incluso utilizan satélites. Así que ahora o se hace por aire o de noche y con barcos muy rápidos. Y no es asunto mío si un barco que está atracado en estos muelles ha sido registrado o no.

-Ni mío tampoco -dije-. ¿Cuánto cuesta este anzuelo Mira?

-Cuatro con veinticinco sin impuestos.

-Creo que me lo quedaré. Yo tenía uno parecido pero me lo retorció un róbalo enorme en Chokoloskee Bay.

-Es difícil hacerlos picar.

-Puse una tira de carne de la ventrecita de un pescado en el último gancho de atrás y después lo moví por el agua como un pececillo herido. Por lo visto suelen picar los más grandes. ¿Los róbalos acuden a éste?

-Con los róbalos nunca se sabe, tan pronto pican cualquier cosa como no pican con nada.

-Yo no he atrapado nunca ninguno.

-Cuando se pesca uno, es inolvidable. Pero es mejor salir a pescarlos con un guía.

-Eso, amigo mío, no está al alcance de todos los bolsillos. -Me dirigí hacia la puerta y me asomé-. A ver si Al ya no tarda mucho.

-¿Si quiere llamar por teléfono para preguntar a qué hora ha salido?

La sugerencia era razonable, así que telefoneé a Meyer al Veblen a cobro revertido, y cuando contestó, dije:

-¡Al! ¿Qué haces todavía en casa, Al? Estoy esperándote en el Club Náutico Starfish. ¿Te habías olvidado?

-No, no me había olvidado, McGee. He intentado ponerme en contacto contigo antes de que salieras, pero ya te habías marchado. He cogido la gripe.

-Pues ya podrías haber llamado aquí.

-Se me había olvidado el nombre. Recordaba dónde estaba, pero el nombre no me venía a la memoria.

-¡Valiente amigo estás tú hecho! ¡Muchas gracias, eh! -dije, y le colgué.

Se lo expliqué al dueño del club, que me expresó su condolencia. Le agradecí su ayuda y me dispuse a marchar, pero antes de salir, me volví y dije:

-¿Partió de nuevo con rumbo a México ese Lazidays?

-Ni lo sé, ni me importa. ¿Y usted qué interés tiene en saberlo, McGee?

Tenía la expresión impasible que surge con la sospecha súbita. Había insistido demasiado en el tema. Hice un gesto de indiferencia y volví a aproximarme a la caja.

-Pues no sabría decirle. Cuando vi aquella maravilla de barco amarrado ahí afuera, Al se rió de mí porque le dije que quería volver por aquí a echarle otro vistazo. Toda mi vida he soñado con un barco como aquél. Si me hiciera rico... aunque ahora ya es tarde para eso... me compraría un barco así. De hecho le propuse a Al que quedáramos en este puerto pensando que, con un poco de suerte, aún podría volver a verlo. Y supongo que por eso le he preguntado hacia dónde se fue, por si hay alguna posibilidad todavía de echarle otra ojeada.

-Si lo viera de cerca no le gustaría tanto, no le quepa duda. -Me habló con naturalidad; el brote de sospecha había remitido-. No tengo ni idea de adónde se fueron. El pelirrojo entró a comprar un mapa de esta zona de la bahía de Florida. Llenó los depósitos y cargó provisiones. ¿Ve aquella gasolinera que hay a la izquierda, al otro lado de la carretera? Hizo varias llamadas desde la cabina telefónica que está en el paseo que sube por detrás de la gasolinera. Podría haber llamado desde ese mismo teléfono que usted ha usado. Cualquiera que pague la cantidad de gasoil que él cargó, tiene derecho a usar gratis el teléfono, siempre y cuando no sean conferencias. Quería que instalaran aquí dentro un teléfono público, pero por alguna estupidez no han dado el permiso. Si iba hacia el este, a lo mejor prefería no alejarse de la costa. Aunque tiene barco de sobra para cualquier travesía y el tiempo se presta. En fin, no sé hacia dónde se dirigió.

De regreso a Miami, me detuve en el siguiente cayo, y compré el mismo mapa del Servicio Geodésico Costero. Me acomodé en el asiento de la camioneta, a la sombra de un árbol relativamente grande. En la zona central de los Cayos, no hay árboles gigantes. Los arrasan los huracanes. Aquél en particular crecía robusto en espera del próximo torbellino. Probablemente, de pequeño ya había sobrevivido a un par, cuando todavía era capaz de cimbrarse hasta barrer el suelo. Recordé la advertencia de Lois sobre la necesidad de conservarse flexible. Allí sentado, observé el caos de islas y bancos de arena de la parte norte de los Cayos centrales. Telefoneé al Irlandés desde una cabina tan caliente que hube de tomar medidas precautorias para levantar el auricular. El contestador automático me dijo que dejara un mensaje. En mi mensaje le sugería dónde podía meterse el contestador. Crucé la carretera y tomé una comida rápida. Unos kilómetros más adelante oí las noticias de las tres. Aparte de estar muriendo infinidad de hombres insignificantes en un sinfín de guerras insignificantes, y de haberse originado una perturbación atmosférica tropical fuera de temporada más allá de las Windward, no pasaba nada.

Después fui directamente al hangar del Irlandés en Southdale. Carleen Hooper se hallaba sentada junto al escritorio del Irlandés. Llevaba un chándal verde pálido. Tenía el pelo rubio, y lo llevaba corto y despeinado; infinidad de arrugas surcaban su rostro cetrino y ojeroso. Me sonrió y dijo:

-Suscribo tu sugerencia sobre el contestador automático, McGee.

-No sabía que lo escucharía usted, señora Hooper.

-Llámame Carlie, por favor. El Irlandés está al llegar. Y yo he de rellenar este impreso para la Agencia de Aviación Federal. No gana una para sustos; esta mañana, viniendo de Orhindo, volaba, como me habían indicado, a una altitud de doce mil pies, que es un poco por encima de una capa en donde se forman algunas nubes, y de pronto aparece un ultraligero. Yo no sabía que subieran a más de doscientos pies. ¿Qué hacía aquél a doce mil? Yo iba a unos cuarenta nudos, que vienen a ser unos trescientos ochenta kilómetros por hora. Estaba a punto de poner el piloto automático, y si llego a hacerlo, me lo cargo. He tenido el tiempo justo de dar un ligero tirón que ha elevado el ala derecha por encima de su aparato y hasta le he visto la cara de refilón. Me parece que le he quitado siete años de vida, y él a mí al menos una semana. He virado para tomarle el número, pero esos trastos no se han de matricular. Llevaba las letras MX en el timón. He estado tentada de hacerle un par de pasadas de aviso, pero con la suerte que yo tengo -le habría arrancado las alas. Además, ya descendía. Me lo ha indicado con señas. ¿No tiene gracia la cosa? Perdone señora; pero he de bajar este cacharro a repostar. Si de mi dependiera, les marcaría un techo de operaciones de mil pies y no les permitiría volar a menos de cuarenta kilómetros de cualquier aeropuerto. Parecen mosquitos alizados.

Le comenté que el fulano del ultraligero podía considerarse afortunado por haberse cruzado con una piloto de tan buenos reflejos. Me paseé por el despacho, mirando los recuerdos que el Irlandés había colgado en los dos tabiques de madera de su despacho. Los otros dos, de un metro para arriba, son de cristal, lo cual le permite controlar lo que ocurre en el hangar. En una fotografía aparecía el Irlandés en una pista de aterrizaje en traje de vuelo y casco en mano, frente

a lo que parecía un bombardero de la Armada de la Segunda Guerra Mundial. Llevaba fecha del 10 de febrero de 1942. El Irlandés debía tener unos quince años.

Cuando entró, lo llevé a un rincón del hangar, lejos de los dos mecánicos que estaban a punto de terminar la jornada, y le expuse la situación. Le enseñé el mapa, en donde previamente había marcado el área que debía cubrirse.

-Muy bien -dijo-. A baja altitud. En color. Especial atención a posibles escondrijos. Hoy es martes. Antes del sábado me es imposible. Me supondrá un día entero. Utilizaré la Champ y hay que contar con un par de altos para repostar. ¿Qué te parecen cuatrocientos? Te hago precio especial.

-¿El combustible aparte?

-Naturalmente.

-El problema es que salieron del puerto el lunes, día quince, de madrugada. El sábado ya habrán pasado doce días. ¿No hay forma de que pueda hacerlo algún otro? ¿Carlie? ¿O quien sea?

-¿Tanta prisa hay?

-Es que noto algo en la parte baja de la columna. Entre la cuarta vértebra lumbar y la quinta. Es el punto de los presentimientos. Me da que han traído algún cargamento, y que la entrega va a llevarse a cabo en esa zona. O quizá van a recoger algo.

-Déjame que repase los horarios.

Consiguió cambiar su pequeño programa de vuelos para disponer de la mañana del día siguiente.

Se fue al fondo del hangar para revisar su vieja amiga amarilla, la Aeronea 7 AC Champion, un monoplano de ala alta, seis metros y medio de envergadura, una única hélice de madera, trescientos treinta kilos, capacidad para dos pasajeros, trece galones de combustible y veinte kilos de equipaje; velocidad máxima a nivel del mar: ochenta y dos nudos.

-Llévame contigo -le pedí.

Me miró de arriba abajo y sacudió la cabeza con aire de tristeza.

-Entre tú y yo juntos venimos a pesar como tres personas, McGee, y yo nunca fuerzo a mi pequeña Champ. Una vez la hice volar a velocidad mínima contra una brisa que soplab a sesenta kilómetros, y empezó a retroceder a ocho o diez kilómetros por hora. Miraba abajo y veía los campos corriendo del revés. Una sensación extraña. Verás lo que voy a hacer. Le acoplaré un dispositivo Polaroid a la Nikon, y si el viento está en calma, iré cambiando el cartucho. Si hay viento, estaré demasiado ocupado. Pásate por aquí hacia el mediodía.

Cuatro

Como cabía la posibilidad de que tuviera que volver a los Cayos, me vestí y me equipé de nuevo en consonancia con la vieja Chevy de Sam Dandie. Llegué al hangar a la una menos cuarto y, mientras aparcaba, el Irlandés vino hacia mí corriendo torpemente y con una amplia sonrisa.

-McGee, no me había atrevido a decirte la falta que me hacen esos veinte o treinta billetes de los que me hablaste. Por superstición, supongo. Fíjate en esto.

Traía cuatro fotografías del barco, en gruesa película Polaroid, tomadas desde una altitud menor a la que venía siendo costumbre. Una desde arriba, otra de la popa desde una altura mucho menor y tan nítida que hasta se leía el nombre, y la tercera del lado de babor. La cuarta, desde una altura de varios cientos de pies, mostraba al barco embarrancado entre unos mangles.

-Creo que no hay nadie a bordo -dijo.

-¿Por qué lo crees?

-Después de tomar esta foto, ésta en la que iba a mayor altitud, he bajado y he tomado esta otra desde encima mismo, pensando que saldrían a la cubierta como hace siempre la gente al oír los estampidos y el resuello de la avioneta, creyéndose que se va a parar... cosa que nunca ocurre. Al ver que no salía nadie y que no había más barcos en las inmediaciones, he hecho una pasada rasante desde babor. He sobrevolado esta extensión de agua y he buscado un buen ángulo. He fijado la cámara en la posición adecuada. En las dos primeras fotos he errado el tiro. En una ha salido agua; en la otra, mangles. En la tercera pasada lo he cogido de pleno. La fotografía de la popa la he conseguido a la primera. No he podido fotografiar la proa, porque estaba envuelta por los mangles, ¿lo ves? Y a pesar de todo eso no ha salido nadie a la cubierta, y ya eran las nueve de la mañana. Entonces he vuelto aquí directamente. Está vacío, pero no parece que lo hayan desmantelado. Fíjate. Hay un bote en buen estado, y esto de aquí es una caña con un carrete de arrastre que alguien se dejó en la galería lateral. Así que no puede llevar mucho tiempo vacío. En estas aguas se desmantela en seguida a los barcos abandonados.

-¿Esto qué es?

-Alguien ha cortado ramas de mangle para ocultarlo. Pero es muy grande. No cortaron suficientes, y como ya llevan un tiempo cortadas, las hojas se han arrollado.

-¿Dónde está exactamente?

-A quince o veinte kilómetros, dirección nor-noroeste, del sitio donde lo había fotografiado la otra vez, en el cayo Big Pine. Está en medio de un montón de islitas al norte del cayo Big Torch, varado en esta isla en forma de herradura. -Trazó una X en mi mapa-. Mira, en esta fotografía se ve el embocadero. Muy estrecho. Por mar no se lo divisa desde ningún punto. Habría que entrar a la ensenada para encontrarlo. ¿Vas a avisar al dueño?

-Antes le echaré un vistazo.

-¿Vas a ir con la policía?

-Me parece que primero le echaré ese vistazo.

-Amigo, no me gustaría que ese capital se me escapara de las manos.

-Irlandés, tú no te preocupes.

El jueves por la mañana, al despuntar el día, salí del cayo Ramrod, de un lugar llamado Faulkner's Fish Camp, en una lancha de madera con un motor de veinte caballos, una nevera para la cerveza, aparejos de pesca, caja de aparejos, unos prismáticos de diez aumentos y un cubo de carnaza lleno de inquietos camarones. Forcé el motor tanto como daba de sí, y cuando llegué a la zona, me perdí tres o cuatro veces entre las islas hasta que, al mediodía, encontré el canal que conducía al interior de la pequeña ensenada protegida a un lado por la isla en forma de herradura, y al otro por un angosto bajío poblado de mangles. Soplaban una suave brisa del norte, suficiente para rizar la superficie del agua. Allí estaba, y a medida que me aproximaba a él, más vergonzoso

resultaba el espectáculo -parecía una señora elegante celebrando la Noche Vieja en un bar de dudosa reputación.

Habían repintado buena parte de su barniz de color verde lavabo, y la pintura empezaba a desconcharse. Me acerqué lentamente a la popa. Supuse que bajo el nuevo forro exterior, del mismo gris que la madera de deriva sucia, atornillado a la popa y con el rótulo **LAZIDAYS** pintado encima, encontraría la palabra **SUNDOWNER** en gruesas letras doradas. Un brusco cambio de dirección de la brisa alteró el pergeño del barco y el cariz del día. Traía el hedor dulzón y maduro de la muerte y la putrefacción. Apagué el motor e hice virar la lancha a fin de apartarla de aquella corriente de fétido olor, y en tanto maniobraba, reparé en la presencia de tres águilas ratoneiras posadas en un mangle muerto que descollaba por encima de los demás. Centinelas negros estorbados por la configuración de un yate. No osaban bajar al interior del barco, descender los peldaños que las separaban del festín. En muy raras ocasiones se dejan ver por las islas, sólo cuando una marea roja vierte enormes peces muertos en las playas lodosas. Tengo un amigo que ponía en duda la palabra de los especialistas que sostienen que las aves carecen de sentido del olfato, y un verano en las tierras del interior, al norte de Sarasota, hizo la prueba. Durante unos cuantos días, antes del alba, escondía un trozo de carne bajo un cajón blanco de madera, y colocaba varios cajones idénticos, pero sin carne, repartidos por los alrededores. Las águilas ratoneiras volaban un rato en círculo sobre los cajones, y siempre aterrizaban torpemente en torno del cajón con el señuelo, sin hacer ningún caso de los restantes.

Pero comprendió que muy probablemente no tenían un sentido del olfato en extremo agudo, sino una vista finísima. Las moscardas llegan siempre primero. Tienen un abdomen brillante, verde azulado y de aspecto metálico, y quizá las águilas perciben los destellos a una altura de trescientos metros. La naturaleza se vale de innumerables artimañas para potenciar la interdependencia de las especies.

Una cosa es contemplar un barco maltratado y otra muy distinta contemplar un tumba. Tuve la impresión de que el silencio se hacía más profundo en la ensenada. Y veía el brillo de las moscardas.

Si uno dispone de tiempo para pensar, conviene utilizarlo. Deseaba bajar a echar una ojeada. Si se había perpetrado un asesinato a bordo, los investigadores profesionales podían hallar indicios útiles. Y si iban a venir profesionales en busca de indicios; no era prudente dejar ningún rastro propio. Tenía la desagradable e ilógica sensación de que en cualquier momento entraría una pequeña embarcación por el canal. Después de inhalar un poco de gasoil para embotarme el olfato, amarré la lancha a la aleta de estribor. Humedecí un trapito con gasoil del depósito de reserva y lo escurrí en un frasco que llevaba en la caja y contenía aún un poco de aceite de carrete. Envolví el frasco con el trapo empapado y me lo guardé en el bolsillo de la camisa. Le eché un vistazo de comprobación a las suelas de mis viejas zapatillas grises de deporte. Las tenía completamente gastadas, así que no podían dejar marcas. En la caja de los aparejos de pesca, encontré unos rígidos guantes de algodón. Los manoseé hasta devolverles una cierta flexibilidad y me los puse. Saqué la pistola del fondo de la caja y me la coloqué en la cintura de mi pantalón caqui.

Doble comprobación. La lancha no se veía desde la única entrada posible a la ensenada. En los bolsillos no llevaba nada que pudiera caérseme. Me quité las gafas y las dejé con sumo cuidado en el pescante posterior, cerca del motor fuera borda. A continuación trepé por el costado del barco y me encaramé al coronamiento; desde allí salté a la cubierta, utilizando el asiento de tapizado impermeable del banco semicircular de popa a modo de escalón y sorteando unos cristales rotos y un charco seco de una sustancia no identificable. Me detuve un instante para volver a adormecer mi sentido del olfato mediante el frasco y el trapo. Las moscas zumbaban a mí alrededor, volando de un lado a otro. Todas seguían el mismo recorrido. Bajaban a la penumbra del alojamiento principal por la escotilla abierta y volvían a salir. Una tropezó con mi cara al pasar.

Animo, McGee. Si una mosca puede meterse ahí dentro, no vas a ser tú menos. Me giré, saludé a las águilas y bajé, buscando a tientas los peldaños, haciendo un alto en el segundo en espera de que la vista se me acostumbrara a la oscuridad.

Una macabra faena se había llevado a cabo en aquel lugar. Primero vi a Howard Cannon. Era el que tenía más cerca. Estaba tirado en el suelo, despatarrado, con una muñeca atada a la pata de la mesa, atornillada a su vez al piso, y la otra al panel que separaba dos armarios bajos. Me agaché para ver de cerca qué tenía en la boca. Le habían bajado por la fuerza la angulosa mandíbula y, entre sus dientes de conejo, habían insertado un grueso fajo de billetes, hundiéndolo después a golpes, a juzgar por el par de centímetros escasos de dinero que asomaban. Tenía la nariz atenazada con una pinza azul de plástico para tender ropa. Sus ojos eran dos opacas ranuras blancas, sin iris. El rostro presentaba un aspecto cianótico. Cerré un instante los ojos, respirando por la boca, confiando en no tragarme una mosca en una de mis profundas inspiraciones. Junto a la cabeza habían caído unos cuantos billetes sueltos, un par adheridos a la sangre que había vertido por la comisura de los labios. Con cuidado, cogí dos de los otros. Ambos de cincuenta dólares. En apariencia eran auténticos. Dinero bueno. Pero en seguida me di cuenta de que tenían el mismo número de serie. Me incliné un poco más y comprobé que el número de serie de uno de los que estaban pegados a la sangre seca era también igual. Había indicios suficientes para pensar que el dinero había sido motivo de discordia. Howard Cannon, alias John Rogers, había perdido la pelea. Y la vida. Y también la vida de Karen McBride. Ésta yacía boca abajo y con un aspecto lamentable en un sofá, cubierta únicamente por un blusón playera a topos. Su cabeza sobresalía del costado del sofá, y un mechón de cabello rubio caía hacia el suelo. Le colgaba el brazo izquierdo, y el dorso de la mano descansaba sobre la cubierta. Las moscas parecían más interesadas en ella que en su amigo. No me hacía idea de cómo la habían matado, y no quería tocarla. En el cráneo, bajo el pelo despeinado, parecía haber alguna contusión, pero no estaba del todo seguro. Había una zona oscura y enmarañada que acaso fuese sangre.

Sólo las moscas más osadas se habían aventurado a ir más allá del alojamiento principal y adentrarse en la sección de camarotes. La muchacha delgada que yacía boca arriba en la cama probablemente en vida había sido hermosa. Cabello oscuro. Facciones bien dibujadas. Pero ahora la forma del cráneo, la forma de los huesos, se revelaba bajo la piel. Sólo una pérdida completa de sangre podía ser la causa de aquel estado de consunción extrema. Un corte de oreja a oreja surcaba su esbelto cuello, y el cuchillo se hallaba junto a la cabeza, en el ruedo negruzco de sangre, un cuchillo de cocina del propio barco. Las caras internas de sus muslos presentaban grandes hematomas y supuse que habían abusado brutalmente de ella antes de hacerle el favor de enviarla al otro barrio.

Me acerqué de nuevo a Howard y lo toqué suavemente en la cadera con la puntera de goma de mi zapatilla. El cuerpo estaba flácida. Sabía que después de la muerte se manifiesta la rigidez cadavérica y que al cabo de un tiempo, con la putrefacción, se recupera la flacidez, pero ignoraba cuál era la duración del proceso. En el interior del *Sundowner* había un calor sofocante, y la ropa, manchada de sudor, se me enganchaba al cuerpo. El calor aceleraría la descomposición. Tuve un ligero mareo y volví a inhalar los vapores del gasoil. Mire en torno y advertí que una persona o personas desconocidas habían llevado a cabo un registro. Cajones vacíos, mamparos rajados, las escotillas del cuarto de máquinas abiertas, los alimentos tirados por el suelo, el contenido de los armarios desparramado por todas partes.

Tal vez hubiera podido encontrar antes el *Sundowner*, y de haber sido así, quizá también yo tendría ahora una pinza de plástico en la nariz y un fajo de dinero en la boca.

Allí ya no iba a descubrir nada nuevo. Y casi sin darme cuenta, me hallé otra vez en la lancha, con las gafas de sol puestas y alejándome ruidosamente del *Sundowner*. Volví a guardar la pistola en la fondo de la caja. Por alguna estúpida razón me sentí impulsado a echar de nuevo el escaso gasoil que quedaba en el frasco al depósito de reserva. Don Pulcro. Pese al intenso sol y a la cálida brisa, tenía frío. Paré el motor en medio de la ensenada y vomité por la borda. Chupé un

trozo de hielo de la nevera. Hubiera deseado tener algún pensamiento profundo sobre la vida y la muerte. Pero no allí, donde me sentía desprotegido. Dirigí un saludo de despedida a las mediatundas y pacientes águilas ratoneras, y lenta y cautelosamente salí de la ensenada. Pero no había a la vista ningún barco ni avión que pudiera divisarme.

Tardé muy poco en regresar al Faulkner's Fish Camp a devolver la lancha. Despertó cierta curiosidad que un cliente volviese tan pronto y sin haber pescado nada. Pero les expliqué que me había cogido un cierto malestar, y al notar que empeoraba, me pareció más prudente dejar la pesca para mejor ocasión. Confiaba en que tan insignificante incidente no me hiciese digno de ser recordado.

De vuelta a casa en la camioneta, tuve que recorrer más de quince kilómetros para encontrar una cabina a la sombra, con una puerta que me permitiese encerrarme dentro, y no uno de esos ridículos artefactos al aire libre, con forma de cascarón.

La voz al otro extremo me confirmó que estaba hablando con la Guardia Costera, en la persona de un tal Bliss.

-Quiero denunciar...

-Primero ha de decirme su nombre, caballero.

-Oiga, lo que quiero es denunciar...

-Caballero, he de tomar nota de su nombre y del lugar desde donde realiza la llamada antes de que haga usted esa denuncia a la que se refería.

-Atienda de una puñetera vez, Bliss...

-Son las normas, caballero.

-Me llamo Adam Smith y...

-Haga el favor de deletreármelo, si es tan amable.

Se lo deletreé.

-Llamo desde el restaurante Delancy de Homestead. -También se lo deletreé.

-¿Y qué clase de hecho desea usted denunciar, caballero?

-Tome nota, Bliss. Tome nota con cuidado, porque esto no se lo voy a deletrear. Que su gente coja uno de los helicópteros grandes con Botadores, que se lleven de paso tres contenedores de cadáveres y a alguien que sepa lo que hacer en un lugar donde se ha cometido un crimen, y que vayan a inspeccionar la zona poblada de islotes que se extiende a unos quince o veinte kilómetros al nor-noroeste del cayo Big Pine. Encontrarán un yate de cincuenta y cuatro pies varado en un manglar en la orilla de una isla con forma de media luna.

-¿Se trata de... ?

-Cállese, Bliss. Límitese a copiar o a grabar o a lo que tenga que hacer. El yate lo robaron el pasado cuatro de julio en la costa este, cerca de Citrina. Su dueño legítimo es William Ingraham. Eso ha de constar en sus archivos, porque estuvieron ustedes buscándolo.

-Pero, oiga caballero, nosotros...

-A bordo de ese yate, que ahora se llama *Lazidays*, encontrarán los cadáveres de Howard Cannon, vecino de Citrina, y de Karen McBride, de Citrina también. Hay además otro cadáver de una joven sin identificar. Los tres han muerto asesinados.

-Dios mío...

-Ya llevan mucho tiempo muertos y allí hace mucho calor, así que actúe deprisa, Bliss. La isla forma una media luna con las puntas orientadas al norte y al sur respectivamente, y la concavidad hacia el oeste. Guíense por tres águilas ratoneras que hay posadas en un árbol cercano.

-Pero...

-Si van a buscar el barco con intención de remolcado hasta la costa, han de sacarlo cuando suba la marea, en pleamar.

Le colgué antes de que su voz acabara de recorrer toda la escala hasta el tiple.

Cuando recobré la calma, volví a entrar en el 7-Eleven y me dieron otro puñado de monedas sueltas. Encontré a Billy Ingraham en casa. Le anuncié que había localizado el Sundowner. Le

dije también que había puesto tras la pista a la Guardia Costera y que permaneciese al margen hasta que se pusieran en contacto con él.

-¿Dónde está? Puedo salir dentro de diez minutos y...

-Billy, no hagas que me arrepienta de haberte avisado. A bordo hay tres muertos. Los dos jóvenes sospechosos de Citrina y otra chica.

-¡Santo Dios!

-Llevan bastante tiempo muertos. Está todo patas arriba. Los mataron de mala manera, Billy. Debe ser algo relacionado con el tráfico de droga, el contrabando o la falsificación de dinero. Escucha atentamente. Desde ahora mismo ya no quiero tener nada más que ver con este asunto.

-¿Ha quedado muy mal el barco?

-Se te caería el alma a los pies si lo vieras.

-Dime cómo está.

-Si te empeñas. La estructura probablemente está bien. Pero necesitará un retoque completo, por arriba y por abajo. Alfombras, tapicería, pintura, armarios, todo nuevo. Incluso dudo que puedan quitare el olor. Barniz y pintura exterior nuevos. Había encallado por la proa. Otra gente ha estado cagando en la sentina. Billy, hazme caso, no vayas a verlo. Espera, y cuando se pongan en contacto contigo, envíalo al astillero donde lo construyeron y que le hagan una carenadura. Y, si quieres un consejo, después véndelo por lo que te den.

-Me corresponde a mí decidir...

-Allá tú. Como prefieras. Pero quede clara una cosa, Billy. Tú no me has contratado para encontrarlo. No lo he buscado. Y no lo he encontrado. ¿Está claro?

-Pero, ¿por qué?

-En este asunto anda metida gente sin escrúpulos. Y una banda ha quitado de en medio a tres miembros de la otra banda. No quiero que nadie vaya a pensar que he sido yo.

-Ah.

-En lo que a mí respecta, como mucho di que me pediste que lo buscara, pero no acepté el encargo. Que te contesté que era prácticamente imposible dar con él.

-No me imaginaba que pudieras llegar a asustarte tanto, Trav.

-Billy, puedo llegar a asustarme mucho en determinadas situaciones, y ésta es una de ellas.

Me constaba que cuando hablase con el Irlandés no me sería tan difícil hacerle comprender, y en efecto así fue.

-Tres muertos -dijo, y le oí lanzar un apagado silbido.

-Voy a hacer una hoguera con las fotografías, y si tú tienes alguna por ahí, te recomiendo que hagas lo mismo.

-Muy buena idea. Veamos. ¿Para qué querías hablar conmigo?

-He cambiado de opinión. Se me ha olvidado lo que quería.

-¿Y cómo has dicho que te llamabas?

-McGee. Travis McGee.

-Amigo, primera vez que oigo ese nombre.

El destinatario de mi última llamada fue la redacción del *Herald* de Miami. Le dije a la mujer que contestó que la Guardia Costera había rescatado un yate robado en la zona de los Cayos, con los cadáveres de tres jóvenes a bordo, y colgué antes de que acabara de hacerme la primera pregunta. Avisar a la prensa era más fácil que avisar a la Guardia Costera. La policía parece tener interés en obstaculizar la comunicación.

No me sentí relajado hasta que le devolví a Sam Dandie su camioneta, guardé los aparejos, eché la camisa y el pantalón caquis a la bolsa de la ropa sucia, tomé un larga ducha en el *Busted Flush*, tan larga que entretanto habría podido jugarse una partida de bridge, me puse ropa limpia y preparé un generoso vaso de Boodles con hielo. Me llevé la copa a la cubierta y me senté al sol,

contemplando la ociosa vida del puerto deportivo y el bullicio de los automóviles de regreso a casa por la avenida.

Después me puse a pensar en la fatalidad de morir en plena juventud. Uno de los principales ingredientes de la buena y la mala poesía, del buen y el mal teatro en todas partes del mundo. El final de todo cuando la vida apenas ha empezado. Un despilfarro de carne joven, firme e impetuosa, de frescura y vigor. Decenas de miles de jóvenes mueren cada año. Una lástima. Quién sabe si ello obedece a algún tipo de ley darviniana; la eliminación de unos cuantos inadaptados en beneficio de la mayoría. Pero eso no da cuenta de los terremotos, las inundaciones, las guerras pequeñas y grandes, el hambre y las enfermedades mortales que siegan millones de vidas sin tomar en consideración la edad ni los méritos personales. Por más muertos que uno haya visto, la indiferencia nunca se alcanza, o sólo la alcanzan los carniceros. Las dos jóvenes muertas me habían dejado la moral por los suelos. Cruel despilfarro. La hija del dentista y la hija de algún otro. Unos adultos las habían ayudado a dar sus primeros pasos, y habían gritado de alegría al ver al bebé levantarse y correr, erguido y con la cara levantada y anhelante, hacia unos brazos abiertos. Alguien había repetido con orgullo sus primeras palabras, leído sus primeros escritos, comprado los vestidos para sus primeras fiestas. Y alguien, en algún lugar, debía padecer una intensa, lancinante e irreparable sensación de pérdida.

Vi a Meyer que venía por el muelle. Me levanté y me aproximé a la barandilla de popa para invitarle a subir a bordo. Aceptó, pero antes tenía que acercarse al *Rubiyacht*, en el atracadero E-IO, para ofrecerles a los Petersen una fina rodaja de delfín. Le dije que entretanto bajaría a preparar unas copas y las subiría. En octubre, el interminable crepúsculo es uno de los momentos más gratos del día.

Cuando se acomodó en la silla de cubierta contigua a la mía, le pregunté:

-¿Te cuento cómo me ha ido el día?

-Por favor, cómo no.

Y ésa fue otra forma de relajación.

Cinco

Durante los últimos días de octubre y bien entrado noviembre siguió el buen tiempo, superando sobradamente las previsiones de cuantos vivimos aquí en la Costa Dorada. La historia de los asesinatos y el rescate del *Sundowner* causó un ligero revuelo inicialmente, pero pronto cayó en el olvido. Los artículos de la prensa sensacionalista especulaban muy en segundo plano sobre la identidad del vaticinador anónimo que había llamado a la Guardia Costera, demostrando tan detallado conocimiento de la identidad del barco y de los cadáveres que se hallaban a bordo. Se dio por sentado que guardaba alguna relación con los asesinos y que estaba vinculado al tráfico de droga. En el sureste de Florida se han producido tantos asesinatos y han muerto tantos jóvenes que no hay nada nuevo que decir.

Volvió a levantarse cierta polvareda cuando se identificó a la tercera víctima como Gliermina Reyes y Fonseca, natural de Lima, Perú, hija de un diplomático peruano. Según se sabía, estaba de viaje por México en compañía de un amigo y se había denunciado su desaparición un mes antes de hallarse su cadáver.

El siete de noviembre, un miércoles, me llamó Billy Ingraham, anunciándome que tenía que entregarme una cosa, y que podía pasar a recogerla el sábado a cualquier hora. No obstante, fui a verle a la mañana siguiente a su dúplex en lo alto de la Torre Alfa, en Días del Sol. Billy había perdido un poco el moreno de la piel. Se lo veía mucho más mohíno y estaba un tanto cortante, casi hostil. Me hizo pasar a un despachito de la planta inferior del dúplex. No me pidió que tomara asiento. Me entregó dos abultados sobres marrones.

-¿Esto qué es, Billy?

-Tu dinero, McGee.

-¿Cuánto hay?

-Cuéntalo y lo verás.

-¿Pero qué te pasa?

-Te pago en efectivo. ¿No es así como os gusta?

Me senté sin esperar su invitación y eché los sobres encima del escritorio. Empecé a comprender qué había ocurrido.

-Billy, mira que te lo advertí, no vayas a ver el barco. Pero no me hiciste caso, ¿verdad?

Apoyó la cadera en un ángulo del escritorio y me miró con manifiesta amargura.

-Cuando la policía acabó de examinarlo, el astillero envió un par de hombres. Lo dejaron más o menos limpio y listo para navegar, y lo trajeron a Jacksonville. Pero ni Millis ni yo lo queremos. Para nosotros es ya como si no existiera.

-¿Vas a encargar otro?

-No sé qué hacer. Pero puede que no. Lleva mucho trabajo y crea obligaciones. Además Millis quiere pasar el invierno en el sur de Francia.

-¿Y yo qué te he hecho para que me trates con tan poca consideración?

-Mierda, yo qué sé. Tú en cierto modo formas parte de todo el asunto. Y encima ese dentista del carajo llamándome, y gimoteando por teléfono; que por qué dejé las llaves en el barco, que su hija aún viviría. Y la compañía de seguros viene y me da diecisiete mil trescientos dólares, y me dicen que lo tome o lo deje. Y encima la gente no para de preguntarme qué se siente cuando en el barco de uno se comete un asesinato. McGee, en serio, no estoy de humor para andarme con cortesías y gentilezas, ni contigo ni con nadie.

-¿Cuánto hay en los sobres?

-Ciento noventa y tres mil quinientos.

-Está bien.

-¿No quieres preguntarme nada?

-¿Qué iba a querer preguntarte? Tú no eres de los que van engañando a los amigos.

-Tienes derecho a estar informado. Devolverle al barco un aspecto aceptable para poder ponerlo en venta me costó ochenta y ocho mil. Parte de eso lo cubrieron los cuatro cuartos que me pagó la compañía de seguros. En el astillero dicen que puede venderse por cuatrocientos setenta y cinco mil. O sea que el valor neto del barco en las condiciones en que estaba al recuperarlo asciende a trescientos ochenta y siete mil, de los cuales te corresponde la mitad. Esas son las cuentas, por si te interesa.

-Sí me interesa.

-Puse setecientos veinte mil dólares en ese barco. He gastado setenta mil setecientos netos en dejarlo en un estado apto para la venta. Lo cual suma un total de setecientos noventa mil setecientos dólares. Y de todo eso he recuperado ciento noventa y tres mil quinientos. En otras palabras, McGee, he desembolsado quinientos noventa y siete mil doscientos dólares por bañarme un rato.

-Siempre se ha dicho que un barco es como un agujero en el mar por donde el dueño tira su dinero.

Sonrió por primera vez, pero era una sonrisa de cansancio.

-Ni que lo digas -respondió-. Este negocio que hemos hecho tú y yo no ha sido el más afortunado de mi vida. No sabes la de veces que me lo ha reprochado Millis. Nunca me habría imaginado que tres muchachos podían causar destrozos a un barco por valor de ochenta y ocho mil dólares simplemente viviendo a bordo.

-Y muriendo.

-Sí. Y también muriendo -dijo, con un suspiro-. Y no sabía que el precio de mercado de un barco hecho en exclusiva pudiera caer de esta manera. Estaba construido a nuestra conveniencia. Y la gente que puede pagar, prefiere antes encargar uno nuevo que se ajuste completamente a sus gustos y sus formas de vida. Además, corrió la voz de que era el barco del asesinato. Eso reduce las posibilidades de venta. Supersticiones del mar o algo así.

-Me partes el corazón, Billy. ¿Quieres que lo renegociemos?

-Serías capaz, ¿verdad?

-No tienes más que decírmelo.

Se puso en pie, lanzando una carcajada, y me agarró el brazo con tal fuerza que se me durmieron las yemas de los dedos.

-No, hombre, no, McGee; he hecho más dinero que pelos tengo en la cabeza. Lo que pasa es que me gusta llorar y gruñir un poco. Un trato es un trato. No me ofendas.

-¿Se ha interesado alguien por saber quién localizó el barco? -le pregunté al tiempo que me levantaba.

-Tres fulanos de lo más relamidos, trajeados y con chaleco y todo, que vinieron hace una semana. Sólo uno hablaba inglés, y no demasiado bien. Les dije que el barco lo había encontrado la Guardia Costera. Parecían latinos. Me aclararon que a la Guardia Costera la había avisado alguien. Les respondí que me parecía muy interesante, pero que no sabía nada al respecto. Entonces me explicaron que la persona que había llamado a la policía conocía la identidad del propietario del barco. Les contesté que eso también era muy interesante, y que a lo mejor había sido algún empleado de la compañía de seguros.

-Muy bien hecho. Te estoy agradecido.

En ese momento entró Millis con andar pausado. Lucía una especie de chándal negro de seda, y exhalaba un perfume caro.

-¡Travis McGee! ¡Dichosos los ojos! -gritó, y la actuación fue tan perfecta que a punto estuve de creerle-. Demostró usted una gran habilidad encontrando el *Sundowner*.

-Cuestión de suerte -respondí.

-Suerte para usted, por que lo que es para nosotros -dijo-. ¿Se queda a comer? Sí, háganos el favor.

Billy me acompañó hasta la puerta. Me comentó que el sábado se iban a Nueva York, porque había un par de exposiciones que Millis quería ver, y además un amigo de ella exponía sus cuadros en una de las galerías y les habían invitado a la inauguración. Le deseé que lo pasara bien. Eso mismo deseaba él, me dijo, pero no parecía muy convencido.

Decidí darle al Irlandés sus veinte en vez de ajustarme rigurosamente al diez por ciento más gastos. Le llamé ese mismo jueves para cerciorarme de que estaba y luego fui a verle. Le entregué el dinero tal como me lo habían dado a mí, la mitad en billetes de cien y la otra mitad en billetes de cincuenta, dentro de un sobre marrón. Lo abrió y miró en el interior. Luego me sonrió, y por un instante vi la expresión que debía poner de pequeño cuando le anunciaban que iban a llevarlo al cine.

-¡Hey! -exclamó-. Me viene que ni pintado.

-Unos latinos bien vestidos fueron a ver a mi cliente para averiguar quién había encontrado el barco..

-Aquí no ha venido nadie.

-Pero puede que vengan.

-¿De quién era el barco?

-Yo tampoco me acuerdo.

-¿Quién debió acabar con aquellos muchachos? -comentó, arrugando la frente.

-¿De qué muchachos me hablas?

-Está bien, está bien -dijo-. Ya veo que has decidido actuar con prudencia, ¿verdad?

-Exactamente, y me voy a dedicar a pasear por ahí, a charlar y a esas cosas.

Allí se había acabado la historia, pensaba yo. Antes de abandonar la casa de puntillas, hay que cerrar todas las puertas, con mucho cuidado. Y no hacer el más mínimo ruido hasta estar fuera del vecindario. Las personas violentas suelen tener mentes oscuras y tendencia a no aceptar explicaciones. Atacan sin atenerse a razones. Pero, afortunadamente, las mentes oscuras no concentran la atención en un mismo asunto durante períodos largos, y por eso, a medida que se aproximaba el momento de oír el gong, me acordaba cada vez menos de todo aquello. De cuando en cuando me venía de pronto a la memoria la imagen del fajo de billetes entre los dientes del pelirrojo, o las moscas corriendo por las nalgas de la hija del dentista, o el cuchillo de carne con el mango rojo y acanalado para que se adaptara mejor a la forma de la mano.

Y un día encontré un aviso en el buzón para que pasara a recoger un paquete por la ventanilla. Tenía el tamaño de un libro, la forma de un libro, el peso de un libro, y llevaba la etiqueta de unos grandes almacenes, y la dirección escrita a mano. Me figuré que la tarjeta iría dentro. Tenía un poco de prisa, así que lo dejé en el asiento contiguo de mi camioneta Rolls azul y atravesé el puente en dirección a la ciudad. Un día quieto y lóbrego, con el cielo encapotado y olor a inversión térmica en el aire. Me hacían falta diversos artículos para el barco, cuerda, un estropajo de virutas de acero, cáncamos de metal, disolvente y un par de abrazaderas de bronce pequeñas que había decidido que necesitaba para manejar con más comodidad ciertos cabos del *Flush*. Un par de manzanas más allá de la carretera nacional hay una galería comercial al aire libre y la última tienda del lado izquierdo es una ferretería con material para barcos.

Aunque tenía que ir a varios sitios, sucumbí, como de costumbre a mi propensión a vagar por la ferretería. Compré una media de tres cachivaches por viaje. Meyer me ha vaticinado que el *Flush* acabará hundiéndose por exceso de peso.

Mientras pagaba mis juguetitos en la caja de la entrada, se oyó un lejano estampido seguido de una serie de sonidos indistintos de mayor intensidad. En una ocasión oí el ruido de una colisión frontal, y aquello había sonado de manera semejante.

Cuando salía del aparcamiento de las galerías al volante de la camioneta, oí las sirenas que se acercaban.

Aquella noche, tres días antes de Navidad, me enteré por el noticiario local que detrás de la galería comercial, poco después de las diez, había estallado una bomba, matando en el acto a Emiliano López, de catorce años, y a Horacio Sánchez, de trece. La explosión había abierto un boquete en la pared trasera del almacén de una tienda de ropa en la zona central de las galerías, y causado desperfectos menores a un camión aparcado en un muelle de carga de las inmediaciones. Había sido una explosión tan violenta que sólo se habían encontrado pequeños restos de la bomba. Los análisis químicos indicaban que se componía de un moderno tipo de explosivo plástico, y las autoridades declaraban que había razones para suponer que estaba provista de un sofisticado dispositivo de detonación. Los jóvenes fallecidos tenían un largo historial delictivo. Por el momento no se había descubierto el motivo del atentado.

En el olimpo debería haber un dios asignado a todos los que somos afables, estúpidos y afortunados. Fui corriendo al aparcamiento y descubrí que mi regalo había desaparecido. Me había olvidado de que en el Fort Lauderdale actual conviene dejar siempre cerrado con llave el coche.

Los chiquillos callejeros habían abierto mi paquete.

El plan hubiera funcionado a la perfección. Me hubieran volado en pedazos. Un inmenso destello blanco en el cerebro, ya partir de ese momento la nada -a menos, claro está, que John Tinker Meadows tenga razón en sus promesas televisivas de vida eterna y calles doradas.

Cuando volví al comedor del barco, preparé otras dos copas, para mí y para Annabelle Everett. Yo la había conocido como Annabelle Harris cuando trabajaba para Billy Ingraham en la época en que Billy tenía entre manos infinidad de negocios distintos. Al cabo de un tiempo contrajo matrimonio con Stu Everett, un meteorólogo de la televisión local, y se marchó con él cuando encontró un empleo más importante en una ciudad mayor. Más tarde regresaría sin él, tras pescarle in fraganti con la chica que presentaba el programa deportivo de las once.

Annabelle es una rubia alta, de anchas espaldas, con una singular concepción del mundo.

-¿A qué venía todo eso? -inquirió-. Te has puesto un poco raro.

-Creía que me había dejado una cosa en la camioneta.

-Oye, he apagado la televisión. Han acabado las noticias e iban a dar el tiempo, y dudo mucho que el tiempo vuelva a interesarme en mi vida. Y lo mismo digo de los deportes. Si tú quieres verlo, vuélvela a poner.

-No; es igual. Gracias.

Al cabo de cinco minutos dijo:

-Hey, estaría bien tener alguien con quien hablar.

-¿Cómo? Ah, perdóname, Annabelle. Es que estaba pensando.

-Me lo imaginaba. Tenías la frente arrugada y susurrabas algo. Así que he llegado a la conclusión de que debías estar pensando. ¿Quieres que me marche para que puedas pensar mejor?

-No, no te marches. Me alegra que nos hallamos encontrado. No sabía que habías vuelto.

-No era mi intención volver pero, como ya te he dicho, a veces pasan cosas. A la gente le pasan cosas todos los días. Yo no creía que fuera a pasarme nada en la vida, y ya ves. Casada y divorciada... bueno, casi divorciada... en cuestión de cuatro meses. No tendría que haberme marchado de aquí. ¿Sabías que yo nací en este pueblo?

-No tenía ni idea.

-Lo malo del asunto de Filadelfia es que la comentarista deportiva esa es una mujer insignificante, con una cadera enorme y un bigotito. Eso, junto con todo lo demás, le hiere a una el orgullo. Con Stu no había ningún problema hasta que empezó a recibir cartas de admiradoras. Aquí no le enviaban cartas, porque no llevaba el corte de pelo apropiado. En Filadelfia le mejoraron la imagen. Y empezaron a llegarle cartas. Se miraba sonriendo en todos los espejos con los que se cruzaba, y hacía siempre un gesto con las cejas. y le entró la afición por el deporte. Nunca le había gustado. Parece una señorita lanzando la pelota.

Se puso en pie, entró a la cocina y echó un vistazo en el interior del horno de convección.

-Aún queda tiempo para otra copa -dijo.

-Huele de maravilla.

-Muchacho, el pollo a la Annabelle siempre queda de maravilla. ¿Sabes por qué me he ofrecido a venir aquí y a guisarlo?

-¿Por qué?

-Porque tú fuiste casi el único... tú y Meyer... que intentaste hacerme ver que Stu era un imbécil. ¿Por qué no te haría caso? Los otros hombres de por aquí que conozco, desde que volví hace un mes, me han tomado por un blanco de prácticas. Se creen que pueden disparar sin riesgo a errar. Deben pensar que una mujer casada lo hace con tanta frecuencia que se acostumbra, y luego lo echa tan en falta que con ponerle la mano encima ya cede y se abre de piernas. Y de eso nada. Ahora mismo la idea de follar me produce más o menos la misma sensación que los partes meteorológicos.

-Y las crónicas deportivas.

-¡Exactamente! Stu y la bigotuda pueden leerse en voz alta las cartas de los admiradores. Al ofrecerle el vaso, dije:

-Yo tenía un motivo oculto para invitarte a subir a bordo esta noche.

-¡Por dios, Trav! ¡Tú también! Tengo veintinueve años y medio, y ya necesito que me operen las arrugas de la cara. Llevo lentillas blandas, y soy incapaz de cantar sin desafinar. Me duelen los pies y no creo tener ningún encanto. ¿Qué os pasa a los hombres?

-Pues que no podemos refrenarnos, señora.

-Igual soy una belleza y no me había dado cuenta. En fin, ¿cuál era ese motivo oculto?

-Me gustaría saber mejor quién es Millis Hoover, también conocida como señora de Billy Inghram. Y recuerdo que fuisteis compañeras cuando trabajabas para Billy.

-Esa sí que sabe lo que pesca, amigo Travis. Por cierto, ¿qué ha sido de Billy? Conmigo se portó muy bien.

-Ahora mismo está en el sur de Francia, pero no creo que disfrute mucho del viaje. El pasado cuatro de julio, unos muchachos le robaron su yate nuevo.

-Algo de eso me había contado alguien en una carta. Para Millis sólo lo mejor. La señora se lo propuso y lo consiguió.

-Encontraron el yate con tres jóvenes muertos a bordo, en los Cayos. Se hallaba en muy mal estado.

-¿Y qué interés tienes en Millis?

-La vi un par de veces cuando aún trabajaba para Billy. Pero no llegamos a hablar. Y la vi dos veces en ese ático que tienen hacia el norte. La primera vez se mostró totalmente fría y cortante. La última vez era la amabilidad en persona.

-Pues o quería algo de tí, o su cordialidad contigo era parte de un plan para obtener algo de Billy. Todo tiene un precio.

-Háblame de ella.

-Tampoco es que la conozca demasiado. Antes déjame que sirva el pollo, ¿vale?

Y en efecto estaba bueno. No volvió a hablar de Millis hasta que el ave quedó reducida a un montón de huesos y en la botella de Mondavi Fumé Blanc no restaban más de dos vasos.

Por fin alzó la vista, me miró por entre la luz de las velas y dijo:

-La buena de Millis. Si fuera posible comprar cuerpos, yo elegiría el suyo. Sin el más mínimo defecto. Toda ella seda y marfil. Y esos misteriosos ojos verdes, algo inclinados. Unas facciones perfectas. Pero es una mujer impasible, Travis. No conoce la compasión. Te diré una cosa que seguramente no debería decirte. Me enteré por casualidad, e hice ver que no sabía nada. Pero Millis ya tenía en el bolsillo al viejo Billy desde antes de morir Sadie. Una amor muy pasional. En parte se debió a eso que él quedara tan abatido tras la muerte de Sadie. Pura culpabilidad. Por lo que recuerdo de los libros, a Billy le debieron quedar diez o doce millones netos. A Millis le gustan las cosas buenas. Millis sólo vive para las cosas buenas.

-¿Y su pasado?

-No sé nada con seguridad. Son todo conjeturas. Y de eso hace ya cinco años. Todavía no llevaba mucho tiempo en la oficina. Varios hombres fueron a verla al despacho en diversas ocasiones. Siempre por separado. Ella se ponía hecha una fiera. Creo que le hacían propuestas y Millie las rechazaba.

-¿Qué tipo de hombres?

-Mi abuelo los llamaría impostores de ciudad. Hombres muy morenos, de mirada dura, con camisas de Dior y zapatos de Gucci. Hombres con cortes de pelo de cincuenta dólares, descapotables de importación, aftershave intenso, cadenas de oro y anillos de diamantes. Hombres que se alojan en suites y saben a qué número hay que llamar para conseguir chicas. Puede que fueran alborotadores, líderes sindicales, o tal vez abogados importantes. También solían llamarle por teléfono. Eso también la ponía furiosa.

-Antes has hablado de conjeturas, Annabelle.

-Sí, bueno. Por su ropa y sus costumbres, saltaba a la vista que en su empleo anterior ganaba mucho más que trabajando para Billy. Tengo la impresión de que se dedicaba a algo que daba mucho dinero pero tenía poco futuro. Y debió dejarlo por miedo, por cansancio, o por lo que fuera. Querían que volviera, y la atosigaron durante una época. Pero ella se negó. Parecía que tenía un poco olvidadas las tareas de oficina, pero en seguida cogió soltura otra vez. Y entonces se fijó en Billy. Y concibió una nueva carrera.

-¿Vivía en Lauderdale antes de empezar a trabajar para Ingraham?

-No, qué va. En Miami.

Al cabo de una hora aproximadamente la llevé a su casa. Había empezado a bostezar. Coincidimos en que había sido una agradable velada, y en que debía repetirse.

-La próxima vez prepararé un pato a la Annabelle -dijo medio dormida-. Me encanta esta camioneta tuya tan rara.

Vivía en uno de los bloques prehistóricos cercanos a la playa, en un apartamento de alquiler de un solo cuarto que salía barato porque estaba en la sexta planta y los ascensores llevaban un año averiados. Había goteras en el tejado, pero eso era problema de los que vivían en la décima planta. Las luces de la escalera no se encendían, y tenía que cargar con una linterna en el bolso. La comunidad de propietarios se había quedado sin fondos cuando tuvieron que hacer frente a los primeros desperfectos serios. La piscina estaba llena de arbustos, y el paisaje volvía a su estado original de pimenteras y palmitos. Sólo estaban habitados la tercera parte de los apartamentos. Nadie sabía de quién eran las viviendas vacías, si del pueblo, del condado, de los bancos, o de los herederos de jubilados ya fallecidos que se habían mudado a Plaza del Río hacía mucho tiempo. Deseaba encontrar un empleo y marcharse de allí antes de que la asaltasen por la escalera. El sitio era tan lúgubre y deprimente que estuve tentado de proponerle que se viniera a bordo del *Flush* en tanto reorganizaba su vida, pero no me hallaba preparado para tales complicaciones. Era una mujer agradable, divertida y atractiva, y necesitaba ayuda, pero no estaba dispuesta a aceptarla.

La acompañé hasta la puerta del apartamento, la besé en la punta de la nariz y salí a tientas a reencontrarme con la noche. El libro bomba seguía rondándome por la cabeza, volando en pedazos a Horacio y Emiliano. Aquella noche soñé que miraba a través de un inmenso agujero de una pared de cemento, y veía un sinfín de perchas de las que pendían brillantes vestidos. De pronto oía un tic-tac, bajaba la vista y encontraba el paquete con mi dirección justo delante de mis pies descalzos.

Seis

Si alguien lleva a cabo un elaborado y meticuloso intento de asesinato casi infalible y a pesar de todo no alcanza su objetivo es lógico pensar, como Meyer me expuso el domingo, que volverá a intentarlo.

-Y además -me decía- cabe esperar que el próximo atentado sea igual de sutil y mortífero que el primero. Aunque piensa, Travis, que el robo de un libro obsequio y una explosión tras una galería comercial no tienen por qué estar relacionados.

-Pero más vale que actúe como si sí lo estuvieran.

-Naturalmente. Vamos a tratar de elaborar una lista de personas deseosas de enviarte al gran puerto del cielo.

Estuvimos una hora y media dándole vueltas al tema y, para mi sorpresa, sólo salieron seis nombres, la mayoría de los cuales aparecían vinculados a asuntos ya lejanos. El séptimo no era un nombre. El séptimo, en la letra de profesor de Meyer, rezaba: «Alguien convencido de que mataste a los tres muchachos a bordo del Sundowner.»

-Analicemos la última posibilidad -propuso Meyer-. A mi parecer, al dentista podemos descartarlo. Si creyera que mataste a su hija, vendría a por ti con una pistola. Pero no las tendría todas consigo. Y por lo que cuentas, a la familia Cannon le trae sin cuidado quién matara a su hijo. Así que nos queda la peruana. Casualmente aquí tengo el recorte. Gigliermine Reyes y Fonseca. Hija de un diplomático. Las dos *ges* se pronuncian con sonido sordo, como en «gato».

-Gracias.

-Pero en el apodo cariñoso que se utiliza actualmente, la *ge* es suave. Gigi. No hay de qué.

-Y ahí entran en juego los tres sujetos vestidos de hombres de negocios que visitaron a Billy para preguntarle quién había encontrado el barco. Latinos. Dos de ellos, por lo visto, no hablaban ni una palabra de inglés. ¿Qué interés tendrían en saberlo?

Meyer se sumió en la meditación durante varios minutos. Por fin dijo:

-También podría considerarse otra posibilidad, Travis. El propietario del barco robado contrata a alguien para que lo recupere por cualquier medio, y castiga a quienes se lo quitaron. Es evidente que un hombre como Billy Ingraham no haría semejante encargo, y que un hombre como tú no lo aceptaría aun en el caso de que te lo hubiera pedido. Sin embargo, en determinados medios, ése sería el modo de proceder normal. Y a ese tipo de gente le costaría concebir otra reacción posible ante un robo.

-En ese caso también Billy estaría en peligro.

-Sí, siempre y cuando dieran por sentado que tú simplemente obedecías órdenes. Te tendrían por mercenario, considerándote por tanto un objetivo secundario.

-¿No estamos cayendo en demasiadas fantasías?

-Cuando se contrasta una hipótesis, un método muy útil es reducirla al absurdo y ver si todavía se sostiene. Según esta trama que hemos confeccionado, la tal Gigliermine estaría relacionada con gente muy poderosa del Perú, a la que poco le importaría los grados de intencionalidad o de culpabilidad. La chica ha muerto y la venganza exige que todos cuantos hayan estado involucrados en el asesinato mueran.

-¿Por decisión de un diplomático?

-Por decisión de alguien interesado en hacerle favores importantes.

-Muy bien, Meyer, pero retrocedamos un poco. Alguien mató *realmente* a los tres. Ahí ya tienes algo absurdo, sin ir más lejos. Volví de Yucatán con cocaína. Iban por libre. Tenían algún contacto y telefonearon desde la gasolinera que hay frente al Club Náutico Starfish, al otro lado de la carretera. Fijaron un punto de encuentro, y alguien se presentó con el dinero para comprarles la mercancía. Cannon o la McBride se dieron cuenta de que el dinero era falso, y entonces se desencadenó la tragedia.

-Pero, Travis, a juzgar por tu descripción, se diría que eran ellos tres quienes pretendían comprar algo con aquel dinero. La otra gente descubrió el engaño y se lo hicieron tragar. Si los que subieron a bordo querían comprar algo con dinero falsificado, y les salió mal la jugada, se habrían quedado con el dinero falso y con lo que iban a comprar. La demostración de brutalidad quería decir: «¡No trates de engañarnos con dinero falso!»

-Parecía muy bien imitado..

-Y probablemente de uno en uno habrían podido colocarlos sin dificultad, pero en un fajo no.

-También podría ser que Cannon no notara que era falso. Quizá había entregado la mercancía y la había cobrado, y alguien les asaltó, registró el barco, les obligó a decir dónde lo habían escondido, lo encontró y vio que no era auténtico.

Meyer negó mustiamente con la cabeza, un oso pardo incapaz de alcanzar el panal.

-Amigo McGee, estamos divagando más de la cuenta. Necesitamos más información.

-¿Mientras ellos afinan la puntería?

Meyer me miró con ceño, me apuntó con un dedo y dijo:

-Pum, estás muerto.

-¡Muy gracioso! Para desternillarse de risa. Por qué no me lo pones por escrito no se me vaya a olvidar.

-Perdona -dijo, con aire de arrepentimiento-. Esas bromas no son propias de mí. Me ha salido instintivamente. De vez en cuando todos incurrimos en alguna impertinencia.

-En ti no es muy normal.

-Yo estoy tan sorprendido como tú.

La mañana de Navidad moría, en la suite de un hotel de Cannes, F. William Ingraham a causa de un fulminante derrame cerebral. La noticia apareció en el periódico matutino de Lauderdale el miércoles, día veintiséis. Hablaban de su importante contribución a los cambios paisajísticos de la región, y de los galardones y distinciones honoríficas que le habían sido concedidos. Habían solicitado la opinión de algunos políticos de ámbito estatal, y en términos generales todos coincidían en que había sido un ciudadano ejemplar, muy responsable y con un gran sentido cívico, y en que su muerte suponía una pérdida irreparable para los habitantes de Florida. En el artículo de primera plana se anunciaba que la desconsolada viuda, Millis Hoover Ingraham, regresaría con los restos mortales de su difunto marido para darles sepultura en su país.

Sabía que Frank Payne, mi abogado aunque rara vez necesito sus servicios, había asesorado en materia legal a los Ingraham durante muchos años, y que probablemente estaría gestionando, en colaboración con el banco, los trámites testamentarios. De maneta que fui a verle aquella misma mañana al bufete que tenía en el mismo edificio del banco. Había constituido una nueva sociedad. Esa gente se agrupa y se reagrupa con más frecuencia que los danzantes en un baile de figuras. El nuevo despacho se llamaba Marhead, Carp, Payne y Guyler. Permanecí sentado durante un cuarto de hora, preguntándome qué tal tendría las piernas la recepcionista. Su escritorio tenía en la parte posterior uno de esos paneles destinados a preservar la intimidad. Por fin vino la secretaria de Frank y me condujo a un despacho de un rincón que parecía la biblioteca de un club inglés. Frank me estrechó la mano al tiempo que se daba una palmada a modo de disculpa en el abultado vientre, y me comentaba que debía inscribirse en un gimnasio. Siempre dice lo mismo. Le recomendé los ejercicios de Lois. Me preguntó si había ido para modificar mi testamento, a lo cual respondí que mi testamento ya estaba bien como estaba, pero que deseaba hablarle de la herencia de Billy.

Nos sentamos cada uno a un lado del escritorio y me dijo que era una pena que Billy hubiera fallecido cuando aún podría haber disfrutado de muchos años felices de vida. Me explicó que la situación testamentaria era muy clara, porque Billy había puesto en orden sus asuntos al abando-

nar los negocios, deshaciéndose de propiedades menores, de pequeños paquetes de acciones, de bienes inmuebles de poco valor, de terrenos desperdigados. Todo lo que podía ponerse en un fideicomiso discrecional, se puso, así que apenas queda nada por verificar. Básicamente los coches y su colección de objetos de arte del oeste.

-¿Millis es la única heredera?

-¿Piensas casarte con ella, Trav?

-Antes buscaría trabajo en una feria como encantador de serpientes. No necesito saber cuánto va a llevarse, Frank. Ya me imagino que ella se queda con el grueso de la fortuna, menos unas cuantas donaciones a unas cuantas causas. Lo que me interesa es la póliza de seguros.

-¿Porqué?

-Porque si contiene alguna cláusula que ordene que ha de pagarse el doble en caso de muerte accidental, hay posibilidades de cobrar.

-¡Accidental! Oye, pero si pesaba más de la cuenta y no hacía ejercicio. Tenía la presión alta. A lo largo de su vida había acumulado mucho stress. Y murió en la cama.

-¿Puede considerarse el asesinato una muerte accidental?

-¿Estás chiflado, McGee? ¿Es que has visto la tele demasiado?

-Seguramente habrás oído hablar del *Sundowner*.

-Estoy enterado de todo al respecto. Sé por cuánto le salió el baño. Sé que tú lo encontraste. No pongas cara de asombro. Es información confidencial, entre abogado y cliente. Sé lo que cobraste. Menuda bicoca. Espero que lo declares. Es un consejo legal.

-Nunca escondo lo que sé que aparecerá en la declaración a hacienda de otro contribuyente. Me lo dejaste bien claro ya hace tiempo.

-¿Y de dónde sale esa absurda idea del asesinato?

-Por favor, Frank, considéralo también parte del secreto profesional.

-Cuenta con ello.

-Aquellos dos críos que murieron el sábado al estallar una bomba, ¿te acuerdas? Pues la bomba en cuestión me llegó a mí por correo. Me olvidé de cerrar con llave la camioneta. La tenía aparcada en el estacionamiento de aquellas galerías. El paquete parecía un libro. Al llegar a casa, lo eché en falta. Los críos estaban fichados por pequeños hurtos.

Me miró con cara de incredulidad, mordiéndose los labios, y luego dijo:

-¿Y no lo has denunciado a la policía?

-Sabes que tengo muchas y buenas razones para mantenerme a distancia de las autoridades locales. Además cabe la posibilidad de que el robo del regalo y la explosión no tengan nada que ver:

-¿Quién quiere matarte?

-Quizá alguien a quien se le ha metido en la cabeza que acabé con aquellos muchachos en castigo por haber robado el barco. Y es posible que también crean que lo hice por orden de Billy. No sé de quién puede tratarse.

Y si no sé quién me envió la bomba, tampoco sé quién mató a esos dos críos, ¿no? Entonces, ¿para qué voy a acudir a la policía?

-Está bien. Pero me parece una posibilidad muy remota.

-¿Te es posible solicitar la autopsia?

-Millis me dijo por teléfono que el cadáver será embalsamado allí. De haberse llevado a cabo una autopsia, me lo habría comentado. Válgame Dios, Trav, ¿con qué excusa puedo yo exigir una autopsia? Ya sabes lo que pasaría. Quien más quién menos pensaría que sospecho de Millis. Y no me interesa que ella me coja inquina.

-¿Ya se ha fijado el plan de actos?

-Sí; aquí lo tengo apuntado. Regresará el viernes con los restos mortales; la llegada del avión a Miami está prevista para las once y veinte. Un coche fúnebre de Decker e Hijos lo trasla-

dará desde allí a la funeraria. La misa se celebrará el domingo, día trece, por la mañana, en la iglesia de los baptistas unidos, y será enterrado al mediodía, junto a Sadie, en Elysian Fields.

-¿Y extraoficialmente? Bastaría con realizar un examen del cráneo.

Lo pensó. Al cabo de un momento movió la cabeza negativamente.

-Eso no puedo hacerla y te explicaré el porqué. Pongamos por caso que encontramos pruebas de que la causa de la muerte ha sido otra. Aunque no está en nuestra jurisdicción tendría que notificar el hecho a la policía local y supongo que ellos se pondrían en contacto con las autoridades francesas. Nunca me había visto en una situación así. No obstante, creo que podría hacerse por vía oficial, pero con la máxima discreción. Voy a tener que cobrarme unos cuantos favores que había hecho a diversa gente del pueblo. Al juez, al ayudante del fiscal, al forense, a Floyd Decker. Maldita sea, McGee, no te imaginas lo mal que me sabe malgastar esas influencias.

-La alternativa es cruzarnos de brazos, dejar que entierren al pobre Billy y quedamos con la duda.

-En fin, tendré que preparar una declaración jurada haciendo constar que vino a verme antes de marcharse a Francia para pedirme que, si moría mientras estaba fuera, me cerciorara de que había sido por causa natural. Así estaré cumpliendo mis obligaciones de abogado con el cliente. Y quizá a ti Billy te encargó que comprobarás que yo respetaba su voluntad.

-Ves qué fácil.

Suspiró.

-He hecho cosas más absurdas, sólo que ya no recuerdo cuándo.

Frank Payne me llamó a las tres menos cuarto de la madrugada del domingo, penúltimo día del año, arrancándome de un turbulento sueño que se desvaneció antes de que pudiera retenerlo. Me habló con cautela.

-Estoy en la funeraria de Decker. Chico, en buen berenjenal nos hemos metido.

-¿A qué te refieres?

-Jerga médica aparte, perdió el sentido por alguna causa no natural antes de morir. Probablemente ya sea demasiado tarde para detectar rastros de narcóticos. Quizá simplemente le golpearon la cabeza con un calcetín lleno de arena. Después le introdujeron algo fino, puntiagudo y curvo por el lacrimal del ojo izquierdo. Algo como una cuerda de piano afilada en el extremo, un cable rígido. De manera que se lo metieron por ahí y hurgaban un poco cada vez que pinchaban. Era curvo, así que se produjo una gran hemorragia, como si se hubiera reventado una de las arterias principales del cerebro. Pero por el punto de perforación apenas sangró.

-Y entonces, ¿cuál es el problema?

-Algo que no habíamos tenido en cuenta. Tiene que haber un informe oficial. El descubrimiento ha de ser verificado por otras autoridades forenses. Habrá que realizar una autopsia completa con muestras de laboratorio de los órganos y todo eso. Y el jurado de acusación tendrá que dictaminar que se ha producido una muerte a manos de persona o personas desconocidas, y todo deberá remitirse... copias al menos... a la Sûreté o comoquiera que lo llamen en Francia. Y como Billy era un ciudadano ilustre, todo el mundo va a querer tomar parte en el asunto para salir en los diarios. Las agencias de noticias y las emisoras de radio y televisión van a hacerse eco de esto, y todas las sospechas van a recaer en Millis, sobre todo si se encuentran restos de algún sedante fuerte al realizarse la autopsia completa. Digamos que el funeral queda suspendido indefinidamente. El acto de mañana en la iglesia no será más que una misa de difuntos. Menudo tinglado. Muchas gracias, McGee.

-¿Va a servir todo esto para aumentar la herencia?

-Quizá en ciento cincuenta mil dólares, que es como decir que meándose en la piscina sube el nivel del agua.

-¿Millis está ya enterada?

-Todavía no. Me parece que yo voy a marcharme una semanita a St. Kitts. Descansaré un poco.

-No te vendrá mal, Frank.

-Me llevaré a mi mujer y a los críos, y la caña de pescar.

-Oye, quiero que tengas una cosa en cuenta.

-¿Qué?

-Millis es una mujer muy, muy inteligente.

-Sin duda.

-Y es muy tacaña.

-También lo acepto.

-Es mucho más barato volver a casa con una urna llena de cenizas, y si has cometido un asesinato, mucho más seguro.

La pausa se prolongó durante tanto rato que creí que había colgado.

-¿Frank?

-Sigo aquí. Yo no actúo en juicios; ésa es tarea de Roger Carp. Seguramente podría sacarle partido a lo que acabas de decir. Eso en el caso de que Millis todavía nos quiera a su lado.

Fui a la misa de diez y media en la iglesia de los baptistas unidos. El inmenso templo se encontraba medio lleno. Si Billy no hubiera abandonado los negocios, habría estado abarrotado. El comercio crea obligaciones sociales. Además, era víspera del día de Noche Vieja.

Llegué con tiempo de sobra y me quedé afuera hasta que apareció Millis. Había sacado del garaje el Continental azul oscuro y el chófer vestía el uniforme del cuerpo de seguridad de Días del Sol. Uno de los pálidos empleados de la funeraria salió a buscarla, y la condujo al interior, tomándola cuidadosamente del codo. Ella llevaba un traje negro a medida y un sombrerito con un velo negro y corto; no iba maquillada.

El reverendo doctor Barnell Innerlake oficiaba la misa. Se lo notaba titubeante, como si estuviera repitiendo un guión estudiado. Recordó el modesto comienzo de Billy y sus buenas obras cuando Dios compensó sus esfuerzos con dinero contante y sonante.

De manera que cuando el guardia le abrió a la viuda la portezuela del enorme Continental, yo me hallaba a unos pasos. Hizo ademán de agacharse para entrar al automóvil, pero se detuvo y me miró de frente. A través del velo vi su oblicua mirada verde.

-¿Se ha enterado? -preguntó con voz ronca.

Estaba demasiado curtida como para aceptar evasivas.

-Sí, me he enterado.

-Venga a casa, por favor.

-¿Ahora mismo?

Consultó la hora en un reloj de diamantes.

-A mediodía.

-De acuerdo.

Y se marchó, pequeña en contraste con la extensa tapicería del asiento trasero.

Siete

Los jóvenes guardias de seguridad del reducido vestíbulo de Torre Alfa en Días del Sol llevaban brazaletes negros, y pensé que el detalle debía ser uno de los servicios incluidos en el precio del dúplex. O también podía ser, supuse, una sincera muestra de pesar. Billy era un hombre afable, fácil de complacer como jefe, y generoso.

Millis abrió la puerta en cuanto pulsé el timbre. Se había cambiado de ropa; ahora vestía unos holgados pantalones blancos de algodón y una camisa naranja de manga larga, también de algodón. Llevaba el cabello recogido con una cinta naranja, e iba descalza.

Me saludó con un susurro, cerró la puerta y me hizo seguirla a través del alargado salón de estar, de suaves tonos grises y azules, y con un extenso ventanal con vista al mar. Me llevó por un pasillo ancho y corto hasta un cuartito que aparentemente era su vestidor. Había un tocador con un banco tapizado y un espejo orlado de bombillas blancas; un buró con un juego de artículos de escritorio de piel marrón; un canapé de dos plazas y dos sillas; dos paredes cubiertas de puertas correderas, que sin duda ocultaban su vestuario, y un vano rematado en arco que daba a una habitación mucho mayor con una imponente cama.

Me indicó el canapé con un gesto impreciso. Me senté despacio y con cuidado. Parecía frágil. No había ventanas. La habitación estaba en penumbra. La única luz provenía del arco que daba al dormitorio.

Giró la silla del escritorio y se sentó, encorvando los hombros y apretando los párpados en una extraña mueca.

-Esto no me resulta nada fácil -dijo.

-Siento mucho lo de Billy.

-A usted le tenía mucho aprecio. Y a mí eso me irritaba, porque no quería compartir a Billy con nadie; quería ser el centro de su atención.

-No sabía que eso le preocupara. Hasta ese punto al menos.

Su melancólica sonrisa se desmoronó.

-Ni yo tampoco. Al principio no me importaba. Creía que iba a casarme con Billy por la seguridad. Creía que iba a casarme con él para poner fin a un vida de constante lucha. Pero acabé casándome con él porque le quería. Y con él me sentía amada. Eso, para mí, era nuevo. Amada y querida.

-Estaba muy orgulloso de usted.

Frunció la frente.

-Por eso tenía que seguir viviendo conforme a la imagen que él tenía de mí. ¿Puede uno llegar a ser mejor persona de esa manera, McGee?

-Quizá. Si acaba acostumbrándose.

-Claro. Puede ser. En fin, dejémoslo. McGee, desde que Frank Payne me ha telefoneado a las cinco de la madrugada para decirme que Billy había muerto asesinado, ya no he podido pegar ojo. Me he quedado despierta y pensando. Lo que ha ocurrido obedece a una lógica. A una lógica repulsiva. Y a demasiadas suposiciones gratuitas.

-No acabo de entenderla.

-Es normal. No me entiende porque no está al corriente de ciertas cosas. Y por eso voy a contárselas. Aunque no me guste hablar del tema. ¿Sabe quién era Enelio Fórtez?

Tuve que sumergirme en las profundidades de la memoria.

-¿No es aquel que... hace unos ocho años... apareció a trozos por todo Miami?

-Trozos de Nelly para recordar a otros que se andasen con cuidado. Dejaron cada uno de los pedazos en las cercanías de algún centro de distribución de droga. Cuando lo mataron yo vivía con él desde hacía tres años. A Nelly le perdió la codicia. Suele ocurrir. Creía que podía salirse con la suya, pero no pudo. Le faltaba inteligencia. Me fui a vivir con él antes de cumplir los veinte años. Diversión constante. Dinero, ropa y champán en abundancia, viajes a Las Vegas y a las islas.

Un apartamento precioso. Después me enteré de que ciertos sectores habían pensado en acabar también conmigo, por si acaso había tenido algo que ver. Pero me salió un valedor, un tal Anuro Jornalero. Así que me fui a vivir con él. Pero con Art ya no era dedicación exclusiva, como con Nelly. Él tenía mujer e hijos. Art es mucho más poderoso de lo que Nelly habría podido llegar a ser. Prácticamente es uno de los máximos jefes, y hablo de un negocio de setenta mil millones de dólares anuales. Así que a los veintidós había ascendido un par de escalafones. Y a los veinticinco años me desperté. Me descubrí unas incipientes patas de gallo y alguna que otra arruga en el cuello, y tomé conciencia de que en cuanto dejase de ser una especie de prodigio con el que Art podía presumir ante sus compinches, me enviaría a paseo, quizá con un poco de dinero para suavizar el paso. Un tiempo después de largarme, Arturo dio conmigo, y mandó a alguno de sus esbirros a intentar convencerme de que volviera, pero mi decisión era firme. Me llamó un par de veces por teléfono y desistió. Yo ya había encontrado trabajo por un anuncio en el diario, y buscaba a alguien que no fuera a deshacerse de mí en cuanto le viniera en gana, así que Billy Ingraham, mi nuevo jefe, se convirtió en mi objetivo. Deseaba un futuro más duradero que el que me esperaba en Miami. Tenía que contarle todo esto para que entienda lo que sigue.

-Sentía curiosidad por usted, Millis. Le notaba algo que no alcanzaba a explicarme.

-Tiene usted buen ojo. Me ponía un poco nerviosa. Pero, bueno, a lo que iba. Cuando se publicó en la prensa la identidad de la muchacha peruana, Arturo se puso en contacto conmigo. Me dijo que quería hablar conmigo, que era muy importante y no tenía nada que ver con nuestra vieja amistad. Así lo llamaba. Amistad. Así que nos citamos en secreto en la habitación de un hotel.

»Me explicó que se hallaba en una situación delicada. Que aquella chica, Gigi, la que habían degollado, era sobrina del jefe máximo del negocio de la droga en Perú. Ese hombre, Isidro Reyes, es hermano del padre de Gigi, el diplomático. Se trata de una familia muy poderosa y la tal Gigi, por lo visto, era el orgullo, la niña de los ojos de toda la parentela, y estaba comprometida con un joven abogado de otra de las grandes familias de por allí. En el acto se desataron las iras de todos los allegados, y corrió la voz de que, por deseo expreso de las dos familias, debía castigarse a cualquiera que tuviese alguna responsabilidad en el asesinato. Arturo me dijo que me había estado siguiendo la pista, en recuerdo de los viejos tiempos, y que le resultaba extraño que nuestras vidas hubieran vuelto a cruzarse en tales circunstancias, pero que su misión era averiguar si Billy, al intentar recuperar su barco, había hecho matar a aquellos chicos.

»Hablamos largo y tendido. Le hablé de usted y le conté que había encontrado el *Sundowner* mediante fotografía aérea; y que el día que localizó el barco con los cadáveres a bordo avisó a la Guardia Costera y a Billy. Me preguntó si estaba segura de que usted no había encontrado el barco unos cuantos días antes y, al ver que nadie lo descubría, se impacientó y dió parte. Yo le contesté que tenía la certeza de que no había sido así, y que Billy no le habría encargado que recuperara el barco aun a costa de tener que matar a alguien. Le dije también que aquel dinero falso no encajaba en ningún caso con la hipótesis de que usted los hubiera matado. Me agradeció el tiempo que le había dedicado y me aseguró que le había servido de gran ayuda. Nos dimos la mano y el gesto nos resultó en el acto tan extraño que nos echamos a reír. Entonces le besé, y ahí quedó todo. Y ahora Billy ha muerto. Asesinado. Y no se me ocurre quién podía desear su muerte aparte de unos chiflados del Perú que se han equivocado de plano.

Entonces yo le hablé del libro obsequio que me habían enviado, y de la sangre de unos críos esparcida a cinco metros de altura por la pared posterior del almacén de una tienda de ropa llamada «La pequeña boutique». Me miró visiblemente consternada.

-Me consta que Arturo se creyó lo que le dije. Sostuvimos una conversación sincera y cordial. Ya se le había pasado el enfado por mi desaire. Me consta que se lo creyó todo. Me dijo que las cosas iban a complicarse un poco más. Normalmente no se le concedería la más mínima importancia a un pequeño incidente en los Cayos. Alguien que entrega menos mercancía de la que debe o que pide demasiado, o alguien que aparece en la escena en el momento indebido. Nadie le daría importancia. Pero en este caso murió quien no tenía que morir y la situación debía aclararse. Em-

piezo a pensar que la única explicación es la que se me ha ocurrido esta mañana. No han averiguado qué pasó, y han decidido eliminar a quienes podrían haberlo hecho, por la sencilla razón de demostrar que están actuando.

-También hay otra interpretación.

-¿Cuál?

-Descubrieron quiénes habían sido realmente, pero han preferido no tocarlos.

Coincidió conmigo en que era una posibilidad. Después le pregunté si le parecía conveniente que yo me entrevistara con Arturo Jornalero, y, volviéndose, metió la mano en un cajón del escritorio y me entregó su tarjeta de visita profesional. Sociedad de Administración Jornalero. Me explicó que la sede se hallaba en un bloque de oficinas relativamente nuevo, en las dos plantas superiores, dos manzanas al sur del edificio del *Herald* de Miami en Biscayne, y media manzana más en dirección oeste, en la acera derecha de la calle. El edificio no tenía nombre, sólo un 202 en enormes guarismos dorados sobre la puerta de entrada.

Redactó una nota que yo debía enviarle para que me concediera una cita. Cerró el sobre, me lo entregó y lo guardé.

Agachó los hombros y dijo:

-Me siento como si estuviera cayendo y cayendo por un agujero frío y oscuro, sin parar, por entre las sombras.

Me tendió una mano y, cuando se la cogí, me llevó al dormitorio. Una habitación muy femenina. Una puerta entreabierta mostraba el interior de otro dormitorio, y en la pared del fondo vi, adherido a una placa, la curva vital de un pez disecado en posición de brinco. Al llegar junto a la cama, se dio la vuelta y me rodeó con los brazos, apoyando la frente contra mi pecho.

-Abbrácame, por favor -me pidió-. Sólo abbrácame y, si no le importa, a lo mejor lloro un poco.

Así que nos tendimos en la amplia cama, y yo la estreché entre mis brazos mientras ella lloraba. No parecía la misma. Semejaba débil, vulnerable. Y era esa vulnerabilidad lo que yo no había percibido anteriormente.

Cuando dejó de llorar, dijo:

-Hasta ahora no había podido llorar por él. Ni siquiera sabía si llegaría a hacerlo. Probablemente nunca he sido capaz de querer mucho a nadie, salvo a Billy.

La voz se le quebró al pronunciar el nombre de su marido, y las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos. Cuando su llanto volvió a interrumpirse, creí que se había quedado dormida. La ventana, provista de celosía, estaba sólo entornada. Se oía a las olas del Atlántico encresparse e ir a romper contra la playa. Se oía a lo lejos una tenue música. Su cabeza descansaba sobre mi brazo izquierdo. Su cabello exhalaba una grata fragancia. Yo la tenía cogida con la mano derecha por el arranque de la espalda. Una rodilla redonda y dura presionaba mi muslo izquierdo.

No me explicaba cómo me había metido en semejante situación. No había estado con una mujer desde unas semanas antes de ir a buscar el balandro de Hubie. Notaba su respiración regular y tibia. Recordé la ocasión en que me rompí tres costillas, y las dificultades que tenía para respirar. Pensé en carámbanos, en granizadas y en cristales rotos. Pero ninguna de esas imágenes impedía que mi mano derecha se extendiera y ejerciera una suave presión contra su espalda. La rodilla dejó de apretarse contra mi muslo y todo su cuerpo se acercó más. Confiaba en que siguiera durmiendo y no hubiese notado una cosa. Pero se alteró el ritmo de su respiración, y arrimó tanto a mí sus caderas que por fuerza tuvo que notar aquello que ni el recuerdo del hielo y del dolor había logrado aplacar.

De pronto se incorporó, se desabrochó la blusa y se la quitó. Seguía con los ojos cerrados, como si no deseara ver lo que estaba haciendo. Hizo una mueca de resignación y desprecio de sí misma. Se arrodilló y, enganchando el elástico de la cintura de sus anchos pantalones blancos con los pulgares, se los bajó, alejándolos después de una patada. Bajo la blusa y los calzones, no lleva-

ba nada. Tenía un cuerpo elegante, lustroso como la seda y el marfil, con un engañoso olor a inmadurez, los pezones diminutos y rosados, y el vello púbico como un blando tiznao de hollín.

A mi ver, la ternura brilló por su ausencia. Obramos como ladrones a plena luz del día, desvalijando un dormitorio desconocido, buscando el botín tan rápida y silenciosamente como fuera posible, los corazones acelerados, las manos trémulas, murmullos casi imperceptibles. Y en seguida lo encontramos todo.

Salió del cuarto de baño envuelta en una bata larga de color marfil. Yo ya estaba vestido, y de pie junto a la ventana, oteando el mar. Me volví y cruzamos una mirada, cómplices de un delito menor.

-Eso no es propio de mí -dijo.

-Ni de mí. No era ni el momento, ni el lugar. -Apoyé las manos en sus hombros, me incliné y la besé suavemente en los labios. Los tenía fríos y blandos-. ¿Quién puede afirmar que conoce realmente a otra persona? Vida y muerte; amor y muerte. Compartimos el planeta con unos animalillos que hacen el amor una vez y luego mueren. Nueve meses después de un terremoto, de una inundación, de un bombardeo, nacen muchos niños.

-Ha sido culpa mía.

-No ha sido intencionado.

-Estas cosas nunca son intencionadas. He propiciado que ocurriera para demostrarme que no podía ocurrir. Pero ha ocurrido. Y estoy avergonzada.

-No lo estés. No lo estés.

Cuando me alejaba de la elegante morada de la viuda de Ingraham, rogué a Billy Ingraham que lo comprendiera. Y le aseguré que los dos nos arrepentíamos.

Millis tenía sus razones para desear ser abrazada. Y acaso uno de los oscuros motivos de lo que acababa de suceder era que había revelado su pasado más bien turbio a un desconocido. La conmoción posterior a la confesión se atenúa si el desconocido se convierte en amante. De ese modo resulta más fácil justificar tales confesiones.

No tenía intención de pedirle a Meyer un juicio sobre el suceso, y comprendí que deseaba que él tuviera un concepto más alto de McGee que el que yo mismo tenía de un tiempo a esa parte. El mundo era un caos y yo padecía problemas de imagen. Igual que Millis.

Ocho

Había telefoneado antes de ir para cerciorarme de que el señor Jornalero estaba en la oficina. No obstante, preferí no concertar una cita. Aguardé quince minutos desde que le hice llegar la nota por medio de la recepcionista. Las otras cinco sillas se hallaban desocupadas. Sobre una pequeña mesa había unas cuantas revistas de arquitectura apiladas. Ninguna ventana. Luz indirecta de fluorescente. En las paredes, bonitas fotografías en color de diversas estructuras. Pequeños bancos. Paradores. Bloques de oficinas. Todas llevaban en el ángulo inferior derecho un elegante emblema con las iniciales SAJ.

Sonaba música de fondo. De cuando en cuando se oía el timbre o el zumbido de alguno de los teléfonos del escritorio de la recepcionista y ésta susurraba unas palabras en el auricular, apretaba algún botón y colgaba.

Zumbó un teléfono. Contestó y me indicó cómo dar con el despacho del señor Jornalero. Por esa puerta, y luego la segunda puerta a la izquierda.

En su despacho no había escritorio. Muebles de piel, estanterías, una reducida mesa de reuniones, ventanas con vistas a un edificio cercano sin ventanas, a una pequeña parte de la bahía y a los rascacielos de caramelo que se alzaban a la orilla del mar.

Salió a la puerta a recibirme, me estrechó la mano y me señaló un par de butacas de cuero separadas por una mesa baja de café. Era un hombre de considerable estatura, con algo más de cincuenta años probablemente. Cabello oscuro y tupido con unos toques de gris. Semblante pálido, facciones prominentes, cuerpo ancho y huesudo, con aspecto de sedentario descuido pese a su caro traje a medida. Su corbata amarilla estampada llevaba el logotipo de Countess Mara. Adornaba su muñeca una sortija de oro con una esmeralda casi demasiado grande para ser auténtica. Tenía ese aire que dan el dinero, el poder y la importancia. Aparte de una imprevista cordialidad.

-Millie y yo fuimos buenos amigos durante mucho tiempo -dijo-. Pero últimamente no hemos estado en contacto. Si puedo ayudarle en algo...

-Ella me ha dicho que fue usted a verla en octubre pasado. Le contó que yo había encontrado el barco de Billy Ingraham. Según ella, se lo veía muy preocupado porque la muchacha peruana era una persona importante.

-Disculpeme, señor McGee, si doy una imagen de cierta desorganización. Hoy es el tercer día del año. Llevaba unos días sin venir a la oficina, y desde las siete de esta mañana no he hecho otra cosa que oír hablar de problemas y me resulta difícil pasar de un asunto a otro. Su nombre me sonaba, pero no sabía de qué.

-Ya se habrá enterado de lo del marido de Millis.

-Sí, claro. Ese tipo de noticias tienen gran difusión. ¿Cómo lo lleva Millis?

-Relativamente bien.

-De los comentarios de la prensa se desprende que está bajo sospecha. Lo cual, desde luego, es absurdo. Cuando hablamos, se veía claramente que apreciaba mucho al señor Ingraham.

-El asesinato de Billy, al parecer, tiene algo que ver con la muerte de la joven peruana.

Me miró con cara de extrañeza.

-No veo la relación.

-¿Quedó usted realmente convencido, tras la conversación con Millis, de que Billy y yo no éramos responsables de lo que ocurrió a bordo del Sundowner?

-Sí. Totalmente. Como ya le dije a ella, nuestros destinos habían coincidido de nuevo en lamentables y extrañas circunstancias. Sí, me convenció.

-Cuando subí a bordo, las moscas ya habían empezado la faena. Tuve que oler un trapo empapado en gasoil a fin de resistir allí dentro el tiempo necesario para enterarme de lo que había pasado.

-Ya se lo he dicho, señor McGee, Millie me convenció.

-Tres días antes de Navidad, un sábado, estalló una bomba detrás de un centro comercial de Lauderdale, matando a dos niños. ¿Se había enterado?

-Sí, algo leí al respecto.

-La bomba en cuestión, si no me equivoco, era un paquete que me había llegado a mí por correo y no había abierto. Entré a comprar allí y me dejé la camioneta abierta. Es muy posible que esos chicos se lo llevaran y lo abrieran detrás de las tiendas. Según los expertos, era un artefacto sofisticado.

Arturo Jornalero se miró la uña del pulgar derecho, arrugando la frente. A continuación se mordió con delicadeza el borde de la uña, se puso prestamente en pie y se acercó a la ventana, quedándose allí asomado, con las manos a la espalda. Sin volverse, dijo:

-Imaginemos que el hijo de un buen amigo o de un socio estimado viaja a Perú de vacaciones, y pongamos que va a Cuzco y, una noche, es asesinado por unos ladrones en una calle oscura. El compungido padre podría dirigirse a mí y yo podría ponerme en contacto con alguno de mis socios en Perú, y éste a su vez podría encargarse de que los culpables recibieran su merecido sin esperar el resultado de un lento proceso judicial. Sería una cuestión de amistad y de honor.

-¿Y no se sentirían de algún modo obligados a hallar a los verdaderos culpables?

Regresó lentamente a la butaca, se acomodó en ella y suspiró ruidosamente.

-Ese punto me tiene realmente preocupado, señor McGee. Cuando se identificó a la muchacha, hubo... intensas conversaciones entre Miami y Lima. De inmediato se sospechó que quien hubiera dado parte a la Guardia Costera sobre el paradero del barco pudo también haber asesinado a los tres jóvenes. Hay quien ha matado por mucho menos dinero del que usted cobró por encontrar el barco. Les dije a mis socios que conocía a la esposa del señor Ingraham y que me ocuparía yo del asunto. Me entrevisté con ella en privado. Después puse a alguien a investigar tanto su forma de vida y su reputación, señor McGee, como las de su amigo el piloto del aeropuerto de Southdale. Cuando tuve el resultado, informé a mis socios que era sumamente improbable que usted fuera el causante del conflicto, o que el señor Ingraham hubiera tomado parte en ello, salvo por el hecho de que los sucesos habían tenido lugar en su barco, que fue robado en Citrina el pasado julio. Les dije que, en mi opinión, los asesinatos se habían producido a resultas de un trato fallido.

-Yo estuve a punto de volar en pedazos y a Billy lo mataron en Cannes hurgándole dentro de la cabeza con un alambre. Así que, por lo visto, alguien no se quedó satisfecho de sus explicaciones.

-Yo me había mantenido al margen desde entonces. Pero ahora voy a interesarme personalmente en el asunto.

Tras su voz tranquila y amable se apreciaba una cierta crispación en la que se traslucía su propósito de darle algún disgusto a más de uno.

-¿Qué tipo de actividad lleva a cabo su empresa, señor Jornalero?

-Somos una sociedad internacional de administración y asesoría. Cuando una empresa recurre a nosotros, si nos atrae, tratamos de introducirnos en ella. De manera que, con el paso de los años, nos hemos convertido en una extraña combinación. Tenemos parte en productoras y distribuidoras cinematográficas de Sudamérica y algunos países orientales. Tenemos acciones en empresas manufactureras y en firmas financieras de las Bahamas, Cartagena, Bolivia, Sudáfrica. Aquí poseemos una sección de contratación y un cuerpo de arquitectos, además de una agencia de selección de personal y un importante capital invertido en un oleoducto y en unos cuantos buques mercantes de cabotaje. Cuando la junta de dirección es buena, preferimos conservarla a encargamos nosotros mismos de la gestión.

-¿Y tienen participación en una empresa de Lima?

-En más de una, de hecho. Y a la vez algunas de esas empresas poseen acciones en otras empresas de otros países, conjuntamente con nosotros. El entramado es cada vez más complejo.

-Me figuro que usted nunca tendrá problemas para invertir, con todo el dinero que obtiene del tráfico de droga.

Me miró aparentemente sorprendido, con la boca abierta, y de pronto soltó una carcajada, golpeándose en el muslo con su gran puño blanco.

-Millis tiene una imaginación muy viva y teatral. He de confesar que cuando estuvimos... juntos, le conté alguna que otra historia rara sobre mi vida. Soy un hombre de negocios corriente, y cuando una mujer exige magia y misterio, uno procura complacerla. Créame, McGee, en mi vida he visto un kilo de cocaína y mucho menos cocaína destinada a la venta. Sí he visto, en cambio, en ciertas reuniones sociales, a algunos necios aspirándola por la nariz, una conducta repulsiva y degradante. Está usted influido por el cliché de que todo empresario latino de éxito ha de estar introducido en el tráfico de droga. El hecho de que siempre dispongamos de dinero líquido obedece a una decisión empresarial. Nuestras inversiones reditúan abundantes beneficios y es parte de la política de la empresa estar siempre preparados para afrontar posibles contingencias. Se malogran muchos negocios por no disponer de dinero o de crédito de manera inmediata. Ahora mismo, en esta semana, por medio de nuestra conexión bancaria con Hong Kong estamos adquiriendo derechos en almacenes de depósito de Panamá.

-Ya, pero entonces, si todas sus actividades son lícitas, ¿a qué viene eso de adelantarse a la policía para hacerle a alguien un favor?

-¿Conoce usted la palabra española pundonor? Quiere decir punto de honor. La muchacha, antes de ser degollada, fue violada. Eso ha sido causa de gran pesar para la familia. Tienen mucho dinero y mucho poder, y están fuera de sí. Y saben que los asesinos condenados llegan a pasarse años y años en celdas con aire acondicionado, comiendo bien y viendo la televisión en espera de una ejecución que nunca se produce. La venganza personal es una actitud primitiva. Pero en un caso como éste proporciona cierta satisfacción.

-¿Y qué sabe del dinero falsificado?

-Como ya le he dicho, e igual que le dije a ellos, creo que la causa de todo fue un trato que no llegó a cuajar.

-¿Y no podría usted insistirle a esa gente al respecto? ¿No puede ponerse en contacto con alguien que sepa quien me envió una bomba y decirle que corra la voz para que me dejen en paz?

-Algo puede hacerse, supongo.

-Se lo agradecería, y también le agradezco que me haya concedido tanto tiempo.

-Dígale a Millis que si necesita algo, sólo tiene que decírmelo.

Tras aparcar mi camioneta azul, me dirigí al *Flush* y abrí el pequeño panel para comprobar si había tenido visita mientras me hallaba ausente. Estaba tan acostumbrado a no encontrar nada anómalo que me quedé mirando como un idiota el inverosímil objeto que había sido colocado en el hueco de las bombillas. Era un gato hecho de bastoncillos limpiapipas, con los bigotes de sedal de nylon. Las bombillas estaban encendidas. Por lo menos, nadie había forzado la puerta. Si era un mensaje, no alcanzaba a comprender su significado.

Y cuando, diez minutos más tarde, se lo mostré a Meyer, tampoco él supo interpretar el sentido, como era de esperar.

Hacía un día claro, fresco a la sombra, y caluroso a pleno sol, incluso a las cuatro menos cuarto. Meyer yacía en posición supina sobre una tumbona en la cubierta de mi barco, con el amplio pecho brillante a causa del sudor provocado por los ejercicios que yo le había persuadido a realizar. Meyer equipara el ejercicio físico a los juegos obligatorios y demás formas de aburrimiento forzado de la infancia. Y, sin embargo, nunca está en tan mala forma como yo me imagino. Le acuso de practicar la calistenia a escondidas y me mira como si le reprochara que ve *Centro médico* o *Dallas*. Afirma que su semi buena forma, como mucho una cierta elasticidad, es una característica heredada.

Yo estaba sentado en cubierta, sobre una toalla playera, en la posición del loto, con la espalda vuelta hacia el sol vespertino, y remplazaba un ojete roto de una de las cañas del barco, devanando alrededor el hilo encerado.

- Puede que Jornalero tuviera parte de razón -comentó desde debajo del sombrero de paja con el que se protegía del sol.

-Parte de razón ¿en qué?

-No tendría por qué estar vinculado de manera directa al tráfico de droga. Está en una posición ideal para blanquear dinero. Si fuera capaz de absorber doscientos millones anuales, repartidos por todo el mundo y volverlos a traer en forma de sueldos, primas, dividendos y honorarios, podría embolsarse el tres por ciento de las transacciones, que equivaldría a seis millones.

-Pero alguien tendría que confiarle el dinero.

-De modo que estaría enterado de cuál era su procedencia. Y por tanto, en cierto sentido, formaría parte del tinglado, ¿no?

-Causa buena impresión. Yo personalmente pondría mi dinero en sus manos con toda confianza.

-Por lo que te ha contado, ¿te haces idea de qué pudo ocurrir?

-Seguramente él cree que alguien perdió la paciencia. Alguien con muchas ganas de presentar resultados y complacer a los peruanos. Y en apariencia a Jornalero esa posibilidad no le hace ni pizca de gracia.

-Todo cuadra -dijo Meyer-. Desde octubre hasta finales de diciembre no pasa nada. Y entonces emprenden algún tipo de acción simplemente por hacer algo, tanto si tiene sentido como si no.

-Quizá consiga arreglarlo. Pero de momento no pienso desenvolver mis regalos.

-¿Porqué te enviarían un paquete bomba si hubiera sido más fácil apostar un francotirador en cualquiera de aquellos terrados?

Miré por encima del hombro hacia las azoteas de los altos edificios situados al otro lado de la dársena. Cuando se dispara en un ángulo de cuarenta y cinco grados por debajo de la horizontal, el cálculo aproximado de la distancia ha de hacerse en dos veces, primero una mitad del trayecto y luego la otra. Así se impide que el tiro salga alto. El efecto de la gravedad sobre la bala disminuye gracias al ángulo. Noté un círculo de hielo del tamaño de un dólar de plata, ocho centímetros más abajo de la nuca.

De todos modos ya había terminado mi tarea. Ya había asegurado el grueso hilo mediante un nudo. Sólo me quedaba aplicar la laca, pero eso podía hacerse abajo. Recogí la toalla, la bobina de hilo, el cuchillo y el ojete roto. Al volverme de cara a los lejanos edificios, el círculo de hielo se deslizó alrededor de mi cuerpo, hasta detenerse en el lado izquierdo del pecho. Simulé un bostezo, y por un instante sentí el hielo en el fondo de la garganta, reapareciendo después en el pecho.

-Ya casi se ha ido el sol -dije.

-Si tú lo dices -contestó Meyer.

Me metí en el barco. Él se volvió a su flamante yate a esperar a que llegara del aeropuerto una de sus amigas ejecutivas, una californiana propietaria de viñedos que de cuando en cuando le enviaba una caja de botellas de vino de alguna cosecha especial. Según Meyer, siempre que la lleva a las islas se dedican a hablar de las tendencias económicas y el comercio internacional. Y a beber vino. Y aunque no sé lo que ocurre en esas reuniones, me consta que cada una de esas amigas ejecutivas está firmemente convencida de ser el gran amor de Meyer. Se nota cuando se despiden de él. Y quizá, a la manera de Meyer, lo sean realmente. Todas ellas. Tampoco es que haya tantas. Seis tal vez. O siete.

Y aquella noche, cuando no pensaba en la muerte, a punto estuve de morir. Una vez más.

Nueve

Había planeado permanecer a bordo del barco aquel jueves por la noche. Navidad y Noche Vieja habían sido un desastre. Hacía años que ya no esperaba mucho de tales celebraciones. Pero en esta ocasión, las cosas todavía fueron peor que de costumbre. El insignificante desliz con Millis me había creado malestar y apatía. Había estado leyendo a Lewis Thomas y por primera vez su lectura me había deprimido, incluso allí donde afirma que el aglutinante que proporciona una cierta estabilidad duradera al género humano es el deseo de ser útil de cada uno de sus miembros. Quizá mi deseo de ser útil no había encontrado una vía de realización.

Por una vez tenía guardada en el escondrijo una suma de dinero tal que mi nuevo período de descanso podía dilatarse indefinidamente hacia el brumoso futuro. Pero no se me ocurría a qué dedicar ese tiempo. Podía tomar un avión y marcharme a Perú.

Los aviones me trajeron a la memoria al Irlandés, y recordé que no le había advertido que existía una posibilidad remota de que fuese a ocurrirle algo desagradable. Por una vez atendió él al teléfono en lugar de su contestador automático.

Cuando terminé de explicarle por qué convenía que se andara con cien ojos, me respondió que aquello no tenía ni pies ni cabeza. Le contesté que últimamente había muchas cosas que no tenían ni pies ni cabeza, pero que así estaba el mundo de momento. En todos los rincones del planeta, le dije, la gente se esfuerza por verle sentido al caos.

-¿Qué estás bebiendo?

-Ahora mismo, café.

-Pues sigue con eso, muchacho -me dijo, y colgó.

Al cabo de diez segundos se oyó el sonido apagado de unos pasos sobre la estera extendida al comienzo de la gruesa plancha que comunicaba el muelle con la popa del barco, y unos instantes después llamaron insistentemente a la puerta del comedor, al tiempo que una voz decía:

-¡Eh, Trav! ¡Eh, McGee!

Era Annabelle Everett, con una amplia sonrisa de alegría y una botella de champán frío, que venía a anunciarme que aquella mañana había empezado a trabajar en una agencia de viajes, que sus compañeros de oficina eran encantadores, que le había resultado muy sencillo manejar el ordenador, y que iba a trasladarse a casa de una de las chicas de la agencia porque su compañera de apartamento, la muchacha a quien ella sustituía en el empleo, se había casado y se mudaba a Texas. Annabelle no cabía en sí de contenta. Saqué el cubo del hielo, abrí el champán y puse música. De repente había recuperado completamente la moral. De manera que deseaba celebrar el acontecimiento con una de las personas que había intentado hacerle ver que casarse con Stu, el hombre del tiempo, no era precisamente una idea magnífica.

El champán sabía un poco ácido, y luego, en el restaurante, nos sirvieron los filetes fibrosos y la bebida aguada, pero nada podía apagar su optimismo. La acompañé en la camioneta a su apartamento del sexto piso sin ascensor del ruinoso edificio, el Plaza del Río, subí con ella y acepté su invitación a pasar. Había empezado a tambalearse y los ojos ya le daban vueltas. Insistí en que tomáramos una última copa. Tenía un poco de whisky barato y le preparé uno bien fuerte. Después me tomé lentamente el mío, mucho más flojo. Cuando hube terminado, llevé los vasos a la minúscula cocina y los lavé, dejándolos boca abajo sobre el escurridor.

Eché un vistazo al dormitorio y vi que había una cama grande. Aparté las sábanas, volví a por ella, la llevé a su cuarto y la acosté en la cama. Me entró un cierto complejo de puritano y mojigato. Y entonces caí en la cuenta de que, después de todo, ella estaba de fiesta y había dejado bien claro como deseaba que terminase la velada. La sacudí un poco para asegurarme de que no iba a despertarse, la desvestí y esparcí su ropa, parte por el suelo, parte en una silla, a fin de aparentar un cierto desorden debido a la prisa. La tapé, luego arrugué las sábanas, tanto en su lado como en el que teóricamente había sido el mío.

Encontré una barra de labios y escribí en el espejo del baño: «Gracias por todo, Trav.» Dejé encendida la lámpara de la mesita de noche y me marché, cerciorándome de que la puerta quedaba bien cerrada. Al fin y al cabo, una chica tiene su orgullo.

Me sentía tan satisfecho de mí mismo que casi se me pasó por alto el ligero movimiento de una sombra en el aparcamiento del edificio. Las luces del aparcamiento no se habían encendido desde hacía años. La única iluminación procedía del blanco resplandor de un establecimiento de comida rápida situado a media manzana. La mitad del recinto estaba a oscuras y en la otra mitad, donde yo había aparcado, la lejana luz proyectaba negras sombras alargadas en el asfalto agrietado, las sombras de los automóviles y de los arbustos sin podar. Debía haber unos veinte vehículos en el estacionamiento, aparcados todos juntos en la parte más próxima a la entrada.

Retrocedí y esperé a oír el ruido de un motor, o el de alguien intentando abrir un coche por la fuerza. La prudencia es un hábito, un hábito adquirido a golpes. Pero la prudencia debe ir acompañada, si se tercia, del necesario flujo de adrenalina para que la máquina funcione al límite de sus posibilidades. Hacía al menos dos años que no me encontraba en tan buena forma. De nacimiento estoy dotado de bastante agilidad. Coordino mis movimientos mejor que muchos. Mi metro noventa me da cierta ventaja sobre la media. Y el aire de lentitud y morosidad también ayuda.

Al ver que nada ocurría, avancé en la oscuridad, arrimado a la pared y palpando el suelo antes de cada paso. La sombra podría haber sido un perro del vecindario atravesando el aparcamiento. Cuando llegué a la esquina del edificio, volví a esperar. Una luz tenue venía de la otra dirección, y si daba un paso más, perdería el abrigo de la oscuridad. A medida que pasaba el tiempo mejoraba mi visión nocturna. Ya veía el perfil de mi camioneta Rolls. Y mientras la observaba, el contorno cambió. Junto a ella, al otro lado, había un hombre, moviéndose de la cabina a la parte posterior, de izquierda a derecha desde mi perspectiva. Vi un arco rojo casi imperceptible cuando levantó el cigarrillo por encima de la caja de la camioneta, llevándoselo a la boca y bajándolo de nuevo. Entonces se volvió y desanduvo el camino. Cuando la silueta desapareció detrás de la cabina, me acerqué rápida y sigilosamente al automóvil más próximo, corriendo inclinado y a velocidad media. Estaba a tres vehículos del mío. La única manera de evitar la luz era cubrir la distancia por debajo de los coches. Me tendí boca arriba y me deslicé bajo los dos primeros, agarrándome a los huecos que encontraba en los chasis. Me acerqué a la sombra del automóvil aparcado junto a la camioneta.

-Ese hijo de puta seguro que se queda ahí follando toda la noche.

La voz me pareció alarmantemente cercana. Una voz malhumorada, hablando en un susurro. Y demasiado cercana. No lo comprendí hasta que noté que el coche en el que estaba apoyado se movía un poco. La voz provenía del interior. Me encogí todavía más contra el costado del automóvil.

-Cierra el pico, Sully -dijo una voz más suave, hablando más alto.

Provenía igualmente del interior del coche. Tenía el tono de una orden.

Se oyó un crujido de cuero sobre asfalto, y después una tercera voz, y supuse que el del cigarrillo se había acercado por el otro lado del sedán.

-¿De qué habláis? -preguntó bajo y con cautela.

-Sully empieza a cansarse de esperar.

-Y yo -dijo el del cigarrillo-. ¿y si subimos y nos lo llevamos?

-Ni hablar -dijo la voz de mando-. Demasiado riesgo. Podría salir mal.

-Lo raro es que nos haya salido bien hasta ahora, habiéndole seguido tan de cerca -dijo Sully.

-Vale ya; os lo digo a los dos. Cappy quiere que el asunto quede zanjado cuanto antes. Un accidente. Así que a callarse y a esperar.

Durante diez silenciosos minutos permanecí inmóvil, pensando en cómo salir del paso. Eran tres, y se proponían prepararme un accidente mortal. No me había dado cuenta de que me habían

seguido, a pesar de que siempre voy muy atento por si acaso. Así que aquel fulano hacía bien su trabajo. Quizá el coche iba provisto de dos juegos de faros. Eso, de noche, simplificaba las cosas.

Al final, Sully me ahorró la decisión. -Voy a salir a estirar las piernas. -Como quieras.

Salió del lado donde yo me hallaba. Era un sedán con cuatro puertas, y él abrió la portezuela posterior al tiempo que yo me apartaba. Si se iba hacia atrás, de momento yo no corría peligro. Pero vino hacia mí y me tocó en el hombro con la rodilla.

Lanzó un gruñido de sorpresa, y sin pensármelo dos veces arremetí contra él, agarrándole por la ropa y arrastrándolo hacia mí, volteándolo y apartándolo del coche, aprovechando mi posición para hacerle caer de espaldas. Su cabeza se estrelló contra el asfalto con un ruido seco, y perdió el sentido. Alguien gritó, y al tiempo que me levantaba, empujé con el hombro la portezuela que empezaba a abrirse de nuevo, para cerrarla. Pero no se cerró. Rebotó en algo, y un hombre lanzó tal alarido que supuse que tenía la mano medio fuera para ayudarse a salir. Rápidamente rodeé el sedán por su parte posterior en busca del fulano del cigarrillo. No estaba a la vista. Me quedé inmóvil y, de pronto, a la vez que oía un resuello de esfuerzo a mis espaldas, caí al suelo con un dolor lancinante en el hombro izquierdo y, revolviéndome, le asesté una patada en las piernas y dio con su cuerpo en tierra. Mientras caía, vi el brillo de la hoja del cuchillo en su mano. Me levanté antes que él y le golpeé en el rostro con el lateral del zapato cuando intentaba ponerse en pie. Dio una voltereta completa y quedó de nuevo de rodillas y apoyado en las manos, así que volví a patearle. Las manos son frágiles. Y una mano rota duele de mala manera. Esta vez cayó de espaldas, y la navaja desapareció bajo uno de los coches. No tenía ningún interés en quedarme a conocer los nombres y números de serie. No sabía si estaba sangrando mucho o poco. Me metí en la camioneta, arranqué a toda prisa y retrocedí con un amplio viraje, encendiendo los faros al enfilar hacia la salida. El que había derribado primero apareció tambaleándose de detrás del automóvil. Cuando se vio ante la camioneta, intentó darse media vuelta y salir corriendo, pero tropezó y acabó cayéndose. Giré, esquivándolo casi por completo, pero la rueda anterior derecha pasó sobre sus rodillas, oyéndose un desapacible crujido, acompañado de un grito sofocado.

Durante el rápido viaje de regreso permanecí atento a cualquier síntoma de mareo o debilidad. Tenía la camisa embebida de sangre en la parte del hombro. Llegué al barco sin incidentes, y me quité la camisa en cuanto me hallé a bordo y con todo bien cerrado.

Entonces me examiné la herida en un espejo. La incisión era tan pequeña que casi me lleve una decepción. Sólo con que me hubiera agachado un poco más habría evitado por completo la puñalada. Había cortado el extremo superior del músculo, rasgado algún que otro nervio, abierto unos cuantos vasos sanguíneos, pero prácticamente podía cubrirse con un apósito. Restañé la herida con un paño mojado en agua fría, y después me apliqué un antiséptico suave y la cubrí con delgadas tiras de esparadrapo. Tener que verme a través del espejo dificultaba la tarea, y el producto final dejó un poco que desear, pero era preferible eso a una puñalada donde él pretendía hundirme la hoja -quince centímetros más abajo, y hasta la empuñadura. ¿Y cómo pensarían hacer pasar algo así por un accidente? Quizá planeaban un accidente tan aparatoso que nadie advirtiera una herida de navaja.

Estiré los brazos y, a modo de sendante, me tomé un vaso de Boodles con hielo. Había echado a perder una mano, unas rodillas y una mandíbula. A tres hombres, uno de los cuales se llamaba Sully, que recibían órdenes de un tal Cappy. Profesionales relativamente competentes que me aguardaban en la oscuridad para eliminarme mediante una muerte accidental. Tal vez Jornalero no había actuado con suficiente presteza. O no me había creído. Al menos ahora podría darle a Jornalero un nombre. Y observarle atentamente para ver cómo reaccionaba al oír ese nombre.

El viernes por la mañana, Jornalero me recibió de inmediato. Dijo que el día estaba precioso. Coincidió con él plenamente. Era un día claro y fresco. Me contó que se había levantado muy temprano para dar un paseo al alba en su catamarán. Uno de sus propósitos para el nuevo año era

practicar más la vela y ponerse en forma. Yo le contesté que uno de mis propósitos era seguir respirando.

-¿Tiene alguna razón para pensar que podría dejar de hacerlo, señor McGee?

Le expuse mis tres razones. No podía ofrecerle descripciones exactas de los tres hombres, pero me había fijado en que el automóvil era un Pontiac oscuro, nuevo, con cuatro puertas, y matrícula USL 901. Los tres hombres hablaban de matarme simulando un accidente por orden de un tal Cappy. Por lo demás, sólo sabía el nombre de uno de ellos, Sully, quien probablemente no volvería a caminar bien en su vida. Su rostro reflejó alarma y preocupación.

-No entiendo nada -dijo-. Me dijeron que todo había sido fruto de un error y les aconsejé que lo rectificaran; me aseguraron que tomarían medidas en el acto. ¿Sería tan amable de salir un momento a recepción mientras hago unas cuantas llamadas?

Pasó un cuarto de hora largo hasta que me hizo llamar. Se lo veía deprimido.

-Tome asiento, señor McGee. Ciertas personas han quedado grandemente impresionadas por su actuación de anoche. Y le confieso que yo también.

-Anoche me puse en contacto con un amigo para ver si el asunto había llegado a manos de la policía, pero no les habían dado parte, así que supongo que no fueron atendidos en el hospital de Lauderdale.

-Consiguieron desplazarse hasta... otra localidad. Están recibiendo atención médica.

-¿A qué se ha debido ahora el malentendido?

-Disculpe, pero me han recomendado que no hable más del tema con usted.

-¿Y eso cómo he de interpretarlo?

-Quieren ajustar las cuentas. Y dejar zanjado el asunto.

-Pero, a ver, ¿hay alguien que se niegue a creer que Billy no ordenó los asesinatos y que yo no los cometí?

-Creo que eso ha quedado claro.

-Y entonces, ¿por qué ahora esto?

-Digamos que para poner en orden cierta situación.

-Ya ha habido muertos porque alguien quería poner en orden cierta situación.

-Así es.

-¿De verdad me habla en serio?

-Ya le he dicho más de lo que debía. Incluso le aconsejaré que coja el dinero que recibió por recuperar el yate y desaparezca durante un año o dos.

-¿Podría usted presentarme a alguien con quien pudiera hablar de este lío?

-Ni pensarlo. Siento mucho no poder ayudarle más -dijo, poniéndose en pie. La indicación para que me marchara.

-Tengo la curiosa sensación de que me ayudaría más si pudiera.

-A veces uno no tiene alternativa -respondió.

Esa frase resonaba en mis oídos mientras salía de la ciudad entre el denso tráfico y tomaba la interestatal en dirección norte. Yo podía descartar mis alternativas una a una. ¿Ir a la policía? Veamos, ¿cuál es su problema, caballero? Pues que quieren matarme. Y eso, ¿por qué? Porque encontré un barco con tres muertos a bordo. ¿Y los mató usted? No; señor. Ah, entiendo. ¡Alguien cree que sí los mató usted! No, qué va, saben que no fui yo. Y entonces, ¿por qué quieren matarle? Me parece que es que tienen que matar a alguien -simplemente para demostrar que están trabajando en el asunto. Bueno, ¿y quién es esa gente? No tengo ni idea. ¿Y cómo sabe que quieren matarle? Por que ya lo han intentado más de una vez. Comprendo. Señor McGee, voy a concertarle una entrevista con una persona cuyo trabajo es escuchar los problemas y las preocupaciones de la gente.

O podía soltar los cordones umbilicales que unían el *Busted Flush* al muelle y rodear la península y subir hacia el norte por el otro lado. Encontrar un sitio donde fondear, ir a tierra en bote a por provisiones y vivir modestamente y con cuidado. Y más tiempo.

O cerrar el *Flush* y marcharme en avión a Cairns, en la otra punta de Australia. Allí hay buena pesca, y el verano es agradable. Podría visitar el acuario a la hora de dar de comer a los peces y contemplar a los cocodrilos enanos, pensando en los socios de Jornalero. Y conocer a las chicas australianas de la costa, que practican el *windsurfing* a todas horas sin sentir cansancio en un solo músculo.

O quedarme y dejarles que siguieran intentándolo.

Cuando dejé la camioneta y me acercaba al *Flush* vi a un hombre sentado en el amarradero, con la piernas colgando, mirando el *Flush* y echando las cenizas de un puro al agua. Parecía obeso, pero por la forma en que se puso en pie, de un solo movimiento, me di cuenta de que estaba en mejor forma de lo que aparentaba. Llevaba una camisa de trabajo azul y unos pantalones caquis, una gorra de marinero griego y unas sandalias de grueso cuero. Era bajo y ancho de espaldas, y tenía la mandíbula cuadrada, apenas cuello, una piel encarnada y curtida, ojillos marrones y hundidos, y cejas y pestañas blancas.

Yo le pasaba más de un palmo. Inclino la cabeza hacia atrás y, alzando la vista, me dijo casi sin mover los labios:

-Tres cuatro nueve uno dos tres ocho. Dentro de diez minutos. Ahora señale algo que esté por donde el hotel.

Hice lo que me pedía. Me dio las gracias, se tocó la gorra con un dedo y se marchó con torpes andares. A los diez minutos llamé al número que me había dado.

-¿Diga?

-Soy McGee.

-¿Qué tal, Trav? Tommy T. me dijo que viniera a verte cuando pasara por aquí.

-¿Cómo le va al bueno de Tom?

- Bien. ¿Estarás a bordo a eso de las ocho? Querría pasar por ahí a saludarte.

-Aquí estaré.

-¡Estupendo! Hasta luego.

Quienquiera que fuese iba con pies de plomo.

Pese a que el sistema de seguridad indicaba que nadie había subido a bordo, revisé minuciosamente todo el barco por dentro. Y cuando terminé, encendí las luces subacuáticas y, provisto de aletas y tubo de respiración, examiné el casco y las inmediaciones. Salí temblando del agua y me di una ducha caliente. Después ya no tenía nada más que hacer, salvo preparar algo de comer y esperar al hombre del gorro griego.

Diez

Dejé encendida una débil luz en la popa. Llamó a la puerta tres minutos después de las ocho. Igual de cauteloso que antes. Cauteloso aunque quizá no lo suficiente. En cuanto abrí la puerta, dijo:

-Me llamo Browder.

-McGee -respondí, y le tendí la mano. La aceptó, y tiré de él hacia mí, agarrándolo con fuerza mientras Meyer se situaba a sus espaldas, cerraba la puerta y le empujaba con el cañón de mi Colt Diamodback, retrocediendo después para mantener una cierta distancia de seguridad como yo le había indicado.

-Browder, el hombre que tiene detrás no está muy familiarizado con las armas de fuego. El revólver está amartillado. Hay una bala en la recámara. Tiene el dedo en el gatillo. Cualquier movimiento anormal o demasiado rápido, y podría crispársele.

-Nada de movimientos anormales. Y nada de movimientos rápidos. Confíe en mí.

Una vez lo hube atado a un montante con sedal de nylon trenzado, Meyer respiró hondo. Le vacié los bolsillos y fui poniéndolo todo en la mesa. Tenía un clip para billetes en forma de símbolo del dólar, ajado por el uso, que contenía cuatrocientos veinte dólares. En un bolsillo llevaba, junto con una navaja suiza de mango rojo y agrietado, algún otro billete arrugado y la calderilla. Le palpé las piernas y encontré una funda de pistola sujeta al tobillo con una pequeña derringer de dos cartuchos, y dos balas Magnum calibre 22. Aguantaba el cacheo con la misma paciencia que un caballo al que estuviesen almohazando.

-¿Pensaba hacerlo con la derringer? -le pregunté.

-No parecería un accidente, creo yo.

-Y, al fin y al cabo, ¿por qué tendría que parecer un accidente?

-Le voy a dar un número de teléfono. Usted márkelo y déjeme hablar por el auricular. Le darán una descripción mía, y saldrá de dudas.

Tuve que volver a atarle, ésta vez más cerca del teléfono. Dijo que aquella línea funcionaba las veinticuatro horas del día. El código de zona no se correspondía con ninguno de los que yo conocía. Al segundo timbrado contestó una voz masculina que repitió las cuatro últimas cifras del número que había marcado. Le acerqué el auricular a Browder y dijo:

-A ver, acreditación para Browder. Ofréceles una descripción.

-No cuelgues -contestó la voz.

Aguardamos durante un minuto y medio, y por fin la voz dijo:

-Browder, Scott Ellis. Uno sesenta y siete y medio, ochenta kilos, treinta y ocho años, ojos marrones, piel rojiza, una cicatriz en forma de S en el antebrazo izquierdo, le falta la falangeta del dedo meñique de la mano izquierda, lunar peludo en el hombro derecho, un tatuaje azul descolorido en el antebrazo derecho representando un ancla rodeada por cinco estrellas. Browder pertenece a un cuerpo especial del Departamento Antidroga.

Di las gracias cuando la comunicación ya se había interrumpido y le desaté.

-¿No quiere ver el lunar peludo? -preguntó.

-No, gracias.

-De todas formas tampoco es tan peludo.

-Aunque, por si acaso, me quedará la derringer.

-Recuérdeme que la coja al irme.

-Señor Scott Browder, le presento a Meyer.

Se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza. Se frotó las muñecas y dijo:

-Me imaginaba que se andaría con cuidado. Eso sí, confiaba en que no me atizase de entrada en el cráneo. Los golpes en la cabeza me producen vómitos. Después del asunto de la bomba no sabían si realmente hacía falta custodiar a una persona con tanta suerte.

-Tome asiento. ¿Una copa?

-Gracias. Whisky, sin hielo, con un poco de agua. Ya se imaginará por qué no llevo encima ningún tipo de identificación oficial.

-¿Está infiltrado? -pregunté.

-Con la Operación Bienestar del Sur quedaron al descubierto muchos de nuestros agentes, y yo formo parte de la nueva hornada.

-¿La Operación qué?

-Fue un golpe importante -dijo con visible decepción-, unas cinco toneladas de cocaína en avión, con escala en las Bahamas. Pero, en fin, yo trato con la gente que ni la ve ni la toca ni tiene relación directa con la gente que sí la ve y la toca. Yo voy detrás de los organizadores. Jornalero tampoco es mi objetivo. Él se limita a blanquearles los beneficios. Antes, hace ya mucho, contrataba camellos para los colombianos. Pero medró y, como es listo, lo fue dejando de lado. Podrían detenerle por delitos monetarios si considerasen que así se iba a frenar el narcotráfico. Pero sabe borrar su rastro.

-¿Tiene idea de quién quiere matarme? -le pregunté, ofreciéndole un vaso.

Tomó un sorbo, dio el visto bueno y dijo:

-¿Qué haría si le diese nombres?

-Alguna que otra visita.

Me miró con cara de desaprobación.

-McGee, no voy a contarle todo lo que sé de usted. Es alto, tiene mucha suerte y se las sabe todas. Si quisiera quitarle de en medio rápidamente, le daría nombres. ¿Con qué podría impresionarle? Estamos hablando de sumas astronómicas de dinero y de gente muy lista. No le engaño. Sería como lanzar al contraataque a una niña de doce años sola y sin protectores contra los Raiders. Es un tipo de gente con los que no puede competir.

-¿Quién es Cappy?

-Eso es una abreviación de Capataz. No es su verdadero nombre, sino el cargo que ocupa. Está en la parte baja de la lista. Personal de seguridad. Dejó usted para el arrastre a tres de sus hombres. A Rick Sullivan le están rehaciendo las rodillas. Louis Lalieu va a pasarse un año en manos del dentista. Dean Matan tiene cuatro huesos rotos y varios tendones desgarrados en la mano izquierda. Y Cappy está que echa chispas.

-¿Quién mató a Billy?

-No lo sé y seguramente Cappy tampoco lo sabe, y hasta diría que ni siquiera lo sabe con certeza el marsellés con quien Cappy se puso en contacto para pedirle el favor. De la misma manera que nadie sabe en realidad quien montó la bomba que le llegó a usted, ni quien la envió por correo. Y, por cierto, a Marsella ha llegado la noticia de que el trabajo del alambre fue una chapuza. No querían que saliera en la autopsia. Tendrían que haber empleado una buena inyección de insulina.

-Una bomba no es precisamente algo que pase por un accidente:

-Optaron por los accidentes cuando eso falló. Demasiados asesinatos despiertan el interés de las autoridades, y eso entorpece los negocios. Los peruanos comprenderían que los accidentes habían estado preparados.

-¿Qué tipo de accidente habían pensado para mí?

-Exactamente, no lo sé, pero creo que iba a descuidarse al cruzar una calle con mucho tráfico. Aquellos tres eran mediocridades, McGee, matones de segunda.

Meyer hizo su primera pregunta.

-Señor Browder, si el señor McGee se queda aquí, ¿qué probabilidades tiene de seguir con vida?

Browder miró a Meyer con más interés.

-Prácticamente ninguna.

-¿Y por qué le otorgan tanta importancia?

-Amigo Meyer, usted es el que hace las preguntas delicadas, ¿verdad? Las cosas están un poco revueltas. En la zona de Miami-Atlanta actúan dos grupos que mantienen una precaria alianza. Cooperan muy cortésmente. Les conviene. A unos los llamaremos los Veteranos. Algunas familias del sindicato, participación en los garitos, prostitución, narcóticos. Pero no se mueven a nivel callejero. Diseñan la política a seguir, proponen medidas, seleccionan a la gente más indicada. Y al otro grupo lo llamaremos los Novatos. Campesinos sureños, cubanos, jamaicanos, portorriqueños, mexicanos, guatemaltecos, peruanos, bolivianos. Narcotráfico, contrabando de armas, asesinatos e incendios. Y también en este bando hay una capa superior de gente con visión política, negociadores. Durante una época, Veteranos y Novatos se mataban entre sí. Pero se impusieron las mentes más lúcidas. Tienen los mismos problemas con el movimiento de mercancías y de dinero. Así que trabajan en colaboración. Pero ahora se ha enturbiado la vida en el paraíso. Y tiene algo que ver con usted, McGee, y con Ingraham y su mujer y Jornalero y ese barco robado y Gigi Reyes. He tratado el tema con mis compañeros y superiores, y la opinión general es que si damos con los botones apropiados y los pulsamos, volverá a producirse una guerra a gran escala. Marieleños enloquecidos de un lado a otro en camionetas de reparto cargadas de armas automáticas y granadas. Y con un poco de suerte puede que recojamos frutos. Acaso reunamos pruebas suficientes para llevar a unos cuantos a juicio sobre seguro.

»Últimamente lo tenemos un poco más fácil. Cuando no conseguimos montar una acusación sólida por vía penal, entablamos una demanda civil y ponemos al mangante de turno ante la disyuntiva de explicarnos su situación fiscal en los quince años anteriores y la procedencia de los dos millones de dólares que gastó en la compra de una casa en la playa, o de perder la casa.

Suele ser un buen estímulo. Pero yo prefiero ir sobre seguro.

-¿Qué bando me quiere muerto?

-Los Veteranos, básicamente.

-¿Qué puedo hacer?

-Todavía no lo sé, McGee. Primero he de conocer con detalle todo lo que respecta al barco. Cómo lo buscó, dónde lo localizó. Qué hizo a bordo. Todo.

Me obligó a repetir dos veces la parte sobre cómo me enteré de que el barco venía de Yucatán. Y quería todos los detalles sobre el interior del *Sundowner*, conocido entonces como el *Lazidays*. La posición y el estado exactos de los tres cadáveres. La situación del fajo de billetes, y de los billetes sueltos en torno a la cabeza de Howard Cannon. La forma y el lugar de las moraduras de los muslos de la muchacha peruana. La indumentaria de los otros. Cerré los ojos y reconstruí la escena. Me acudió a la memoria con tal claridad que oía el desidioso zumbido de las moscas, y sentía en la piel el peso de mi ropa empapada en sudor.

-He de pensar -dijo Browder.

Era aficionado a deambular. Arrugaba la frente, se paseaba de un lado a otro con el vaso otra vez lleno en la mano, emitía gruñidos y susurros casi inaudibles y gesticulaba.

De pronto se detuvo ante mí y me señaló.

-¡Usted! ¿No tendrá por casualidad ropa de vaquero? ¿Sombrero, camisas, botas?

-No.

-Mañana cómprese un equipo completo. Consiga una botas de tacón alto y un sombrero con la copa larga. Quiero que mida dos metros veinte. Por lo menos que los aparente. Le traeré el parche del ojo. Está muerto, pero en Yucatán aún no se habrán enterado, ¿eh que no?

-¿Me lo pregunta a mí?

-No, hombre, no. Cállese. Déjeme pensar. -Y continuó paseándose.

Por fin se dejó caer en una silla y juntó sus gruesas manos.

-Es un riesgo, pero quizá sea su única esperanza, McGee. Traiga dinero. Un buen fajo. ¿Le es posible traer cincuenta mil?

-¿Adónde? ¿Para qué?

-Usted y yo vamos a ir de compras.

-Yo creía que se movía usted en las esferas políticas, Browder.

-No, qué va. Yo soy de tercera o cuarta fila. Si quiero comprar y tengo proveedor, ¿por qué iban a impedírmelo? No tienen nada en contra de que uno haga un dinerillo. Lo que no aceptan es la codicia y las imprudencias. Yo me había formado la idea de que venían de Veracruz o Tampico. Si era de Chetumal, y compraron, sé de quién se trata. Tuvo que ser por mediación de él o de alguien próximo a él. Sé cómo se llama pero ignoro cómo entablar contacto. Y no podemos ir por ahí preguntando. Me parece que ya sé quién puede decirme cómo ponerme en contacto. Usted, McGee, no haga nada. Simplemente compre la ropa de vaquero, y espere a que le llame pasado mañana. Creo que el lunes o el martes al mediodía tomaremos un vuelo de AeroMéxico a Cancún.

-Me muero de impaciencia.

-Déjese de bromas. Esto nos puede costar la vida a los dos.

-Si se sacan del país más de cinco mil...

-Cincuenta mil en billetes de cien no abultan ni esto. -Levantó una mano, con el pulgar y el índice separados unos siete centímetros-. ¿Tiene pasaporte?... Perfecto. Y a pasaré yo el dinero. Lleve una bolsa con lo necesario para tres o cuatro días. Ahora mismo no puedo decirle si será posible o no. A lo mejor me tienen en tanta estima que no quieren que vaya a comprar no fueran a pescarme a la vuelta. Por otra parte si yo pago y ellos se llevan su porcentaje cuando me compran la mercancía para la venta al por mayor, ¿qué tienen que perder? Ya le avisaré.

-Y caso que no haya problema -pregunté- yo, ¿quién se supone que soy?

-En realidad no llegué a conocer su verdadero nombre. Le llamaban Bucky. No se le parecía mucho. Tenía la cara redonda y rosada. Pero era alto. Perdió un ojo en un bar. Había una gente jugando a dardos y él se cruzó entre ellos y la diana. Bebedor. Hablaba poco. Sonreía constantemente. Podría haber sido el doble de John Wayne. Realizaba la mayor parte de sus operaciones directamente, así que lo conocían casi todos los proveedores. Y las noticias vuelan. Lo apodaban el Estanciero, que quiere decir ranchero. Pero Bucky no estuvo en un rancho en toda su vida salvo la noche en que lo mataron. Era un desembarque rutinario por aire en la pista de aterrizaje de un rancho de Pasco County, y Bucky estaba allí con una camioneta para cargar la mercancía y llevarla hacia el norte. A Birmingham, creo. Unos fulanos del condado intentaron robar el cargamento pero les redujeron. Dos se quedaron en el intento. Uno de los otros disparó de lejos, en la oscuridad, probablemente apuntando a bulto en la dirección del avión, y alcanzó a Bucky en plena garganta. De manera que uno de los dos tripulantes del avión tuvo que llevar la camioneta hacia el norte, después de haber cargado a Bucky y a los dos asaltantes muertos en la cabina. El piloto se adentró unos ochenta kilómetros en el Golfo, puso el automático y los tiró al mar. El suceso, en realidad, no se ha hecho público. Yo lo sé, porque es parte de mi trabajo enterarme de cosas así, y al piloto le gusta el coñac.

Consultó su reloj y se puso en pie.

-Me tengo que ir. No vaya a pensarse que quiero meterle miedo. La verdad es que actualmente apenas se producen altercados. Ya tendrá noticias mías.

Diez minutos después de marcharse, le dije a Meyer:

-Si va detrás de mis cincuenta mil, es el timo más retorcido que he visto en mi vida.

-A mí me parece que es real -dijo Meyer.

-¿Es esa la palabra apropiada?

-Probablemente no. Es un personaje más bien irreal. Pero es lo que afirma ser.

-¿Insinúas que debería prestarme al juego? ¿Que me conviene acompañarle?

-¿Te parece que es una decisión que puedo tomar por ti?

-¿Por qué no dejas de contestarme con preguntas?

-¿No es lo que todo el mundo hace?

-Vale ya, Meyer. En serio. La vida está llena de indicios y augurios. Una cosa se oculta en las sombras y trata de advertirte de algo que te conviene saber. Pero nunca es un lenguaje claro.

Hace poco me apuntaste con un dedo y dijiste: «Pum, estás muerto.» Es tan impropio de ti hacer una tontería así, que tuve el presentimiento de que algo quería anunciarse a través tuyo.

-No fue nada más que un impulso estúpido

-Supongo que esta situación me tiene un poco crispado.

-Y lo estarás mucho más si te quedas aquí de brazos cruzados.

-Probablemente.

-Pero ten mucho, mucho cuidado.

88

89

Once

Browder y yo sacamos los pasajes, con plazo de regreso abierto, en el mostrador de AeroMéxico en Miami International el lunes al mediodía. Todavía era plena temporada para los vuelos a Cancún, pero aquel séptimo día del nuevo año había mucho más tráfico de llegada que de salida. Nos pusieron en lista de espera, pero después de que nos transportaron en autobús a un edificio más moderno, Browder pagó muy discretamente para que nos pusieran en cabeza de la lista.

El viejo y panzudo avión iba abarrotado de gente. Se respiraba un aire festivo, de vacaciones anticipadas a bordo. Había un par de grupos de excursionistas que no dejaban de alborotar. Me vino a la memoria la vez en que Meyer y yo viajamos por aire a Yucatán, y encontramos a un hombre que llevábamos mucho tiempo buscando. En aquella ocasión nosotros éramos los cazadores, ahora era yo el perseguido. Aquella vez iba con Meyer, y ésta con un desconocido. La razón me indicaba que era de fiar. Pero la identificación telefónica podría haber sido un engaño. Esta vez no regresaría a Lauderdale con un trofeo tanpreciado como en aquella ocasión. Me propuse relajarme y seguir adelante. Pero no conseguí sacudirme el nerviosismo y el mal humor. Además me sentía como un payaso, incluso después de haber escondido el enorme sombrero claro arriba en el compartimento portaequipajes. Browder me había traído el parche para el ojo, uno de esos pequeños y brillantes con una goma elástica que me venía demasiado estrecha, con lo cual el parche me presionaba los huesos que bordean la cuenca del ojo. La camisa que llevaba tenía unos lustrosos botones claros, el pantalón me apretaba demasiado en la entrepierna, y las botas de cocodrilo de imitación me hacían daño.

Le había preguntado a Browder en el aeropuerto que cuál era el plan, pero me respondió que ya hablaríamos más tarde. Se mostró complacido con mi apariencia. No le había concedido la menor importancia a mi dolor de pies. Mientras nos hallábamos en la terminal nuestra diferencia de estaturas resultaba llamativa. Tenía que echarse hacia atrás para mirarme, igual que un peatón observando un semáforo. En otra época acostumbraba exagerar mi altura como medio de disfraz. Pero ahora no me sentía cómodo. Daba risa. Llevaba la ropa demasiado nueva. Y no podía dejar de pensar que acaso el Estanciero tuviera algún enemigo con malas intenciones.

Una de las atareadas asistentes de vuelo, responsable de servir una comida caliente en el transcurso del breve viaje, me sonrió y dijo:

-¡Hola, señor Bucky! Cuánto tiempo sin verle por aquí.

-Encantado de estar a bordo, señora -dije. El hecho de haber sido reconocido en mi supuesta identidad me incomodaba más si cabe. La mujer se detuvo y me observó con un cierto aire de perplejidad. Lo cual no contribuyó precisamente a animarme.

Otra causa de desasosiego eran los cincuenta mil. Se los había entregado a Browder en un fajo atado con una goma y en el interior de una bolsa de papel marrón. Los cogió y se metió en uno de los retretes del lavabo de hombres. Al salir, me llevó a un rincón tranquilo de la terminal y me enseñó su diccionario español/inglés de tapa dura. Era hueco por dentro, y allí había guardado el dinero, repartido en tres montones. Para evitar que se abriera lo rodeó con una goma elástica roja.

-¿Y ahí dentro no mirarán?

-No atosigan a los turistas. Y caso que nos registraran, que miraran dentro del diccionario, y que lo encontraran, se llevarían una mordida, como dicen en español, de quinientos dólares. Cruzaremos la aduana por separado. No pase apuro. Saldrá bien.

Otros varios aviones grandes de pasajeros habían tomado tierra en Cancún antes que nosotros, y un par más llegaron poco después. El actual aeropuerto, a fines prácticos, se encuentra dividido en dos secciones. La zona de salidas, con los mostradores de despacho de billetes, los mostradores de recaudación de derechos de aduana y los puestos de inspección, era tres veces más espaciosa que la zona de llegadas. Largas y lentas colas de gente esperaban turno ante los altos mostradores en donde burócratas apáticos y aburridos de ambos sexos ojeaban sus pasapor-

tes y sellaban los permisos turísticos que habían sido rellenados durante los vuelos. Yo conseguí rebasar la sección de aduanas y pasar a la parte más amplia de la zona de llegadas sin ser interceptado. En los mostradores de aduanas no había nadie. Pero, más allá, unos cuantos hombres apoyados contra una pared, observaban atentamente a los recién llegados, y de vez en cuando daban el alto a un pasajero y registraban su equipaje.

Al otro lado de las paredes de cristal reinaba una total confusión. Los pasajeros se reunían con sus grupos de viaje, y buscaban el punto de salida de los autobuses que habrían de conducirlos a sus hoteles. Avis, Hertz y Budget, agencias de alquiler de vehículos, estaban haciendo su agosto. Miré a través de la pared de cristal del aeropuerto y avisté a Browder en el interior, abriéndose paso hacia la salida entre la multitud. La gente me embestía, luego retrocedía y me observaba con expresión de manifiesto asombro. Reparé en un grupo de individuos regordetes y de edad indeterminada, todos con insignias de identificación en forma de tridente; solitarios que habían decidido probar fortuna bajo el sol.

-Vamos -dijo Browder, empujándome. No me gusta que me empujen.

Pasó delante con andar ligero, y yo le seguí, caminando con cautela a causa del dolor de pies. Se puso en la cola de la agencia Budget y, tras cinco minutos en el mostrador, nos dirigimos al extremo opuesto del estacionamiento, pasando entre dos de los autobuses destinados a recoger turistas. En Cancún, hacía un día radiante y caluroso. Los autobuses, allí parados, roncaban y viciaban el aire, bestias descomunales adormecidas por el calor. Los conductores estaban encumbrados tras los volantes, hombrecillos morenos y fibrosos con el mismo aire de apatía y cinismo que uno advierte en el semblante de los taxistas de las grandes ciudades.

Al cabo de diez minutos llegó nuestro coche de alquiler, un Renault 12 azul oscuro, con dieciocho mil kilómetros a cuestas según el contador, un vehículo de cinco puertas, con asiento posterior abatible para aumentar la capacidad del maletero. Browder se puso al volante. Caso que yo hubiera cabido, me habría sido imposible manejar los pedales con aquellas botas. Eché el sombrero al asiento trasero y me quité el parche.

-¡Eso lo ha de llevar a todas horas! -dijo Browder.

-Fuera también las botas. Usted a lo suyo, amigo, conduzca y déjeme estar.

-¿Quiere hacerse el listo conmigo?

Me arrodillé en el asiento y, bajo su mirada atenta, busqué el diccionario en su bolsa de viaje, lo saqué y lo guardé en la mía.

-Si los dos llevamos el timón de este asunto -dijo- acabaremos estrellándonos contra un árbol.

-Saque el coche de este tumulto y luego aparque un momento.

Obedeció, y salimos del aeropuerto, tomando por la ancha y larga carretera que confluía con la autopista de Puerto Juárez a Chetumal, la ciudad más importante de Quintana Roo. Al rato, arrimó el automóvil al arcén y apagó el motor. No llevábamos aire acondicionado, y el coche, oscuro como era, semejaba un horno cuando estaba en marcha y una barbacoa cuando se detenía.

-¿Y ahora qué?

-Nos hallamos lejos de cualquier parte -le dije-. Adelante y a la izquierda, a unos quince o veinte minutos, está Cancún. Yendo hacia la derecha no encontraríamos nada en cien kilómetros. Así que, hable. ¿A quién vamos a ver? ¿Adónde hay que ir y cómo piensa ponerse en contacto?

-Ya lo iremos viendo sobre la marcha. ¿Vale?

-No; no vale.

Me observó atentamente durante un momento. El sudor le corría por la cara rojiza.

-Si se empeña, McGee, lo haremos a su gusto. Tenemos dos habitaciones reservadas en el Sheraton. Hemos de localizar a uno de los empleados de la piscina, un tal Ricky, un chico joven que se encarga de las toallas, y decirle que tenemos un negocio pendiente con el banquero. Le damos el número de una de las habitaciones y esperamos. Alguien se dirigirá a nosotros.

-¿En seguida?

-Puede que sí; puede que no. Nosotros nos limitaremos a esperar y observar.

En el restaurante del hotel, junto a la piscina, desperté tal recelo e interés que probablemente nadie se fijó en Browder. Los empleados llevaban todos una placa con su nombre sobre el bolsillo de la camisa. Ni rastro de Ricky, y Browder prefería no preguntar por él.

El martes por la mañana apareció. Era un muchacho mexicano, espigado y moreno, que se había teñido el cabello de amarillo hacía un par de meses. Las raíces, de su color natural, ya asomaban ampliamente, y el aspecto era francamente desconcertante. Alrededor de la muñeca lucía un brazalete en forma de serpiente, y de una de sus orejas pendía un aro.

Browder se paseó disimuladamente por las inmediaciones de la piscina hasta que consiguió interceptar a Ricky en un lugar discreto donde ni otros empleados ni los huéspedes podían oírles. Regresó un tanto furioso.

-Ya veremos. Se lo he dicho y le he dado el número de la habitación. El muy hijo de puta se dormía de pie. No ha parado de bostezarme en la cara. Le haría falta un buen dentista. A partir de ahora en mi habitación ha de haber siempre alguien.

Era un alivio perderlo de vista un rato. Pese a todos sus reparos prescindí por el momento de las botas y el sombrero. Ante su insistencia, conservé el parche hasta que me compré un traje de baño y utilicé la piscina. El agua se estancaba constantemente detrás del parche. Así que me lo sacaba para nadar, y volvía a colocármelo cuando tenía que verle. Si yo salía, él debía permanecer en la habitación. El que se quedaba en el cuarto, si así lo deseaba, podía ver la soporífera televisión estadounidense por vía satélite. La televisión y el tabaco, curiosamente, poseen algo en común. De toda la gente que conozco, ya casi ninguno fuma ni ve el televisor. Lo uno corroe el cuerpo, y lo otro corroe la mente.

Fui a visitar las ruinas mayas situadas al norte del hotel. El propio hotel parecía un segmento extraído de una colosal pirámide truncada maya. En los alrededores había bloques de pisos de la misma forma y tamaño. Paseé por la zona, fijándome en las construcciones. México está plagado de edificios fantasmas. Uno nunca ve a nadie trabajando de firme y, sin embargo, los edificios se levantan.

El miércoles al mediodía, mientras hacía largos en la piscina, empezó a soplar una brisa cortante. Me había guardado el parche, con la goma plegada, en el bolsillito del bañador. Al salir de la piscina e intentar ponérmelo, se me resbaló entre los dedos húmedos e, impulsado por la goma, rodó sobre el cemento y las baldosas hasta una hilera de hamacas, separadas entre sí un metro y medio aproximadamente. Se había detenido bajo la segunda hamaca.

-Perdone -dije al arrodillarme a recogerlo, y luego me levanté para ponérmelo.

-Por lo menos límpielo -dijo la mujer que yacía en la hamaca, ofreciéndome un Kleenex.

Le di las gracias, froté el parche de plástico con el pañuelo y me lo puse. Ella me observó con semblante escéptico. Llevaba un traje de baño, pero sin duda podía lucir un bikini muy dignamente. Cabello castaño, ojos azules y moreno turístico de tercer día.

-¿Por qué se pone eso? -preguntó.

-¿A qué se refiere?

-Se lo quita para meterse en la piscina y se lo vuelve a poner al salir.

-Es por un problema de hipersensibilidad a la luz.

-Ya, seguro.

-Me da la impresión de que no se lo ha creído.

-Quizá porque no es el parche apropiado para eso. Yo tenía un amigo que llevaba uno como ése. Y es de los que se usan cuando se ha perdido un ojo.

-Pues yo todavía lo tengo.

-Ya lo sé. Por eso me ha extrañado. Sacamos demasiadas novelas de espionaje.

-¿Sacamos?

-Soy lectora de una editorial neoyorquina. Y estoy aquí porque quería marcharme tan lejos de aquello como me permitiera mi bolsillo. Y por diez días enteros. Pero, por lo visto, todavía no

he conseguido evadirme del todo. Ese parche me suena a pista o a contraseña. Y si no llego a preguntarle, me hubiera corroído la duda eternamente.

-Considérelo una promesa que he hecho. ¿Le servirá de algo?

Frunció el ceño, suspiró y comprobó el grado de bronceado de su hombro.

-Tendré que conformarme, ¿no? Porque usted ya no va a contarme nada más. -Me tendió la mano y dijo:- Nancy Sheppard, Nueva York.

-Travis McGee, Florida. -Respondí, estrechándosela-. Tanto gusto. Puede que dentro de un rato esté tomando una copa en el...

-No se precipite -dijo-. Yo sólo sentía curiosidad por el parche. -y en señal de despedida definitiva, se dio la vuelta, tendiéndose boca abajo en la hamaca.

Y, como decía, me había puesto el parche y decidí no volvérmelo a quitar. Si alguien de una editorial podía desenmascaramme tan fácilmente, quería decir que estaba cometiendo un absurdo error con el parche. Y probablemente también con las botas y el sombrero. Pero es que, salvo las botas, todo me molestaba.

Nancy Sheppard me había despertado de la extraña indiferencia en la que por alguna razón inexplicable me había sumido en el momento mismo en que tomé conciencia de que pretendían darme caza. Como presa, obraba igual que las personas a las que yo había dado caza. A pesar de ser conscientes de la persecución, no aumentaban sus precauciones. Al contrario, actuaban con menos cuidado, sin pensar, sin estímulo. Simplificaban su captura. Parecían deseosos de terminar el juego, como para ver qué pasaba. E igual de estúpidamente me estaba comportando yo. Sin ningún control.

Mientras buscaba el *Sundowner* lo tenía todo bajo control. Lo encontré, y de la noche a la mañana el mundo se convirtió en un caos. En otras ocasiones y otros lugares, no había reaccionado así al sentirme perseguido. Pero siempre conocía la identidad y los motivos de mi perseguidor. Acaso por vez primera en mi vida me daba verdadera cuenta de los efectos corrosivos de la incertidumbre absoluta. Y podía ser un útil aprendizaje, si es que sobrevivía para sacarle provecho. En *El proceso*, de Kafka, el acusado se venía abajo porque no conseguía enterarse de cuál era su delito. Así que me hice un firme propósito de enmienda. Además, actuando con tan poca inteligencia, entorpecía la misión de Browder.

El aviso llegó el jueves por la tarde. Estaba yo de guardia en la habitación. No tenía sentido ir a buscar a Browder. Apareció media hora más tarde. Leyó mi nota.

-¿Cómo era la voz?

-De hombre. Una voz grave, y hablaba despacio.

-¿Algún acento?

-Un poco, pero no mexicano. Parecía más bien alemán o escandinavo. Pero apenas se notaba.

-Bien; entonces no es el que buscamos. Así que tenemos que ir a Tulum.

Déjeme el mapa.

-Carretera abajo, pasado el aeropuerto, a unos ciento cuarenta kilómetros de aquí. Saliendo con un par de horas, por si hay algún contratiempo, llegamos de sobra.

-¿Ha estado antes?

-Hace tiempo.

Me miró y, al ver que no continuaba, se encogió de hombros y dijo:

-Usted mismo. ¿Sabe español?

-Español de andar por casa, sin verbos. Y de ése tampoco mucho. Me he fijado en que usted lo domina un poco más.

-Un poco. Entonces hay que salir a las nueve para llegar a las once.

-Siempre y cuando no quiera llegar un rato antes para echar un vistazo.

-Prefiero no hacer nada que pueda espantar a los pájaros.

Aparcamos en Tulum poco antes de las once. El aparcamiento se hallaba frente a las ruinas mayas, al cruzar la carretera. Había una docena de autobuses de turistas y unos cincuenta coches. El aparcamiento estaba flanqueado por dos hileras de ruinosas tiendas adornadas con tiras colgantes de banderitas y objetos de plástico. Vendían ropa, joyas, baratijas, imitaciones de esculturas mayas, camisetas, souvenirs, tacos, enchiladas, cerveza, bebidas suaves, conchas y flores de papel. Las dos filas de tiendas y pequeños restaurantes se extendían más allá de la carretera a ambos lados de la vía de acceso a las ruinas.

Cerramos las puertas del pequeño Renault azul y atravesamos el aparcamiento en diagonal por el mismo camino que habíamos llegado, hacia el cartel que Browder había divisado. Restaurante Tía Juanita. El interior, por contraste con la blanca luminosidad de la calle, resultaba oscuro. Cubrían el suelo mugriento seis toscas mesas de madera, unas cuantas sillas desiguales y, al fondo, una barra tras la que había una rolliza mujer. Olía a fritura, a cerveza y a orina. Una de las mesas la ocupaban un par de muchachos mexicanos que bebían Coca-Cola en botellas de tamaño grande.

Nos instalamos en la mesa situada a la izquierda de la puerta. Un ventilador eléctrico colocado sobre la barra giraba de un lado a otro, enviándonos una fugaz vaharada de aire tibio cada veinte segundos. Browder se acercó a la barra y trajo dos botellas de cerveza León Negro. Habíamos consumido ya una media cerveza cuando entró un hombre, se detuvo para acostumbrarse a la escasa luz y se sentó a nuestra mesa. Era grande y parecía en buena forma. Tenía una poblada barba y coleta. Vestía un jersey de finas listas horizontales rojas y blancas y unos vaqueros recortados, y calzaba, como más tarde advertiría, unas viejas botas militares, muy gastadas, sin cordones ni calcetines. Era un vestigio del pasado, un viajero del tiempo recién llegado del San Francisco de la década de los sesenta. Es una especie que en México abunda. Hippies entrados en años, los últimos supervivientes, a la deriva hacia las ruinas mayas, casos perdidos, lánguidos y desaliñados bajo el calor, con un morral sucio por equipaje, haciendo dedo abúlicamente ante el escaso tránsito.

Mirándome a mí, dijo:

-Me han hablado de vosotros. Yo creía que se trataba de alguien interesado en llevarse hierba de Oaxaca. De primera calidad. Pero a por la coca tendríais que ir a Belice.

-¿Y en ese caso veríamos al Brujo? -preguntó Browder.

-Últimamente se deja ver poco. Acaba de abrir un mercado nuevo que absorbe todo lo que trae.

-De Bogotá a Belice, y después por barco hasta Chetumal, eso está claro. Pero, ¿de aquí adónde? Ese nuevo mercado no lo veo por ninguna parte. Si entra a los Estados Unidos, de una manera o de otra acaba en manos de nuestra gente.

-A lo mejor el Brujo está de vuestra gente hasta los mismísimos. A lo mejor ha encontrado clientela canadiense.

-Por parte nuestra siempre ha recibido buen trato.

-Eso no es lo que él dice. Ni lo que yo tenía entendido.

-¿Y tú quién eres? -preguntó Browder.

-¿Cuánto pensábais comprar?

-Suficiente.

-Ya sabéis lo que pasa a veces -dijo-. A veces los tratantes también se enganchan, y acaban creyéndose más listos que nadie. Ahora sacan tajada de aquí, ahora sacan tajada de allá, y al final la cagan.

-¿No hay manera de ver al Brujo?

-No lo sé. A lo mejor quiere daros un mensaje. Aún está picado por lo que pasó.

-Explícate un poco mejor -dijo Browder.

-Eso es cosa de él. A un hombre le gastan una mala pasada, y no le gusta que los demás vayan por ahí hablando del asunto.

-¿Qué podríamos hacer para verle?

-Yo puedo hacer el intento. Pero a lo mejor perdéis el tiempo.

-¿Ahora?

-Vamos. Iremos en mi camioneta.

Le seguimos hasta donde tenía aparcada su vieja camioneta Ford roja. No llevaba guardabarros a fin de dejar espacio a las enormes ruedas que levantaban tanto el chasis que era necesario trepar para entrar en la cabina. Caminando entre la gente, despertaba igual atención y recelo que antes. Añádasele a mi metro noventa otros treinta centímetros entre tacón y sombrero, y a los niños se les saldrán los ojos de las órbitas ante la visión. Comprendí lo que debía sentirse en un carnaval.

Tomamos por una vieja carretera paralela a la costa, y la seguimos hasta más allá de un club de pesca en Boca de Paila. Al final la carretera desapareció, dando paso a una pista pedregosa por la que era necesario avanzar despacio y esquivando los enormes pedruscos que podrían haber golpeado por debajo a la destartada camioneta. Paramos en el corral de una típica choza maya, aunque más grande que la mayoría, espantando a pavos, perros y patos. Nos dijo que aguardáramos junto a la camioneta. La choza era redonda, con las paredes de zarzo y varas, recubiertas de cal, y con un consistente techo marrón de frondas secas de palmera. Al penetrar en la oscuridad de la choza, rozó varias campanas de cobre que pendían de un hilo en la entrada. Los perros volvieron a echarse a la sombra. Los pavos y los patos siguieron picoteando por el corral.

El mismo individuo salió y dijo:

-Han ido a buscarle. Volverán con él o con un mensaje suyo.

-¿Va para largo?

-Diez minutos, un cuarto de hora.

-Entonces, ¿vive cerca?

-Amigo, yo nunca he estado en su casa. -Señaló a lo lejos-. Vive en algún sitio detrás de ese bosque.

Por fin, en la entrada de la choza apareció un hombre y nos llamó con una seña. Permaneció allí mientras nos acercábamos y luego se hizo a un lado para dejarnos pasar. Era un maya, de unos cincuenta años, con el rostro ancho e imperturbable de un campesino siberiano, y la nariz grande y ganchuda de los retratos murales egipcios. Tenía la piel de un intenso color dorado. Desde la estrecha abertura posterior de la choza, un joven con pantalón corto negro y camisa blanca, provisto de un arma automática, nos apuntaba a los tobillos. No nos quitó ojo de encima mientras estuvimos allí.

El Brujo vestía pantalones blancos y una camisa larga con cuatro bolsillos y amplias chorreras azules. En el interior de la choza había hamacas colgadas y varias cajas de madera.

Se sentó en un cofre tallado y, con un gesto, nos invitó a hacer lo propio en las cajas.

Me preguntaba si hablaría inglés, cuando dijo:

-El día en que me paguen ustedes, cochinos tramposos, los setenta y cinco mil dólares americanos que me deben, quizá reemprendamos los negocios.

Doce

-Nosotros no hemos engañado a nadie -dijo Browder-. De verdad.

-Y entonces, ¿por qué se presenta aquí con un hombre que se hace pasar por el Estanciero? El auténtico Estanciero, Bucky, tenía la cara de mujer; y éste de aquí no.

-Ahora ya puedo sacarme esto -dije, y me quité el sombrero de copa alta y ala anchísima para poder librarme del parche. Por el rabillo del ojo vi que el cañón del arma que nos apuntaba desde la entrada posterior se enderezaba y me dedicaba unos instantes de atención exclusiva, y volvía después a bajar cuando me puse de nuevo el sombrero y me guardé el parche en el bolsillo.

-¡McGee, por Dios! -dijo Browder con rabia.

Miré al impasible hombre sentado en el cofre y dije: -Caballero, su excelencia, señor, el Brujo, o como sea...

-Con señor ya vale.

-Señor, le estaría muy agradecido si me contara quién le engañó y de qué forma. Yo no trafico con drogas. Ni consumo drogas. Convencí a este buen hombre, el señor Scott Ellis Browder, para que me dejara acompañarle. Él sí trafica. Me disfracé de Bucky a sugerencia suya, con la idea de que, si realmente me tomaban por él, ganaríamos credibilidad. Sabemos que aquí se ha producido algún incidente, pero ignoramos de qué se trata. En Florida, cierra gente se ha propuesto acabar conmigo, y desconozco la razón, pero tiene algo que ver con lo que pasó aquí.

-Pero mi principal objetivo es comprar -se apresuró a decir Browder.

-¿Por cuánto?

-Por valor de cincuenta mil dólares.

-¿Dónde está el dinero?

-En la caja de caudales del hotel -respondí yo.

El Brujo me miró fijamente a los ojos. Intenté aparentar seriedad, preocupación y franqueza.

-Hay un tal Ruffino Marino que me compra desde hace un año. Italo-americano -dijo.

Browder lanzó un gruñido de asombro y el Brujo dirigió hacia él la mirada y dijo:

-¿Tiene algo que decir al respecto?

-¿Habla de un hombre cojo y corpulento, de unos sesenta años?

-Pues no. De un joven con buena planta, de unos veintiocho años. Delgado. Con bigote.

-Gracias. Habla usted muy bien el inglés, señor.

-Soy licenciado en empresariales por la Universidad de Stanford -dijo, con tal llaneza que se notó su intención de ocultar el orgullo que sentía por su título.

El Brujo se dirigió de nuevo a mí.

-Marino llevaba la mercancía en avión desde una pista de aterrizaje de Tulum hasta otra pista de Florida, en un rancho próximo a Fort Myers. Hizo cuatro viajes. Se quejaba de que cada vez había más vigilancia. Su último vuelo fue a primeros de agosto. Pero en esa ocasión no se llevó la mercancía en el avión. Vino con un joven pelirrojo. John Rogers. Dijo que Rogers transportaría la mercancía en barco. Le advertí que era más peligroso por mar que por aire. Me respondió que tenían un plan. El barco de Rogers estaba atracado en Cozumel. Envié allí a un hombre para que le ayudase a encontrar un sitio seguro donde fondear por esta zona. Hay que conocer las mareas y los arrecifes. El barco ancló en aguas tranquilas en la Bahía de la Ascensión. Rogers iba acompañado de una mujer. Yo tenía que esperar a que llegara más mercancía para cubrir el pedido. Les dejamos un jeep. Marino ya se había marchado. Rogers y la mujer exploraron la región. Cuando les suministré la mercancía, se fueron. Volvieron en setiembre. Otra vez tenía que esperar a que me llegara más mercancía. Pagaron y se marcharon. Se fueron con una muchacha que estaba de viaje por la zona con unos parientes. Por lo visto quería irse con ellos para conocer los Estados Unidos. Les habría impedido que se la llevaran de haber sabido que era una persona importante. El negocio que se traían entre manos era de envergadura; el delito era grave si los cogía la policía, un alijo

importante. Era una joven muy imprudente. Su familia, una gente de Lima, la había mandado de viaje con unos parientes para quitarle de la cabeza a un hombre que no le convenía. Estaba previsto que fuera la esposa de un abogado. Aquí nos enteramos de que la habían matado en los Estados Unidos, en Florida. Recibo todas las tardes la edición internacional del *Herald* de Miami. Y también veo su televisión. Tengo una antena parabólica de tres metros y medio. No le presté atención al dinero. Al fin y al cabo venía de Marino, y ya llevaba más de un año tratando con él. No me di cuenta de que era falso hasta que estaba a punto de enviarlo a mi banco de Grand Cayman. -Se sacó dos billetes de cincuenta del bolsillo y se los tendió a Browder, que se levantó de un brinco, se acercó y los cogió, seguido por la boca del cañón. Los inspeccionó y me los pasó. Parecían nuevos y firmes, pero estaban blandos y húmedos. El mismo número de serie. F38865729D.

-Si recibe el diario -dije- estará enterado de que el pelirrojo y su amiga también fueron asesinados.

-Claro. Y no se llamaba Rogers. Pero lo único que sé es que Marino me debe setenta y cinco mil dólares. Si ustedes y los suyos quieren volver a comprar aquí más mercancía, sea del tipo que sea, antes que nada ha de aclararse ese asunto. -Frunció el entrecejo-. No entiendo por qué no se ha aclarado ya. Conozco la aritmética del negocio tan bien como ellos. Lo que su gente compra aquí por setenta y cinco mil, se lo vende al mayorista allí por doscientos mil. El mayorista se lo vende al distribuidor por cuatrocientos mil. El distribuidor se lo vende a los tratantes de las distintas zonas y éstos se lo venden a los tratantes callejeros y éstos, a su vez, previa adulteración del producto, se lo venden al consumidor por un millón de dólares.

-Quizá -dijo Browder- hayamos estado graduando el suministro para mantener los precios.

-¿Por qué ha venido a comprarme si sabía que me engañaron?

-No sabía que le habían engañado.

-¡No soy tonto! Ya no quedan importadores independientes.

-Tal vez Marino fuera el último.

-Entonces, ¿ha sido cuestión de mala suerte? ¿Eso es lo que quiere decir?

-Podría ser, señor Brujo.

-No habrá venta hasta que la deuda quede saldada.

-Yo no soy quién para decidir eso. Mi lugar en la jerarquía no es tan alto. Pero en cuanto vuelva, informaré al respecto. Tengo la impresión de que nos llega suficiente mercancía por otros canales. Pero es conveniente mantener abiertas todas las vías.

-Martin, por favor, vuelve a llevarte a estos hombres.

-¿Qué es lo que tenían planeado -dijo Browder cuando nos levantábamos- para reducir los riesgos al transportar la mercancía por barco?

-¿No te ocupaste tú de averiguar eso, Martin? -preguntó el Brujo.

-Sí, señor. La mercancía iba en una caja hermética de aluminio con plomo suficiente como para que se hundiera. La caja llevaba dos armellas en las esquinas, a las que iba atado un cable fino, formando una Y como en el esquí acuático. El cable medía unos quince metros e iba atado al otro extremo a una armella grande atornillada al casco del barco hacia la mitad de la quilla. Guardaban la caja en la popa. Ah, y la caja tenía dos aletas pequeñas soldadas a los lados para que si era necesario tirarla por la borda a velocidad de crucero subiera a la superficie pero no asomara. Las aletas eran graduables para así poder hacer algunos recorridos de prueba con la caja llena y ver cómo se comportaba. Si había algún riesgo de abordaje y registro, la echaban al mar. Cuando el barco estaba en marcha, la caja permanecía casi en la superficie. Si se detenían, se iba al fondo. Una vez pasado el peligro, aumentaban la velocidad, recogían el cable con un gancho desde el barco y subían la caja a bordo otra vez. A no ser que enviaran un buceador a inspeccionar el casco, no corrían ningún riesgo, y aun así cabía la posibilidad de que no vieran el cable.

-Perdone que le hayamos robado tanto tiempo -le dije al Brujo.

Ya en la camioneta, comenté:

-Me pregunto si aporta algo al fondo para licenciados.

-Probablemente -contestó Martin-. Hace servir sus estudios. Tiene capital invertido en distintas empresas de Cancún, Mérida, Valladolid, Chetumal y Villahermosa. Aunque vive aquí, tiene un radioteléfono a mano. Es una persona muy seria. Fue una equivocación engañarle.

Mientras regresábamos, miré de reojo a Martin. Tenía la barba salpicada de canas, marcadas patas de gallo. Su apariencia de hippie era un disfraz perfecto en el medio en que trabajaba. Carecía de ese aire de aturdimiento y abulia de los atorrantes adictos, pero probablemente era muy capaz de interpretar el papel cuando las circunstancias lo requiriesen.

Me hubiera gustado preguntarle a Martin qué opinión le merecía el trabajo al que se dedicaba. Pero me constaba que Browder lo habría desaprobado. Y seguramente no habría entendido la respuesta.

Browder no despegó los labios hasta que nos hallamos de nuevo dentro del pequeño Renault azul y en dirección al norte. Entonces golpeó la parte superior del volante con la palma de la mano.

-¡Vaya, vaya! -exclamó-. ¡Jo, jo! ¡Ya los tenemos!

-¿A quién?

-A todos los que caigan del árbol cuando lo sacudamos. Así de fácil, McGee. El señor Ruffino Marino, que vive en un apartamento de un millón de dólares en Sailfish Lagoon, es un respetado asesor financiero. Se abrió camino en la vida por medio de las familias. Invierte dinero de origen turbio en restaurantes, hoteles, tintorerías, túneles de lavado de automóviles y licorerías. Y, probablemente, de vez en cuando celebra una cena de negocios con los viejos amigos y tratan de la conveniencia política de entablar relaciones con éste o aquél y de adquirir preferentemente una cosa u otra. Ruffi hijo siempre ha sido un chaval muy desmandado. Bueno, ahora ya de chaval, nada, pero conserva los mismos hábitos. Coches de carreras, lanchas rápidas, avionetas, actrices. Y resulta que fue el chaval el que hizo el trato con el Brujo, un disparate porque si hay algo que al padre le podría fastidiar es que sus hijos se metieran en asuntos ilegales. Ha pagado mucho por su respetabilidad y quiere conservarla. No consentiría que nada manchase su apellido, así que se cae de su peso de que no supo nada de esto hasta que el asunto llevaba un tiempo en marcha.

-¿Y cómo debía arreglárselas Ruffi hijo para colocar la mercancía?

-Usando el apellido de la familia para acceder a un mayorista, y cobrándole un poco por debajo del precio de mercado a cambio de su silencio. Un pacto entre los dos. Hay otras posibilidades. Todo eso no son más que especulaciones mías. Lo que es seguro es que el padre se pondría como una fiera si se enterase que uno de sus hijos, sobre todo el primogénito, se dedicaba al tráfico de droga.

-¿Por qué se metería a traficar?

-He oído decir que quería ser una estrella de cine como Stallone. Financió la producción de una película acogiendo a un plan oficial de exención de impuestos y fue un desastre, lo perdió todo. Comprándole al Brujo podía sacarse su buen millón al año. A lo mejor quiere hacer otra película.

-¿Y cómo se explican las muertes a bordo del barco?

-Le montaré el posible guión de la historia. En cuanto Howard Cannon llega a los Cayos con la mercancía y ya no hay ningún riesgo, avisa a Ruffi. Se ponen de acuerdo para que Ruffi vaya a recoger la droga en una lancha rápida o en un hidroavión. Ruffi debió ir personalmente. Cuanta menos gente se enterara de lo que se traía entre manos, mejor. Así que va hasta allí y sube a bordo del barco para recoger la mercancía y entregarle al pelirrojo su parte. El pelirrojo está muy orgulloso de su hazaña. Probablemente había comprado el dinero falso a quince centavos el dólar. Once mil doscientos cincuenta dólares por sólo setenta y cinco. Aunque seguramente compró por valor de cien para redondear. El caso es que quiere sacarle provecho a su astuta operación. Todavía tiene el dinero bueno que le había dado Ruffi hijo. Le cuenta a Ruffi la jugada y le enseña el resto de dinero falso.

»Y bueno, de Ruffi se dice que tiene muy mal genio. Hace un par de años casi mató a una chica de una paliza. Salió en los periódicos. A él no le pasó nada. De manera que se encuentra con que el imbécil del pelirrojo le cuenta lo listo que es. Ruffi sabe que el barco es robado. Se da cuenta de que no hay ninguna posibilidad de convencer al pelirrojo de que ha cometido una soberana estupidez. Entonces a lo mejor el pelirrojo le dijo que había escondido los setenta y cinco mil, sólo por si Ruffi no aceptaba sus condiciones. Me parece que todo eso encaja. ¿Usted que cree?

-Haga el favor de mirar a la carretera, Browder. Es muy estrecha. Y esos camiones cisterna van a más de ochenta.

- ¿Cree que encaja?

-Sí. Vi que había algunos mangles rotos. Es posible que escondiera el dinero fuera del barco. Que lo metiera en una bolsa de plástico hermética y la atara al tronco de un mangle por debajo del agua. Tal como estaba varado el barco era muy fácil saltar y vadear por el manglar.

-Bueno, pues dejó que el pelirrojo se confiara, y cuando menos se lo esperaba lo encañonó; entonces golpeó a la rubia en la cabeza, y ella se desplomó en el sofá. Después ató al pelirrojo tal como usted lo encontró, y se fue al camarote a divertirse con la peruana hasta que oyó los gritos del pelirrojo. Sabía que la rubia estaba muerta. Le cortó el cuello a la morena. Total, ¿qué más daba? Estaba convencido de que los tres eran carne de cañón; si no lo hacía él, acabaría haciéndolo la policía. Además, el pelirrojo había dejado a Ruffi sin proveedor, y Ruffi prefería que no fuera alardeando por ahí de su proeza.

»De manera que salió, se sentó al lado del pelirrojo, le puso la pinza en la nariz y le tapó la boca con una mano. Cuando el pelirrojo estaba a punto de desmayarse, Ruffi le dejaba respirar, y cada vez le preguntaba que dónde había escondido la mercancía y el dinero. Informó al pelirrojo de que las dos mujeres estaban muertas. Cuando recibió respuestas satisfactorias, fue a comprobar, y al encontrar lo que buscaba y ver que las respuestas habían sido sinceras, volvió, cogió el fajo de billetes falsos de cincuenta, los arrolló para que cupieran en la boca del pelirrojo, le separó las mandíbulas y le hundió los billetes hasta la garganta. Y probablemente se quedó allí sentado, viendo cómo se asfixiaba el pelirrojo. Debió tardar un buen rato, porque algo de aire por alrededor del taco de dinero seguro que le llegaba. Ya lo mejor, mientras se moría, Ruffi le explicó la gilipollez que había hecho. Después cogió la mercancía y el dinero y montó en su lancha o en su hidroavión y abandonó la zona sin pérdida de tiempo. Una solución sensata, desde el punto de vista de Ruffi. El Brujo no tenía manera de ponerse en contacto con él y difícilmente lo intentaría. Ruffi vendió la mercancía antes de que corriese la noticia del asesinato, y no hubo forma de relacionarle con el hecho.

-Inclúyame en el guión. ¿Yo qué pinto ahí en medio? ¿Y qué tenía que ver Billy Ingraham?

-Ruffi no tiene ni un pelo de tonto. Cuando se enteró de que se había cargado a la sobrina de uno de los traficantes más importantes de Lima, comprendió que equivalía a que hubieran matado a una hermana suya. La tensión no disminuiría nunca. A menos que oyeran una historia convincente, lo revolverían todo hasta llegar a Ruffino Marino hijo. ¿Y sabe qué creo? Pues que se lo confesó todo a su padre. El viejo es más inteligente que Ruffi. Y no iba a echar a su propio hijo a las fieras, o ni siquiera a reconocer que su hijo andaba metido en el narcotráfico. Así que la teoría alternativa es que Billy Ingraham le ordenó a usted que recuperara el barco y diera su merecido a los ladrones. Y que usted lo encontró cuatro días antes de avisar a la Guardia Costera. La gente de Lima se tragó la historia, al fin y al cabo les habían dado nombres y apellidos. Les prometieron que se encargarían de ustedes. Al principio, el plan era hacer un trabajo rápido y sucio. Pero luego alguien, tal vez Ruffino Marino padre, cayó en la cuenta de que eso podría dar pie a una investigación exhaustiva. Cuando el atentado con la bomba no surtió efecto, optaron por los accidentes. Después de todo, si se enviaban a Perú los recortes de periódico indicados, el resultado sería el mismo al margen de cómo hubiesen muerto usted e Ingraham. La afrenta quedaría reparada, y todas esas tonterías. Pero el accidente de Ingraham fue una chapuza y, por caprichos del

destinó, Jornalero conocía a la nueva señora Ingraham. El mundo es un pañuelo. Entre usted y Millis convencieron a Jornalero de que ni usted ni Ingraham eran responsables del asesinato. Pero cuando Jornalero intentó poner fin a la situación, no le hicieron el más mínimo caso. Le dijeron que harían las cosas a su manera. ¿Por qué? Por la presión que ejercía Ruffino Marino padre. Para encubrir la participación de su querido hijo. Para prevenir cualquier futura investigación. Mandarían a Perú sus orejas, McGee, y todo el mundo podría respirar tranquilo.

-¡Cuidado!

-¡Pero, hombre, McGee! Si ya lo había visto. No íbamos a chocar.

Un par de tucanes volaban a seis metros de altura sobre la carretera y a unos treinta metros delante nuestro. Vuelan con el pico gacho. Mientras vuelan hacen irregulares y breves caladas. Da la impresión de que no les entusiasma andar por la vida de esa forma. El color de su pecho es como el de la pulpa de su alimento preferido, la papaya.

-¿Y qué es lo que le pone tan contento, Browder?

-El enfrentamiento entre los Veteranos y los Novatos. No va a ser fácil dividirlos, porque unos y otros están preocupados por la introducción de los canadienses en la zona de Miami. De bandas canadienses. Pero este asunto de la chica peruana representó una grave ofensa para los Novatos. La herencia latina y todo eso. Así que cuando se enteren de que fue el hijo de uno de los Veteranos quien la violó y la mató, y de que pretendían sacrificarles a ustedes para eliminar las tensiones con los peruanos y proteger a uno de su clan, no les va a hacer ni pizca de gracia. Hay que sacudir el árbol, y caerá el fruto.

Y así seguimos por la angosta y desigual carretera hacia Cancún, adelantando camiones y autocares a ciento veinte kilómetros por hora, y resistiendo los azotes de un viento tórrido. Browder tarareaba alegremente con el sonido del viento y del motor de fondo y de cuando en cuando soltaba una carcajada.

-Si descubrieran que trabaja usted en una brigada de lucha contra el narcotráfico, ¿qué pasaría?

-Pues dependería de si lo que sé les parecía mucho o poco. Puede que el asunto quedara zanjado con una simple paliza a manos de individuos desconocidos. O quizá iría a parar al fondo del canal con coche y todo.

-Una vida dura, ¿no?

-El traslado a este cuerpo lo solicité yo. Tenemos una hija de quince años... no, ya ha cumplido dieciséis... que tomó una sobredosis de no sé qué mezcla rara de anfetaminas y caballo hace dos años. En el instituto, la droga corría como el agua. Entró en coma y en el hospital dejó de respirar, pero consiguieron reanimada, sólo que ha quedado como un vegetal. Era una cría encantadora. Nuestro matrimonio no era tan sólido como para superar una cosa así. Por eso ahora yo estoy en la policía secreta, y mi ex esposa da clases nocturnas en un colegio para poder pasar más tiempo con Nan. Lo que me propongo es, de una manera o de otra, enganchar a alguno de los hipócritas que controlan el tráfico de droga sin ensuciarse nunca las manos. Cuando es posible llevar a alguno de esos a juicio y por algún milagro son condenados, los recursos de apelación se prolongan de cinco a siete años, y si al final el veredicto sigue siendo de culpabilidad, se pasan diez meses en un club de campo federal. Los que van a la cárcel son los que transportan la mercancía, la manipulan y la meten en el país. A esos les tocan las condenas largas y se los sustituye de la noche a la mañana. Mi deseo es ver una buena guerra de traficantes. Como la de hace seis u ocho años. Bombas en los coches, bombas incendiarias, cadáveres en los maleteros de los Cadillacs. Cadáveres de peces gordos.

-¿Y qué va a ser de mí, Browder?

-En cuanto se corra la voz, se olvidarán de usted.

-Y eso ¿cuándo será?

-Estoy pensando en cómo hacerlo.

-Por mí no pierda la concentración.

Espesa selva se extendía a ambos lados de la carretera, y la vegetación, un borrón verde al pasar, alcanzaba una considerable altura hasta los bordes mismos de los dos carriles. De vez en cuando nos cruzábamos con un palo alto coronado por algún objeto, indicando el camino a una de las chozas de los descendientes de los mayas. En la punta de palo había un trozo de plástico, una cubierta de neumático, una muñeca de celuloide o una lata de cerveza. A lo lejos volaban en círculo las águilas ratoneras, descendiendo a devorar los restos de los animales aplastados en el asfalto.

Browder conducía muy deprisa, pero mal. Se arribaba demasiado a los vehículos lentos antes de asomar un poco el morro para echar un vistazo a la carretera. Y al adelantar, volvía a meterse rápidamente aunque no viniera nadie por delante ni ningún otro automóvil metiera prisa por detrás. Un conductor ducho sale al carril de adelantamiento cuando se halla a una distancia equivalente a quince coches del vehículo que pretende adelantar. De esa forma puede abortar la maniobra sin precipitación en caso de que no sea el momento más indicado para adelantar. Y, una vez superado el otro vehículo, regresa a su carril trazando un ángulo cuya longitud y abertura estén en consonancia con lo que tiene delante y lo que tiene detrás. El buen conductor quita el pie del acelerador cuando ante él aparece algo que no entiende. Llegamos a un punto en donde grandes ramas habían sido cortadas y apiladas en el carril opuesto. Era una advertencia. Detrás había una camioneta VW averiada, y más allá, en el mismo carril, a unos treinta metros, otro montón de ramas. Browder no redujo la marcha. Cuando nos acercábamos a gran velocidad, vio un camión cisterna que empezaba a doblar para adelantar al VW. Venía hacia nosotros. Browder aceleró y se arribó tanto como pudo al arcén derecho. Rozamos la vegetación al pasar zumbando ante el descomunal parachoques del camión cisterna. Browder echó pestes.

-¡Camionero del carajo! ¡Maníaco! -gritó.

-Es usted un desastre de conductor -le dije. Eso es como decirle a alguien que no tiene sentido del humor, o que no conoce a la gente.

-¡Yo soy un conductor de primera! -respondió-. ¡De primera! ¿Tiene algo que objetar?

-Ya sé. No ha tenido nunca un accidente grave.

-¡Nunca en la vida!

-Entonces es un hombre con suerte. Pero un pésimo conductor. Es un peligro en la carretera. Corre más de lo que permiten las circunstancias. No sabe adelantar. No aminora cuando debe. Y quiere que todos los demás se aparten de su camino.

-Habla en serio, ¿eh que sí? -dijo, cuando se le pasó un poco su mayúsculo enfado.

-Totalmente en serio. No quiero aparecer muerto con este disfraz de comedia.

-¿Quiere conducir usted?

-En cuanto veamos un sitio por donde salir de la carretera para que pueda quitarme estas botas.

-Entonces me meteré yo con su manera de conducir, McGee.

-Siempre estoy dispuesto a aprender.

Trece

El sábado había un gran movimiento de salidas en el aeropuerto de Cancún. Eastern, American, AeroMéxico, Mexicana, compañías de vuelos charter, todo el mundo se marchaba al medio día. Browder volvió a pagar por el privilegio de ocupar los primeros puestos en la lista de espera. Ante el mostrador de la aduana de salida había una cola de cincuenta metros de larga y tres o cuatro personas de ancha. La gente suspiraba, empujaba las maletas por el suelo con los pies y se recomendaban tener preparados los seiscientos pesos para la aduana.

Me había desprendido del sombrero, que me había costado treinta y tres dólares, plantándolo en la cabeza de un niño mexicano de doce años para alegría suya. Las botas de imitación de cocodrilo las había dejado debajo de la cama tras comprarme unas sandalias en una tienda del hotel. El parche lo llevaba guardado en un bolsillo, no sabía por qué. Quizá si volvía a encontrarme con Nancy Sheppard en una piscina, se lo entregaría a modo de obsequio. En definitiva, llamaba mucho menos la atención. Lo cual, como después se demostraría, resultó de la máxima utilidad.

La cola parecía inacabable. Cuando me enderezaba y miraba por encima de las demás cabezas, veía que después de pagados los derechos de aduana, el equipaje de mano pasaba por un dispositivo de seguridad con rayos X y, una vez examinado, los viajeros podían entrar con su carga a una especie de sala muy amplia con sillas de plástico donde aguardaban a que se anunciase su vuelo.

Por más que uno jure y perjure no volver a hacer cola nunca más por ninguna razón, siempre se acaba cayendo en la trampa. Dentro de la extensa terminal, la iluminación era pobre. Donde más luz había era en los mostradores de inspección y detrás de las puertas de cristal situadas al otro lado de la gran sala en la que nos encontrábamos.

Yo me hallaba a medio paso delante de Browder. Estaba cerca de mí, a mi izquierda. Detrás de él había un hombre y una mujer, ambos de corta estatura y sonrientes, vestidos con idénticas camisetas amarillas en las que se leía: «*I love Cancún.*» Empujaban a patadas un petate y una maleta Gucci de imitación.

De pronto, Browder se abalanzó sobre mí y me asió del brazo. Creí que había tropezado con su bolsa. Cuando me volví para sostenerle, me soltó, se resbaló y cayó al suelo como un saco, boca abajo y con los brazos y las piernas extendidos. Esa mañana se había comprado una guayabera de color gris claro en la misma tienda del hotel donde yo había adquirido las sandalias. Se la habían clavado al cuerpo en el lado izquierdo de la espalda, por medio de algún tipo de punzón que entraba desde muy abajo pero en ángulo, con una delgada empuñadura de siete u ocho centímetros de larga, envuelta en cinta aislante negra. En el punto de perforación, una mancha roja se propagaba gradualmente. Su bolsa de viaje había desaparecido. No vi a nadie ahuyentándose precipitadamente. Las personas que estaban detrás de él parecían por completo normales y sobre manera aterradas.

Una mujer gritó. Palpé con mis dedos el silencio absoluto de su garganta. Pareció pegarse todavía más al suelo.

-¿Quién ha sido? -pregunté a las personas que se hallaban detrás nuestro.

-¿Quién ha sido? Vaya usted a saber. Alguien que se habrá ido a toda prisa. Yo no prestaba atención.

Se oyeron los agudos pitidos de unos silbatos y los guardias de seguridad se acercaron corriendo. La gente situada en las proximidades del cuerpo sin vida retrocedió. Después la cola continuó avanzando. Simplemente se doblaba allí donde yacía el cadáver, todo el mundo dispuesto a pagar sus seiscientos pesos, y a tomar su avión. Arrastraban sus equipajes con los pies. Yo llevaba la bolsa de viaje bajo el brazo y la apreté con el codo. Me uní a la cola en movimiento, situándome unos cuantos puestos por delante del que ocupaba hasta unos instantes.

-¿No iba usted con ese hombre? -demandó una mujer.

-No. Sólo estábamos hablando.

-¿Qué ha pasado ahí detrás? -preguntó un hombre.

-Que se ha desmayado alguien. Un hombre -contestó la mujer.

Había hecho bien en apartarme tan pronto. Eché un vistazo hacia detrás. La policía estaba parando a la gente, reteniéndola en el lugar del crimen con el propósito de interrogarla. Se caía de su peso que el Brujo, un hombre muy serio, había decidido reducir la pérdida que había sufrido. O uno de sus hombres, Martin o el del arma, había decidido que aquella suma de dinero bien merecía el riesgo. Browder era quien había hecho el viaje con la intención de comprar, así que él debía ser quien llevase el dinero, un fajo demasiado abultado para guardarlo en un cinturón. A través de la lona de mi bolsa notaba los contornos del libro. Habían supuesto que el dinero se hallaba en poder de Browder. Aunque dudaba mucho que se arriesgaran a llevar a cabo un segundo intento al descubrir que se habían equivocado, estaba impaciente por rebasar la zona de seguridad y entrar en la sección de embarque.

Browder sabía lo que hacía. Tenía asumido el riesgo. Él se lo había buscado. Quedarse no servía de nada. Y si me quedaba, cabía la posibilidad de que me invitaran a reunirme con Browder. El tipo no me caía especialmente simpático, aunque respetaba su entrega y su valor. Pero pese a todas esas justificaciones, pese a las buenas razones que me impulsaban a escurrirme entre la multitud, a desaparecer, me sentía despreciable por hacerlo. De nada valía argüir que precisamente eso era lo que Browder habría hecho si el fino punzón hubiera sido hendido en mi corazón con tal profesionalidad en la elección del lugar y el ángulo. Permanecer allí no resolvía nada en absoluto. Pero me habría sentido mejor que marchándome. En cuanto hube superado la zona de seguridad encontré una silla desocupada con el respaldo contra la pared. Allí simulé que leía el libro que había comprado en el quiosco del hotel. Había llegado al punto en que un gato enterrado resuscita, pero no puede andar bien.

Dos hombres con apariencia de policías entraron a la sala y observaron detenidamente a la gente que allí se hallaba esperando. Traté de encogerme. Tras una prolongada inspección, salieron. Mi vuelo fue anunciado. No tenía permiso de embarque. Había una docena de personas en mi misma situación.

Una asistente de vuelo, desde dentro del avión, se asomó al extremo de la escalerilla y alzó cuatro dedos. El hombre que custodiaba la entrada le hizo una indicación y ella desapareció en el interior del aparato. Después, el hombre, mirándonos con aire inquisitivo, gritó:

-¿Bru-der? ¿Bru-der? -No hubo suerte. Bru-der ya no iba a responderle nunca más a nadie. Al menos en este mundo.

- ¿McGuei? -dijo a continuación- .¿McGuei?

Le enseñé el pasaje y me entregó un permiso de embarque. Monté y la asistente de vuelo me dijo:

-Treinta y uno C, caballero.

Dos filas de a tres asientos por fila. A mí me correspondió junto al pasillo, al lado de un sacerdote calvo; en el asiento contiguo a la ventanilla viajaba una rubia platino sobrada de carnes. Esperaba el despegue con impaciencia. Hubiera querido pesar unos cuantos kilos menos. Tras un rato interminable, el avión rodó hacia la pista, se dirigió al extremo, giró, volvió a recorrer la pista y, de repente, se soltó, elevándose y virando, permitiéndonos ver las playas blancas, las amontonadas estructuras de cemento, el mar azul, la selva verde, coches y autocares reptando.

Ya era de noche cuando subí a bordo de mi residencia flotante. Comprobé el sistema de seguridad y luego busqué la cerradura a tientas con la llave. Descorrí el cerrojo y, al poner la mano en el pomo, retrocedí de un salto. Tuve la sensación de haber tocado un enorme mosquito cubierto de erizado vello. Me hice a un lado para no proyectar mi sombra sobre la cerradura. Y vi que era un gato hecho de bastoncillos limpiapipas. Esta vez era azul y estaba pegado a la cerradura con cinta adhesiva. Una vez dentro, lo despegué y lo guardé junto con el otro que había encontrado. Ambos gatos tenían un cierto aire de inocencia, pero al mismo tiempo resultaban un tanto siniestros. No parecían un simple entretenimiento. La comunicación es un proceso de interpreta-

ción de símbolos. Las palabras son símbolos. Los gestos, los regalos, las caricias también son símbolos. A lo largo de nuestras vidas, todos malinterpretamos más de los que debiéramos, quizá porque los mensajes que entrevemos se oponen a nuestros más íntimos propósitos. Aquellos gatos me inquietaban, porque guardaban relación con algún recuerdo que no conseguía desenterrar completamente. Asomaba un fragmento del mismo, pero no me era posible extraer el resto. Era un fósil, a una gran profundidad en mi geología, en un estrato cubierto hacía ya mucho tiempo.

No me apatecía encender las luces. Tenía sed. Fui a por la jarra de agua al frigorífico y bebí directamente, sin vaso, un trago largo y ansioso. Después me quité lo que quedaba del traje de payaso, desabrochándome los barones perlados y las largas cremalleras. La camisa olía a avión, a gente obligada a compartir un espacio reducido y mal ventilado durante demasiado raro -humo de tabaco, perfume, cerveza, aceite de máquina y sudor.

Me tendí en mi cama doble, con las manos cruzadas detrás de la nuca, mirando hacia la oscuridad del techo. Alguna embarcación penetró con un gorgoteo en su atracadero, y el *Busted Flush* se meció suavemente, con un leve murmullo, mientras la pequeña ola de proa pasaba. Chirrió un cabo, y algo tintineó en la cocina. Me sentía extenuado. Con la punta de la lengua detecté un diente en dudoso estado. Un calambre empezó a agarrotarme la pantorrilla derecha y me apreté con fuerza el tabique nasal con el pulgar y el índice, haciendo presión hasta que el calambre desapareció. Una solución china. Acupresión, una presión constante en el punto justo en la cara interna de la muñeca, a tres dedos del pulpejo de la mano, elimina las náuseas.

Una nueva ola movió el *Flush*. Un barco, en lo que al movimiento se refiere, es como un ser vivo. Hace compañía por las noches. Cada barco tiene su manera de ser y su carácter. El *Flush* es como un animal viejo, terco y cordial. Como un perro demasiado pesado; se lo puede hacer correr pero no una distancia larga, y después fingirá más cansancio del que en realidad siente.

Mi mente giró en círculos concéntricos hasta que al final, sin otra parte a donde ir, aterrizó en Browder. Me levanté y encendí la luz para buscar el número de teléfono que había anotado. Lo marqué. Al igual que la vez anterior, una voz repitió las cuatro últimas cifras al contestar. Una voz masculina, de timbre metálico, como de juguete parlante.

-Scott Ellis Browder -dije- ha muerto acuchillado en el aeropuerto de Cancún a la una y cuarto de hoy.

No hubo respuesta. Hasta dudé que alguien estuviera escuchándome. Por fin una voz baja dijo en rano de desaliento y desesperación:- ¡Oh, mierda! -y se cortó la comunicación.

Me pregunté cuál debía ser el verdadero nombre de Browder; y de qué cuerpo lo habrían transferido. Hubiera apostado a que moriría en una carretera, pasando información en el momento y el lugar equivocados.

Me proponía levantarme, tomar una ducha y lavarme los dientes cuando me dormí. Al despertar, poco después de las cuatro de la madrugada, un intenso viento batía la dársena y el *Flush*, pugnando con las amarras, se movía con irregulares sacudidas. Yo me había quedado aterido. Una de esas olas de frío invernal procedentes de Siberia se había desplazado hasta Florida, helando los cítricos y las fresas, poniéndole la carne de gallina a los turistas, rizando el agua de las bahías y vaciando las playas.

Saqué otra manta, me metí tiritando en la cama y me arrebujé entre la ropa. El frío me había despertado en medio de un sueño. Me hallaba yo jugando al póker en una mesa ovalada, sobre cuyo centro colgaba una lámpara de pantalla verde tan baja que me impedía ver las caras de los otros jugadores. Todos vestían de oscuro. Los naipes eran rojos por el envés. Cada vez que cogía mis cinco cartas, me encontraba con que la cara anterior de todas ellas estaba en blanco. Quería protestar pero, por alguna razón, vacilaba. En cada mano ponía mis cartas boca arriba, con la esperanza de que se diesen cuenta de que eran rodas iguales y completamente blancas. Las cartas de los demás eran normales. Al final de cada partida, veía que el ganador mostraba su mano. Las apuestas eran altas, y se hacían en silencio, y de pronto me dieron una mano de cartas auténticas. No las clasifiqué. Cuando juego al póker o al bridge nunca clasifico las cartas. Haciéndolo se

dan demasiadas pistas al adversario atento. Tenía tres reyes de tréboles y dos valets de diamantes. En el sueño, la combinación no me pareció anormal. Los otros estaban aguardando mi apuesta cuando me despertó el frío. En el sueño temblaba a causa de la emoción de tener una mano buena. El temblor era real.

Aquella fue la mañana más fría que recuerdo en Fort Lauderdale. Saqué mi vieja cazadora negra de cuero, los pantalones de alpinista y la gorra de lana. La gorra me tapaba las orejas y el calorcillo era de agradecer. Afuera, la gente contemplaba maravillada la escarcha de las plantas y exhalaba el aliento para verlo condensarse antes de que se lo llevara el viento. Y el viento se había llevado también la polución urbana a alta mar, el tufo de los motores diésel, de la gasolina, de las sustancias químicas y de la cremación de basuras, dejando un cielo tan azul que parecía el cielo de la infancia.

Desde que me había despertado, una imagen me venía una y otra vez a la mente, apareciendo de pronto y desvaneciéndose poco después, un proyector de diapositivas en mi cabeza cargado con una sola diapositiva. Mostraba a Browder con la mejilla derecha en el suelo, la boca y los ojos entreabiertos. Mostraba los contornos de su cabello en las patillas y en la nuca. Mostraba la forma de su oreja, y mostraba mi mano acercándose al cadáver para palpar con las yemas de los dedos el lado izquierdo de su cuello. Es un método muy rápido. En un instante un hombre pasa de la vida a la muerte. Cuando se detiene un corazón con tan brutal precisión, la sangre deja de fluir, el cerebro ya no produce impulsos eléctricos y los músculos quedan inertes. En cuestión de tres segundos, Browder había pasado de estar allí de pie, a mi lado, a ser un trozo de carne sin vida en el suelo, y alguien huía a toda prisa de la terminal con su bolsa de viaje.

Si yo fuera el rey del país decretaría que en determinada fecha, en un plazo de tres meses, todo el dinero verde en cantidades superiores a veinte dólares perdiese su valor. Todos aquellos que dispusieran de esa suma de dinero podrían, durante esos tres meses, traerlo y cambiarlo por dinero de color naranja. Sólo una transacción por persona. Habría que entregar todo el dinero y quien tuviera más de mil dólares, debería rellenar un formulario explicando la procedencia de ese dinero y desde cuando lo tenía. En este país hay millones y millones de dinero sucio. Incalculables millones que no se devolverían porque no es posible justificar su tenencia. El sistema burocrático, por supuesto, se desbarataría. Pero a partir de ahí empezaríamos de nuevo, y como los gánsters se recelarían que pudiera volver a ocurrir, acumularían con más cautela. Mediante una sencilla contabilidad podría calcularse el dinero no reembolsado y considerarlo una deducción del déficit público, como si fuera una aportación a los fondos de la administración. Que, en efecto, lo sería -pues toda forma de papel moneda es una deuda pendiente de la administración, de la sociedad.

El domingo, durante el desayuno, le expuse esta teoría a Meyer. Me miró con los ojos entornados como si creyese que había perdido la razón. Como economista estaba escandalizado.

-Por favor, límitate a hablar de lo que conoces. Hazme el favor - dijo.

Si Arquímedes se hubiera limitado a hablar de...

-Mira, McGee. Es la previsión de la caída del valor del dinero lo que desencadena la inflación. Si la población previera que en tres meses el dinero no valdría nada, lo gastarían. Y así el dinero perdería realmente su valor.

Demasiado dinero para pocas mercancías.

-Pero...

-Por favor. Tu planteamiento no tiene ninguna relación con la realidad.

Tus conocimientos en materia de economía son pueriles. No me amargues el desayuno. Si quieres estudiar el tema en serio, ya te dejaré unos cuantos textos.

-Precisamente no quería estudiarlo en serio.

-Bueno. Volvamos a donde estábamos. Tienes un punto de mira. Marino hijo. O el padre. O los dos. Son gente conocida. Salen de vez en cuando en los diarios, sobre todo los jóvenes. ¿Son cuatro hijos?

-Dos hijos y dos hijas. Ruffi es el mayor.

-Así que puedes ir a por ellos, dirigirte a ellos, o lo que quieras. Con un poco de suerte, antes de que alguien vuelva a por ti. Pero, ¿habría actuado así Browder? Si se trata de entrar en consideraciones morales, considera lo que concebimos como actos morales, y entonces no nos quedará más remedio que poner en práctica el plan de Browder.

-Yo no sé cómo se proponía hacerlo.

-Lo que no sabes es qué canal iba a utilizar. Pero, ¿realmente importa eso? A mí me parece que el tal señor Jornalero transmitiría la información a la gente indicada. Si Browder estaba en lo cierto, tú habrás de permanecer al margen hasta que terminen los fuegos artificiales y, entonces, si Marino hijo sobrevive, lo tendrás a tiro. Pero después de los fuegos artificiales, caso que realmente se produzcan, ya nadie te irá detrás. Así que podrías dar el asunto por concluido.

-Eso si quisiera.

-¿Pero no querías?

-No. Si me hubiese enterado de lo que ocurrió en es barco por los diarios, quizá lo dejaría correr. Pero yo estuve allí. Los vi. No los conocía, pero me siento en deuda con ellos. En el supuesto de que fueran escoria, eran escoria joven. Quienquiera que lo hiciese, debería llevarlo colgado del cuello como un cartel. Inmundo. Tendría que llevar una campanita para advertir a la gente al acercarse.

-El caballero blanco cabalga de nuevo.

-Con su herrumbrosa armadura, su lanza torcida y su deslomado caballo. ¿Y por qué no? Billy era un buen amigo. Yo tuve suerte, y los dos raterillos, no. Así que seguiré tu sugerencia. Gracias. Y Browder también te lo agradece. Yo pago el desayuno.

-No estará de más. Cualquiera que se lleve esa cantidad de dinero a México y la traiga íntegra puede invitarme a desayunar siempre que lo desee.

-Al contarlos, he visto que faltaban dos mil. Browder los utilizó para cubrir gastos, creo.

-Un hombre extraño. No hablaba de un modo persuasivo. No tenía un aspecto persuasivo. Pero lo era.

Por la tarde traté de ponerme en contacto con Jornalero. El número de su domicilio particular no aparecía en la guía telefónica. Llamé a Millis. Por la voz, la noté apática y deprimida.

-¿Cómo van las cosas? -le pregunté.

-No es fácil. Y encima el frío de anoche me ha matado todas las plantas del jardín. Todo se ha quedado negro, torcido y feo. Ha sido como un aviso. De pronto esta casa se me hace demasiado grande. Quiero salir y al mismo tiempo no quiero.

-¿Cómo es eso?

-Frank me está llamando constantemente para que vaya a su despacho a firmar unos papeles, pero yo siempre le pongo excusas y tiene que traérmelos aquí, y además venir con el notario y los testigos. Para él es una molestia muy grande.

-Ya te lo cobrará.

-Sí, claro. McGee, creía que tendría noticias tuyas antes.

-He estado fuera del pueblo.

-¿Oh?

-Fuera del país.

-¿De verdad? Lo único que quería era poder decirte que he intentado sentirme culpable y avergonzada por lo que hicimos, pero no lo consigo. Y he estado preocupada por que pudieran hacerte algo.

-Me vi en un apuro unos cuatro días después de nuestro último encuentro. Pero no se esmeraron mucho.

-Me horroriza sólo pensado. ¿Hoy podrás venir a verme?

-Te llamaba para pedirte el número de teléfono de Jornalero. El de su casa, ¿si es que lo tienes?

-Voy a mirarlo. Pero lo dudo.

Tardó tanto que me cansé de esperar y conecté el altavoz del teléfono. Me estaba sirviendo una taza de café que no necesitaba tomar cuando volvió a ponerse. Me dijo que me oía como si hablara desde el fondo de un pozo. Le expliqué que ello se debía a que el micrófono de mi teléfono era de mala calidad. Me dijo que había encontrado la dirección de Jornalero, pero no el número de teléfono. Vivía en Sailfish Lagoon, 22, Miami. En el mismo sitio que Marino, recordé.

-¿Vas a pasarte por aquí, Trav?

-Mejor en otra ocasión, Millis. Hoy tengo visita.

-Ya, seguro. Bueno, pues olvídalo.

-Cuando se vayan, a lo mejor. Llamaré antes.

En realidad no tenía visita. A veces miento bien, con profunda convicción. Probablemente a Millis no le había sabido mentir porque, si bien no quería compromisos con ella, no podía dejar de pensar que quizá un poco de compromiso no le hiciera mal a nadie.

Pero, en castigo por mentir mal, sí tuve visita. Dos personas, dos hombres de unos treinta años, con clásicas chaquetas de tweed, corbatas, y aspecto de oficinistas. Wisner y Torbell. Empleados del Departamento Antidroga. Educados, imperturbables, con el habitual aire de escepticismo de los policías. De todo lo que les habían contado a lo largo de sus vidas, nada era completamente cierto, y no lo sería, ni aquí ni en el más allá.

-Browder nos dio un informe pre-operación por teléfono. Nos gustaría repasado con usted, señor McGee -dijo Wisner.

Catorce

Pasamos al comedor e hice sentar a Wisner en el sillón y a Torbell en el combado canapé amarillo. Yo me acerqué la silla del escritorio y también tomé asiento, hallándome a más de un palmo por encima de sus cabezas. Si uno sospecha que alguien pretende hacerle pasar un mal rato, no debe colocarse nunca de manera que el otro pueda mirarle desde arriba.

No aceptaron la copa que les ofrecí. Torbell se aclaró la garganta y sacó un cuadernito de notas. Lo hojeó, arrugando la frente en un gesto de presunción a causa del cual se le formaba en el entrecejo un pequeño bulto.

Respeté su silencio. De manera que, al final, Torbell dijo:

-¿Es verdad, como suponemos, que llamó usted por teléfono para informar de la muerte de Browder?

-Suponen bien.

-¿Se marchó usted de aquí con cincuenta mil dólares?

-Así es.

-¿Y volvió a traerlos?

-Traje cuarenta y ocho. Según creo, Browder cubrió los gastos con el resto.

-¿De dónde sacó usted el dinero?

-Eso no viene al caso.

-Tenemos autoridad para hacer detenciones.

Alargué los brazos hacia ellos.

-Ustedes mismos, como si estuvieran en su casa.

-Su actitud no lleva a ninguna parte -terció Wisner.

-Nuestras actitudes, para ser más exactos.

-Muy bien. ¿Se fue usted con Browder para comprar cocaína?

-No.

-Y entonces, si puede saberse, ¿por qué demonios llevaba encima esa cantidad de dinero?

-Browder lo entró en México. Le pregunté que por qué sus jefes no le proporcionaban el dinero. Me explicó que la administración llevaba una política de reducción de gastos.

-¿Por qué se lo proporcionó?

-Hace años, en uno de los sketches de Jack Benny aparecía de pronto un ladrón que le apuntaba con una pistola y le decía: ¡La bolsa o la vida! Y entonces seguía un silencio larguísimo que era el detalle cómico.

-¿Insinúa que Browder le amenazó?

-Lo que quiero decir es que últimamente han atentado dos veces contra mi vida sin éxito y Browder se había enterado desde el otro extremo. Y se había enterado, también desde el otro bando, de que la orden de matar a Billy Ingraham venía de Miami. Browder estaba convencido de que si no me movía, en uno de esos intentos acabarían conmigo.

-¿Era ese tal Ingraham traficante?

-¿Por qué no se documentan un poco antes de salir del despacho a importunar a la gente? Ingraham era un millonario jubilado que el mes pasado murió asesinado en un hotel de Cannes. Lo mataron hurgándole en el cerebro con un alambre.

Wisner y Torbell se miraron, y Torbell dijo:

-Creo que lo leí en el diario. Era el dueño del yate que apareció con tres cadáveres a bordo.

-Y yo soy quien encontró el yate con los muertos y avisó a la Guardia Costera. Había acordado con Billy que intentaría encontrarlo. Y así lo hice. Y uno de los cadáveres era la muchacha peruana de una familia importante. Su tío está metido en el tráfico de drogas, y exigió que el grupo de Miami averiguara quién había matado a su sobrina. y aquí decidieron que era más fácil dar el nombre de Billy y el mío que descubrir al verdadero culpable. Yo sabía que el barco venía de

Yucatán. Y Browder buscó la manera de entablar contacto con los vendedores de la zona, y me pidió que llevara el dinero para dar una imagen más real, y que me disfrazara para pasar por un traficante muerto llamado Bucky, el Estanciero.

-¿Quién?

-Olvidelo. Olvidelo todo. Torbell enrojeció.

-Nos costó mucho tiempo introducir a Browder, introducido a un nivel desde donde pudiera proporcionarnos de vez en cuando información útil sobre los sistemas de distribución. Perderle nos ha supuesto un gran paso atrás.

-Él no estaría de acuerdo con eso.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Wisner.

-Según él, su trabajo consistía simplemente en ayudar a coger a los elementos fácilmente sustituibles. A él personalmente le interesaban más los que actuaban a distancia.

-Ya lo sabía -dijo Torbell-. El sueño imposible. Los que mueven los hilos nunca dejan nada escrito. Nunca dicen nada comprometedor por teléfono. Todos sus tratos, sin excepción, se ultimaban con dinero en efectivo, y cuando éste llega a sus manos tiene una historia impecable. Ya ha sido blanqueado.

«Por Jornalero,» estuve a punto de decir, pero me frené a tiempo. Tal comentario hubiera llevado al inverosímil vínculo entre Jornalero y Billy Ingraham, lo cual hubiera dado pie a nuevos frunces de sospecha en sus burocráticas frentes.

Torbell volvió a examinar el cuaderno. Verificó la fecha en que habíamos volado a Cancún. Y les conté, punto por punto, el viaje. Me sorprendió agradablemente descubrir que ya habían oído hablar del Brujo. Les dije que no sabía exactamente por qué medios se había puesto Browder en contacto con él, y que no recordaba el nombre del individuo que, tras una breve entrevista, nos había llevado por la carretera de la costa a ver al Brujo.

Les expliqué que al Brujo le había estado comprando mercancía un hombre que viajaba en avión de la pista de aterrizaje de Tulum a una pista de un rancho de Florida. Pero los vuelos entrañaban cada vez más riesgo, y al final introdujo a los jóvenes que habían robado el barco de Ingraham, y en agosto fueron ellos quienes se llevaron el cargamento por mar. Regresaron en setiembre y le pagaron al Brujo setenta y cinco mil dólares en dinero falso. El Brujo se mantuvo firme en la postura de no hacer ningún trato más con los traficantes de Florida hasta que alguien se hiciera cargo de su pérdida. Dijo que tenía trato con los canadienses, que absorbían toda su capacidad de venta.

-Browder sospechaba, según nos contó, que el hombre que había estado llevándose la mercancía en avión de Yucatán a Florida había quedado con los chicos en pasar a recoger el cargamento por los Cayos. Cuando llegó allí, se enteró de que le habían pagado al Brujo con dinero falso, y por tanto habían cortado su fuente de suministro. Entonces los mató y recuperó sus setenta y cinco mil dólares junto con el cargamento.

-¿Quién era ese hombre?

Le había estado dando vueltas y más vueltas al dilema, consciente de que tarde o temprano llegarían a esa pregunta. Y cada vez tenía más claro que aquel par de elementos eran muy capaces de echarlo todo a perder. Más valía que volviesen al despacho a leer las pantallas de sus ordenadores.

-Del nombre no llegamos a enterarnos. Dudo mucho que el Brujo lo supiera. Nos dio una descripción. Era un hombre delgado, con una calvicie precoz, muy bronceado, y con unas gafas de montura dorada.

Torbelllo anotó pulcramente en su cuaderno. Y Wisner preguntó:

-¿Quién mató a Browder?

-Había poca luz en la terminal. Nos hallábamos lejos de las puertas y las ventanas. La cola era muy densa, y la gente estaba amontonada; además, como era tan larga, obstaculizaba el acce-

so a los mostradores de la zona de llegadas, y constantemente la cruzaban otros viajeros. Pasó todo muy deprisa. Nadie se dio cuenta de nada.

-¿Y se llevaron su bolsa de viaje?

-La llevaba colgada al hombro derecho. Me imagino que se la quitaron al mismo tiempo que le herían. Creyeron que allí guardaba los cincuenta mil. En principio era él quien pretendía comprar, así que lógicamente a él debían robarle. Y un fajo de esa cantidad abulta demasiado como para esconderlo en un cinturón.

-¿Alguno de los hombres del Brujo?

-Seguramente. No lo sabía nadie más. Pero yo diría que fue una acción independiente, y no ordenada por el Brujo. El que lo hizo conocía bien su trabajo.

Y entonces, naturalmente, como buenos burócratas que eran, me lo hicieron repetir todo, más detalladamente. Su especialidad no era la acción, sino la información. Al marcharse, no me dieron las gracias. Al fin y al cabo estaban obligándome a cumplir con mis deberes de ciudadano respetuoso de la ley. Me dijeron que quizá regresasen si tenían alguna otra pregunta que hacerme.

Es curioso hasta qué punto el cuerpo puede engañar al cerebro. El mío, por lo visto, lo hace más a menudo de lo que me gustaría reconocer. Empecé a pensar que había muchas cosas acerca de Jornalero que Milli; sabía y no había tenido ocasión de contarme. Y cuanto mejor conociera a Jornalero, tanto más útil me resultaría.

Y acaso lo que me convenía -sin comprometerme con ella, claro está era telefonearla y hacerle una visita para charlar. Quizá fuera importante, me dije, advertirle de que también ella podía estar en peligro. Pero no se lo creería y, a decir verdad, yo tampoco. Arturo Jornalero le proporcionaría una cierta protección, y aun cuando no se conociesen, el pundonor latino no contemplaba la venganza mediante el asesinato de mujeres. Finalmente decidí no buscar más excusas absurdas para ir a verla.

Hacía frío y empezaba a oscurecer cuando entré al vestíbulo de Torre Alfa, en Días del Sol, y saludé al personal de seguridad, diciendo:

-¿Qué hay, chicos?

La respuesta no fue muy cordial. Era comprensible. Tenían derecho a sus propias fantasías. De modo que subí directamente. Si me preguntaran cuánto tiempo pasamos hablando de la vida y obras de Arturo Jornalero, diría que probablemente no más de once o doce minutos.

La primera vuelta fue tan precipitada y voraz como la vez anterior. Pero la siguiente fue más lenta, más larga y más imaginativa. El dormitorio estaba iluminado con luces indirectas de color rosa, que revelaban su adorable rostro tenso por el esfuerzo, con los dientes hundidos en el carnoso labio inferior.

Sus movimientos eran tan rápidos, escurridizos y elegantes como los de un delfín.

Cayó a mi lado, jadeando, agarrándose para no caerse del planeta. Apoyó la cabeza contra mi cuello y, cuando su corazón y su respiración volvieron a la normalidad, dijo:

-El viernes hice unas cuantas llamadas.

-¿A quién?

-A mi atenta agencia de viajes.

-¿Vas a alguna parte?

-Quizá vayamos los dos

-¿Los dos?

-Sí, nosotros dos. Tú y yo. Milli y Travis. La posibilidad que más me atrae es volar a Los Angeles hacia el cinco de febrero... creo que la fecha es esa... y allí coger el Royal Viking Sky y cruzar el Pacífico, hacia puertos maravillosos, y atravesar el Canal de Suez y llegar al Mediterráneo y a Londres, y luego volvemos a Miami en el Concorde.

-¿Todo eso? Pero si apenas nos conocemos.

-El crucero podría servir para conocernos. Creo que dura unos ochenta días.

-Lo encuentro un tanto precipitado.

Me sacudió.

-¿Estás ahí? ¿Estás despierto? ¿Me escuchas? Un camarote de primera, hombre, y yo corro con todos los gastos.

-Yo no soy de esos -respondí.

-En serio -dijo, riéndose-, ¿no estás ya un poco harto de vivir aquí?

Me había tocado el punto flaco. Mucha gente se había marchado; y otros habían muerto. Sin darme cuenta, tan lento había sido el tránsito, me había alejado una generación de los jóvenes que se divierten en las playas. Para ellos, me había convertido en un individuo curtido y de aspecto duro, de edad indeterminada, que no comprendía su dialecto no compartía sus costumbres -ni sexuales, ni farmacológicas-, que consideraba su música carente de musicalidad; sus letras banales y repetitivas; en un individuo anticuado que leía libros y llevaba ropa de otra época. Pero lo peor de todo fue caer en la cuenta de que me aburrían. Las muchachitas risueñas y primorosas, de miembros bien formados, me resultaban tan funcionales e insípidas como envases de cereales. Y sus jóvenes acompañantes varones -melenudos y aletargados- eran tan pasivos que habían llegado a la inmovilidad. El humor de Meyer había ido empeorando gradualmente, en ocasiones hasta era hostil. Ya no recordaba la última vez que me había reído a carcajadas sin poder evitarlo. Me había ido quedando solo a medida que desaparecían mis viejos amigos. Ya no recordaba cuándo había tenido veinte invitados a bordo del *Flush* por última vez.

Por otra parte, la ciudad estaba cambiando. La administración no era la misma. Irv Deilbert se había marchado. Era más fea, más sucia, más brutal. Los vendedores de cerrojos y cadenas hacían negocio. Gente atiborrada de anfetaminas y coca se mataba a golpes en las playas nocturnas. En el ciclo vital de toda ciudad hay un apogeo. Yo había presenciado el de Fort Lauderdale, y ya había pasado. Ahora se iniciaba la larga decadencia. La alternativa era quedarse a verla o marchar y esperar a que la memoria reemplazase poco a poco el «ahora» por el «en otro tiempo».

-En serio, Millis, puede que sí lo esté.

-¿Me estás diciendo que aceptas mi propuesta?

-Te estoy diciendo que hagamos la siesta. Déjame consultarlo con la almohada.

-En la agencia me han dicho que esos camarotes tienen sus propias cubiertas para tomar el sol. Totalmente privadas.

-Ya.

-Fondea en la bahía de Cook, en Mooréa. Billy me dijo que ese es el sitio más bonito que había visto en su vida.

-Ya.

-El experto en materia fiscal de Frank calcula que después de pagar los impuestos sobre la herencia me quedará una renta de unos setecientos mil, en su mayor parte libres de impuestos... y más si vendo el apartamento, pero eso quiero pensármelo mejor.

-Ya -dijo, después de lo cual, si siguió hablando, yo no la oí.

El lunes traté de ver al señor Jornalero en su despacho de Miami. Estaba, pero no deseaba recibirme. Amenacé con permanecer allí hasta que cambiase de idea, pero la diminuta recepcionista llamó por teléfono y se presentaron dos hombres del servicio de seguridad. Me marché pacíficamente. De vuelta al barco, me desvié y fui a echarle un vistazo a Sailfish Lagoon. Daba la impresión de que lo había proyectado el mismo arquitecto que Días del Sol. Pero tenía más aspecto de fortaleza que el edificio en el que Millis vivía. Y parecía que detrás de la alta tapia, cerca de la dársena, había elegantes residencias particulares.

Un hombre que no quiere saber nada más de uno representa un problema. Aunque no había presenciado el procedimiento, me figuraba que Arturo para desplazarse de su fortaleza a su despacho utilizaba una limusina con chófer, y que cuando fuese a algún restaurante de las inmediaciones para un almuerzo de negocios debía llevar a medio paso detrás suyo a un individuo musculoso, y quizá a otro antecediéndole unos metros. En Miami, los ricos han de andarse con mucho cuidado.

Cuando hube trazado un plan, volví sin pérdida de tiempo a Bahía Mar y me puse a realizar las tareas de mantenimiento atrasadas que requería mi vieja lancha, la *Muñequita*, una T-Craft de dos toneladas con un par de motores traseros de ciento veinte caballos de potencia. Por lo regular prodigo cuidados a mi material, pero ya hacía mucho que no le prestaba la atención y el cariño necesarios a la *Muñequita*. No había notado la rasgadura de diez centímetros en la lona impermeable que la cubría, cerca de la regala, en el lado de babor, hacia la mitad de la embarcación. Se había filtrado la humedad y el polvo, y empezaba a enmohecerse. La bomba automática para el agua de pantoque había intentado expulsar el agua de lluvia, consumiendo las baterías. La lona se había descolorido, la pintura también y las letras blancas de la popa amarilleaban.

De una manera o de otra todos hacemos nuestra penitencia. La mía era correr el riesgo de morir asesinado mientras pagaba mis deudas. El miércoles, día dieciséis, por la tarde, las baterías estaban cargadas, no había agua de palenque, el moho había desaparecido, los depósitos se hallaban llenos y la lona había sido reparada. La había sacado al mar y me había castigado la columna y los riñones haciéndola saltar contra las olas para eliminar los residuos marinos acumulados en el casco. El piloto automático funcionaba correctamente. La bomba para el agua de palenque se hallaba en perfecto estado, la nevera limpia y provista de hielo, las palancas de control engrasadas, los faros revisados. No estaba en su mejor momento, pero sí mucho mejor que antes. Me reproché haber dedicado tanto tiempo a renovar un equipo de música y a clasificar las cintas, siendo que la *Muñequita* clamaba auxilio. Meyer se acercó un par de veces a verme trabajar. Quería saber qué medidas había tomado respecto a mi problema personal, y le dije que estaba en ello. Me respondió que más bien parecía que estuviera arreglando una barca. No le di más explicaciones, aunque tendría que haberlo hecho. Meyer no se merecía ese trato. Pero, una vez más, atravesábamos una fase de tirantez. Eso les ocurre de vez en cuando a los viejos amigos. Sirve para aflojar los lazos, supongo.

A veces da la impresión de que no comprometerse con nadie proporciona una mayor libertad. Pero en realidad es todo lo contrario. El peor compromiso de todos es estar comprometido sólo con uno mismo. Hay quien se da cuenta de ello cuando ya está en un asilo para ancianos.

Cuando todavía quedaba una hora de luz, y el día empezaba a refrescar, salí hacia Miami, sin alejarme de la costa. La cazadora negra de cuero, el gorro de lana, el viento de cara azotando el techo de lona, y una emisora de la NPR, en FM, dando plácidamente las noticias del día, sin mentiras ni apasionamiento. La lancha gruñía, avanzando a la velocidad mínima para mantenerse en horizontal, dejando tras de sí una estela blanca. Resultaba reconfortante poder disfrutar de la barca. Había trabajado con denuedo para dejarla en buen estado. Tenía agujetas, los nudillos raspados, la uña de un pulgar rota, y flojera en las rodillas. Penitencia. El recuerdo de la voz de trueno de mi abuelo: «Hijo, todo aquello que no eres capaz de cuidar, no mereces tenerlo. Un perro, una pistola, un carrete, una bicicleta o una mujer. Has de aprender a hacerlo, porque si no, acabarás aborreciéndote a ti mismo.»

Unos principios de otra época. Ahora todo aquello que no se cuida, se sustituye. Naturalmente, la ley de igualdad de derechos descalificaría la afirmación de mi abuelo por incluir a la mujer en la lista de propiedades. Con todo, mi abuela parecía una mujer feliz.

Ya había oscurecido hacía rato cuando llegué al puerto deportivo en el que había atracado años atrás. Reduje la velocidad al mínimo, bajé el toldo, me puse en pie con el faro portátil y fui siguiendo las boyas que marcaban la entrada al canal particular. El puerto había sido ampliado. Fui al muelle del combustible y a un hombre que se acercó a cogerme un cabo le pregunté si estaba

Wendy por allí. Me contestó que Wendy había traspasado el negocio hacía casi dos años a la empresa Sea and Marine Ventures. No obstante, tenían espacio libre para atracar. Amarré la lancha, eché las llaves, fui a tomarme una pizza y una cerveza a dos manzanas de allí, regresé, me eché en una de las estrechas literas de proa y puse mi despertador de muñeca a las cinco y media.

Quince

El jueves por la mañana, a las seis y media, me hallaba trazando lentos ochos en las aguas de la bahía, ante las claras estructuras de Sailfish Lagoon. A las diez abandoné y regresé al puerto. Seguía libre el mismo sitio, y cerca había una tienda de artículos de barco, así que compré unas cuantas medicinas y ungüentos, bálsamos y vigorizantes para la Muñequita, y dediqué el resto del día a mejorar su apariencia externa, dejando la tarea al anochecer con los brazos doloridos y la conciencia más tranquila. Básicamente sólo quedaba encargar una nueva lona e izarla para retocar los bajos.

El viernes, a las seis, estaba ya en mi puesto de observación, haciendo ochos a la salida del sol, con los binoculares a mano. A las seis y veinte, una vela triangular y un pequeño foque se deslizaron entre un bosque de mástiles, y en seguida un catamarán salió a la laguna con rumbo a la bahía. La vela era verde y blanca. La figura que lo tripulaba vestía un chándal rojo oscuro y un gorro de punto blanco. Supuse que no era Arturo, pero cuando se aproximó y pude enfocar bien, ví que era él. Dejé mi puesto de observación y me salí de la bahía, con dirección sur y buena velocidad, pero sin perder de vista a Jornalero.

La brisa matutina había refrescado, y el catamarán empezó a surcar las aguas como un rayo. Cuando se encontraba a una distancia considerable de su punto de partida, viré y volví a adentrarme en la bahía a toda velocidad y me situé entre él y la laguna. Al parecer no advirtió mi presencia, o no advirtió el sentido de la maniobra. Cuando giré y me dirigí hacia él, se desplazaba con facilidad. Cogió una buena racha de viento favorable, y tiró de la vela hasta tenerla en el ángulo apropiado para que uno de los pontones se despegara del agua, inclinándose él para mantener la embarcación equilibrada. Debía llevar una velocidad entre treinta y cinco y cuarenta kilómetros por hora. La tarea empezaba a parecerme más difícil de lo que había imaginado.

Aceleré y me dirigí hacia él por barlovento. Giró de inmediato la cabeza y me miró con cara de estupefacción, indicándome que me alejara. El catamarán se volvió contra el viento y el pontón elevado golpeó el agua. La vela vacía chicoteaba.

-¡Soy yo! -le grité-. ¡McGeel He de hablar con usted.

-¡No! -respondió, y cogió una nueva derrota, no tan favorable como la anterior, pero que le conduciría a la laguna. Le di alcance y le corté el paso. Golpeé uno de los pontones, y casi se cayó por la borda. Al instante enganché una driza del catamarán con un garfio. Era un marino con muchos humos.

-¡No tengo nada que decirle!

-No quiero que hable, señor Jornalero. Quiero que escuche. ¿De acuerdo? Suba a bordo. Yo arrastraré su chisme.

Era un hombre con sentido común. Antes de medio minuto comprendió que no le quedaba alternativa. Nos hallábamos lejos de la orilla. Le tendí una mano. Puso un pie en la regala y saltó ágilmente a la cubierta.

Se sentó en la escotilla de los motores y dijo:

-Pues hable.

Salí hacia la boca de la bahía, arrastrando el catamarán, y al poco rato apagué los motores de la Muñequita. El silencio propiciaba la conversación. La vela flameaba en vano.

-Lo que voy a decirle no tiene ningún valor y no lo tendrá a no ser que envíe usted a alguien a confirmarlo. ¿Conoce a un mayorista que opera en Yucatán, al sur de Cancún, antes de Tulum? ¿Un hombre al que llaman Brujo?

-Le estoy escuchando. Es usted el que ha de hablar.

-De acuerdo. Daré por sentado que no le conoce, pero que puede ponerse en contacto con personas que sí le conocen o han oído hablar de él y que pueden concertar una entrevista si es necesario. Han de preguntarle por el hombre que voló cuatro veces de Florida a Tulum en una avioneta, y que, tras comprarle, se trajo la mercancía por aire hasta una pista de aterrizaje de un

ranchito. La vigilancia se intensificó, y ese mismo hombre contrató a los muchachos que robaron el barco de Billy Ingraham para viajar hasta allí y traerse la droga por mar. El individuo en cuestión estuvo presente cuando se realizó la primera compra, pero la segunda vez los envió en el barco con el dinero.

Había mudado de expresión; contraía los labios en una mueca de despectiva incredulidad. El sol ya estaba bastante alto y había perdido el matiz anaranjado de la luz primera; el agua de la bahía había pasado del gris metálico al azul. El tráfico marítimo iba en aumento. Había girado el asiento del piloto para mirarle de frente.

-¿Le preocupa algo?

-Es usted el que ha de hablar.

-Habían ingeniado un método para traerlo en barco.

-Los que detienen los barcos conocen todos los métodos.

-Ahora estamos hablando los dos. Muy bien, una conversación es preferible a un monólogo.

-McGee, no tiene sentido que me hable de entrada de droga en el país. Yo no tengo nada que ver con eso.

-¿Al menos desde que se dedicaba a reclutar camellos en Colombia?

Le sobresaltó. Detectó su intención de desmentirlo, pero se contuvo.

-Son pocos los que están enterados de eso, o lo recuerdan. Las cosas me fueron bien y acabé dejándolo. Ahora dirijo mi propia empresa. Es un negocio completamente legal.

Le sonreí.

-¿Una cerveza, Arturo?

-¿Antes del desayuno? ¿Por qué no?

Saqué un par de latas de la nevera, las destapé y le entregué una. Echó un trago ansioso y se limpió los labios con la manga roja.

-Se les ocurrió un nuevo método para entrarla en barco -dijo-. Le hablé de la armella en la quilla, de la longitud del cable y de las aletas graduables en la caja de aluminio. Me escuchó atentamente.

-¿Y qué? Esas cosas corren -dijo-. Lo ponen en práctica otros. Atrapan a alguno, y ya no sirve más. Arrastrar un tiburón muerto con los kilos de droga cosidos dentro ya no sirve. Rellenar la antena hueca de la radio ya no sirve. Arrojarla a aguas poco profundas con una alarma electrónica atada ya no sirve. -Se interrumpió bruscamente, tomó otro trago de cerveza y dijo-: Estoy enterado de ese tipo de cosas, pero no tienen nada que ver conmigo. ¿Adónde quiere llegar contándome todo eso?

-Cuando aquellos muchachos regresaron solos a comprar, tuvieron que esperar a que se reuniera la mercancía. Se encontraron con Gigi Reyes y de muy buena gana se la llevaron en el barco al zarpas. Cuando se iban, le endosaron al Brujo los setenta y cinco mil dólares falsos.

-Tuvieron suerte de no morir allí mismo.

-Eran demasiado tontos para darse cuenta de la suerte que habían tenido. Cuando llegaron a los Cayos concertaron una reunión con el fulano que los había contratado, el fulano que no quería seguir cruzando en avión el Golfo y el Caribe. Se encontraron en los Cayos. Los muchachos habían escondido la mercancía y el dinero auténtico, que no habían gastado, y trataron de sacarle una parte del beneficio de la operación a su jefe. Le demostraron lo inteligentes que eran. Le enseñaron el resto del dinero falso.

-Y entonces -dijo Jornalero, simulando un bostezo- los mató, habiéndoles obligado previamente a revelar el escondrijo. Los muchachos le habían dejado sin proveedor. Y no tenía ni idea de la estupidez que había cometido al matar a la Reyes.

-Exacto. Y ese individuo colérico era... aquí un redoble de tambores para darle suspense... ese individuo era... Ruffino Marino, hijo.

A menudo vemos abrir mucho los ojos a la gente, pero no es tan normal ver que los ojos se les salgan de las órbitas. Debe tener algo que ver con la presión del cerebro. Los ojos de Arturo

Jornalero se salieron de las órbitas. Abrió la boca. Su mano grande y blanca perdió la fuerza y casi vació la lata de cerveza. Le observé rehacerse, pero le costó lo suyo. Un sinfín de ideas le rondaban por la mente.

Y de pronto una de esas ideas lo arrancó de su estupefacción.

-¡Un momento! Nadie en su sano juicio daría su auténtico nombre. El dinero habla.

-Señor Jornalero, no consiguió usted quitarme a esa gente de encima. Al principio creyó que era posible y después decidió que era imposible. He tenido ocasión de averiguar a qué se debía todo este lío. Oí al Brujo decir que su comprador era Ruffino Marino. ¿Cómo llegó a enterarse del nombre? Pues quizá lo llevaba pintado en el fuselaje de la avioneta. Quizá se lo dijo porque creía que el Brujo había visto su película. Quizá simplemente se presentó con su verdadero nombre porque es idiota. Pero de que fue él no hay duda.

Poco a poco y de mala gana, lo aceptó. Meneó la cabeza.

-Eso lo explica.

-¿Qué explica?

-No importa.

-¿Y yo voy a librarme del embrollo?

Alzó la cabeza y me miró con ceño, como si hubiera olvidado que estaba allí.

-¿Cómo? Ah, sí; creo que podrá olvidarse de esta situación.

Se puso en pie, agarró el cabo, acercó el catamarán y se subió a él. Libró el garfio y me lo tiró a bordo. Tensó la vela, asió el timón y enfiló sin prisa rumbo a la laguna. No se giró para despedirse. Ya no me tenía ni a la vista, ni en mente. Tenía otras muchas cosas en que pensar.

La brisa soplaba de tierra. El mar estaba en calma. Saqué de la bahía a la *Muñequita* y me dirigí hacia el norte a una velocidad de unos cuarenta nudos, jurándome, como tantas otras veces, que la única manera segura de viajar de Lauderdale a Miami y viceversa es por mar, y que no volvería a hacer ese trayecto en coche.

Aquel viernes por la tarde hice las paces con Meyer y le puse al corriente de todo, omitiendo cualquier mención a Millis. No era un elemento pertinente. Meyer sabe escuchar. Apenas interrumpe con preguntas. Hablamos a bordo del *Flush*. Mientras charlábamos, nos tomamos una botella de vino, un tinto francés. Meyer llevaba un jersey blanco de cuello cisne y su guardapolvo de invierno. Antes parecía un estibador que un economista.

Cuando hube acabado de contarle la historia, Meyer suspiró, se puso en pie y fue a inspeccionar mis cintas. Seleccionó una de sus preferidas, una grabación de la CBS, *Suite for Flute and Jazz Piano*, con Jean- Pierre Rampal a la flauta, Claude Bolling al piano, Marcel Sabiani en la batería y Max Hédiguer al contrabajo. A Meyer le gusta la penúltima pieza de la cara dos, que se llama «Versatile», donde Rampal toca la flauta baja. Según dice Meyer, hoy en día es casi imposible oír un solo de flauta baja.

Introdujo la cinta, conectó el aparato, ajustó el volumen. Luego manipuló el ecualizador. Él prefiere un poco más de énfasis en los agudos. Me parece que está empezando a perder los registros altos. Son los primeros que se pierden.

Tomó un sorbo de vino y escuchó la música con los ojos cerrados, las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos. Un Buda en meditación con la nariz de patata, totalmente relajado y satisfecho en su caparazón de pelo. Escuchó toda la cinta y se levantó lentamente para apagar el aparato al final de «Versatile». La última pieza no le gusta. Desasosegada, dice que es. Se llama «Veloce».

-Puede que salga bien.

-¿El qué?

-Las familias de la llamada mafia ya no están arraigadas en la tradición siciliana, en la que, si bien intervenían en negocios sucios, existía un sentido de la unidad, el honor y la lealtad en el interior del grupo. Ahora ya no son familias. Han admitido a demasiados intrusos. Han mestizado el grupo con todo tipo de gentes, desde los Swensen hasta los Pokulsnik y los Morán. Los italo-

americanos honrados ya no han de lamentarse de la constante aparición en los diarios de sus hermanos sicilianos. Pero ni siquiera en los viejos tiempos, la mafia se pareció en nada a la estúpida imagen sentimentaloides que ofrece *El padrino*. Esos grupos de bandidos sólo son fieles al dinero. Se han aliado a los latinos y a los campesinos sureños porque sin luchas y con un buen control del mercado se gana más dinero. Por otra parte, los latinos aún conservan el sentido de la familia y el deber y el honor de la mafia de hace cincuenta años. El dinero lo es casi todo, pero no todo. Así que creo que Browder tenía razón. Esto los dividirá. Tal como están de interconectados, demasiada gente sabe demasiado. De manera que será un baño de sangre. Cada bando soltará las riendas a los esbirros que hasta ahora empleaban para solventar corrientes del negocio. Los enviarán a hacer trabajos importantes. Podemos tomar asiento en las gradas y animar.

-Quizá se hayan ablandado -dije- pero ahí corre la sangre, se traerán especialistas de fuera de la ciudad.

Meyer asintió.

-Techadores de Toledo.

-¿Cómo dices?

-Son lo que antes se llamaba botoneros. Ahora los llaman techadores.

-¿Y cómo te has enterado de eso, Meyer?

Sonrió con cara de sueño.

-Tú te has creído que vivo en reclusión.

El lunes por la mañana apareció en la primera plana del *Herald* de Miami: ESTALLA LA GUERRA DE LA DROGA. La mayor parte de los hechos se habían producido el domingo. Un tal Walter Hanrahan, un destacado constructor y especulador del suelo de Boca Ratón, al girar la llave de contacto de su carro de golf, había volado por los aires junto con su hijo hasta la altura de los tejados. Una persona o personas desconocidas habían echado una granada en el interior del descapotable de Francisco Puchero mientras circulaba por Collins Avenue en Miami Beach. La explosión le había arrancado ambas piernas y había muerto en la ambulancia camino del servicio de urgencias. Puchero había participado de un modo sobresaliente en la vida de la comunidad. Los bomberos, en una de sus salidas, habían tenido que apagar un Lincoln Continental en llamas junto a un descampado de Homestead. Cuando se hubo sofocado el incendio, hallaron en el espacioso maletero a Manuel Samuro y a Guillermo «Pappy» Labrador. Entre los dos dirigían la empresa Federation Trucking Express, con sede en Coral Gables. Cada uno dejaba respectivamente mujer y tres hijos. Samuro había recibido recientemente un galardón al mérito concedido por la Cámara de Comercio, por su labor de introductor en la zona de nueva industria ligera. Dos pistoleros enmascarados habían penetrado por la fuerza en un club privado de Hollywood, Florida, habían subido a un cuarto del piso superior en donde estaba jugándose una partida de póker y habían matado a cinco de los seis circunstantes, a cada uno con dos o tres disparos en la cabeza. Habían dejado el dinero, varios miles de dólares, sobre la mesa. El hecho había tenido lugar a la una de la madrugada del sábado. Los muertos eran Collins, Silvestre, Zabala, Shorter y Cawley. El superviviente, Brett Slusarski, había recibido dos impactos de bala, calibre 22, en el cerebro y el pronóstico era muy grave. Todos ellos eran destacados residentes de la Costa Dorada, y llevaban una activa vida social y profesional.

Me imaginé a Browder en una de las antecámaras del infierno, dando la bienvenida a los recién llegados a bordo con una alegre sonrisa y un caluroso apretón de manos.

Desde el punto de vista de la redacción del *Herald* de Miami, la explicación a tales sucesos debía buscarse en otro hecho acaecido el sábado a las cinco de la tarde. Tres cubanos habían echado abajo la verja y la puerta de un almacén sito en Miami Shores mediante una camioneta Ford blanca de reparto, y una vez dentro saltaron del vehículo provistos de armas automáticas, mataron a los tres hombres que allí se hallaban trabajando con un centenar de balas más de las

necesarias y, tras lanzar bombas incendiarias, se fueron. Un inesperadamente eficaz sistema de seguridad por aspersión atajó el incendio, y la policía había encontrado en el interior un alijo de cocaína pura de unos setecientos kilos o más. Se habían emprendido diligencias para dar con el propietario del almacén.

Ese hallazgo reducía las causas posibles de los asesinatos, y explicaba que en la partida de póker interrumpida hubiesen dejado el dinero encima de la mesa. Y oscurecía, póstumamente y de un modo considerable, las reputaciones de los hombres que tanto tiempo y tanto ingenio habían dedicado a lo largo de muchos años a ofrecer una imagen pública de buenas personas y de bienhechores.

Las muertes violentas continuaron durante la semana. El propietario de una flota de pequeños barcos fue asesinado en su automóvil en Alligátor Alley por alguien que, desde otro vehículo, le disparó en la cara. Un hombre cayó gritando de la última planta de un hotel rascacielos a la orilla del mar, el Contessa. Poseía el doce por ciento del hotel. Un comerciante fue hallado colgando de un roble en el jardín de su casa en Fort Lauderdale, con las manos atadas a la espalda. Lo encontró su hija. La niña tenía cinco años.

Y el jueves un nombre atrajo súbitamente mi atención. Ruffino Marino. Pero era el padre. Había aumentado su cuerpo de guardaespaldas, apostando uno en el rellano de la planta dieciséis del Sailfish Lagoon, ante la puerta de su apartamento, y otro en el vestíbulo de entrada del edificio, junto al ascensor utilizado por los vecinos que vivían entre las plantas dieciséis y veintidós. Alguien había conseguido entrar al apartamento inmediatamente superior al de Marino, había atado y amordazado a los inquilinos, había esperado hasta la noche, se había descolgado por el balcón hasta el de Marino, había forzado la puerta, le había rebanado la garganta a Marino mientras dormía, sin molestar a la señora Marino que yacía en la cama contigua, había trepado otra vez al balcón superior por la cuerda, había bajado por la escalera de incendios hasta el aparcamiento y había desaparecido. Una vez lejos y a salvo, habían telefoneado a la policía para que liberase a las personas que habían dejado atadas y amordazadas. Marino era un ciudadano distinguido, un asesor financiero, con participación en hoteles, restaurantes, cervecerías, distribuidoras de libros y revistas, aparcamientos, lavanderías y licorerías. El largo artículo que le dedicaban decía que sus actividades habían sido objeto de investigación en varias ocasiones por posibles delitos de estafa, pero nunca había sido procesado.

El extenso artículo describía con todo lujo de detalles el sofisticado sistema de seguridad con video y audio detectores computerizados, con sensores perimétricos que avisaban ante cualquier intrusión. De hecho, el artículo hablaba con tal admiración de la inteligencia de los asesinos que saltaba a la vista que alguno de los que controlaban el dispositivo había sido sobornado para que lo desconectara en tanto se cometía el asesinato. Lo cual demostraba cuál era la parte vulnerable de todo sistema de seguridad infalible, los que se encargaban de su funcionamiento.

La fotografía mostraba a un hombre calvo, de facciones anchas, cuello robusto, pobladas cejas negras, y una sonrisa tan amplia que no la abarcaba la vista. Una espesa mata de pelo gris asomaba por el escote de su camisa desabrochada, y una medalla colgaba de una cadena sobre el vello debajo del ancho cuello que la navaja había buscado y encontrado en la oscuridad. También se hablaba de la viuda, Rase Ellen Marino, y de su labor de ayuda a los niños minusválidos. Se aludía a los cuatro hijos del matrimonio, pero sólo a Ruffy se mencionaba específicamente, como productor y director de cine e inversionista en diversas empresas del mundo del teatro. Se enumeraban todas las carreras de lanchas rápidas que había ganado.

Los diarios del fin de semana trataban en sus editoriales del baño de sangre, igual que las revistas nacionales de actualidad. Con acierto, la consideraban una guerra entre el hampa de la vieja ola y los nuevos magnates de la droga, tras varios años de precaria paz. Un periódico, el *USA Today*, observaba perspicazmente que las bandas canadienses contemplaban el espectáculo desde las gradas con satisfacción. Las editoriales lamentaban la existencia del tráfico de cocaína. Se calculaba que el volumen del negocio ascendía a unos cien mil millones de dólares anuales, y la

cantidad de droga introducida a unas cien toneladas métricas, de las cuales las autoridades no incautaban más que un seis por ciento. En pocos días se habían producido diecisiete muertes violentas, que aumentaron a dieciocho al morir Slusarski sin haber recobrado el conocimiento. Si se hubieran enterado de la conexión, habrían sumado en total veinticinco -un funcionario del estado, dos rateros, dos ladrones de barcos, una debutante peruana y un anciano en Cannes. La noticia recibió tan extenso tratamiento a causa de la importancia y la reputación cívica de muchos de los hombres que de improviso habían fallecido de muerte violenta. Las dos fotografías que aparecían en todas partes eran la de los restos humeantes del carro de golf y una vista lateral del hotel Countess con una línea de puntos alrededor de uno de los pisos altos y una X germánica en el asfalto. La televisión local volvió a batir su récord de mal gusto con la pregunta: «¿Y qué sentiste, Karen, al ver a tu padre colgado de un árbol?»

Por invitación del New York Times, un ex miembro del Departamento Antidroga había escrito un artículo sobre el tema, reproducido posteriormente por la prensa local. Decía, en parte: «Es valiosa, pequeña y fácil de pasar de contrabando. Tan fácil como los diamantes, pero a diferencia de los diamantes es un producto de moda. Crea hábito psicológico sin crear adicción fisiológica. Es la compañera inseparable de los jóvenes de clase media, con relativo éxito, y un buen futuro por delante, así como de los ladrones profesionales. Proporciona una súbita sensación de extrema seguridad a la par que fervor erótico y elocuencia. También puede dañar la nariz y provocar impulsos suicidas. Es tan cara que se ha convertido en símbolo de status, gracias en parte a que se consume públicamente en las fiestas que ofrecen los músicos, los artistas, los escritores, y todo anfitrión que se precie.

»El suministro exige una vasta y destructiva infraestructura -desde la extracción de las hojas de los arbustos de montaña hasta el tubito de oro por el que aspira una línea la delicada nariz de la querida de un alcalde de Oregon, haciéndole brillar los ojos. En el actual contexto, no hay forma de detener el proceso. La introducen en el país por medio de aviones dirigidos por control remoto. La introducen por medio de submarinos tripulados por un solo hombre. La lanzan a la costa desde buques atracados en los muelles de Tampa. Aunque el tráfico se castigara con la pena de muerte, no se detendría, porque el salario de toda la vida de un obrero cabe en un solo bolsillo.

»La única solución posible es pasar por alto este siniestro comercio. Legalizarlo junto con la marihuana. Así la infraestructura se hundiría y desaparecería. Ya no estaría de moda. Los vendedores callejeros ya no acosarían a posibles nuevos clientes a la puerta de los colegios. Y no moriría ningún hombre en repugnantes masacres como la que hemos presenciado estos últimos días en el sureste de Florida.

»Pero quizá ya sea demasiado tarde para la legalización. La burocracia de la detección y el control tiene una inmensa nómina nacional. La economía de Florida depende tanto de la cocaína como de la ganadería o la pesca. Muchos políticos se opondrán ferozmente a la legalización, aduciendo que tal medida pondría en peligro a nuestros hijos. ¿Acaso no están ya en peligro?»

Fue Meyer quien me llamó la atención sobre el artículo. Es un fanático de los periódicos. En lugar de buzón ha de tener un cajón enorme para el correo.

La matanza se había detenido. El sábado por la noche me acerqué al barco de Meyer y le dije que me parecía conveniente asistir a la misa especial en St. Matthew, para rendirle nuestros respetos al difunto Ruffino Marino, caballero de Malta.

Dieciséis

Un amigo de un amigo de una distribuidora cinematográfica independiente de Miami me buscó una fotografía publicitaria de veinte por veinticinco centímetros en papel brillante. Los datos mecanografiados al dorso me anunciaban que tenía ante mis ojos a Mark Hardin, el protagonista de la última película de Feature Masterworks, Inc., titulada *Fate's Holiday*.

Ruffi me miraba directamente a los ojos. Tenía un atractivo bronceado. El abundante cabello, negro y brillante, se enroscaba alrededor de sus orejas, dejando al descubierto únicamente los lóbulos. Tenía las pestañas largas, una boca pequeña con los labios gruesos y separados lo justo para revelar el brillo de sus dientes húmedos y muy blancos. El pelo negro le caía sobre la frente ancha y morena. Mantenía una ceja más alta que la otra. Aire burlón. Tenía una seductora hendidura en el mentón. Llevaba una cadena de oro colgada del cuello del grosor apropiado para refrenar a un gran danés. En las mejillas tenía hoyuelos alargados, y en el cuello un hoyuelo velloso. Sus ojos parecían estar húmedos, como los dientes.

Pero la estrella de la pantalla no asistió a la misa por el alma de su padre. Había mucha policía, y un gran número de hombres fornidos que no dejaban de girar la cabeza, atentos a todo. Muchas mujeres con velo. Muchas parejas con aspecto de gente importante presentándose en limusinas privadas. Y poquísimos políticos. Poquísimas personalidades de la vida pública. Si hubiera muerto de trombosis coronaria en el hoyo diecisiete del club, se encontrarían allí todos los políticos.

Estábamos en una habitación de la tercera planta de un hotel situado casi en frente de la iglesia de St. Matthew. El día era claro y luminoso. Los dos llevábamos binoculares. Buscábamos a personas del mismo tamaño que Ruffi. Buscábamos a alguien que tuviera prisa por meterse en el templo, que escondiese el rostro. Les vigilamos al entrar y les vigilamos al salir, la familia detrás de los otros asistentes. Ruffi no había tenido valor.

De regreso al puerto en mi camioneta azul, Meyer expresó la opinión de que acaso Ruffi se encontrara en algún lugar a nuestra derecha, metido en un bidón que posteriormente habría sido llenado de cemento fresco y, una vez endurecido, lanzado por la borda de un mercante. Y quizá hubieran enviado a Lima una foto de él en el bidón antes de cubirlo de cemento.

-Es una pena que hayas tenido que decirlo, Meyer. Ya lo había pensado, pero esperaba que no lo dijese nadie. Entiéndeme, sería una grata noticia, pero no habría forma de saberlo con certeza. Y a no ser que lo sepa con certeza, me voy a pasar la vida asustándome a la que oiga un ruido a mis espaldas.

-¿No tienes ningún posible informador? ¿Nadie a quien preguntar?

-Había pensado en Willi Nucci, pero he oído decir que se ha retirado. Vendió el hotel e iba a dedicarse a viajar, pero enfermó, según dicen. Creo que todavía vive en Miami. Las cosas cambian mucho más deprisa de lo que deberían. Ahora ya no sé a quien dirigirme cuando quiero enterarme de algo.

-Tal vez yo pueda averiguar dónde está Willy.

-¿Tú, Meyer? ¿Cómo?

-Por los detalles de la venta. El hotel debía tener un valor importante. Buscando en el registro público. En el registro del Juzgado de Dade County ¿Cuánto hace?

Tuve que hacer un esfuerzo de memoria, relacionando la venta a otros hechos que se habían producido en mi vida.

-Alrededor de dos años, quizá no tanto.

A Meyer le llevó todo el lunes y la mitad del martes encontrarlo. Iba y volvía al juzgado en autobús. A Meyer le gusta montar en autobús. Sostiene que es el colmo de la intimidación. Nadie te dirige la palabra jamás. Vas sentado a una altura que te permite ver los techos de los coches, los

pretilos de los puentes y el mundo. Puedes leer y reflexionar. Dice que los turistas de los cruceros abandonan sus barcos de lujo y se montan en autobuses, pagando precios altísimos por contemplar el paisaje extranjero en tanto un guía les explica lo que están viendo a través de un sistema de megafonía tan deficiente que sólo se entiende una palabra de cada tres. Afirma que ha visto cosas por las ventanas de los autobuses tan absurdas, tan grotescas, tan fantásticas que a veces viajar en autobús es como deslizarse por los sueños de los demás.

Pero por fin me consiguió la información. Encontraría a Willy Nucci en el 33 de la calle Séptima, sector noreste, cuarta puerta. La compañía que había realizado la venta era Empresas WiNu, de la cual Willy, como ciudadano particular, había obtenido la primera hipoteca. El dinero de la hipoteca se ingresaba en la cuenta de Willy en una sucursal del Sun Banks. Para retirarlo en efectivo, una joven con poderes legales llevaba el cheque de Willy a la sucursal y recibía el dinero en efectivo.

El miércoles, día trece, alquilé un Buick y me puse en camino. Me sentía más cómodo en el vehículo de alquiler que en mi camioneta azul. Miss Agnes llamaba demasiado la atención y todo el mundo la conocía. No sabía si desprenderme de ella. Y también podía deshacerme del *Busted Flush* y de la *Muñequita*. Eran muestras y símbolos de mi prolongada adolescencia. Podía arreglármelas con un coche de alquiler, un barco de alquiler, una chica de alquiler, una vida de alquiler. Si se le estropea algo, caballero, póngase de inmediato en contacto con nosotros e iremos a sustituirlo, sea lo que sea. Aquí lo garantizamos todo, así que no tendrá que preocuparse nunca más. Si pierde un amigo o una amiga, se lo cambiamos por un modelo que funcione, el mismo tamaño, la misma edad, la misma educación y los mismos comentarios. Y si se pierde o se rompe usted mismo también lo reemplazamos y volvemos a insertado justo en el mismo agujero de la realidad del que salió despedido.

La calle era más pequeña de lo que me había imaginado, y serpenteaba sin aparente destino bajo los árboles. El número treinta y tres era una construcción de estilo morisco, de un deslavado color entre naranja y amarillo, y con las paredes cubiertas de hiedra en busca de grietas. El reducido patio estaba rodeado por una ornamental cerca de hierro, y lo dividía un sendero culminado en tres peldaños que daban a dos puertas situadas bajo un alero. El uno y el dos estaban a la izquierda; el tres y el cuatro, a la derecha. Junto al cuatro había una flecha señalando hacia arriba, a un timbre. Apreté el timbre.

Una voz de mujer surgió del pequeño altavoz redondo.

-¿Quién es?

-McGee. Travis McGee. Vengo a ver a Willy Nucci.

-Un segundo. -Al cabo de un momento la puerta zumbó. Entré y subí por una angosta escalera. En lo alto de la escalera había una ventana de cristal fijo, mirando al este, atalayando una amplia franja de la bahía, en dirección al fárrago de cemento de Miami Beach. Justo abajo se veía un jardín tapiado, primorosamente cuidado.

Llamé a la puerta y una muchacha de buena estatura me hizo pasar. Era el modelo estándar de rubia neumática, de plástico, de grandes ojos azules y mirada alegre, el pelo descolorido por el sol, nariz chata, boca sonriente y probablemente los dientes superiores algo adelantados. Llevaba una camiseta blanca sin mangas hasta las rodillas, y sobre su abundante pecho decía con grandes letras rojas M A S C O T.

-¡Qué alto! -dijo-. Pasa.

-Hacemos buena pareja -comenté.

-¡Quítate esa idea de la cabeza ahora mismo! -dijo Willy con voz quebradiza. Me sonreía desde un nido de brillantes almohadones sobre un enorme sofá. Confié en que no percibiera la conmoción que sentí al verle. Willy siempre había sido un hombre pequeño, pálido y flaco. Pero ahora no parecía más grande que un niño en estado de inanición. Había perdido el cabello, y su piel amarilla se pegaba a los huesos del cráneo. En otros tiempos trabajé de vez en cuando para él.

Siempre había sido frío, cauto y distante. Yo era de los pocos que sabía que el hotel en el que trabajaba, de hecho le pertenecía.

Y ahora, allí estaba, sonriéndome, encantado de verme -un cambio de carácter. Al estrecharle la mano tuve la sensación de estar agarrando un puñado de bastones de pan.

-Acércate una silla, McGee. Cuéntame en qué andas metido para que me ría un poco.

-Ahora que lo dices, Willy, últimamente no he tenido muchas ocasiones de reírme.

-¿No te diviertes?

-No mucho.

-Entonces es que no estás en tus cabales. Hay un proverbio húngaro que dice: No has tenido tiempo ni de mirar a tu alrededor, y la excursión ya se ha acabado. ¿Qué vas a tomar?

-Con una cerveza me basta.

-Tengo Carta Blanca.

-Mejor que mejor.

-Briney, encanto, tráele a mi amigo McGee una Carta Blanca.

La chica salió del espacioso cuarto. Eché un vistazo en torno.

-Una buena casa, Willy.

Meneó la cabeza.

-Iba a vivir a lo grande. Con todo lo que me viniera en gana. No ha podido ser menos oportuno.

-Había oído decir que estabas enfermo.

Me sonrió, con una sonrisa alegre.

-Lo que estoy es muriéndome. Ahora mismo, ante tus ojos. Me aplicaban quimioterapia, pero es una mierda y al final lo dejé correr. La única manera de estar medianamente bien era fumar hierba a todas horas, y eso me nublaba la mente y no me enteraba de nada. Lo tengo en el páncreas, que no sé ni lo que es, ni para qué sirve. O servía.

Briney trajo la cerveza en una gran jarra helada.

-Gracias, Briney. ¿De dónde viene ese nombre?

-Bueno, el origen es Brenda, luego empezaron a llamarme Brenny y con el tiempo me aficioné al *surfing* y me pasaba todo el día montando sobre las olas y de ahí salió Briney. Que quiere decir salado.

-Carne californiana -dijo Willy con su voz susurrante-. Me la envió de regalo Stuff Greenberg. ¿Llegaste a concederle? No, seguramente no. Ella le debía a él un favor, y él me debía a mí otro, y así estamos. Lo que haré, McGee, es dejártela en herencia, para que se te pase la amargura.

-La bondad humana va contra la ley -respondí.

-McGee -dijo con su voz frágil-, tiene estudios de enfermera. La semana pasada celebramos su cumpleaños; hizo veinticinco. Está sana como un roble y sabe preparar cualquier plato que se te ocurra; además limpia la casa, y le encanta comer, dormir, cocinar y tomar el sol.

Les miré con expresión de asombro, primero a él y luego a ella.

-¿Hablas en serio?

-¿Qué voy a hacer, si no? -dijo-. Si se la devuelvo a Stuff, voy a pasar por un desagradecido. Casi todos mis conocidos son unos miserables canallas. Tú también eres un miserable, pero en otro sentido que los demás. Y si no lo estás pasando bien, ella será un agradable cambio en tu vida.

-¿Y tú no tienes nada que decir al respecto? -le pregunté a ella.

-¿Dónde vives, McGee? -me preguntó.

-En un barco en Bahía Mar, Fort Lauderdale.

-¡Hey, yo nunca he vivido en un barco! ¡Estupendo!

-¿Y no preferirías hacer alguna cosa? ¿Irte a alguna parte?

Me sonrió. Al fondo de la dentadura, llevaba un empaste de oro.

-Pero, hombre, todo el mundo tiene que estar en algún sitio.

-Me quito un peso de encima -dijo Willy-. Ya lo tenía todo dispuesto, menos el futuro de Briney. Y ahora ya está resuelto.

-¿Acaso he dicho yo que sí?

-En fin, Nuch, a lo mejor te has precipitado. A lo mejor ya tiene a una chica que le cuida. O a lo mejor está casado. O es marica.

-Nada de eso es el caso -contesté, sin pensar.

-Cuando tengas noticias mías, vienes a por ella, ¿vale? -dijo Willy-. Briney dispondrá de dinero para pagarse sus cosas.

-Nunca había visto a nadie tan entusiasmado -dijo ella, y se fue.

-¿Qué pretendes, Willy?

-Cuando ve un pájaro cualquiera cantando en un árbol, le parece el pájaro más maravilloso que ha existido, lanzando los trinos más bellos del mundo. Se queda horas encandilada. Se levanta para ver salir el sol, y empieza todos los días como si fuera el día más feliz de su vida. Se pasa las horas tarareando. Si pongo el televisor, se marcha del cuarto. Dice que eso es vida de segunda mano. Cada mañana y cada noche se pasa un cuarto de hora haciendo el pino.

-Billy, no se pueden regalar personas.

-Ya te he dicho que me estoy muriendo. Un hombre que está muriéndose puede hacer lo que le dé la gana. Has herido sus sentimientos, ¿no? Pues dentro de diez minutos ni se acordará. Pero, en fin, debes haber venido aquí por alguna razón. Nunca vienes a verme si no tienes una razón.

-¿Sigues bien conectado?

-De vez en cuando alguien se pasa por aquí. Hablamos un poco. He ido dejando los negocios, repartiéndolos, dejándolos en su mayoría en manos de la gente que hacía el trabajo. Lo único que me queda es algún garito y alguna que otra deuda que no acaban de pagar. O sea que, más o menos, sigo enterado de lo que pasa.

-Entonces, ¿habrás perdido muchos amigos?

-Lo que he perdido han sido conocidos.

-¿Y qué sabes de Ruffino Marino?

-Ese era uno de mis conocidos. No era mala persona. Una vez leí un libro sobre un vaquero que escapaba de los indios. Al pasar por tierra arenosa retrocedía con una rama de árbol y borraba las huellas. Así era el gran Ruffi. Se aficionó mucho a ir a misa y esas cosas. Hace mil años era un rufián de Cleveland, haciendo algún que otro trabajo en Las Vegas y en Pittsburgh y donde le mandaran. Y con el tiempo se convierte en uno de los hombres de peso de la comunidad, con un apartamento de un millón de dólares, mujer y cuatro hijos, el más joven de diecinueve años y todos fuera de casa, y ahora van y se lo cargan como a un cerdo.

-¿Por qué?

-No lo sé. Aunque he oído suposiciones. He oído decir que quiso tapar algo que hizo Ruffi hijo. Ese sí que está chiflado de verdad. Quiere ser un héroe, pero no sabe de qué tipo. Una chica de una importante familia sudamericana que actúa en estrecha relación con los traficantes de, aquí fue violada y asesinada durante algún tipo de operación con droga, y no habría llegado a pasar si la hubiesen conocido. Pero el caso es que Ruffi hijo acudió a su padre y le confesó que había tenido parte en el asunto. Juró que no había matado a nadie, y que no sabía que su compinche, Bobby Dermon, iba a matar a tres personas hasta que lo hizo.

»Ruffi padre debió ponerse hecho una fiera al enterarse de que su hijo se había metido en el negocio de la droga, después de lo que le había costado limpiar el nombre de la familia. Ruffi hijo tenía barcos, aviones, coches, todo lo que deseaba. El padre intentó taparlo. Al fin y al cabo, su hijo no había matado a nadie. Había sido el amigo de su hijo, Bobby. Pero de alguna manera la colonia latina se enteró de que Ruffi había matado a la chica. Fueron a por Ruffi y les entregaron a Dermon.

»Se llevaron a Dermon, pero no lo mataron. Según se cuenta, lo encerraron en un almacén donde daba igual que gritase, y le aplicaron la picana, torturándolo hasta que le sacaron la misma historia una y otra vez, y resultó que realmente había sido Ruffi hijo. Parece que a esas alturas Dermon ya estaba más muerto que vivo, así que le tomaron una foto, le enviaron la foto y la cinta grabada a Ruffi padre, y enterraron a Dermon en los cimientos de una casa que estaba edificando uno de ellos más allá del cayo Dinner. Entonces exigieron que se les entregara a Ruffi hijo. Pero el padre dijo que se había marchado y no sabía adónde. Frank Puchero había participado en la muerte de Dermon, por eso le echaron una granada en el descapotable. Después volaron a Hanrahan por cuestión de principios, y se propagó. Una guerra, como en los viejos tiempos.

-¿Ahora parece que se ha calmado?

-Se ha calmado, pero la tensión continúa. A Ruffi padre se lo cargaron por encubrir al hijo y no decirles dónde para.

-Ya los demás, ¿por qué?

-¿Y por qué no? Se mantenían unidos por necesidades de trabajo. Cuando el pacto se rompe, la gente se resarce de deudas pasadas. Menos peso del acordado, o menos dinero... simples sospechas que en su día no fueron razón suficiente para armar jaleo. Pero cuando la cosa estalla, se ajustan viejas cuentas. Y nuevas también.

-¿Alguien tiene idea de dónde está Ruffi?

-No lo sabe nadie. Quizá en Toronto, o puede que en Tampa. Pero esté donde esté, no le llega la camisa al cuerpo. No se mueve de su escondrijo; se lo llevan todo, la comida, el aliste y las mujeres.

-No fue a la misa.

-Eso he oído. Era lo que se preveía, pero aun y así lo tuvieron todo bien vigilado. ¿Tú estuviste?

-Digamos que quería verle.

-No seas tonto. Si te enteras de dónde está, no te ensucies las manos. A vísame y ya me encargaré yo de hacer llegar la noticia al sitio indicado.

-La cuestión es un tanto más personal.

-¿Y por qué ha de ser personal?

-A las tres personas que él mató las encontré yo antes que la policía.

Sonrió y movió la cabeza.

-Estás tan loco como Ruffi hijo. No es el mismo tipo de locura, pero también estás chiflado. ¿Tú quién eres? ¿El vengador implacable? ¿Por qué no buscas trabajo en un cómic? Ruffi es un pobre desgraciado incapaz de pasar por delante de un espejo sin pararse y sonreír.

-Está bien. Si lo encuentro, quizá te llame.

Una súbita mueca de dolor demudó su rostro, y contrajo el brazo con un espasmo. Volvió a sonreír.

-Se me pasa en seguida. Ve a por Briney.

La encontré en la cocina. Corrió hacia él.

-Éste es de los fuertes, hija -le dijo.

Salió a toda prisa del cuarto y regresó con una aguja hipodérmica. Le abrió la bata, lo hizo girar y mostrarle una nalga descarnada, y le puso la inyección. Después frotó la zona con un algodón empapado en alcohol.

-Se ha extendido a partes dolorosas -dijo Willy como excusándose-. Óyeme, McGee. Lo tienes todo. No echas a perder tu vida por haber caído en una depresión. Te lo digo sinceramente, yo no empecé a vivir hasta que me enteré de que me estaba muriendo. ¿Me prometes que vendrás a buscar a Briney? -Su voz era cada vez menos clara. Ella se hallaba detrás, donde él no podía verla, agitando con vehemencia la cabeza en un gesto afirmativo, y con ceño.

-¿Quién soy yo para rechazar semejante obsequio?

-Así me gusta. Eso es usar... -Y la siguiente inhalación fue un ronquido.

Ella se acercó a una silla y se desplomó, cruzó los brazos, y hundió la barbilla en el pecho. Vi rodar una lágrima por su mejilla. Alzó la cabeza y me dirigió una sonrisa dulce y triste. Habló con ternura.

-Se ha alegrado realmente de verte. Me complace que hayas venido. Espero que vuelvas pronto. Por favor. No se alegra tanto, ni mucho menos, cuando viene esa otra gente que le visita. Algunos son muy extraños. Con algunos, he de salir del cuarto mientras hablan. Gracias por decirle que vendrías a por mí.

-Curioso ofrecimiento.

-Tiene sus rarezas. Se cree que soy una cría boba a la que ha de buscarle un hogar adoptivo. Stuff es un viejo amigo suyo. Se enteró de que estaba muy deprimido y que tendría que contratar enfermeras para el día y para la noche o ir a morir a un hospital. Así que me envió a mí a modo de regalo. Sólo que me pagó el pasaje de ida y vuelta en avión y diez mil dólares para venir a animar a Willy, para hacerle sentirse de nuevo parte de la vida. Me costó un tiempo sacarlo de aquel estado. Ahora ya acepta su muerte. Hablamos del tema. Empieza a verlo como una especie de aventura. Como un viaje. Aborrece los pinchazos porque le privan de esa experiencia, le roban una parte de lo que le queda. No le gusta dormirse por las noches. Me cuenta su pasado. No tiene a nadie más en este mundo. Eso sí que debe ser el mismísimo infierno, no tener a nadie. Dice que ha perdido toda la vida, y que si volviera a nacer no cometería el mismo error.

-Nunca había visto un regalo mejor.

Se encogió de hombros.

-Una hace lo que puede. Le he puesto Demerol, así que dormirá durante unas cuatro horas. Vuelve por aquí, por favor.

Me acompañó hasta la puerta. Al salir, la miré y dije:

-La gente está siempre ofreciendo regalos, para volvértelos a quitar.

-¿No es horrible? -dijo, guiñándome un ojo.

Diecisiete

Cuando entré al *Busted Flush*, el teléfono estaba sonando.

-¿Trav? -dijo Millis-. Dios mío, al menos te he llamado treinta veces. Ha venido a verme un amigo que querría hablar contigo.

-Que se ponga.

-No. Prefiere que vengas.

-¿Quién es?

-Sale a practicar la vela por las mañanas.

-Ah. Bueno, ya voy. Dame una media hora.

Cuando me hizo pasar al interior del dúplex, por las ventanas se veía un mar de un suave color gris y un cielo surcado hacia el este por vetas rosas, el resplandor de la invisible puesta de sol a nuestras espaldas. Todavía no habían encendido las luces. Jornalero se levantó con esfuerzo de un sillón bajo para darme la mano. Parecía haber perdido su aire de confianza en sí mismo y de autoridad. Hablaba con una voz más suave. Millis sirvió unas copas y encendió una lámpara pequeña situada en la mesa que separaba nuestros sillones. Estos formaban entre sí ángulos rectos. La luz se reflejó en el hielo de la copa de Jornalero cuando se la llevó a los labios. Millis se hallaba a mi izquierda, sentada a lo yogui en la penumbra, sobre una mesita cuadrada recubierta de cerámica. Me dio la impresión de que aquella debía ser la postura que adoptaba en los tiempos en que la mantenía Jornalero, y él llevaba gente al apartamento que le había alquilado para tratar de negocios con la mayor seguridad.

-¿Era eso lo que esperaba que ocurriera? -me preguntó.

-Ignoraba lo que iba a ocurrir.

-Un disparate -dijo-. Locura. Odio. He perdido amigos muy estimados. Amigos de muchos años. He tenido que alejar a mi esposa, por si acaso. Ya no tiene ningún sentido. Ojo por ojo. En eso ha quedado. Tú has matado a mi amigo, yo mato al tuyo; tú me matas, mi hermano te mata a ti. ¿Sabía que iba a ser así, McGee, cuando me contó lo de Ruffino?

-Yo no. Pero Browder se lo imaginaba.

-¿Quién es Browder?

-Un agente infiltrado del Departamento Antidroga. Esperaba y deseaba que ocurriese lo que ha ocurrido. Está muerto.

-¿Cómo puede alguien desear una cosa así? Padres e hijos. Maridos.

-Él decía que si se mueve el árbol, cae la fruta madura. Me explicó que contra usted las autoridades no podían hacer nada, señor Jornalero. Que probablemente le procesarían por violar las leyes que regulan el movimiento de divisa extranjera, pero que difícilmente llegarían a condenarle.

-Entonces, ¿fue él quien le habló de mis actividades en Colombia?

-Exactamente.

-Me picaba la curiosidad. De aquello hace mucho tiempo. Lo abandoné por completo. Ahora soy un hombre de negocios dentro de la ley.

-Pero blanquea el dinero.

No contestó de inmediato. Parecía estar contemplando las últimas vetas rosadas que se desvanecían a lo lejos.

-A veces llega en cajas de cartón -dijo por fin-. Treinta o cuarenta por vez. En cajas de supermercado. De jabón Lux. De trigo en polvo. De zumo de pomelo. Sellados con cinta adhesiva plateada. En billetes de cinco, de diez, de veinte, de cincuenta, de cien. Simplemente los echan dentro, cierran el paquete y ni siquiera saben cuánto hay dentro. Se fían de mí. Gozo de completa confianza. Trabajan para mí dos chicas que no hacen otra cosa que clasificarlo, contarlo y ponerles una faja. Durante una temporada no tendrán mucho que hacer. Pero no será mucho tiempo. Luego volverá a fluir. Tiene que ir a alguna parte. Tiene que ir a lugar seguro.

-¿El tres por ciento? -pregunté.

-El tres a unos, el cuatro a otros -respondió, suspirando. Se volvió hacia mí y cambió de tono-. Anoche, mis estúpidos compatriotas aumentaron el número de víctimas con Tom Beccali.

-¿Quiénes?

-Un importante hombre de negocios. Igual que yo. Igual que Ruffino. Les dije que ya había bastante. Que dieran el asunto por concluido. Que se olvidaran. Pero les parecía que la balanza no estaba equilibrada. Durante un tiempo nadie lo echará en falta. Viajaba mucho. Está en el fondo del océano. La policía no lo sabe, los periodistas no lo saben, pero ellos sí lo saben. Y yo soy la contrapartida lógica a ese crimen. Millis dice que tengo que pedirle permiso a usted.

-¿Para qué?

-Quiere quedarse en esta casa durante unos días, quizá más.

-Eso no es cosa mía. Has de decidirlo tú.

-Es el único sitio que se me ha ocurrido -dijo él.

-¿Y por qué necesita mi permiso? -le pregunté a Millis.

-Arturo no ha usado la palabra adecuada -respondió-. Quería decir más bien tu consejo. ¿Te parece buena idea?

-¿Quién sabe que ha venido aquí? -le pregunté a Jornalero. -Nadie fuera de esta habitación. Aparte de los dos hombres de la entrada.

-Pero, ¿hay alguien enterado de que usted y Millis fueron amigos?

-Sí. Bastante gente.

-Pero aquí hay un buen servicio de seguridad -intervino ella-. Yo puedo decir que estoy sola. Él no se dejará ver. ¿Tú que crees, Travis?

-Es cosa tuya. Pero, ¿los hombres de abajo saben cómo se llama?

-Les he dado otro nombre.

-Fórtex -dijo ella, agitándose nerviosamente-. Menudo sobresalto me he llevado.

-Señor McGee -dijo inclinándose hacia mí, y dejando el vaso sobre la mesa-, aunque hubiera sabido lo que iba a ocurrir, habría pasado su información sobre Ruffi. Al principio hubo algunas dudas. Pero todo quedó aclarado después de que su amigo Dermon fuese... interrogado. Se desplazaron hasta los Cayos en un hidroavión que Ruffi le había pedido a un amigo. Los dos subieron a bordo del barco. El hombre que había ido a hacer la compra escondió el dinero y la mercancía y pretendió negociar un trato más favorable. Le ataron y le interrogaron. Dermon se encargó de impedir que las mujeres se marcharan. En cuanto encontraron el dinero y el cargamento, violaron a las mujeres. Fue Ruffi quien las mató a las dos. Dermon asfixió al hombre, metiéndole el dinero en la boca. El tío de la chica peruana ya conoce la historia completa. Quería hablar con usted para decirle que a usted ya no quiere matarle nadie.

-¿Y qué se sabe de Ruffi?

-Lo encontrarán. Tarde o temprano. Hay una recompensa. Una generosa recompensa. Por eso hay mucho interés en cogerle. Es un conejo en el bosque con diez mil lobos.

-Nada de lo que ocurra resucitará a Billy Ingraham -dije.

-Ni a muchos otros -añadió Jornalero.

-Pero Billy era inocente; no participaba en el juego -le contesté.

-A diario mueren personas inocentes y personas culpables. Una bala perdida en una guerra cualquiera. Una confusión en una frontera. Amigo mío, si la inocencia nos guardara del peligro, todos seríamos santos.

-No me cabe duda que a Billy le serviría de gran consuelo oír eso, Jornalero, sobre todo de boca de un hombre que se ha hecho rico gracias al negocio más sucio del mundo, de un hijo de puta refinado y bien vestido que ha llegado a convencerse de que no hace nada malo. Usted simplemente posibilita que todo lo demás ocurra, haciéndolo lucrativo.

-¡Trav! -me cortó Millis bruscamente.

-Básicamente contribuyo a mejorar el mundo -dijo Arturo-. Esa faceta es un favor insignificante a unos viejos amigos.

- Ya -dije, sonriendo-. Alguien tiene que hacerla. ¿No es eso? Ahora su pellejo también está en peligro, Artie. Ojalá le encuentren.

-¡Será posible! -exclamó Millis-. ¿Quién eres tú para hablar así? Por lo que Billy me contó de ti...

-Yo no te había dicho que fuera perfecto. Que lo paséis bien.

Cuando me hallaba de nuevo a bordo de mi refugio, bebiendo junto a una lámpara baja, con las canciones de Edye y los Tres Panchos de fondo, lamenté mis ridículos comentarios de despedida. Me había valido del pobre Arturo para escurrir el bulto, y ahora me volvía contra él. En alguna parte hay ingenieros inteligentes y bien preparados trabajando obsesivamente en crear nuevas armas cada vez más mortíferas -rayos láser para cegar ejércitos, cabezas nucleares múltiples, llamas que se pegan a la piel e imposibles de extinguir, ondas térmicas que abrasen a los tripulantes dentro de los tanques. y de pronto pliegan los planos, desconectan el ordenador, se toman un trago con sus compañeros y vuelven a casa a reencontrarse con su mujer y sus hijos. Alguien tiene que hacerla. ¿No es eso?

La noche, ginebra y música -el escenario ideal para ir arrancando las finas capas de incoherencia adheridas y profundizar hasta el yo esencial. Me había descomedido ante Jornalero a causa del malestar que me producía percibir la relación entre él y Millis. Un afecto residual, producto de varios años compartidos. Y detrás de eso, naturalmente, se escondía insatisfacción conmigo mismo por haber deseado acostarme con ella. La primera vez lo había propiciado Millis. Pero a partir de ese momento había actuado de propia voluntad. El despliegue de habilidades había sido considerable; los orgasmos, dignos de mención; el placer, intenso. Y, sin embargo, no había traspasado ni un milímetro la brillante superficie de aquellos oblicuos ojos verdes. Pese a que nuestros actos habían provocado una amplia gama de sonidos, desde pequeños chillidos hasta profundos gemidos, ella seguía sin parecerme más real que esas muñecas hinchables que los marinos japoneses llevan en los barcos para las travesías largas, guardadas en maletines debajo de las literas hasta que se presenta la ocasión de utilizarlas. Ya las hacen con microprocesadores, con motorcitos, con baterías de larga duración y con voz. Gente lista.

Y así, mientras Edye le canta a su corazón, arranqué otra capa. Había deseado la relación curiosamente impersonal con Millis porque no quería contraer nuevas deudas u obligaciones emocionales. Eludía todo compromiso mínimamente significativo. Quería a Millis a modo de receptáculo.

En ese punto, me serví otro Boodles con hielo, cambié la cinta, y fui a por la siguiente capa. ¿Por qué me negaba a comprometerme emocionalmente? Porque ya no quedaba nada en el inventario. Nada que ofrecer. Ya había jurado demasiadas veces amor eterno a demasiadas mujeres. Había agotado las existencias. Estaba en quiebra.

Al quitar la siguiente capa descubrí que esa quiebra era lo que agriaba mi imagen del mundo. Y eso me llevaba a la preocupación y la advertencia de Willy Nucci.

Pero, por amor de Dios, no es posible ponerse de pronto a brincar y a dar palmas, diciendo: «¡Oh, qué maravilloso es el mundo!» La alegría y el malhumor no pueden controlarse a voluntad. Los colores grises de una vida gris no se iluminan de repente porque a uno se le ocurra que estaría bien que así fuese. Y por lo demás, ¿qué podía yo esperar de la vida? ¿Mi propia decadencia? ¿Verme convertido gradualmente en un viejo amargado y hosco, demasiado testarudo para reconocer su propia soledad? Tiempo atrás había sido incapaz de comprometerme plenamente cuando debería haberlo hecho. Y después, cuando sí quise comprometerme, la inoportunidad fue trágica. Pero, como bien había observado Jornalero, ocurren percances tanto a los inocentes como a los culpables, independientemente de sus deseos o sus merecimientos.

La respuesta, sin duda, se hallaría bajo la siguiente capa. Así que la arranqué y allí... ¡no estaba! Sólo un agujero en el centro, protegido por todas las capas plegadas de las falsas ilusiones. McGee, el vaso vacío. El orificio, en otros tiempos, había estado repleto de sustancia y de sueños. De promesas. Ahora sólo quedaba un poco de polvo en el fondo. Y unas cuantas telarañas colgaban de sus paredes. Para echarse a llorar, para golpearse en el pecho y mesarse los cabellos. No tenía a mano ninguna respuesta sutil, nada ingenioso que decir. Físicamente me encontraba en un estado diez mil veces mejor que Willy Nucci. Pero en cuestión de moral, me sacaba ventaja.

De manera que abandoné el incierto placer de la introspección y el autoanálisis, y me puse a pensar en Rufino Marinno Segundo. Un listillo. Vanidoso. Tramposo. Violento. ¿En qué estaría pensando Ruffi en ese preciso momento? Cabía suponer que tenía sentido común suficiente como para estar muerto de miedo. Habían penetrado en la fortaleza de su padre y le habían cortado el grueso cuello en la cama mientras dormía. Se había despertado, medio muerto, incapaz de hacer ningún ruido, capaz sólo de agitarse un poco pero no lo suficiente como para despertar a su mujer.

Probablemente estaba asimismo enterado de que Bobby Dermon también había muerto. Para huir y esconderse hay que estar asustado. Para huir y esconderse, además, hay que tener dinero. Mucho dinero. Supongamos que consiguió proveerse antes de salir corriendo.

Bien, por otra parte, aunque no sabía actuar, seguramente se consideraba un actor. Y la vanidad debía moverle a pensar que reconocerían su cara en cualquier parte. Saqué la fotografía publicitaria y la examiné. Quitamos la mayor parte del lustroso pelo negro, con un corte de pelo estilo militar. Lo teñimos de rubio. Teñimos también las cejas. Rellenamos las chupadas mejillas con algodón sobre las encías. Unas gafas con montura dorada. Un carné de identidad nuevo, con un nombre nórdico, una dirección falsa, una historia fácil de memorizar. Para rastrear a un persona han de conocerse sus hábitos, sus gustos. Tarde o temprano afloran a la superficie. Es imposible que un hombre deje de ser él mismo y se convierta en otro. Cuando no se persigue a un hombre con excesiva insistencia, el fugitivo puede permanecer oculto sin problema. En el país abundan los hombres con identidades nuevas.

Me convencí de que creermelo por un instante capaz de encontrarle era ridículo romanticismo. Pero también estaba seguro de que Marino no poseía la capacidad de disciplina y control necesaria para desaparecer y permanecer fuera de la circulación. No resistiría perderse en el anonimato. Demasiado ego. Demasiada impaciencia y temeridad.

Me sobresalté al oír el ruido de unos pasos sobre el felpudo de la pequeña plancha situada en la popa. Al ver que no llamaban a la puerta, saqué la pequeña Airweight de su sitio provisional en el respaldo del canapé amarillo, metida entre los muelles y los cojines debajo de una invisible rasgadura en la tela, y me dirigí a la puerta, quedándome a un lado. Al pulsar el interruptor de las luces exteriores y asomarme con cuidado, no vi nada.

Tras escuchar y esperar durante cinco minutos, fui hasta la proa, levanté la escotilla unos centímetros y agucé el oído. La abrí completamente, me encaramé a la cubierta y permanecí agazapado en la penumbra. Nada. Nada en las galerías laterales, nada en la cubierta superior. Nada en la popa ni en la proa.

Volví a meterme por la escotilla de la proa, la cerré desde abajo y regresé al alojamiento principal para encender las luces de la aleta de popa. Entonces pensé que acaso alguien me hubiera dejado una nota.

No era exactamente una nota. Eran otros tres gatos hechos de bastoncillos limpiapipas, colocados en fila sobre el extremo de la plancha. Uno negro, uno blanco y uno gris. Si se trataba de una broma infantil, no le veía la gracia. Ya tenía cinco. De nuevo percibí un suave tirón de la memoria. Era como intentar recordar el nombre de un lugar que uno ha visitado hace mucho tiempo. Lo único que me constaba era que si llegaba a acordarme, no sería un recuerdo alegre. Aquel lugar no me había gustado.

Los cogí e hice ademán de tirarlos al cubo de la basura, pero cambié de idea y me los llevé al interior del barco. Cerré la puerta, encendí la luz y puse los gatos con los anteriores visitantes

-los dos de colores- sobre un estante con reborde, situado cerca de la cama. Los coloqué por orden de entrega. El rojo poco después de Año Nuevo, el azul una semana más tarde. Y ahora, el día trece, el negro, el gris y el blanco, por ese orden. ¿Habría algún código? R-A-N-G-B. Alguien intentaba decirme algo, pero el mensaje no estaba claro. Gato, gatito, felino, miau, minino. Nada de eso me traía nada a la memoria, excepto a una mujer que había conocido tiempo atrás, y que había muerto hacía mucho.

El último día de enero fue cálido y agradable, con una brisa del suroeste de esas que hacen gritar de satisfacción a los turistas de tierras frías cuando desciende del avión. Fui al hotel y compré un diario matutino para acompañar el frugal desayuno a base de zumo y café. No decía nada de Tom Beccali. Los asesinatos aludidos parecían dentro de la normalidad. Un haitiano había ahogado a su hermana minusválida en una bañera. Un borracho había perdido el sentido en el camino de entrada a su casa y su esposa lo había atropellado con un Ford familiar -siete u ocho veces. Una aprendiz de secretaria desnuda le había clavado un piolet a su supervisor. Un loco había entrado al galope en una terminal de autobuses, disparando al azar contra los negros presentes con una pistola calibre 22 de tiro al blanco; había matado a uno, y producido heridas leves a cuatro. Una niña de trece años había matado a tiros a un niño de catorce en una discusión sobre a quién le tocaba subir en una bicicleta. Nada fuera de lo corriente -el tipo de cosas con que uno se encuentra en todos los diarios urbanos del país. Personajes secundarios de la obra haciendo lo posible para tener que arrepentirse de por vida. Gente peleándose, intentando dar sentido a las partes discordantes de sus vidas.

Me acerqué al *Veblen* a ver a Meyer, pero estaba cerrado y él no se hallaba a bordo. Había recogido las hamacas de cubierta, así que probablemente pasaría un tiempo fuera. Y ni siquiera me había comentado que se iba. Pero, claro, últimamente tampoco yo le contaba a donde iba. Al diablo con él. Y al diablo con toda la gente de todos los barcos de la dársena y de cada una de las dársenas y los muelles en cincuenta kilómetros a la redonda.

Cuando volví al barco, había un hombre en la cubierta. Me miró por encima de la barandilla de popa y me sonrió alegremente.

-Bienvenido a bordo -dijo.

Estaba muy moreno; y tenía la cara afilada, los ojos azules y los dientes amarillentos. Lucía una camisa blanca abierta hasta el ombligo a fin de exhibir una buena porción del tipo de músculos que sólo se consiguen levantando pesas. De su cuello colgaban tres finas cadenas de oro. Tenía las orejas muy tiesas, como las de Mortimer Snerd. Llevaba un pantalón corto azul y unas zapatillas deportivas. De su hombro pendía un bolso marrón con una larga correa. Tenía el pelo claro, cortado a cepillo, y unas pobladas patillas que le llegaban más abajo de las orejas. Supuse que eran para disimular las orejas, pero en cambio las realzaban. Al subir ala cubierta y mirarle de cerca, tuve ocasión de observar el volumen que las pesas habían proporcionado a los músculos de sus brazos y sus piernas. Venía a medir uno setenta y cinco, un metro setenta y cinco muy sólido.

-Y usted...

-Déjeme que le eche un vistazo. Tengo interés en usted.

-Muy amable. Hoy no tengo nada que comprar. ¿Qué vende? ¿Un curso de culturismo?

Siguió sonriendo.

-Muy bueno el chiste. Me gusta cuidar el cuerpo. Trátalo bien y el te tratará bien a ti. ¿Dónde podemos hablar?

-Aquí mismo.

-McGee, pongámonos un poco a cubierto. Aunque sea allí donde está el timón. Imagínese que me disparan y en vez de a mí le dan a usted, después de todo lo que le ha pasado.

-¿Quién es usted?

-El Capataz, amigo. -y al pasar junto a mí en dirección al timón, me dio una palmada en el brazo. Se acomodó en el asiento del piloto, dejándome a mí el del copiloto. Hizo girar la silla hacia mí.

-¿Fue usted quien me envió a aquellos tres bufones?

-Oiga, Rick, Louie y Dean no son nada del otro mundo, pero hacen bastante bien su trabajo. En serio, bastante bien. Dejó usted a Sullivan hecho una pena. El médico dice que fue un impacto en rotación, y que las piernas estaban girando cuando usted le atropelló. Lo único que han podido hacerle es inmovilizar las articulaciones de las dos rodillas. El pobre va a tener que andar toda su vida como uno de esos muñecos eléctricos, ¿entiende?

-Como un robot.

-Exacto.

-Se cruzó en mi camino.

-Si ve que se le acerca un robot, agáchese. Lo tiene tan atravesado que no sería raro que lo intentara. Por Dean Maran no tiene que preocuparse. Se lo cargaron durante la refriega.

-¿A qué ha venido?

-Si he de serle sincero -dijo, con su imperturbable sonrisa-, ya no me quedan muchos sitios adonde ir. Muchas cosas se han acabado para siempre. Browder era un infiltrado. No tardé en imaginármelo. Pero las informaciones que pasaba eran inofensivas. Simplemente hubo que cambiar un poco las rutas, dar algún rodeo. Se pierde un poco de lo que llega, y se pierde un poco en transbordos. Pero así son las cosas. Para los que estamos abajo, no ha tenido mucha importancia. Pero los jefes se han puesto como locos. Todos han desaparecido de la circulación, y no hay manera de hacerles hablar, se lo callan todo; no hay quien los entienda. No sé cuál es el problema. ¿Qué más da que Ruffi, el actor, matara a esa Reyes? A lo mejor es que llevan ganando mucho dinero desde hace mucho tiempo. O hace ya demasiado que las cosas van sobre ruedas. Esto ya parecía cosa de judíos y palestinos. De repente todo el mundo odia a todo el mundo. Mi jefe termina achicharrado en el maletero de un coche. A mí me encargan que quite de en medio al jefe de los que mataron a mi jefe, y así lo hice. Y ahora han empezado a fijarse en los que estamos más abajo en la lista. Si me quedo, rodará mi cabeza. Me avisaron anteayer. ¿Qué pasa? ¿Hay algo raro en el ambiente o qué? No puedo ni acercarme al banco a vaciar mi caja de seguridad. Sólo tengo lo que llevo encima, poco más de cuarenta dólares. ¡Hay que ver! Cappy, el que todo lo hacía bien. ¿Quién iba a decirlo?

-¿A qué ha venido? ¿Qué quiere de mí?

Pareció no oír la pregunta.

-Lo más grave ya ha pasado. Los políticos y los de las constructoras estaban que echaban chispas. El turismo ya ha bajado, y de pronto vuelve a llenarse todo el país de fotos de cadáveres. La cosa tiene que perjudicar. Así que se hace presión para que se detenga, pero no se detiene. Desde luego ya no se hablará tanto del tema, pero seguirá pasando durante un buen tiempo. Los platos de la balanza han de equilibrarse. Cuando eso pase la máquina del dinero empezará a funcionar de nuevo a toda marcha, y se pagarán las deudas y la mercancía llegará y se desembarcará, y los dólares se convertirán en pesos y se enviarán al sur. La coca base llegará en barco y se transformará en polvo en los garajes de las afueras, y correrá el dinero. -Se giró y me miró a los ojos-. Y necesito veinte mil dólares. Creo que en seis meses las cosas volverán a su cauce. He encontrado un sitio donde pasar una temporada. Cuando vuelva y pueda llegar a mi caja, le devolveré treinta.

-Yo no tengo tanto dinero.

-A mí me parece que sí lo tiene.

-Y caso que lo tenga, ¿por qué iba a dárselo?

-Sería un préstamo, ya se lo he dicho.

-Ni hablar.

-No me diga que es insobornable. Mire, a modo de extra, pondré a Ruffi en sus manos. Puede vendérselo a los latinos. A mí no me es posible acercarme a ellos para hacer un trato sin salir mal parado yo también.

-¿Y yo cómo podría ponerme en contacto con ellos?

-Le daría un nombre. Puede sacarle mucho partido al negocio. Invierte veinte mil y se lleva mis treinta más lo que le den por él.

-¿Y quién me asegura que Ruffi estará donde usted me diga? ¿Y cómo sé que usted realmente volverá?

-McGee, si va por el mundo buscando garantías, no llegará a ninguna parte.

-¿Dónde está Ruffi?

-Dinero en mano, y se lo digo.

-La mitad del dinero ahora, y la otra cuando le vea personalmente. Lo meditó durante los diez lentos segundos de una cuenta atrás y luego dijo:

-Muy bien.

Dieciocho

Me había propuesto devolver el Buick de alquiler después del desayuno. Pero Cappy me dijo que se negaba a montar en mi ridícula camioneta Rolls. Dean ya le había hablado de ella. Le parecía demasiado llamativa. Se sacó unas gafas de sol de cristales muy oscuros del bolso y se las puso. Luego me preguntó si podía dejarle un sombrero. Había perdido el suyo la noche anterior, corriendo por un callejón. Le encontré un viejo gorro de pesca tipo Sherlock Holmes. Se lo caló bien hondo.

-Abróchese la camisa -dije- y quítese las joyas.

-Yo nunca me ab... Ah, sí claro. Es difícil no cometer estupideces.

Una vez lo hube metido en el coche, le dije que me había olvidado la llave de mi caja de seguridad. Me constaba que se quedaría dentro. Se ponía muy nervioso cuando estaba al aire libre. Cogí los diez mil en billetes de cien, los dividí en dos montones y me los metí en los dos bolsillos de las patas del pantalón, justo por debajo de las rodillas.

Fuimos a la sucursal bancaria de las proximidades del puerto, donde tengo un caja de seguridad. Dejé el coche en el aparcamiento y a Cappy en él, y después de que una muchacha me ayudara a abrir la puertecita, me llevé la caja a una de las reducidas cabinas. Sólo uso la caja para guardar unas pocas cosas que no me gustaría que se quemaran o se hundieran en el mar. Las fotografías de mi padre, mi madre y mi hermano, fallecidos hace ya mucho tiempo. La partida de nacimiento. La cartilla militar. Unos recortes de periódico de mi fugaz y prodigiosa carrera deportiva como alero hasta que me rompieron las rodillas. Varias condecoraciones del ejército concedidas al sargento McGee. Un retrato de la sonriente Gretel Howard, otro de Puss Killian, algunas cartas -muy pocas-, una copia de mi testamento que, según Meyer, no debía guardar en una caja. Tomé el sobre marrón que contenía el testamento y, tras vaciarlo, metí en él los diez mil, un fajo de apenas tres centímetros de grosor.

Cuando regresé al automóvil, Cappy parecía dormido, con una mano sobre los ojos, pero en cuanto abrí la portezuela de mi lado, la oscura boca de una pistola automática asomó por encima de su muslo, apuntándome. En seguida desapareció, y él se enderezó y dijo:

-Perdone, amigo. Creía que había visto a alguien. ¿Lo tiene?

-Guarde la pistola.

-Cómo no.

-Aquí está. Cuéntelo.

Lo sostuvo por debajo del tablero de mandos, por debajo de sus rodillas. Extrajo dos billetes al azar, se inclinó hacia delante y los examinó con sumo detenimiento. Suspiró, sonrió, volvió a meter el dinero en el sobre y lo introdujo en el bolsillo posterior de su bolso marrón de cuero.

-¿Le queda aún mucho más en la caja?

-Millones -dije-. Incalculables millones. -Nunca he guardado dinero en la caja. El dinero es para gastado. De una manera u otra, siempre es posible reemplazado.

-Mi problema ha sido que guardarlo demasiado dinero en la caja y no suficiente a mano. Pero ¿quién iba a pensarse que las cosas se liarían tanto que acabaría yo mismo en una lista negra?

-¿Adónde vamos?

-Lo que tenemos que hacer es ir a verle. Usted, no yo. Para que se convenza de que es él. Hay que hacerlo sin asustarle, o se escapará, Dios sabe adónde. No va a ser fácil. Debe tomarse veinte o treinta líneas diarias. Así es como se metió en todo esto. La coca le hace a uno creer que puede hacer cualquier cosa y quedarse tan ancho. Consume suficiente para impedirle razonar, pero no suficiente como para que sea fácil cogerle. Hace años no era muy mal chico. Pero le dieron la luna y las estrellas. El hijo mayor, el favorito.

-¿Adónde vamos?

-Habrà que pensar en algo. No le diré dónde, pero le diré lo que tiene que hacer. Hay una carretera de asfalto con dos carriles que corre junto a un canal. Cerca del canal no hay árboles.

Después encontrará un puente de madera que parece una joroba que cruza el río. El canal debe tener entre cuatro y cinco metros de ancho, y no sé cómo será de hondo. Al otro lado del puente, a unos diez o doce metros, hay una casa de un solo piso. A un lado hay un cobertizo de aluminio, con espacio suficiente para un coche. Detrás de la casa y a los lados es como una selva. Quizá por detrás haya algún camino. Yo nunca me metí. Por las noches, delante de la casa, se enciende un farol que lo ilumina todo. Tienen luz eléctrica y teléfono.

-¿Cómo se ha enterado de todo eso?

-Estuve allí esperando a un hombre que volvía a casa. Cumplía condena en la cárcel de Raiford; le había caído cadena perpetua y salió a los seis años o poco más. De eso hace un año. No quiero entrar en detalles; vale con que sepa que era el tipo de asunto que debe resolver uno mismo. Así que allí me instalé con la mujer y la hija, esperando. Tardó cuatro días en presentarse en la casa. Ella tenía miedo de que yo no pudiera con el marido. Lo aborrecía. No dejamos ir a la niña al colegio. La cría tenía sus órdenes -en cuanto él llegara, ella se encerraba en su cuarto. La cosa fue rápida y fácil, y la mujer y yo lo arrastramos hacia la parte de atrás por la hierba, el agua y los palmitos, y lo echamos a una charca con cemento encima para que no flotara. Entonces dejamos salir a la cría, y madre e hija se abrazaron y lloraron, pero no lloraban por el padre. Lloraban de alegría.

-¿Y Ruffi está allí ahora?

-La deja ir a comprar mientras él se queda con la niña. Tiene once años.

La mujer no se atreve a hacer nada. El año pasado le deje mi número de teléfono. Es buena mujer. Me llamó desde el supermercado que hay en la carretera a quince kilómetros de la casa para pedirme ayuda. Me dijo que estaba empezando a mirar con malos ojos a la cría. Le contesté que ya intentaría hacer algo, pero lo que no le dije es que en aquel momento mi principal objetivo era marcharme de mi casa antes de que me mataran. Ir era muy arriesgado. Eso fue ayer.

-¿Y cómo sabía esa mujer que es él?

-No lo sabía. Le pedí que me lo describiera. Y ella me lo describió y me dijo que había llegado en un Mercedes blanco descapotable que ahora está en el cobertizo tapado con lonas. Es Ruffi.

-Y entonces, ¿por qué no va a por él y le quita el dinero?

-Primero, porque me consta que apenas pudo llevarse nada. Y lo poco que llevaba tuvo que gastárselo en sobornos para poder huir. Y segundo, no sé si podría con él. Es difícil predecir cuál va a ser su siguiente disparate. Y, además, Ruffi es rápido y astuto. Y fue él quien me envió allí el año pasado, así que se conocía el terreno.

-¿Y por qué no llama por teléfono y vende la información?

-Los que quieren a Ruffi no compran información a los muertos. Yo estoy en la lista, o sea que estoy muerto. También hay otros en la lista, corriendo como conejos, o escondidos en algún sitio.

-¿Por qué ha recurrido a mí?

-¡Válgame Dios, McGeel Casualmente me enteré de que usted le contó a Art Jornalero que Ruffi había estado en los Cayos rebanando cuellos, y de que ese fue el principio de la tormenta. Había oído decir que usted le buscaba. ¿Para qué? No tengo ni idea. A lo mejor ha matado a algún amigo suyo. Y la gente que vive en barcos, con el alquiler que se paga en sitios como el muelle 66 de Bahía Mar, en fin, que por fuerza tenía usted dinero. Y sabía dónde encontrarle de cuando me dijeron que debía tener un accidente.

-¿De qué tipo?

-Iba a encargarse Dean. Él tenía que buscar la manera.

-¿Cómo se llama la mujer?

-Irina Casak. y la niña, Angie. El buzón está en la carretera, junto al puente. Y pone Casak con pintura roja.

-¿Por qué nombre le conoce a usted?

-Buena pregunta. A lo mejor la paliza que les dio a mis hombres no fue sólo cuestión de suerte. Me conoce por Ben Smith.

-¿Qué coche tiene?

-El año pasado era un Volkswagen amarillo, bastante destartado. Puede que todavía tenga el mismo. No lo sé. ¿Conoce de vista a Ruffi?

-De una foto publicitaria. Las pestañas no se me olvidarán.

-Bueno, ¿y ahora qué, McGee? Le llevo hasta allí y pensamos en alguna forma de vede sin asustarle, no vaya a largarse. Se queda usted satisfecho, volvemos, me presta los otros diez mil y yo le digo a quien puede venderle la información. Tendrá que encargarse usted de tomar medidas para que no le dejen colgado a la hora de pagar. Si la jugada le sale bien, será un negocio redondo.

Así que fuimos a echar un vistazo. Nos llevó una hora y cuarenta minutos llegar hasta allí, en dirección sur primero y luego hacia el oeste. Una carretera solitaria en el límite de las Glades. Desigual asfalto atravesando en línea recta tierras pantanosas entre montículos boscosos, donde los pájaros blancos se posaban en árboles desnudos pensando en cosas de pájaros blancos.

Me avisó cuando tenía que empezar a reducir la marcha. Pasamos ante el puente y el buzón a la escasa velocidad de treinta y cinco kilómetros por hora. Vi un Volkswagen amarillo a medio meter en el cobertizo situado a la izquierda de la casa. Ésta era gris y tenía los marcos y las molduras verdes. Vi de pasada una mecedora rota en el bajo porche, un somier en el patio lateral, y un columpio hecho con un neumático.

-El mismo coche que antes, aparcado delante del de Ruffi -dijo Cappy. Tres kilómetros más adelante encontré un desvío a la derecha. El deteriorado firme, tras quince metros, se sumergía en el agua. Doblé allí y paré el motor. Bajé el cristal de la ventanilla y el zumbido de diez mil millones de mosquitos me anunció que hacía un día cálido y agradable.

-No podemos arriesgarnos a pasar más de una vez -dije-. No sabía que no había ningún vecino. ¿Quién podría tener alguna razón para detenerse allí?

-El cartero, el que lee los contadores. Oiga, quizá lo más sencillo sea que acepte mi palabra e informe de que está ahí.

La propuesta me resultó tentadora por un momento. La ruinosa casa en aquel paraje pantanoso tenía un aspecto presagioso. Pero no quería entregar a Ruffi a quienes pensaban liquidarle en el acto. Deseaba entregárselo a la policía, por pura satisfacción personal. Quería deshacer el nudo que me apretaba la garganta. Quería que Ruffi intentase, en vano, conservar su ego y su vanidad en la cárcel.

Yendo, a unos quince kilómetros de la casa, habíamos pasado ante un supermercado y una plaza con tenderetes, a la entrada de un pueblo. Así que, en cuanto supe que Cappy recordaba el número de Irina Casak, retrocedimos hasta allí.

En la plaza había unos almacenes K-Mart. Mientras meditaba en el interior del coche, Cappy empezó a impacientarse conmigo.

-¿Qué pasa?

-Estoy pensando. ¿Tiene televisión en la casa?

-Una RCA vieja y pequeña. En blanco y negro.

Cuando le conté el plan, no le gustó en lo más mínimo. A la segunda vez, le pareció un poco mejor. Y la tercera vez que se lo expliqué, introdujo pequeñas modificaciones. Después de cruzar el puente, daría media vuelta y aparcaría en dirección hacia la carretera, y dejaría las llaves puestas en el contacto. Antes de llamarla por teléfono, me aseguró que en la casa no había aparato supletorio.

-¿Sí? -dijo, con voz baja y vacilante.

-Irina, le habla un amigo de Ben Smith. Deseo ayudarle. ¿Está ahí ese hombre?

-Sí.

-¿Puede oírla?

-Creo que no.

-Dígale que ha encargado un televisor en color en K-Mart, y que acaba de llegar y se lo entregarán dentro de una hora.

-Pero yo...

-Lo encargó hace dos meses. Se lo llevaré yo.

-¿Qué pasa ahí? -dijo a lo lejos una voz masculina.

-El K-Mart va a mandarme el televisor en color nuevo -dijo ella, volviéndose hacia el hombre.

- Diles que no lo quieres.

-Pero si ya lo tenía pedido...

Se puso él al aparato.

-Ha cambiado de idea.

-Ya está pagado, señor Casak. Yo soy el jefe del departamento de televisores y electrónica aquí en K-Mart y he de pasar cerca de su casa por un asunto personal, y he pensado que mataría dos pájaros de un tiro si se lo llevo yo mismo en vez de hacer venir a la señora Casak a buscarlo. Es nuestro mejor modelo de televisor de mesa, y los recambios y las reparaciones están en garantía durante seis meses. La recepción es óptima incluso en zonas alejadas de núcleos urbanos como esa en la que ustedes viven.

-Bueno... está bien. Tráigalo. Déjelo en la entrada.

Había contado con que el aburrimiento influyese en su decisión. Estaba acostumbrado a un mundo más amplio. Ignoraba sus planes, pero suponía que su intención era permanecer allí hasta que la persecución llegase a un punto muerto, y después salir como una exhalación en su cochecito blanco.

Cappy tuvo que devolverme parte del dinero par comprar el televisor, 439 dólares más impuestos ó 460.95 con impuestos incluidos. El dependiente me entregó un recibo de caja y un resguardo para presentarlo en la sección de Servicio al Cliente cerca de la zona de descarga. Cappy dijo amargamente que estábamos tirando el dinero, porque no iba a poder entrar en la casa.

De regreso, encontré un lugar en la carretera donde hacer un alto. La enorme caja de cartón se hallaba en el maletero del Buick. Un par de centímetros más y el maletero no se habría cerrado. Abrí la caja y saqué el televisor, después lo despojé de la funda de plástico transparente. Metí la pequeña y plana pistola automática, calibre 32, de Cappy en la bolsa de plástico de manera que quedase cerca de mi mano derecha cuando fuese a sacar el televisor de la caja, con la pantalla mirando hacia delante. A Cappy, esa parte tampoco le hacía ni pizca de gracia. Me había cerciorado de que el cargador estaba completo y el seguro retirado. Había disparado una vez en el bosque para familiarizarme con ella. Hacía un ruido sordo y desapacible, como a cascado. Me dijo que la tenía como arma de recambio, y que, con las prisas, era lo único que había podido llevarse. A él tampoco le gustaba. Comentó que era checa y estaba mal hecha.

Reempredí la marcha, con Cappy echado en el suelo de la parte posterior del coche. Atravesé ruidosamente el puente de tablas, di la vuelta en el patio y aparqué con las ruedas delanteras a unos centímetros del puente. Salí, silbando, me dirigí al maletero, y lo abrí. Silbar es desarmar. No puede hacerse con la boca seca. Tuve que exprimirme el interior de las mejillas a fin de conseguir saliva suficiente para silbar.

Levanté la caja y la llevé al porche. La dejé ante la puerta y llamé con los nudillos. Volví a llamar repetidas veces.

-¡Señora Casak! ¿Señora Casak? -grité, mientras aporreaba la puerta.

-¡Lárguesel -gritó Ruffino Marino hijo.

-Tiene que firmar la nota de entrega.

-¡Fírmela usted mismo, imbécil!

-Yo no puedo. Ha de firmarlo la señora Casak.

La puerta se abrió lo justo para permitida salir.

-Sólo tiene que firmar aquí , -le dije alegremente, apoyando los recibos en la caja de cartón y entregándole un bolígrafo. Me guardé el recibo en el bolsillo, me incliné y saqué el televisor, envuelto en su funda de plástico, de la caja-. ¿Le importaría coger el manual y la garantía, señora Casak? Están en la caja. Gracias. Ahora nos aseguraremos de que el aparato no es defectuoso. En el almacén no lo hemos comprobado. Es preferible comprobarlo en el domicilio del cliente. Abra, por favor.

Estaba aterrorizada. Temblaba. Pero giro el pomo y empujó la puerta. Yo entré el televisor. Vi de refilón a Ruffi en la puerta de la cocina.

-¡Pedazo de estúpida! -gritó al tiempo que se escondía. Sólo percibí que iba despeinado y que una azulada sombra de barba le cubría la cara. Hasta ese instante no tuve la certeza de que Cappy no estuviera intentando alguna especie de enrevesado timo.

No le presté atención. Le pedí a la mujer que quitara el viejo televisor en blanco y negro de la mesa sobre la que estaba. Coloqué el nuevo televisor en el suelo, metí las manos en la bolsa de plástico y levanté el aparato, sosteniendo contra la base del televisor la pistola automática. Puse el televisor tan arrimado al borde delantero de la mesita que me fue posible apartar de debajo la pistola y dejarla detrás del aparato en los cinco centímetros escasos de mesa que quedaban libres.

Al tiempo que parloteaba alegremente sobre las virtudes del televisor, lo enchufé, desconecté las antenas del televisor en blanco y negro y se las puse al nuevo. Cuando la encendí, obtuve una nítida imagen en el Canal 5, y de inmediato manipulé uno de los mandos accesorios de la parte posterior hasta que la imagen empezó a saltar lentamente. Y entonces, claro está, me mostré preocupadísimo.

-No me explico por qué pasa esto, señora Casak. Lo siento mucho. No lo entiendo.

Ella estaba de pie junto a mí, respirando por la boca, casi jadeando de pura inquietud. Tenía el aliento agrio. Era una mujer de tez pálida, con la nariz chata y ancha, y una ojeras tan marcadas que me recordaba a un mapache. El vestido de algodón, empapado en sudor, revelaba un cuerpo maduro y solícito, de pecho abundante. Contraía el rostro en una mueca de temor. Apretaba los puños.

De manera que no podía contar con que ella desempeñara su papel conforme al guión original. Volví a trastear los mandos hasta conseguir de nuevo la calidad de imagen inicial. Aparté de mí a la mujer y grité:

-¡Señor Casak! ¡Eh, señor Casak! ¿Quiere venir a ver si el color está a su gusto, por favor? ¡Señor Casak!

Sabía que le había visto en la puerta de la cocina. Y debía suponer que de haberle reconocido, probablemente no estaría llamándole a gritos.

Entró a la sala de estar, y miró la pantalla.

-Está muy bien, imbécil. ¡Lárguese ya de una vez!

-Aún se podría ajustar un poco más por aquí detrás -dije- para que los colores no quedasen tan vivos.

Cuando mi mano derecha se acercaba a la culata de la pistola, percibí un movimiento por el rabillo del ojo y comprendí antes de girarme que Ruffi estaba demasiado cerca.

Diecinueve

Cuando me giré, él ya estaba alerta, y descargó en mi muñeca un golpe seco y potente con su antebrazo izquierdo. Antes de que pudiera rehacerme, se echó hacia atrás y me dio un puntapié en el codo derecho. Una corriente eléctrica me sacudió el brazo desde el hombro hasta las yemas de los dedos, dejándome sin fuerza e insensible. La pistola cayó al suelo y se deslizó sobre la raída alfombra de pelo. Cuando se abalanzó hacia ella, inclinándose para cogerla, di una zancada y le asesté una patada en el estómago, levantándolo claramente del suelo.

El golpe, en vez de apaciguarle, lo galvanizó. Comenzó a brincar alrededor como una enorme pelota de goma, emitiendo sonidos inarticulados. Me hallaba en una habitación pequeña con un lunático. En los hospitales y las comisarías se requieren seis personas para dominar a un loco. Seis personas adiestradas a tal efecto. Se lanzó sobre mí y me empujó contra la pared. Me golpeó en el lado izquierdo de la cabeza y me vine abajo, arrastrando conmigo una alta vitrina. Cuando se dio la vuelta para ir a por la pistola, salté hacia delante y le agarré de un tobillo, aferrándome al pie y girando con él. Se desplomó y, volviéndose, me golpeó en la cabeza con el pie libre hasta zafarse de mí. Entonces vi de refilón que Irina sostenía la pistola con las dos manos.

La insté a que la arrojara por la ventana. Eran ventanas corredizas, la hoja inferior estaba levantada. Cuando él iba a alcanzarla, ella se dio la vuelta y tiró la pistola, enviándola más allá del porche, hasta el patio.

Bramando, volvió hacia mí, lanzando puñetazos. Conseguí alzar el brazo dormido. Paré los golpes con los antebrazos, protegiéndome la cabeza. Eran como pedradas. Cuando se dio cuenta de lo que ocurría, golpeó de frente por entre los brazos, alcanzándome en la mandíbula y en la boca. Se me doblaron las rodillas y un sinfín de cohetes blancos despegaron detrás de mis ojos. Retrocedí torpemente y sólo la pared impidió que me desplomara. Arremetí contra ella tan violentamente que se sacudió toda la casa. Cuando se me empezaba a aclarar la cabeza, le vi acometer de nuevo, y en esta ocasión se lanzó por el aire con los pies por delante, en una especie de golpe de tijera. Sin despegarme de la pared, me deslicé hacia un lado, y con el brazo izquierdo, todavía en buen funcionamiento, le enganché por el talón del pie menos elevado y tiré hacia arriba con toda mi fuerza. Lo primero que golpeó el suelo fue la parte posterior de la cabeza. Giró lentamente sobre sus manos y rodillas, sacudiendo la cabeza. Volví a lanzarle un puntapié. Cayó de espaldas, rodó, y cuando hizo ademán de levantarse, le golpeé fuertemente en diagonal con el borde de la mano debajo de la oreja. Se escurrió hacia el suelo con la mirada perdida. Y después empezó de nuevo a levantarse, a cámara lenta. Semejaba un monstruo mítico indestructible, parpadeando pesadamente, como un lagarto.

Cuando me disponía a golpearle otra vez, Cappy me apartó de un empujón y, tomando impulso, le asestó a Ruffi un golpe en la sien con la plana culata de la pistola automática. Sonó un desapacible crujido, y Ruffi se desplomó con tal violencia que le rebotó la cabeza. Se oyó un grito cercano y una muchacha regordeta entró corriendo y se hincó de rodillas junto a él. Era carigorda; tenía el cabello lacio y castaño, y unos pechos minúsculos y separados que se dibujaban bajo su ajustada camiseta; iba maquillada con rímel y carmín; y llevaba pantalones cortos de color blanco.

-¡Lo habéis matado! -gritó, entre sollozos-. ¡Lo habéis matado, cerdos!

-Cállate Angie -le dijo su madre con voz cansada.

-No te le acerques mucho -le dije a Cappy-. Se hará el muerto.

-Al menos durante un rato, no lo creo.

-¿Tiene algo para atarlo, señora Casak?

Me llevó a la cocina y abrió un cajón bajo y espacioso. En el interior había un revoltijo de cordel, cinta adhesiva, cuerda, cadenas, destornilladores. Mientras escogía unos trozos de cuerda, reparé en dos tubitos de *Miracle Glue*, todavía en su caja precintada que sólo los gorilas pueden abrir. Sería más rápido y sencillo.

Me llevé el Miracle Glue a la sala de estar. Arranqué con los dientes el tapón de uno de los tubos y repartí el contenido a partes iguales por las palmas de sus dos manos flácidas. Luego le levanté la camisa, le crucé los brazos y le apreté las manos contra los lados del torso, contra la piel sin pelo de encima mismo de la cintura. Las froté un poco por la zona, y luego las apreté con fuerza contra el cuerpo. Al cabo de unos instantes, cuando las solté, permanecieron en el sitio. El segundo tubo lo empleé en la cara interna de uno de sus muslos, después de subirle las paras del pantalón corto, extendiendo el pegamento desde encima de la rodilla hasta medio muslo. Junté los dos muslos con fuerza y en un momento quedaron enganchados.

Tosió, sacudió la cabeza de un lado a otro y, por fin, abrió los ojos. Al notar que no podía mover las manos ni la parte superior de las piernas, frunció el entrecejo y susurró:

-¿Qué pasa?

-Miracle Glue tiene cien usos en el hogar -le dije.

-¿Qué hay, Ruf? -dijo Cappy.

Volvió la cabeza y vio a Cappy.

-¿Te llevas una buena recompensa, animal?

-¡Apartaos de él! ¡Apartaos! -dijo una voz infantil desde la otra puerta, que probablemente daba a los dormitorios. La voz vibraba. Llevaba una pistola Ruger de tiro al blanco, calibre 22, cañón largo.

-¡Así me gusta! -dijo Ruffi-. Esa es mi chica. Dispara, encanto. Mátales a todos y nos iremos juntos y te enseñaré el mundo entero. Empieza por el más grande.,

Cappy se arrodilló y metió la boca del cañón de su pistola en la oreja de Ruffi. Sonrió a la niña.

-Más te vale que empieces por mí, rica. Aunque probablemente mi dedo se contraerá, y la bala saldrá directamente por la otra oreja.

Irina se acercó despacio a su hija, diciéndole con voz monótona:

-Dispárale a mamá, cariño. Vamos, Angie. Dispárale a mamá.

La niña se puso a llorar.

-Pero yo le quiero, y él me quiere a mí.

Irina alargó el brazo y le quitó la pistola de las manos a la niña.

-No te quiere, cielo. No puede querer a una cría tonta y gorda de once años. Lo único por lo que él siente aprecio es eso que se le levanta por delante. Me lo metió a mí una docena de veces a cambio de la promesa de dejarte en paz. Pero al final se cansó de mí. Entonces empezó a meterla a ti. Se la metería a un caimán si se estuviese quieto. Y sé lo que voy a hacer para que nadie más tenga que aguantarle.

Me entregó la pistola y, mientras lo hacía, se hallaba de espaldas a Ruffi. Me guiñó un ojo, contrayendo todo el lado izquierdo de la cara. Hay gente que no sabe mover sólo el párpado. Tiene que ser media cara. Comprendí que quería que la dejáramos hacer. Fue a la cocina a buscar unas enormes tijeras de carne. Estaban un tanto oxidadas, pero parecían aptas para cortar la piel y el hueso de un pollo.

Se arrodilló junto a él, le bajó la cremallera del pantalón corto, metió la mano y se la sacó.

-¡Mamá! -gritó la niña-. ¡No, mamá, no!

Ruffi alzó la cabeza y miró hacia abajo.

-No, Irina, por favor.

Levantó las rodillas, intentando retroceder. Ella le siguió, arrastrándose de lado sobre las rodillas, hasta que él topó con la pared y no pudo avanzar más. Estaba operado de fimosis, y tenía el glande tan exangüe a causa del miedo que parecía espliego. Ella abrió las tijeras y colocó el peine entre las hojas.

El gimio, con el rostro contraído y pálido como la ceniza.

-De ésta te vas a acordar, Ruffi o Ruf o como quiera que te llames. Durante el resto de tu vida, cada vez que se te pase por la cabeza metérsela a alguien, te vendrá a la memoria el contacto frío del acero y no se te levantará.

Cerró un poco las tijeras a modo de énfasis, volvió a metérsela en los pantalones y subió la cremallera. Ella se levantó con esfuerzo. Ruffi estaba temblando, con los ojos empañados.

Cappy había guardado la pistola, probablemente en su bolso de hombro.

Se acercó a Irina y la rodeó con el brazo.

-Gracias -le dijo ella en voz baja-. Gracias por volverme a ayudar.

-Vamos a entregarlo a los peruanos -le dijo él, dándole unas palmadas en la espalda-. No te molestará más.

-Cappy -dijo Ruffi con voz ronca-, te puedo ofrecer un buen trato. Más de lo que te darán por mí. Sé dónde puedes conseguir cien mil dólares. Yo no puedo acercarme, pero tú sí. Saldrás más beneficiado.

-¿Hay alguna razón para seguir oyendo estas gilipolleces? -me dijo Cappy.

-Ninguna.

Cappy cogió los dos tubos de pegamento, desechó uno, se agachó junto a Ruffi, le apoyó una mano en la frente para inmovilizarlo y extendió las últimas gotas de pegamento por sus labios. Tiró el tubo, y le unió los labios, sonriéndome. La faena le quedó muy bien acabada. Dejó a Ruffi con el morro hacia afuera, como si fuera a besar o a silbar. Ruffi tenía las cejas levantadas y las mejillas hundidas en su afán por despegar los labios.

-Un sitio agradable y silencioso éste -comentó Cappy.

-Mmmm que mmm mm -dijo Ruffi.

-Quiero echar un vistazo -dijo Cappy. Fue hacia la parte posterior de la casa. La televisión seguía puesta, el volumen al mínimo. Una mujer con aspecto de fulana cara insultaba, aparentemente, a un individuo con pinta de peluquero. Los dos iban muy vestidos y estaban en un dormitorio que bien podría haber sido el del difunto Sha del Irán. Debía ser uno de los seriales de la tarde, y me noté el estómago vacío por no haber comido todavía. Me rechinaba la mandíbula. Tenía moraduras en los brazos. Me dolía la cabeza.

-¿Qué hacemos con el televisor? -me preguntó Irina.

-Disfrútelo.

Subió el volumen. La madre y la hija se aproximaron al aparato, mirando y escuchando. Cappy volvió de detrás de la casa con un macuto oscuro de cuero y una jarra con un tapón de rosca.

-Esta ropa me vendrá a medida, y aquí tenemos unos trescientos gramos de polvo de primera calidad.

-¡Déjame un poco! -gritó Angie-. Déjame un poco.

La madre se puso en pie y Angie ni vio acercarse la palma de su mano. La bofetada le dio en plena cara, la hizo girar, y se cayó al suelo a cuatro patas. Angie se levantó en seguida y, be-rreando, se marchó a su dormitorio, encerrándose con un portazo.

-¿Presentaría la niña declaración en un juicio?

-¿Serviría de algo?

-Creo que sí. El año pasado asesinó a un par de chicas en un barco. Las violó y luego a una la degolló y a la otra le rompió la cabeza. Dudo mucho que por eso lleguen a condenarle. El único testigo está muerto. Pero por esto sí podrían encerrarle.

-¿Bajo qué acusación?

-Estupro. Corrupción moral de una menor.

La mujer asintió.

-Declarará. ¡Por Dios que declarará! Ayer hizo una semana que vino. Tuve que llamar al colegio y decir que estaba enferma. Se plantó aquí como si fuera el dueño de la casa.

Cappy vino de fuera.

-McGee, me parece que no voy a volver con usted a por los otros diez mil. Con el mismo interés, habré de devolverle quince. No, un momento. Hace un rato me ha pedido quinientos, así que le corresponderán... catorce mil doscientos cincuenta.

-¿Qué va a hacer?

-Ese genio que hay ahí con los labios pegados tenía guardados los documentos de ese Mercedes de ahí afuera en el bolsillo de la portezuela. Parece que está todo en regla. Aparte llevaba cuatro mil dólares encima, y en media hora soy capaz de hacer su firma mejor que él mismo. Y tengo un contacto en la estatal 19, un poco al norte de Clearwater. En diez minutos pueden darme treinta como mínimo. Y si volviera con usted, sería un riesgo más. De aquí me marchó hacia el oeste. ¿Por qué no te vienes conmigo, Irina, y dejas plantada a esa idiota de hija que tienes?

Cogió el macuto, me saludó con la cabeza y dijo:

-Ya nos veremos.

-Un momento. Se olvida una cosa.

Chasqueó los dedos. Los tres salimos. Me apartó de Irina y dijo:

-Lo que ha de hacer es ir al quiosco del hotel Contessa, en la playa, y buscar a una empleada que se llama Alice. Lleva unas gafas partidas muy pequeñas. Dígale que quiere ver a López. Le contestará que no conoce a ningún López. Y usted entonces le dice que le envía el Capataz. Espere hasta que no haya ningún turista cerca. ¿Entendido? Pida cincuenta. ¡Qué carajo! Ya nos veremos. Sabe usted hacer las cosas, McGee.

Levantó la capota del Mercedes. Aparté el Buick del camino. Pisó el acelerador varias veces, después lo puso en movimiento y cruzó ruidosamente el encurvado puente de madera, giró en dirección oeste, se despidió con la mano, y pronto no fue más que un zumbido invisible en la distancia.

Irina y yo volvimos a entrar en la casa. Ruffino había conseguido incorporarse, recostándose contra la pared, sus ojos oscuros observándonos con rabia por encima de su boca cerrada. Irina se acercó a los restos de la caída vitrina y recogió una jarrita, entera, de entre los añicos de otros tesoros. La puso sobre el televisor nuevo.

Le pedí permiso para utilizar el teléfono y consulté el número del sheriff del condado. Hacía ya muchos años. Me pregunté si Wes seguiría en su puesto. Muchos abandonan. El cargo más alto es político, y las presiones se propagan hacia abajo en la jerarquía. Cuando la telefonista contestó, le pregunté si el subjefe Wesley Davenport trabajaba todavía en el departamento. -Sí, caballero, el capitán Davenport está hoy aquí de servicio. ¿Es una llamada privada?

-Sí -mentí. Me dio otro número al que llamar.

-Capitán Davenport -dijo.

-Wes; soy McGee. Travis McGee.

-¿Has vuelto a matar a alguien, muchacho?

-Esta vez he conseguido contenerme.

-Eso fortalece la personalidad. ¿Qué querías?

-La última vez que hablamos, tus hijas gemelas aún eran muy pequeñas. ¿Qué edad tienen ahora? ¿Y cómo están?

-Bien, son buenas chicas. Ya tienen once años.

-¿Sabes dónde vive la familia Casak?

-Me suena el nombre. Espera. Sí, claro. Hugo Casak, robo a mano armada. Lo soltaron y lleva fuera un año aproximadamente. Pero no se ha presentado a ninguno de los controles. O sea que ahora está acusado de violación de la libertad condicional. Vive en una casa aislada, en una carretera cortada de la zona pantanosa. Sí. Podría encontrar la casa. ¿Y eso a qué viene?

-Te estoy llamando desde la casa. Querría que actuaras de un modo un poco especial.

-Por los viejos tiempos, supongo.

-Por cierto, te felicito por el nombramiento de capitán.

-Bueno, muchas gracias. ¿Qué ha pasado ahí?

-Tengo a uno de los fulanos que andan escondidos huyendo de los fuegos artificiales de Miami.

-Según se dice, por allí se han vuelto todos locos.

-Pues sí, desde luego. Éste es muy adicto a la coca. Y ahora mismo está delante mío, mirándome. De camino aquí, haz un alto para comprar una botella de disolvente.

-¿De qué?

-Lo tengo pegado con Miracle Glue. La boca, las manos y las piernas. Aunque ahora que pienso, quizá sería mejor de otra manera. Tiene movilidad en las piernas de rodilla para abajo, así que podemos llevarlo andando al coche, y cuando lo hayas metido en una celda, lo despegas. Es fuerte y ágil. Pesa unos veinticinco kilos menos que yo y casi me ha podido. Pega patadas.

-Muy bien. ¿Y por qué voy a detenerlo?

-Cuando llegó aquí, sólo estaban la señora Casak y Angie, una hija suya de once años. Lleva aquí una semana y ya ha enganchado a la cría en la coca y la ha enseñado a sacarle gusto a la jodienda.

El silencio se prolongó durante tanto tiempo que al final dije:

-¿Wes?

-Sí, de acuerdo. Sólo estaba pensando. -De pronto su voz sonaba grave y cansada-. ¿Hay testigos dispuestos a declarar?

-Garantizados, Wes.

-Pero debe haber algo más, ¿no? Conociéndote.

-¿Recuerdas los asesinatos con violación de octubre pasado a bordo del *Lazidays* más allá del cayo Big Torch?

-Claro que me acuerdo.

-Lo hicieron entre dos. Éste es uno de ellos. El otro está enterrado en los cimientos de un bloque nuevo de apartamentos. Nadie ha de saber nunca que éste que tengo aquí fue uno de los que intervino. Nunca.

-¿Y eso?

-Wes, quiero que lo detengas como John Doe. Quizá esté fichado. Envía una clasificación falsa. Cualquier cosa. Además, es muy aficionado a la publicidad. Le encanta ver su foto en los diarios.

-¿Hablarán la cría y su madre? Porque si lo cuentan, yo no podré hacer nada a ese respecto.

-No dirán ni una palabra. No dejará ir a la niña al colegio durante una temporada.

Miré a Irina y asintió con un gesto.

-Muy bien, entonces, McGee. Te prometo que haré lo posible por enterrar a ese hijo de puta. Pero primero he de hacer unas comprobaciones. ¿Seguirás ahí?

-No me moveré.

Cuando Wes llegó, me sentía mucho mejor tras haberme comido dos emparedados enormes de huevo frito que me preparó la señora Casak y haberme tomado un litro de leche.

Wes y yo nos estrechamos las manos, inspeccionándonos mutuamente. Había aumentado de peso y había perdido pelo. Él me dijo que me veía más delgado y con menos pelo.

Había traído una botella de disolvente. Se agachó pesadamente junto a Ruffino y le frotó sin ninguna delicadeza los labios con un trapo que la señora Casak le había dejado.

Cuando Ruffi se quedó sin aliento, Wes se volvió hacia mí, con una afectada expresión de sorpresa, y dijo:

-¿Has oído eso? ¿Habías visto alguna vez una boca más sucia? ¡Hay que ver! Hace poco hemos encerrado a una banda de levantadores de pesas. Son maricas motorizados de Houston,

con tatuajes de mariposas y flores. Creo que a este John Doe lo meteré con ellos. Les encantarán sus largas pestañas.

Entonces se encerró a solas con Angie un buen rato. Salió con cara de pocos amigos. Cuando hubimos metido a Ruffino en el asiento trasero del sedán oficial, me llevó a un lado del coche y dijo:

-Conozco a un ayudante del fiscal que puede ocuparse de esto sin correr la voz. Seguramente lo condenarán. Lo encerrarán por corrupción de menores en una cárcel del estado, y no durará ni un año. Muchos de los que están allí cumpliendo condena también tienen hijas. Todavía debe haber algo más que no me has contado. ¿Me equivoco?

-Wes, voy a decirle dónde está a la gente que lo busca.

-Oye, no quiero que algún chiflado vaya a cargárselo a uno de nuestros establecimientos.

-No es ése su estilo.

-Ese nombre que gritaba, ¿es el suyo verdadero?

-Excepto en las películas. Mejor dicho en su única y pésima película. En esos círculos se lo conoce como Mark Hardin. Es la versión de Florida de Rocky uno, dos, tres, cuatro, cinco y los que vengan.

-Les contaré a los levantadores de pesas que es un astro del cine.

-¿En serio lo vas a meter con ellos?

Me miró con semblante inexpresivo.

-¿Qué alternativa le ha dejado él a la cría que hay ahí dentro? ¿Qué alternativa les dejó a las chicas del barco? McGee, siempre te comportas de maravilla hasta cierto punto, y a partir de ahí te dejas arrastrar por el sentimentalismo.

Veinte

El viernes, primer día de febrero, me levanté tan tarde que decidí que Miami Beach podía esperar un día más. Mi rodilla más endeble me flaqueaba constantemente. El codo me atormentaba. En los brazos y los hombros tenía enormes cardenales oscuros. No recordaba cómo me había hecho el doloroso chichón en la parte posterior de la cabeza.

Aquella no era una mañana muy apropiada para tomar una ducha. Me sumergí lentamente en la inmensa bañera, centímetro a centímetro, con el agua tan caliente como podía resistirla. Permanecí allí en remojo un buen rato, y después de secarme con la toalla más grande que había en el barco, me tomé un par de aspirinas y revolví en la caja de las vendas hasta encontrar la que se ajustaba mejor a la rodilla; en el codo me puse una venda elástica.

Miré qué tal estaba el día y observé que había vuelto el frío, así que me puse una camisa de lana azul celeste, unos anchos pantalones de dril, calcetines de lana y unas zapatillas deportivas azules. Me miré en el espejo y dije en voz alta: «Dime la verdad, viejo amigo. ¿Estoy ya demasiado viejo para este tipo de porquerías juveniles? ¿Me he quedado ya un poco desfasado comprándome prendas de baja calidad?»

La capacidad de engañarse a sí mismo es uno de los aspectos esenciales de la vida. Me dije que las contusiones y moraduras no eran fruto de un físico en decadencia, sino más bien el resultado de un lapsus mental. Había subvalorado a Marino. Y de esa manera le había concedido una ventaja que no merecía. Me pregunté si habría pasado una noche tranquila.

Cuando salí a la popa, encontré otro gato hecho de bastones limpiapipas mirándome desde la plancha. Con súbita e inesperada rabia, lo pisé. Pero luego suspiré y me agaché a recogerlo, lo arreglé un poco, y me lo llevé al interior para ponerlo en formación sobre el estante, detrás de los otros que le habían antecedido.

Fui al hotel solo y pedí de desayuno el *USA Today*, un zumo de naranja natural doble, tres huevos revueltos con queso y cebolla, bacon crujiente, patatas fritas caseras, tostadas de pan integral y dos tazas de café. Con el ejercicio, mejoró mi codo derecho.

Cuando volví a bordo de mi hogar, subí a la cubierta, encontrándome el séptimo gato, en esta ocasión de color morado, sobre el tablero de mandos, mirando hacia mí. Me senté en el asiento del piloto, con el viento frío cortándome la cara, y contemplé el ridículo artefacto. Alguien se estaba complicando la existencia para gastarme una broma. Si aquello era un mensaje, el remitente se había olvidado de incluir el código. Tal vez en alguna otra parte del mundo existía un McGee al que los gatos hechos de bastones limpiapipas le resultaban comprensibles, encantadores y divertidos.

El sábado por la mañana, cuando a las nueve de la mañana fui a coger la camionera azul para dirigirme a Miami, me encontré otro gato de bastones limpiapipas en el parabrisas, enganchado por una para entre el cristal y la varilla de forma que quedaba mirando hacia mí. Lo dejé en el cenicero.

En el Contessa rondé por las inmediaciones del quiosco hasta que la chica se vio libre de clientes. Llevaba unas gafas partidas; iba sin maquillar, y tenía el pelo de un color castaño grisáceo.

-¿Caballero?

-Quiero hablar con López.

-¿López? No conozco a ningún López.

-¿No se llama Alice?

-Sí. Sí me llamo Alice.

-El Capataz me ha dicho que le pregunte a usted por López. Cambió la expresión de su mirada.

-Un momento, por favor.

-Atendió a otro cliente que acababa de entrar, y le cobró el precio de un bolero para las carreras de caballos. Luego volvió a acercarse a mí-. Vaya al bar de la piscina y espere allí.

-¿Cuánto tiempo?

-Usted espere. Yo no sé nada más.

Después de una hora volví al quiosco y me envió de nuevo a la piscina, diciéndome que siguiera esperando. Ya pasaba de mediodía cuando se me acercó un hombre y se sentó a mi lado. Suspiró al encaramarse al taburete acolchado. Era bajo y gordo, y daba la impresión de que padeciera un enfisema. Cada inhalación terminaba en un leve estertor gutural. Vestía un traje a lo Palm Beach, con un sombrero blanco de paja. Su nariz y sus mejillas presentaban un color amoratado, producto de la rotura de vasos capilares.

-Amigo, sepa que no hay ninguna posibilidad. Le digo de buen comienzo que no aceptamos ningún trato con Cappy.

-Me parece que eso él ya lo sabe.

-Lo que le conviene hacer es marcharse de la ciudad.

-Eso es lo que ha hecho.

-Tendría que quedarse durante un año más o menos en algún sitio, sin dejarse ver por aquí, y luego tantear el terreno. Meter la punta del dedo gordo en el agua.

-Eso es lo que se propone.

Después de un reflexivo silencio giró la cabeza sobre su grueso cuello y me miró con aire de perplejidad.

-Y entonces, ¿para qué carajo ha venido?

-Cappy, antes de irse, me dijo que quizá usted estaría dispuesto a hacer una oferta por Ruffi hijo.

-¡Chist! -dijo-. Por Dios, cierre la boca.

-Eché un vistazo en torno-. Vamos a aquella mesa de allí al fondo.

La mesa, blanca, de hierro, con la superficie de cristal y rodeada por cuatro sillas también de hierro estaba a la sombra de unas plantas altas y de hojas anchas, gomeros, un joven plátano. A pesar de la temperatura, la gente de la piscina no tenía frío y parecía contenta. Los empleados cubanos de la piscina habían desplegado los toldos contra el viento. Los ejecutivos, con su moreno recién adquirido, desfilaban por los alrededores con un aire inconfundible. Siempre se los distingue. Han de esconder el vientre. Para hacerla como es debido han de tensar los músculos y cuadrar los hombros. Con lo cual han de separar los brazos del cuerpo, doblándolos un poco. No pueden mecer los brazos de un modo natural al andar, y por eso caminan siempre despacio. Si fueran pavos, llevarían las plumas de la cola extendidas. Las muchachas miran detrás de ellos, entre ellos, pero nunca les ven. Un mundo triste.

López dejó el vaso sobre la mesa, se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo sucio.

-En el caso de Cappy, desde luego, todo el mundo sabe que trabajaba por encargo. Así que cuando se calme la situación, puede volver aquí a vivir y a dejar vivir. Pero Marino hijo, se oponía a todo. No tenía la más mínima clase. ¿Usted quién es?

-McGee.

Ladeó la cabeza.

-¿No será aquel al que querían ajustarle las cuentas por lo de la tal Reyes?

-El mismo. Sí.

-¿Y fue el que averiguó que había sido Ruffi?

-No lo averigüé yo, pero yo pasé la información.

-Y empezó un pelea que le ha costado la vida a unos cuantos buenos hombres.

-En vez de quedarme de brazos cruzados y dejarles que me mataran igual que mataron a un amigo mío inocente, Billy Ingraham.

-Lo de Ingraham fue una chapuza.

-Y todos ustedes son buena gente, hombres de negocios temerosos de Dios y observantes de la ley.

-Nadie le ha pedido que se haga el listo, McGee.

-Ya lo sé. Ya lo sé. Sólo quiero venderles a Ruffi.

-¿Vivo o muerto?

-Vivo.

-¿Dónde?

-En un sitio donde se pasará una buena temporada. Por cien mil.

-¿Por ese don nadie?

-Por ese don nadie.

-No puedo ofrecerle semejante cantidad de dinero aunque supiera con toda seguridad que usted lo tiene.

-Semejante cantidad de dinero no llenaría ni media caja de copos de maíz de las que le llegan a Art Jornalero.

Meneó lentamente la cabeza.

-Se entera usted de todo, eh.

-Quizá vaya a Lima y se lo venda a los peruanos.

-Si lo hace, ellos no se prestarán a ningún intercambio que sea seguro para usted.

-¿Cuál es su oferta?

-Sinceramente, creo que debería estar más cerca de cincuenta que de cien mil.

-Los apuros que he pasado con todo esto valen cien mil.

-No sé qué decirle. Haré lo que esté en mis manos.

-¿Cómo quiere que se lleve a cabo el intercambio?

-Si concretamos una cantidad que nos satisfaga a las dos partes, buscaremos un tercero que merezca nuestra confianza y la suya.

-¿Como quién?

Discutimos varios nombres antes de ponernos de acuerdo. El elegido fue Hillary Muldoon de Muldoon y Grimes, abogados laboristas. El lunes, día cuatro, la cantidad acordada fue de sesenta mil dólares. El martes por la tarde, día cinco, López y yo nos citamos con Muldoon, un hombre calvo, estrecho y cargado de espaldas, con un ojo que miraba hacia la izquierda. Se contó el dinero. Me opuse a tener que correr yo con los honorarios del abogado. Lo discutimos. Pagaría la mitad de los honorarios, siempre y cuando se me concediera el dinero de la recompensa. Cincuenta y siete mil netos.

Así que abrí el sobre que Wes me había enviado y les entregué las fotos de cara y de perfil y la fotocopia del informe de detención, incluyendo las acusaciones.

-Hillary -dijo López, una vez hubieron examinado el material-, esto no me gusta nada. Está en alguna celducha inmundada. No lo tiene McGee, lo tiene la policía.

-Hágase cargo, López -dijo el abogado- de que yo no sé para qué lo quieren ustedes, pero me consta que está detenido en espera de juicio y, por tanto, puede salir en libertad bajo fianza. Podría salir bajo la custodia de quien se prestase a pagar la fianza. Yo diría que, en efecto, el señor McGee ha cumplido su parte del trato. Así que se le adeudan cincuenta y siete mil dólares al señor McGee.

Nos dimos la mano, me marché con el dinero y me dirigí a toda prisa a la estafeta de correos más próxima para enviármelo a mí mismo por correo certificado.

Al llegar a casa, cuando ya anochecía, me encontré un gato naranja en el felpudo de la plancha. Y así, con un plan no del todo definido, hice los preparativos para acostarme, apagué las luces, me puse un pantalón y un jersey de cuello cisne negros, salí sigilosamente por la escotilla de proa, me arrastré por el lateral de la cubierta y me aposté en la oscuridad, apoyado contra un mamparo y tapado con una manta azul marino. A un metro y medio, veía el felpudo iluminado por la

luz del muelle. No conseguí nada, aparte de pasarme casi toda la noche en vela. Ningún gato. Ningún intruso.

Al mediodía me telefoneó Millis, y me habló con voz remota, sin vida.

-¿Travis? Arturo ha muerto.

-¿Qué ha pasado?

-No lo sé. Esta mañana temprano he subido a trabajar al jardín, porque el frío había matado a muchas plantas. Al ver que no se despertaba he ido a su habitación. Y estaba muerto. Puede que haya sido el corazón. No lo sé. Aquí no ha entrado nadie. No lo ha matado nadie. Estaba tan deprimido. ¿Sabías que tenía sesenta y ocho años? Estaba muy orgulloso de aparentar mucha menos edad.

-¿Está todavía ahí?

-No, no. Llamé a unos conocidos, y al final enviaron una ambulancia y se lo llevaron como si estuviera enfermo. Con una máscara en la cara, de oxígeno o no sé qué, para que no pareciera que estaba muerto. Toda la gente que me rodea se está muriendo, Travis. Es horroroso. Me han dicho que he hecho lo que debía hacer. Me mantendrán al margen del asunto. Roger Carp me ha evitado todas las complicaciones por la otra muerte. Tendría que haber declarado, sabes. Pero la acusación decía que había sido asesinado a manos de persona o personas desconocidas y se enviaron las actas del jurado y los informes forenses a Francia.

-Me alegra que te hayas ahorrado las molestias.

-Me estoy aislando de todo, ¿no crees? Ni siquiera he visitado la tumba de Billy.

-¿Y te parece necesario?

-No lo sé. Aquello de lo que hablamos, sigue en pie. Si tú quieres. Aunque ya no sería en el mismo barco. Podemos buscar uno que nos guste.

Si tú quieres.

-Se te ve muy entusiasmada.

-No te burles de mí. Hoy no estoy de humor. Seguiré aquí un par de semanas. Llámame. Independientemente de lo que tú decidas, yo me marcho.

Colgó antes de que me despidiera.

Intenté no pensar en Millis en toda la noche. Mi propósito sólo se cumplió a medias. No cogí el teléfono. Sonó dos veces. No deseaba conversar con nadie.

Esa noche, a las nueve y media estaba ya en la cubierta tapado con la manta y con todas las luces de a bordo apagadas. Por el muelle pasaban los dueños de los barcos, un tanto achispados, riéndose de regreso a sus dormitorios flotantes. «...déjale el timón a Marie y en diez minutos embarranca...» «¿Te acuerdas de Charlie? Se encontró tres paquetes flotando delante de Naples y se los subió a bordo. Se la llevó a casa y lo secó toda bien. Y ahora tiene suficiente para tener a todo el club náutico en las nubes hasta el año dos mil.» «...maldita sea, si lo hubiera revisado. Todo un lado de la popa completamente podrido.»

Hasta que alguien les hizo callar con un bocinazo; era la hora de dormir. Tiempo de calma. Y de pronto entreví a la luz de las distantes farolas del muelle una esbelta y ágil figura femenina. La plancha crujió. Había aprendido a no pisar en el felpudo; era el punto más ruidoso. Se arrodilla, con el cabello colgando, se inclina hacia delante, para dejar en un ángulo del felpudo el gato hecho de bastones limpiapipas. Me incorporo. Alargo la mano y agarro la delgada muñeca. Un grito de miedo y consternación. Luego algunos problemas para arrastrarla a bordo. Aparente buena estatura. Toda ella era un remolino de rodillas, codos y puños. Pegaba con la cabeza, con los pies, se revolvía, y en una ocasión incluso estuvo a punto de escaparse, hasta que finalmente la agarré con firmeza por la mano, se la torcí hacia abajo, y empujé hacia mí su codo con el biceps.

-¡Ay! -gritó-. ¡Ay, oh! Me lo va a romper.

-Cállate, o así lo haré.

La hice bajar. Gemía, pero ya se había amansado lo suficiente como para permitirme sacar las llaves, abrir la puerta y llevarla al comedor, encendiendo la luz al entrar. La empujé al centro

del comedor, y se dio la vuelta, mirándome con rabia y frotándose la muñeca. Era una cría entre rubia y pelirroja, con un moreno reciente sobre un bronceado anterior, una cría con un jersey blanco de algodón de cuello cisne remangado y una falda rosa, una de esas faldas con forma de pantalón, seguramente la prenda más fea que las mujeres han usado nunca. Pero si a alguien podía sentarle bien, ella era uno de esos casos. Una chica alta. Ancha de huesos.

-Es un bruto. ¿Lo sabía? ¡Un verdadero bruto!

-Como tú digas -le contesté con visible hastío-. Soy un bruto. ¿A qué viene eso de los gatos?

En respuesta me sonrió de un modo displicente.

-¿Le tenía preocupado, eh?

-Había empezado a molestarme. A confundirme. Eso es todo.

Me miró con cara de asombro.

-¿En serio? ¿No me toma el pelo?

-Oye, cuando alguien invade mi intimidad con gatos hechos de bastones limpiapipas, me gustaría saber a qué se debe. Así de sencillo.

-Por Dios, es usted todavía más obtuso de lo que me imaginaba. ¡Es un animal!

-Muy bien. El animal te pide que tomes asiento y te invita a una Coca-Cola. Y a ver si en vez de aspavientos, te explicas. ¿Qué tomáis hoy en día los jóvenes? Porque a ti te ha trastornado la cabeza.

Vaciló por un instante y luego se sentó en el borde del canapé amarillo.

-Gracias, pero no quiero Coca-Cola. Y yo personalmente no tomo nada. Aparte de un par de cogorzas con vino. Siéntese usted también. ¿Está preparado para las presentaciones?

-Yo soy Travis McGee.

-¡Eso ya lo sabía! ¿Cómo no iba a saberlo? He hecho un estudio sobre su vida y obras, señor McGee. En mi opinión, no hay nada más patético que un holgazán de barco... un holgazán playero... envejeciendo y negándose a afrontar el hecho. Da usted risa, señor McGee. Sus queridos amigos de por aquí son todos unos fracasados o unos inadaptados, y no creo que ninguno de ellos le tenga a usted muy en cuenta. Es un mujeriego, y vive de aventurillas de un tipo u otro. Tiene una camioneta ridícula, y este barco es igual de ridículo, y a nadie le importa si está vivo o muerto.

-Chica, te expresas muy bien y las tareas de reparto se te dan estupendamente.

-¡No me venga con *paternalismos*!

-¿Y qué me dices de los gatos multicolores?

-Me llamo Jean Killian. -Lo dijo en voz muy alta, casi como un grito de guerra.

Y entonces me di cuenta de por qué me recordaba a alguien. Me entraron ganas de llorar. Me levanté y me acerqué a ella. Se puso en pie, y me miró de frente. Con voz ronca y trémula, le pregunté:

-¿Eres su hermana?

Sus ojos claros, en contraste con su piel morena, parecían monedas de plata antiguas, y me miraban a la cara. La vehemencia de sus emociones le obligaba a entornar los ojos. No recordaba otra mirada de tan virulenta intensidad como aquella. Contenía odio. Desprecio. Pero hablaba con dulzura.

-No, pedazo de idiota. Soy la hija de Puss. Y, por desgracia, su hija bastarda, señor McGee. ¡Míreme! Por aquí la gente me pregunta si soy pariente suya. ¿De ése?, contesto. ¡No, por favor!

Realmente nos parecíamos. Los hombros y los brazos largos. La boca proporcionada, la forma de la mandíbula, los pómulos altos, la textura del pelo, hirsuto como el mío y rojo como el de Puss.

-¿Y de ahí... venía lo de los gatos?

-Si tuviera un poco de conciencia, querido padre, lo habría entendido. Puss. Pussycat. Gato. Pero ella no debió significar tanto en su vida como para que ahora fuese capaz de ver la relación. -Volvió a sentarse y se llevó las manos a la cara-. Una idea sin sentido.

-¿Y por qué tendría que remorderme la conciencia por Puss?

-Puede que para hombres como usted ésa sea la conducta normal. Pero a mí me parece un crueldad que si un hombre vive con una mujer, al quedar ella embarazada y caer enferma, la eche de su barco y se busque a otra.

-¿Eso te lo contó Puss?

-Mi madre vivió el tiempo justo para tenerme; murió al día siguiente.

Me ha criado su hermana, mi tía Velma. Fue ella quien me habló de usted y me dijo dónde y de qué vivía. Llevaba tres años planeando esto. Quería hacerle sentirse tan culpable que no le quedase más remedio que suicidarse. Y, sin embargo, ni siquiera sabía lo que querían decir los gatos.

- ¿Qué edad tienes?

-Diecisiete cumpliré en abril. ¿Y eso a qué viene?

Me acerqué la silla del escritorio empotrado, puse un pie en el asiento, apoyé los antebrazos en la rodilla y la observé. Estaba sentada en el borde del canapé, con los puños apretados, e inspeccionándome a su vez, sosteniéndome la mirada, mostrándome su desdén, su odio.

-Tenía la impresión de que a Puss le pasaba algo. Pero no llegué a darme cuenta de que estaba enferma.

-Ni embarazada. Claro. Simplemente no se dio cuenta.

-¿Vas a dejarme que intente aclararte la historia, o vas a limitarte a tirar por tierra todo lo que te diga?

-No tiene nada que decirme.

-¿Quieres que te cuente cómo la conocí?

-No tengo especial interés, señor McGee.

Suspiré.

-Pequeña, yo sólo pretendía...

-¡No me llame pequeña!

-Muy bien. Entonces, Jean. Salí una mañana a correr por la playa. Puss había pisado un erizo cerca de la orilla y salía del agua renqueando y brincando; saltaba a la vista que tenía algún problema. Entonces le saqué las púas y la traje aquí para acabar de curarle el talón. Era... muy divertida.

-Conque muy divertida, ¿eh? Un buen pasatiempo, ¿no?

-Quería decir alegre. El azar había cruzado en mi camino a una pelirroja increíble, convencida de que el mundo estaba loco. Una persona encantadora. Tenía una manera de enfocar las cosas muy peculiar. A algunos les sacaba de quicio. A mí, no.

-No, claro. ¡A usted seguro que no!

-Pequeña. Jean. Estoy hablando de tu madre y tú no llegaste a conocerla. A lo mejor reinteresa saber un poco cómo era.

-¡No por usted!

-Estuvo conmigo unos cuantos meses. Vivió conmigo a bordo de este barco. En aquella época yo me traía un asunto entre manos. Un amigo mío había sido asesinado. Tush Bannon. Cierta gente quería quedarse con sus tierras. Mientras investigaba quién le mató y por qué murieron o resultaron mal heridas otras personas. Puss se portó muy bien con Janine, la viuda de Tush. A veces se... escapaba a algún lugar en su interior, fuera de contacto. Resultaba extraño. Meyer... mi mejor amigo...

-Ya lo sé.

-También lo notó. Hablamos del tema y llegamos a la conclusión de que debía estar relacionado con su divorcio.

-¿Qué divorcio? No se divorció nunca.

-De eso me enteré más tarde.

Se puso en pie.

-¿Qué sentido tiene todo esto? Me mentirá; igual que le mintió a ella. Le mentaría a todo el mundo, ¿eh que sí? La primera vez que le vi pasar junto a mí en la playa me di cuenta de que era mi padre. Y deseé que no lo fuera. No me es posible obligarle a arrepentirse porque no tiene conciencia. Y eso me está dando que pensar sobre mi herencia genética. Lo único que siento es haberme tomado tantas molestias. Ni eso se merece. Es usted tan empalagoso y tan farsante, que me pone enferma. Con ella le dieron resultado sus artimañas, pero conmigo no funcionan.

-El odio es veneno, Jean.

-Pues a mí me sustenta.

-Tengo una carta de despedida de tu madre.

-¿Y qué?

-¿La odias tanto que ni siquiera deseas leerla?

-¡Yo no he dicho que la odiara!

-¿Qué opinión tienes de ella?

-Bueno, supongo que no tenía mucha vista con las personas. ¿Por qué he de decirle qué opinión tengo de ella?

-Me gustaría saber por qué te da miedo leer la carta que me escribió.

-¿Miedo? ¡Tonterías! A veda.

-Es una de las pocas cosas que guardo en la caja de seguridad de un banco.

-Ya.

-El banco está cerrado. Abren mañana a las diez. No quiero que creas que podría intentar engañarte. Yo ni sabía que existieses, así que no es posible que haya falsificado una carta en espera de que aparecieras algún día. -Anoté el nombre y la dirección del banco en un papel-. Nos veremos allí a las diez de la mañana.

-Yo no quiero verle en ninguna parte. Me arriesgué.

-Muy bien. Entonces no te molestes en ir. Yo estaré allí por si cambias de idea. Por si decides que te gustaría saber algo más de tu madre. Pequeña, es mejor que descubras cuál es tu herencia, y no que huyas de ella. Ahora márchate. Mañana puede que crezcas un poco, y en ese caso, hablaremos. Pero ahora, no; en el estado en el que te encuentras, no. Buenas noches.

Sostuve su mirada inexpresiva hasta que se dio la vuelta y se marchó. No había advertido incertidumbre en ella. Tuve la sensación de que la jugada había salido mal e iba a perderla. Salí lentamente y la vi casi al final del muelle, caminando deprisa bajo las luces.

Deseaba contárselo a Meyer, pero aún no. En aquel momento, no. No quería contárselo a nadie en tanto yo mismo no comprendiera muy bien qué me había ocurrido. Vi el gato que había intentado dejar. Lo habíamos chafado durante nuestro pequeño altercado.

Recordé las facciones y la textura de su cara, recordé el timbre de su voz, su manera de moverse -todo con una dulce y atroz claridad. Algún misterioso mecanismo de mi cerebro proyectaba diapositivas en color de todos los momentos más recordados de mi vida. Me parecía estar oyendo el ruido de cada diapositiva al caer. Todos mis recuerdos habían adquirido una forma diferente, de contornos más definidos, de colores más puros. La sensación se asemejaba mucho a la extrañaza que uno siente tras pasar varias semanas internado en un hospital y salir otra vez al mundo, viéndolo todo como si fuera nuevo -un semáforo, un perro marrón, un autobús amarillo. Algo había alterado el mundo, dejándolo completamente limpio.

Me paseé por el comedor y la cubierta durante media noche, pensando en ella, preguntándome si se presentaría en el banco. Tenía la certeza de que iría. Si algo había heredado de Puss y de mí, tenía que ser el sentido de la justicia.

Cuando el intenso vendaval del cambio barre tu vida, devasta estructuras que uno creía perdurables, dejando al descubierto todo aquello que uno consideraba trivialidades enterradas y

olvidadas. El dulce sabor del cuello de Puss Killian. Su voz áspera y ronca al dejar de reírse. Las cosas insignificantes son cosas duraderas.

Veintiuno

El viernes amaneció con una intensa lluvia invernal y viento constante. Me desperté con la convicción de que nunca más volvería a verla. Era medio real y medio imaginaria. Estaba demasiado intranquilo para desayunar nada aparte de café, demasiado crispado para concentrar la atención en las nimias tareas manuales de a bordo. El viento ladeaba y hacia crujir el barco sin cesar.

Al final me vestí de forma apropiada para hacer frente al mal tiempo, con el equipo completo, incluida una capucha de ese color rojo anaranjado propio de los guantes y las banderas que agitan en las obras de las carreteras. Es muy útil cuando alguien se cae por la borda durante una tempestad; se convierte uno en el único punto de color en medio de un gris y agitado mundo líquido.

Salí tan temprano que a las nueve y cuarto ya estaba en el banco, y sabía que si me quedaba allí plantado y esperando, a las diez tendría los nervios de punta. Así que al llegar al banco, pasé de largo y seguí caminando durante veintitrés cronometrados minutos. Casi dos kilómetros. En ese punto me di la vuelta y desanduve el camino. Pero llegué al banco a las diez menos cinco. Si me cobijaba en el porral, no la vería llegar. Así que me quedé bajo la lluvia. Producía un golpeteo tan ensordecedor al azotar el duro plástico de la capucha que no oía el ruido del tráfico. Giraba la cabeza incesantemente, como un espectador de un partido de tenis, porque no sabía en qué dirección vendría.

Las diez. Y cinco. Y diez. Y empecé a pensar que me había salido malla jugada. Quizá hubiera heredado de nosotros una imperdonable obstinación, superior incluso al sentido de la justicia. La lluvia arreciaba. Las gotas rebotaban a gran altura en el asfalto, un fleco de veinte centímetros en una cortina de solitaria lluvia plateada. Podría permanecer allí hasta que escampara y nada cambiaría.

Al cabo de un momento llegó corriendo, con un impermeable transparente sobre un jersey y unos vaqueros, y el cabello recogido en un gorro de baño. Estaba pálida e inexpresiva; sus labios casi habían perdido el color. Entramos y nos quedamos parados a un lado, chorreando agua en la extensa alfombra del banco. Me bajé la capucha y ella se quitó el gorro de baño, sacudiéndose la melena.

-Como ve, le sigo el juego, señor McGee, sea cual sea.

-Empezaba a pensar que no vendrías.

-A punto he estado.

-¿Dónde te alojas?

-¿Y eso qué más da ahora?

-Era simplemente por decir algo.

-No malgaste así sus palabras conmigo.

Nos dirigimos hacia la zona de la cámara acorazada, en donde firmé la tarjeta y le entregué mi llave a la alta auxiliar negra. Abrió la reja y la seguimos por el pasillo hasta donde se hallaba mi caja. La cogí, la llevé a una de las cabinas en donde la gente entraba a cortar sus cupones, y cerré la puerta. Frente al aparador había dos sillas, una lámpara de pantalla verde y unas tijeras colgadas de una cadena.

Antes de abrir la caja, me quité el chaquetón impermeable y me subí las mangas. Le enseñé las manos vacías, y luego destapé la caja. Extraje las cartas, separé la de Puss del pequeño montón y se la entregué. Le pedí que esperara un momento. Saqué otras cosas de la caja y, mostrándoselas, le dije:

-Ésta es una foto de tu abuelo paterno de pie junto a un automóvil hace mucho tiempo. Es un Essex. Ésta es una foto de tu abuela materna sentada en el portal de una casa de campo a orillas de un lago del que nunca has oído hablar. Éste es tu tío, que murió siendo joven. Y ésta es una foto de tu madre.

Había estado fingiendo indiferencia hasta que le enseñé el retrato de Puss. Me la cogió y leyó la dedicatoria en voz alta.

-Con amor de manteca de cacao. -Me miró con expresión interrogativa.

-Bromas nuestras.

-¡Qué guapa era!

-Y ahora, si no te importa, lee la carta en voz alta. Desplégala con cuidado. El papel se ha agrietado por un par de sitios.

-¿Y por qué he de leerla en voz alta?

-Porque tu voz se parece mucho a la de ella.

Se encogió de hombros, la desdobló y empezó a leer.

Cariño mío, en una ocasión dije que te escribiría para aclarártelo todo, y así lo hago, e incluso tengo la extraña sensación de que acaso seas capaz de leer todas las palabras que hay entre las palabras. El nombre era verdadero. En eso te mentí. Pero la ciudad no lo era, y tampoco es Chicago. y no hubo divorcio. Y quiero mucho a Paul y siempre le he querido, y a ti también, pero no tanto. Ese puñetero de Meyer y su puñetera Ley. Búscale a ese feo una chica que le bese, y dile que tenía toda la razón. Ya ves, cariño, unos seis meses antes de que me encontraras en la playa con aquel acerico viviente clavado en la planta del pie, me habían extirpado un monstruito de la cabeza, quizá del tamaño de una nuez inglesa y con tres minúsculas patitas como una araña. Como media araña. Y los hombres de blanco me hurgaron en la cabeza en busca de posibles ramificaciones de la bestezuela, porque resultó ser maligno. Entonces... me recuperé de las confusiones y volví a tener en orden la memoria, y me creció el pelo, y fui a ver a un viejo amigo y le obligué a hablarme claro, y lo hizo porque me conoce desde hace mucho y sabe que no me desmorono fácilmente. En su opinión, tenía a mi favor una probabilidad contra cincuenta. No había ningún tratamiento posible. Simplemente revisiones periódicas, luces brillantes en los ojos, ponerse de pie con los ojos cerrados e intentar tocarse la punta de la nariz con la yema del dedo. Cosas así. Y lápices trazando líneas en pequeños gráficos eléctricos. Lo aceptaba, querido mío, porque en la vida todo es posible y hasta la fecha la había disfrutado mucho. Pero lo que no podía aceptar era el tipo de vida que acompañaba a la espera. Y aunque Paul es un encanto, adolece de ese sentimentalismo tan propio de los alemanes, y vivíamos pendientes a todas horas de la maldita bomba de tiempo. De modo que nuestra vida se convirtió en una especie de ensayo de funeral, y muchos amigos lo sabían, y todo el mundo se esforzaba por mostrarse amable y comprensivo durante la larga fiesta de despedida. Empecé a pensar que si tenía la suerte de superar el mal, se sentirían defraudados. Así que terminé diciéndole a Paul que si aquello era el final de mi vida, estaba resultándome demasiado aburrido y lleno de música de violín, y que yo soy una persona alegre y espontánea a la que no le gusta verse contemplada por gente con lágrimas en los ojos. De manera que cogí los ahorros para los estudios de los niños que nunca tendré, salí de caza y te encontré a ti. ¿Estaba demasiado ansiosa de cama? ¿Demasiado deseosa de llenar cada uno de mis días de tanta vida como cupiera? Cariño, yo pertenezco a la especie de los saltamontes, igual que tú, y, gracias a ti, cada día me olvidaba completamente docenas de veces de pensar en lo que ocurría en el interior de mi cráneo pelirrojo. Alégrate de haber bromeado y retozado con la pelirroja que apareció en el club, buscando esparadrapo. Me encantó. Y también me encantaste tú. ¡Y qué bien lo pasamos juntos! En cierta forma aquello no podía considerarse infidelidad a Paul. Él es una de esas personas tenaces y afanosas. ¿Te imaginas lo que sería estar casado con Janine, con todo lo buena que es, y que se enterara de que padecías una enfermedad mortal? Te enloquecería con sus atenciones hasta hacerte escapar. Como yo escapé. Pero tenía ciertos remordimientos por estar pasándolo tan bien. Me decía constantemente: chica, te lo mereces. y después vino Meyer y su maldita Ley de que lo difícil de hacer es lo correcto. Supongo que te habrás estado preguntando qué había sido de mí, y quizá odiándome un poco. Tuve que huir de ti exactamente cuando lo hice y como lo hice, o no me habría ido nunca. Ya ves, cariño, los moribundos también tienen una obligación especial.

Procurar no ser demasiado egoístas. Estaba privando a Paul de la posibilidad de gozar de mi compañía, y eso es lo único que va a quedarle de mí, y me olvidaba de que he de dejarle la suficiente para que le dure hasta que supere al menos la parte más difícil. Es un cielo, no me ha sometido a ningún interrogatorio, y no sabría decir si cree o no cree que hubo otro hombre durante ese tiempo. Os llevaríais bien. En cualquier caso, la hembra de la especie es la eterna casamente-ra, y le he escrito a Janine la carta más larga de mi vida, que trata de cosas de mujeres, de la vida y de la muerte, y he conseguido, confío, convencerle para que cuente un montón de mentiras sobre las Misteriosas Vacaciones de Puss Killian, porque voy a dejarle su nombre y dirección a Paul, diciéndole que ella podrá explicarle cómo estuve y qué ocurrió entre personas que no estaban enteradas. Es un plan retorcido, pero creo que se llevarán bien. Paul es químico y se dedica a la investigación; y es probablemente el hombre más bueno del mundo. Pero eso aparte, la semana pasada, de repente, la pupila de mi precioso ojo izquierdo aumentó de tamaño y ahora es el doble de como debería ser. Me han estado haciendo pruebas y respondiéndome con sonrisas forzadas, y te envió la presente de camino al lugar en donde van a abrir una trampilla para echar otro vistazo. Y tanto podría ocurrir que volvieran a cerrarla y dejarlo correr, como que volvieran a entrar y, sin proponérselo, aceleraran mi viaje, o me convirtieran en un vegetal, o consiguieran devolverme a mi estado normal durante otra temporada, más corta o más larga. Pero por lo que he oído, las probabilidades en esta ocasión son tan bajas, que las de la otra vez, aliado, parecerían una apuesta segura. ¿Lo entiendes ahora? Tengo miedo. Claro que tengo miedo. Al otro lado está muy oscuro, y dura mucho tiempo. Pero no me arrepiento de nada, porque me fui cuando tenía que irme, y Meyer me hizo entrar en razón. No pienses mucho en esto, Trav, porque si yo puedo comportarme como una persona mayor, tú también deberías intentarlo. Trav, querido mío, lo que has de hacer es buscarte una joven saltamontes, guapa y alegre, y cargar el barco de provisiones, e ir a divertirte y tomar el sol de un lado a otro, por esas preciosas bahías. Búscate una con buen apetito y que no tenga planes de amor eterno, y retoza con ella tiernamente, y alguna que otra vez, cuando ella esté dormida y tú despierto, y tus brazos la rodeen, y estéis muy juntos, con su cabeza debajo de tu fea barbilla, piensa que ha sido...

Puss, quien te ha amado.

Al principio su lectura era mecánica, pero luego se hizo más pausada. Las palabras tenían demasiado significado para que ella pudiese entenderlas. Y para que yo pudiese entenderlas. Había cerrado los ojos durante un momento, imaginando que era Puss quien hablaba. Pero la impresión era demasiado fuerte, y tuve que observar a Jean mientras leía, contemplar sus lentas lágrimas, escuchar su voz quebrada.

Sin mirarme, la plegó, volvió a guardarla en la caja y dijo:

-¿Salimos de aquí? ¿Vamos a pasear?

Caminamos. Había heredado de Puss sus largos pasos. Fuimos hasta la playa, en donde la intensa lluvia había barrido todas las huellas. Las olas, impulsadas por el viento, se rizaban y reventaban en la orilla. A lo lejos, se veía a algunos muchachos en sus tablas de *surf*, indistintos tras la cortina de lluvia. Un grupo de hombres haciendo *footing*, con minúsculos bañadores, nos adelantó. Íbamos en silencio. Me constaba que, cuando se sintiese preparada, hablaría.

Finalmente nos sentamos en una de las cercas que separan los aparcamientos de la playa. Ya no llovía tanto.

-Le hicieron la cesárea en el octavo mes, cuando ya sabían que iba a morir. Ya estaba muy mal como para soportar un parto. Murió al día siguiente. ¡Yo... yo no sabía nada de eso!

-Debió decirle algo a su hermana de cómo... de cómo habían sido las cosas entre nosotros. Pensó en ello, arrugando la frente.

-Es posible. Supongo que así fue. Quizá también se lo contó a su marido. Por lo que Velma me ha dicho, él se portó muy bien con mi madre cuando ella volvió. Pero no se sintió con ánimos

para quedarse conmigo. Los cálculos no cuadraban. Hija de padre desconocido. Llegó a un acuerdo con Velma para que me criara con sus otros hijos. Yo quiero mucho a Velma y a mis primos. Me ha dado el mismo trato que a ellos. El mismo trato en todos los sentidos. Es una gran mujer. Y él enviaba dinero todos los años, lo que consideraba justo. Más, según subían los precios. No le conozco personalmente. Creo que es buena persona. No entiendo por qué no quiso quedarse conmigo: Yo era una recién nacida.

-No llegué a saber que estaba embarazada. Ni que se estaba muriendo.

-Ahora ya lo sé, McGee. Yo creía que estaba enterado de todo, y que simplemente no había querido complicarse la vida. Le diré una cosa, ojalá no me lo hubieran dicho. No. No es verdad. Me alegra que Velma me lo dijera. Puss sufrió mucho. Parte de los medicamentos que querían darle para el dolor hubieran perjudicado al niño. A mí. Por eso lo aguantó como pudo. Por mí. Me quería.

Se inclinó hacia delante, con la cara contra las rodillas. Emitió un leve gemido de aflicción, apagado por el oleaje.

Con cuidado, suavemente, le puse la mano en el hombro.

-A lo mejor Velma te mintió sobre mí porque no quería perderte. No quería que te formasen una imagen romántica del holgazán playero de tu padre y vinieses a buscarme. ¿Sabe que estás aquí?

Se irguió y me miró con los ojos enrojecidos.

-No, qué va. Se cree que he ido a ver a una amiga de Santa Barbara.

-¿Y dónde vives?

-En Youngstown, Ohio. Acabé en el instituto en junio pasado.

-¿Y has estado trabajando?

-Sí; en un sitio que se llama Charming Shoppe. Es una cadena de tiendas. Trabajé en Navidades y lo dejé. ¿Podría quedarme una copia de esa carta? ¿Para guardarla?

-Sí, claro. ¿Por qué no? Volveremos al banco y nos harán una fotocopia allí mismo.

Me miró, ladeando la cabeza, con cara de perplejidad.

-Sabe, me siento como si acabara de recuperarme de una enfermedad, de una larga enfermedad. He soñado muchas veces que usted se moría. Y siempre me lo imaginaba gordo y calvo.

-A veces realmente me siento como si estuviera gordo y calvo. Oye, Jean. A mí me pasa lo mismo que a ti. Tengo una sensación extraña.

-¿Qué importancia puede tener esto para usted? Si ni siquiera sabía que yo estaba en este mundo.

Le tendí una mano y me la cogió entre las suyas.

-No sé si puedo expresarlo. Para mí ha significado mucho más de lo que puede decirse con palabras. Me ha vuelto la vida del revés. Ha cambiado en muchos sentidos mi opinión sobre mí mismo. Es como una especie de puerta que se abre. Tú y yo tenemos muchos planes que hacer.

-Anoche le dije cosas horribles.

-Y muchas de ellas eran verdad.

-No. Ahora me he dado cuenta de cómo es en realidad. Puss me lo ha dicho en su carta. Ella no sabía que estaba hablándole a su hija, pero así era.

Y regresamos despacio, hablando durante todo el camino. Teníamos por delante toda una vida para hablar. Tenía otra sensación sobre mi propio porvenir más difícil de interpretar. En los últimos años, para mi pesar, había ido cobrando gradualmente conciencia de que un día, en algún lugar, respiraría por última vez y una enorme puerta de hierro se cerraría ante mí, dejándome en la oscuridad, en el lado malo de la vida. Pero ahora esa puerta tenía una ventana. Una promesa de luz. Una vía de continuidad.

Es mayo, principios de mayo, una época del año muy agradable en Florida. Nos hemos dirigido en el *Busted Flush* hacia el norte por el Canal, a un sitio en donde se ensancha, formando una amplia bahía. He echado el ancla en un paraje alejado del tráfico de barcos y de los mangles de la orilla para que la brisa del sur ahuyente a los mosquitos primaverales.

Llevamos a bordo ollas del Incomparable Chile Especial de Meyer, y cerveza fría suficiente para aliviar los mortíferos efectos del chile. ¿Cuántos somos? ¿Veinte? ¿Treinta? Dejémoslo en muchos. Jim Ames y Betsy. Los Thorner, los Tenero, Arthur y Chook Wilkinson, el Irlandés y Carlie Hooper, Junebug, Lew, Roxy, Sue Sampson, Sandy, Johny Dow, Briney, Frank y Gretch Payne, Miguel, los Marchman, Marilee, Sam Dandie con dos de sus sobrinas y diversa gente de la playa, y dos perros y un gato que, como debe ser, no se hacen ningún caso.

Aquí estamos, con música, con chistes malos, y todos somos un poco más viejos y hemos visto que la vida sube, baja, se ladea sin concierto ni razón. Nos reímos de los chistes viejos porque son viejos y están muy oídos y aburren, y porque es bueno reír.

Estoy echado boca abajo sobre un colchón en la proa, junto a la figura en bikini, incomparable y exuberante, de Briney, que vivió prestada a Willi Nuzzi hasta que él expiró.

Contemplo cuatro lunares pequeños que tiene en la parte superior del hombro izquierdo, a diez centímetros de mi nariz. Una los puntos y encuentre el gato del granjero. Los lunares son marrones y el fondo es dorado, y un poco de vello, casi invisible de tan fino, cubre su piel.

-¿Qué hace toda esa gente en nuestra casa, cariño? -me pregunta medio adormecida.

-Los hemos invitado a todos.

-¿Eh? -dice-. ¡Qué bien!

-¿Piensas quedarte aquí mucho más?

-Ya llevo mucho tiempo, cielo. Tengo que volver a hacer surfing en serio, montar en el tunel azul y oscuro bajo la cresta blanca. No te acostumbres. Dos semanas más y me voy. Sin excusas.

Alguien nos trae dos cervezas frías. Briney se incorpora sobre un codo y bebe con los ojos cerrados. Yo levanto mi cerveza y digo:

-Por Willi.

-Por Nuch -dice ella, sonriendo.

Al poco rato se duerme, habiéndose bebido media cerveza. Examino el color de su espalda ancha y suave, y miro en qué ángulo pega el sol, llegando a la conclusión de que no corre riesgo de quemarse. En un instante de pánico, imagino que el alegre barco, la gente bulliciosa, y todo lo demás se desvanece, que no es más que un remoto y olvidado fruto de mi fantasía. Pero el instante pasa.

Me levanto y me abro paso entre la gente. Un día esplendido. Encuentro a Meyer en cubierta, apoyado contra la barandilla de popa, solo para variar. Ahora es el tío Meyer, por decreto de mi hija Jean y para su inmenso placer.

Hablamos de Jean, de su última carta.

-¿Hablasteis antes de que se fuera? -me pregunta.

-Para recuperar el tiempo perdido, necesitamos hablar durante un par de años -le digo-. Habrá tiempo. ¿Has tenido ocasión de mirarte el acuerdo de fideicomiso que Frank te ha enviado?

-Un buen trabajo -dice-. Yo, en calidad de fideicomisario, puedo imponer una decisión al beneficiario en caso de emergencia. Muy sensato.

-Está teniendo muy buenas notas en la facultad.

-Ya me lo has dicho tres veces, Travis.

-Y le encanta montar a caballo. ¿Te imaginas? Una aficionada a los caballos de Youngstown que acabará estudiando veterinaria. ¿Te imaginas, yo padre de una aficionada a los caballos de Youngstown?

-Travis, es guapa. Es fuerte, buena y leal.

Le miro a la cara. Tengo la impresión de que nunca se ha mostrado hostil o malhumorado. Llevaba un tiempo viendo lo peor de cada persona. Ahora ya no es así.

Parece que me lee el pensamiento.

-¿Qué se incluye en el fideicomiso? -pregunta.

-¡Todo! -le digo.

Me mira con aire de consternación.

-¿Todo? ¿Todo?

-Bueno, menos unos cuatrocientos dólares, lo cual quiere decir que ya me estoy buscando algún trabajo, por la cuenta que me trae.

Me pone una mano en el brazo, sonrío y dice:

-Bienvenido al mundo.